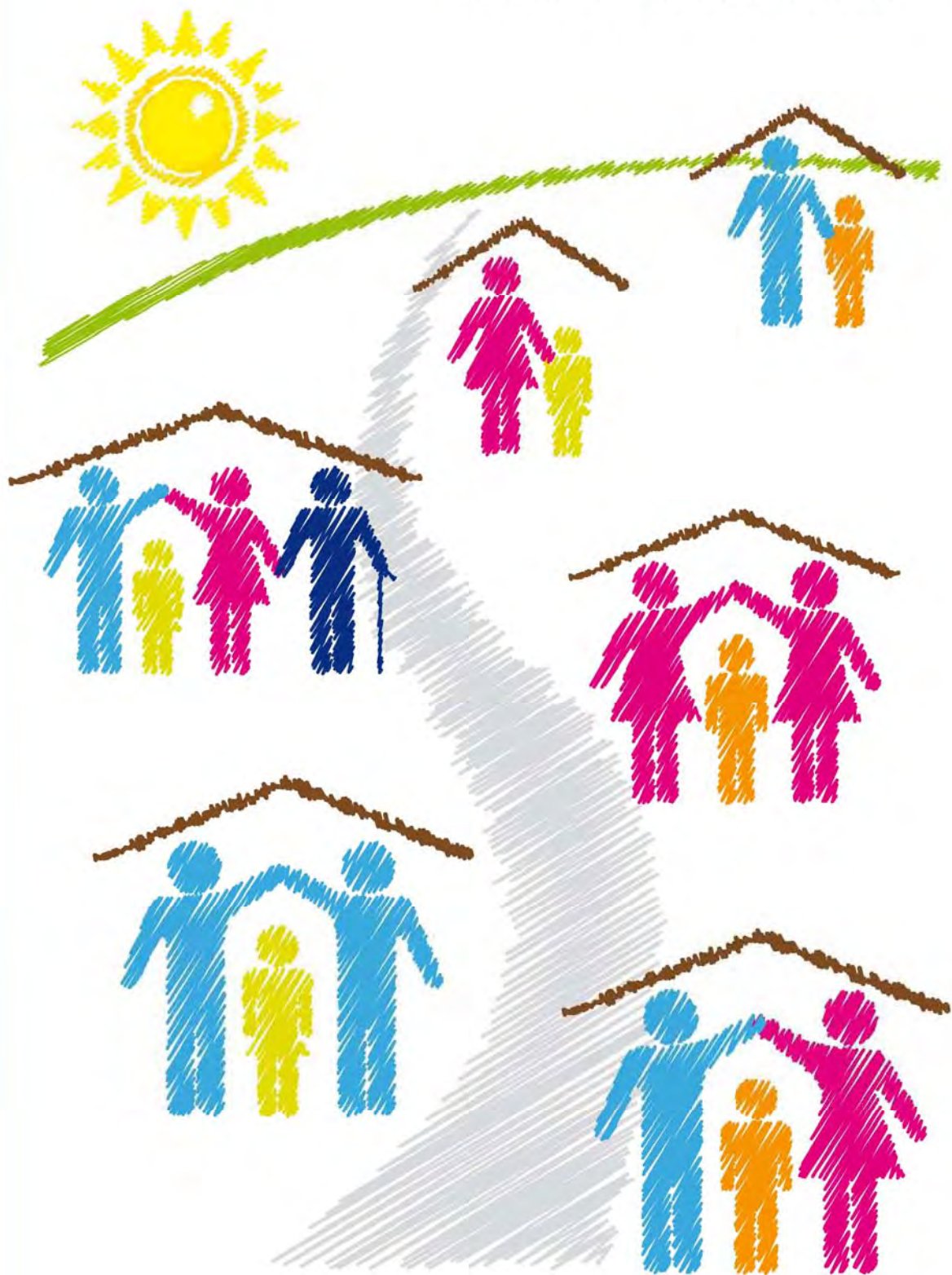


VIII Foro Andaluz de la Infancia “La Responsabilidad Parental”

Almería, 19 y 20 de noviembre de 2009



Artículos científicos sobre responsabilidad parental

Aviso legal

Todos los derechos de los artículos recopilados en este documento están reservados y pertenecen a los editores de las publicaciones que los acogen.

INDICE

Introducción	7
Anales de Psicología	
Parra, A. y Oliva, A. Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. <i>Anales de Psicología</i> , Diciembre 2002, vol. 18, no 2, p. 215-231.	11
Anuario de Psicología	
Parra, A., Oliva, A. y Sanchez-Queija, I. Evolución y determinantes de la autoestima durante los años adolescentes. <i>Anuario de Psicología</i> , 2004, vol. 35, no 3, p. 331-346.	29
Apuntes de Psicología	
Oliva, A., Parra, A. y Sánchez- Queija, I. Relaciones con padres e iguales como predictoras del ajuste emocional y conductual durante la adolescencia. <i>Apuntes de Psicología</i> , 2002, vol. 21, no 2, p. 225-242.	46
Parra, A. Un análisis longitudinal sobre la comunicación entre madres y adolescentes. <i>Apuntes de psicología</i> , 2007, vol. 25, no 3, p. 267-284.	58
Estudios de Psicología	
Parra, A. y Oliva, A. Una mirada longitudinal y transgeneracional sobre los conflictos entre madres y adolescentes. <i>Estudios de Psicología</i> , 2007, vol. 28, no 1, p. 93-107.	76
Infancia y Aprendizaje	
Oliva, A. y Parra, A. Autonomía emocional durante la adolescencia. <i>Infancia y Aprendizaje</i> , 2001, vol. 24, no 2, p. 181-196.	92
Revista de Psicología Social	
Sánchez-Queija, I. Oliva, A. y Parra, A. Empatía y conducta prosocial durante la adolescencia. <i>Revista de Psicología Social</i> , 2006, vol. 21, no 3, p. 259-271.	109

Sanchez-Queija, I. y Oliva, A. Vínculos de apego con los padres y relaciones con los iguales durante la adolescencia.
Revista de Psicología Social, 2003, vol. 18, no 1, p. 71-86. 123

Revista Española de Salud Pública

Maroto Navarro, Gracia, et al. Partenidad y servicios de salud. Estudio cualitativo de las experiencias y expectativas de los hombres hacia la atención sanitaria del embarazo, parto y postparto de sus parejas. *Revista Española de Salud Pública*, Marzo-Abril 2009, vol. 83, no 2, p. 263-274. 140

The Spanish Journal of Psychology

Parra, A. y Oliva, A. A longitudinal research on development of emotional autonomy during adolescence.
The Spanish Journal of Psychology, 2009, vol. 12, no 1, p. 66-75. 153

Introducción

El presente documento es una recopilación de artículos publicados en revistas científicas sobre diversos aspectos relacionados con la Responsabilidad Parental y la infancia.

Los artículos han sido escogidos personalmente por los autores, ponentes en el VIII Foro Andaluz de la Infancia.

A través de los mismos, el Observatorio de la Infancia en Andalucía desea ofrecer -desde el rigor de la investigación científica- el mayor número de perspectivas posibles sobre el tema que ocupa nuestro Foro.

Así, el lector se encontrará en el artículo *Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia*, de Águeda Parra Jiménez y Alfredo Oliva Delgado, un estudio de los patrones de comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia, a través de una muestra de 221 chicos y 292 chicas de entre 13 y 19 años.

El artículo *Evolución y determinantes de la autoestima durante los años adolescentes*, de los autores antes mencionados junto con Inmaculada Sánchez-Queija, ofrece un análisis la evolución de la autoestima durante los años de la adolescencia, tratando de conocer los factores que influyen sobre ella y prestando especial atención al papel del género. La muestra se compuso de 221 chicos y 292 chicas de edades comprendidas entre los 12 y los 19 años.

El siguiente artículo, *Relaciones con padres e iguales como predictoras del ajuste emocional y conductual durante la adolescencia*, de los mismos autores anteriores, se acerca al papel que juegan las relaciones con padres e iguales en el ajuste emocional y conductual de los adolescentes, a través de una muestra de 221 chicos y 292 chicas de edades comprendidas entre los 13 y los 19 años.

Un análisis longitudinal de la comunicación entre madres y adolescentes, de Águeda Parra Jiménez, analiza -por un lado- la evolución que los patrones de comunicación siguen a lo largo de la adolescencia, teniendo en cuenta las posibles diferencias en función del género adolescente y de sus padres y madres y -por otro- estudia comparativamente las perspectivas de madres y adolescentes.

El artículo *Una mirada longitudinal y transgeneracional sobre los conflictos entre madres y adolescentes*, de Alfredo Oliva y Águeda Parra, analiza la evolución de la frecuencia de los conflictos a lo largo de la adolescencia y compara las perspectivas de madres y jóvenes.

Los mismos autores reflexionan en el artículo *Autonomía emocional durante la adolescencia*, sobre la relación entre la autonomía emocional respecto a los padres y el tipo de relaciones establecidas entre padres e hijos durante la adolescencia, analizando las características socio-emocionales de aquellos

chicos y chicas que manifiestan una alta autonomía emocional, así como el papel moderador jugado por el género y la calidad del contexto familiar sobre las relaciones entre la desvinculación afectiva y el desarrollo adolescente.

Empatía y conducta prosocial durante la adolescencia, de Inmaculada Sánchez-Queija, Alfredo Oliva y Águeda Parra, pretende aportar algo de luz a la relación entre ambos conceptos y otras variables del contexto social en una muestra de 513 adolescentes, 221 chicos y 292 chicas de edades comprendidas entre los 13 y los 19 años.

Por su parte, en el siguiente artículo, *Vínculos de apego con los padres y relaciones con los iguales durante la adolescencia*, de los profesores Sánchez-Queija y Oliva, se analiza la relación que existe entre el recuerdo de los vínculos de apego que los adolescentes establecieron con su padre y/o madre y el tipo de relación que mantienen con sus iguales. Con este objetivo, 513 adolescentes con edades comprendidas entre los 13 y los 19 años, completaron un cuestionario sobre las relaciones con sus progenitores y sus iguales.

El artículo *Estudio cualitativo de las experiencias y expectativas de los hombres hacia la atención sanitaria del embarazo, parto y postparto de sus parejas*, de Gracia Maroto Navarro, Esther Castaño López, María del Mar García Calvente, Natalia Hidalgo Ruzzante e Inmaculada Mateo Rodríguez, explora las necesidades y expectativas hacia los servicios sanitarios de un grupo de hombres sobre el proceso del nacimiento de sus criaturas.

Finalmente, *A Longitudinal Research on the Development of Emotional Autonomy During Adolescence*, de Águeda Parra y Alfredo Oliva, estudia el desarrollo de la autonomía emocional a lo largo de la adolescencia analizando su relación con la dinámica establecida en el sistema familiar a través de 101 adolescentes que fueron seguidos durante 5 años a lo largo de su adolescencia, desde los años iniciales a la adolescencia tardía.

Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia

Águeda Parra Jiménez* y Alfredo Oliva Delgado

Universidad de Sevilla

Resumen: El principal objetivo de esta investigación fue estudiar los patrones de comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. Una muestra de 221 chicos y 292 chicas de edades comprendidas entre 13 y 19 años completaron un cuestionario que incluía medidas de la frecuencia de la comunicación con sus progenitores, la frecuencia de aparición de episodios conflictivos, la intensidad emocional con que dichos conflictos eran percibidos, y la autonomía funcional adolescente. El trabajo aporta resultados interesantes. Por un lado, refleja una imagen de la dinámica familiar menos dramática de la que podría existir en la sociedad actual, ya que los adolescentes afirman no tener grandes conflictos con sus progenitores. Por otro lado, nuestros resultados revelan importantes diferencias de género, presentando las chicas mayor frecuencia de comunicación, menor tasa de conflictos con sus progenitores y menor autonomía para decidir sobre diferentes aspectos. Con respecto a la evolución a lo largo de los años, la frecuencia de los conflictos parece descender ligeramente mientras que la comunicación parece aumentar, sobre todo para las adolescentes. Finalmente, nuestros resultados han puesto de manifiesto una interesante relación entre la frecuencia de aparición de conflictos y la intensidad emocional con que son percibidos por los adolescentes.

Palabras clave: Adolescencia; relaciones padres-hijos; comunicación; conflicto.

Title: Family communication and conflict during adolescence.

Abstract: The aim of this paper is to study the pattern of family communication and conflict during adolescence. A sample of 221 boys and 292 girls aged between 13 and 19, were surveyed about frequency of communication with both parents, frequency of conflicts, emotional intensity of these conflicts and their functional autonomy. The article presents some interesting results. On the one hand it reflects a less negative and less conflictive image of adolescence, due adolescents stating that they do not argue with their parents frequently. On the other hand, our results show important gender differences: girls talk more with their parents, have less arguments with them and are less autonomous than boys. Through adolescence, frequency of family conflict decreases slightly, and family communication increases, mainly for girls. Finally, our results identify an interesting relationship between frequency of conflict and emotional intensity.

Key words: Adolescence; family relationships; family communication; family conflict.

Introducción

La investigación ha señalado que en algún momento entre la infancia y la adolescencia la comunicación entre los hijos e hijas y sus progenitores se deteriora: pasan menos tiempo interactuando juntos, chicos y chicas hablan menos de sus asuntos espontáneamente y la comunicación se hace más difícil (Barnes y Olson, 1985).

Un ejemplo del aumento de la dificultad de la comunicación familiar en este momento lo encontramos en los estudios que comparan los intercambios comunicativos que se producen

durante la infancia y la adolescencia. Estos trabajos señalan que durante la adolescencia las interrupciones son mucho más frecuentes, sobre todo en las conversaciones que chicos y chicas tienen con sus madres (Steinberg, 1981; Steinberg y Hill, 1978). Probablemente las interrupciones no sean algo casual, sino que reflejen un cambio en las estructuras de poder, un reajuste en las relaciones a través del cual el chico o la chica gana estatus en la familia (Steinberg, 1981).

Con respecto a los temas de los que chicos y chicas hablan con sus madres y padres, parece ser que unos y otras prefieren conversar acerca de aspectos cotidianos, aunque muy rara vez hablan sobre política, religión o sexualidad (Noller y Bagi, 1985). En cuanto a la comunicación sobre sexualidad, existe un hecho real-

* **Dirección para correspondencia:** Águeda Parra Jiménez Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología. C/ Camilo José Cela s/n. Sevilla 41018. E-mail: aparra@us.es

mente paradójico: progenitores y jóvenes hablan con muy escasa frecuencia sobre sexo, a pesar de que a los chicos y chicas les gustaría tener una mayor comunicación con sus madres y padres sobre este tema, y a pesar de que padres y madres desearían ser fuente activa de información sexual para sus hijos e hijas (Benshoff y Alexander, 1993; Hutchinson y Cooney, 1998; Jordan, Price y Fitzgerald 2000).

El género parece influir sobre los patrones de comunicación de progenitores y adolescentes. Los estudios indican que las chicas suelen hablar con sus progenitores más que los chicos. Además, tanto unos como otras en general se comunican con mayor frecuencia con sus madres, con la excepción de algunos temas como la política que aparecen con más frecuencia en la comunicación con el padre (Noller y Bagi, 1985). Al mismo tiempo, las madres son percibidas como más abiertas, comprensivas e interesadas en los asuntos del adolescente, y suelen iniciar con más frecuencia intercambios comunicativos con sus hijos e hijas (Lanz, Iafrate, Rosnati, y Scabini, 1999; Marta, 1997; Noller y Callan, 1990).

Parece claro que la imagen social de las relaciones familiares durante la adolescencia está protagonizada por el conflicto entre los progenitores y sus hijos e hijas. Un conflicto que tiende a disminuir cuando estos últimos crecen y la dinámica familiar se normaliza. Sin embargo, la literatura científica aún no aporta datos concluyentes. Diferentes investigaciones apuntan a que, coincidiendo con la pubertad, aumentan los conflictos familiares y se produce un distanciamiento entre los chicos y chicas y sus progenitores (Holmbeck y Hill, 1991; Steinberg, 1987; 1988). Otras investigaciones matizan estas afirmaciones y señalan que el conflicto familiar más que estar asociado con la edad o con la llegada de la pubertad lo está con el momento en el que se alcanza dicha pubertad. Para estos trabajos el conflicto no es más frecuente en familias con hijos e hijas púberes, sino sólo en aquellas familias donde chicos y chicas experimentan los cambios puberales en un momento no esperado, por ser demasiado

pronto o demasiado tarde (Laursen y Collins, 1994; Laursen, Coy y Collins, 1998).

Otro punto en el que no hay acuerdo es en la trayectoria que siguen los conflictos a lo largo de los años adolescentes. A menudo este cambio ha sido descrito en términos de una figura de *U invertida*, con un aumento de la conflictividad entre la adolescencia inicial y media y una posterior disminución una vez llegada la adolescencia tardía (Montemayor, 1983; Paikoff y Brooks-Gunn, 1991). Sin embargo, Laursen, Coy y Collins en su meta-análisis publicado en 1998, y tras analizar 53 investigaciones, no encuentran apoyo al modelo de la *U invertida*. Sus datos más bien apuntan a que con la edad se observa un decremento lineal en la frecuencia de los conflictos familiares.

Las diferentes conclusiones probablemente pueden ser explicadas, al menos en parte, por las diferentes medidas que se utilizan para operar el concepto de conflicto familiar (Holmbeck, Paikoff y Brooks-Gunn, 1995). Si bien algunos estudios se basan en el análisis secuencial de las interacciones, otros parten de entrevistas o analizan las formas de actuación de progenitores y adolescentes ante situaciones conflictivas hipotéticas. Otra posible explicación a los datos contradictorios la encontramos en la fuente de información de donde parten las conclusiones. Algunos estudios recogen información exclusivamente de los progenitores o de los adolescentes, mientras que otros parten de las opiniones de ambos. En este caso, y aunque parece que la información obtenida de los adolescentes normalmente coincide en mayor medida con las observaciones de terceras personas (Gonzales, Cauce y Mason, 1996), chicas y chicos perciben mayor número de conflictos que sus progenitores (Laursen *et al.*, 1998; Noller y Callan, 1986; 1988; Smetana, 1989).

Independientemente de la evolución que sigan los conflictos familiares, la mayoría de los estudios coincide en afirmar que al inicio de la adolescencia se produce un incremento significativo en el número de discusiones entre progenitores y adolescentes. Diferentes explicaciones han sido propuestas para explicar este fe-

nómeno. Mientras que para algunos autores el origen de los problemas se encuentra en la discrepancia entre lo que los progenitores esperan de sus hijos e hijas y su comportamiento real (Collins, 1992; Collins, Laursen, Mortensen, Luebker y Ferreira, 1997), para otros, los procesos cognitivos son los responsables del aumento de la conflictividad (Selman, 1981; Smetana 1988; 1989; Youniss y Smollar, 1985), ya que el desarrollo del pensamiento formal llevaría al adolescente a mostrarse más crítico con las normas y regulaciones familiares, a utilizar argumentos más sólidos en sus discusiones y a percibir a sus progenitores de forma menos idealizada.

En un punto en el que sí parece coincidir la literatura es que tanto chicas como chicos, a pesar de que dicen tener relaciones caracterizadas por mayor intimidad y expresión de afecto con sus madres que con sus padres (Eberly y Montemayor, 1999; Youniss y Smollar, 1985), tienen más discusiones y riñas con las primeras (Laursen *et al.*, 1998; Motrico, Fuentes y Bersabé, 2001; Smetana, 1989). Probablemente, esto sea debido a que en la mayoría de los casos chicos y chicas pasan más tiempo con sus madres, y los conflictos más frecuentes versan sobre aspectos de la vida diaria donde ellas suelen estar más presentes (Montemayor, 1983; 1986; Steinberg 1990).

Con respecto a los temas que provocan discusiones y riñas familiares, estudios realizados en diferentes países coinciden en afirmar que los conflictos más frecuentes son motivados por aspectos cotidianos como la forma de vestir, la hora de llegar a casa o las tareas del hogar (Arnett, 1999; Noller, 1994). Además, esto no suele cambiar mucho a lo largo de la segunda década de la vida, ya que los tópicos que provocan discusión con más frecuencia son prácticamente los mismos en los diferentes tramos de edad (Smetana, 1989).

Llegados a este punto, conviene señalar que cada vez son más los trabajos que al profundizar en las discusiones entre progenitores y adolescentes no se conforman con analizar la frecuencia de los episodios conflictivos, sino que van más allá e indagan en la intensidad con que

dichos conflictos se perciben. El meta-análisis realizado por Laursen y sus colegas (1998) señala que, a pesar del descenso en la frecuencia, la intensidad emocional con que se viven los conflictos sufre un incremento entre la adolescencia inicial y media.

A pesar de lo comentado hasta ahora sobre el aumento de la frecuencia de los conflictos familiares a lo largo de la segunda década de la vida de hijos e hijas, nos gustaría señalar que diferentes trabajos han destacado el efecto positivo que estos conflictos pueden tener para el adolescente (Cooper *et al.*, 1983; Hetherington y Anderson, 1988; Holmbeck y Hill, 1991; Steinberg, 1981; 1990) e incluso para la dinámica familiar (Holmbeck y O'Donell, 1991; Smetana, 1989), siempre y cuando ocurran en un contexto de afecto y cohesión (Holmbeck, 1996).

Aunque todo lo presentado hasta ahora da cuenta del profundo interés de la comunidad científica sobre las relaciones familiares durante la adolescencia, aún quedan muchas preguntas sin contestar y mucho por saber de nuestra realidad cercana. Así, el objetivo general que guía este trabajo es profundizar en los patrones de comunicación y conflicto familiar en una muestra de adolescentes sevillanos. Concretamente pretendíamos conocer la evolución de la frecuencia de la comunicación entre progenitores y adolescentes a lo largo de los años, teniendo en cuenta las diferencias en la comunicación de chicos y chicas. Por otro lado, estábamos interesados en analizar tanto la frecuencia de los episodios conflictivos como la intensidad emocional con que eran percibidos por los adolescentes, analizando también la influencia del género. Al mismo tiempo, pretendíamos conocer los temas concretos que generaban más comunicación y más conflicto familiar en estos años.

Método

Sujetos

La muestra estaba compuesta por 513 adolescentes, 221 chicos (43,1%) y 292 chicas (56,9%) de edades comprendidas entre los 12 y los 19

años. El 32% de los y las adolescentes se encontraba en la adolescencia inicial (12-14 años), el 34,5% en la adolescencia media (15-16 años), y el 33,5% en la tardía (17-19 años).

Chicas y chicos fueron reclutados de 10 centros educativos de Sevilla y su provincia. Debido a que en el momento en que realizamos la recogida de los datos (finales del año 1999) convivían en la educación española el sistema tradicional del bachillerato y la formación profesional con la recién estrenada educación secundaria, entrevistamos a chicos y chicas que estudiaban 2º de ESO (alrededor de los 13 años), 4º ESO, 2º BUP y 2º FP (alrededor de los 15 años), COU y 4º FP (alrededor de los 17 años).

La elección de los colegios e institutos se realizó teniendo en cuenta criterios como su pertenencia al mundo rural o urbano, su titularidad (pública o privada-concertada) y el nivel socioeconómico de los chicos y las chicas que asistían a sus aulas. El 64,1% de los adolescentes pertenecían al ámbito urbano, mientras que 35,9% vivían en el mundo rural.

Instrumentos

Para esta investigación elaboramos un cuestionario que incluía instrumentos para analizar los patrones de comunicación y conflicto entre progenitores y adolescentes. Para evaluar la comunicación con ambos progenitores creamos *ad hoc* una escala compuesta por 22 items, de los cuales 11 están referidos a la comunicación con el padre y 11 a la comunicación con la madre. Dicha escala evalúa la frecuencia de la comunicación familiar sobre diversos temas (amistades, tiempo libre, sexualidad, drogas, planes de futuro, etc.), así como el grado de acuerdo entre progenitores y adolescentes en relación a dichos temas. Los participantes deben indicar en primer lugar si la comunicación sobre cada uno de estos temas tiene lugar “muchas veces” (4), “algunas veces” (3), “rara vez” (2) o “nunca” (1). Al mismo tiempo, deben señalar si en relación con esos mismos temas están “totalmente de acuerdo” (4), “de acuerdo” (3), “en desacuerdo” (2), o “totalmente en des-

acuerdo” (1) con la postura de sus padres y madres (Ver anexo I).

Para evaluar los conflictos en las relaciones con los progenitores creamos una escala de formato similar al anterior. Compuesto por 14 items, el instrumento informa acerca de la frecuencia de aparición de discusiones entre progenitores y adolescentes sobre diversos temas (hora de volver a casa, amistades, drogas, política o religión, etc.). Dicha escala también recoge información acerca de la intensidad emocional con la que chicos y chicas perciben las discusiones, y sobre la autonomía funcional adolescente ante cada uno de dichos temas, esto es, su capacidad de decisión en la familia. Así, chicos y chicas deben señalar en una escala de 1 a 4 si los conflictos son poco (1) o muy frecuentes (4); si son de intensidad leve (1), media (2) o fuerte (3), y finalmente si la decisión ante cada uno de los temas la toman ellos mismos (3), sus progenitores (1) o todos conjuntamente (2) (Ver anexo II).

Procedimiento

Los cuestionarios eran anónimos y fueron aplicados por miembros del equipo de investigación. Tras unos primeros contactos telefónicos y por escrito con los directores y directoras de los centros educativos en los que se explicaban los objetivos del estudio, la persona encargada de recoger los datos visitaba el colegio o el instituto y seleccionaba las aulas necesarias. Todos los sujetos de cada aula seleccionada rellenaban el cuestionario en varias sesiones de unos 45 minutos de duración repartidas a lo largo de diferentes días.

Resultados

Comunicación familiar

Uno de los principales objetivos de nuestro trabajo es conocer cuáles son los temas de los que chicos y chicas hablan más con sus padres y madres. En la Tabla 1, referida a la frecuencia de la comunicación con la madre, observamos

que mientras chicos y chicas hablan a menudo sobre sus amigos, sus gustos e intereses, sus planes de futuro o las normas de la familia, temas como sexualidad, política o religión, son infrecuentes.

Tabla 1: Media de frecuencia de comunicación con la madre sobre una serie de temas.

	Total	Chico	Chica	F	p
Sobre gustos e intereses	3,34	3,04	3,55	46,413	0,000
Sobre amigos	3,34	3,00	3,59	79,708	0,000
Sobre normas de la familia	3,23	3,08	3,34	12,462	0,000
Sobre planes de futuro	3,23	3,06	3,36	15,559	0,000
Sobre actividades fuera de casa	3,21	3,07	3,31	11,142	0,001
Sobre novios/as, o personas que les gustan	2,63	2,33	2,86	29,170	0,000
Sobre alcohol o tabaco	2,62	2,52	2,69	2,968	0,086
Sobre drogas	2,44	2,37	2,49	1,260	0,260
Sobre política o religión	2,12	2,00	2,20	4,684	0,031
Sobre sexualidad en general	2,11	1,95	2,24	10,108	0,002
Sobre conducta su sexual	1,80	1,77	1,82	0,405	0,525

Puntuaciones medias (1= no hablan nunca, 2= hablan rara vez, 3= hablan algunas veces, 4= hablan muchas veces)

Como observamos en la Tabla 2, el patrón de comunicación entre padres y adolescentes es bastante similar al visto anteriormente con la madre. Una diferencia interesante es que los dos principales temas de los que se habla con el padre son las normas familiares y los planes de futuro, sin embargo, los dos temas de los que adolescentes y madres hablan con mayor frecuencia son los amigos y amigas y los gustos e intereses, temas algo más personales. En cual-

quier caso, las principales diferencias en la comunicación adolescente con padre y madre no estriban en los temas que se tratan, sino más bien en la frecuencia de la comunicación con unos y otras. Si bien los temas de los que se habla y que se evitan son prácticamente los mismos, como veremos posteriormente, los adolescentes hablan con sus madres con bastante mayor frecuencia.

Tabla 2: Media de la frecuencia de comunicación con el padre sobre una serie de temas.

	Total	Chico	Chica	F	p
Sobre normas de la familia	3,09	2,98	3,18	5,478	0,020
Sobre planes de futuro	3,07	3,03	3,10	0,524	0,469
Sobre gustos e intereses	3,02	2,98	3,05	0,710	0,400
Sobre amigos	2,81	2,75	2,84	1,293	0,256
Sobre actividades fuera de casa	2,80	2,77	2,83	0,513	0,474
Sobre alcohol o tabaco	2,46	2,50	2,43	0,519	0,472
Sobre drogas	2,39	2,34	2,43	0,710	0,400
Sobre política o religión	2,14	2,05	2,20	2,561	0,110
Sobre novios/as o personas que les gustan	2,10	2,08	2,12	0,116	0,734
Sobre sexualidad en general	1,87	1,94	1,81	2,167	0,142
Sobre conducta su sexual	1,61	1,76	1,49	12,297	0,000

Puntuaciones medias (1= no hablan nunca, 2= hablan rara vez, 3= hablan algunas veces, 4= hablan muchas veces)

En las Tablas 1 y 2 también aparecen las diferencias entre chicos y chicas en la comunicación con sus progenitores. En la primera de ellas observamos que existen bastantes diferencias entre los y las adolescentes. Las chicas hablan más que los chicos con sus madres sobre la mayoría de los temas, entre otros sobre las normas de la familia, sobre lo que hacen cuando están fuera de casa, sobre sus planes de futuro, sobre sus gustos e intereses o sobre las personas que les gustan. Sin embargo, en la comunicación con el padre, Tabla 2, aparecen muchas más semejanzas entre los y las adolescentes. Podemos decir que mientras que en la comunicación con la madre el género del adolescente marca diferencias, en la comunicación con el padre, chicos y chicas se comportan de forma bastante similar, apareciendo sólo dos diferencias: las chicas hablan con sus padres con mayor frecuencia sobre las normas de la familia, y los chicos sobre su conducta sexual. La comunicación de las chicas y sus padres sobre sexualidad es prácticamente inexistente.

Cuando analizamos cómo evoluciona la comunicación sobre cada uno de los temas anteriores en función de la edad, observamos que a lo largo de la adolescencia aumenta la comunicación con la madre sobre tópicos como las amistades ($p=0,021$), lo que hacen cuando están fuera de casa ($p=0,030$), sus planes de futuro ($p=0,004$), los ligues ($p=0,019$), o el alcohol y el tabaco ($p=0,003$), no cambiando la comunicación sobre el resto de los temas. Por otro lado, la comunicación con el padre a lo largo de los años experimenta menos cambios, ya que en la mayoría de los temas la frecuencia permanece constante. Sólo aumenta la comunicación entre padres y adolescentes sobre los planes de futuro ($p=0,000$) y sobre el alcohol o el tabaco ($p=0,002$).

Cuando analizamos la relación entre la frecuencia de la comunicación de chicos y chicas con sus progenitores y el nivel de estudios del padre, los datos indican que el nivel educativo que marca las diferencias es el bajo ($p=0,000$), ya que entre el medio y el alto no existen diferencias significativas ($p=0,796$). En otras palabras, los chicos y las chicas cuyos padres tienen

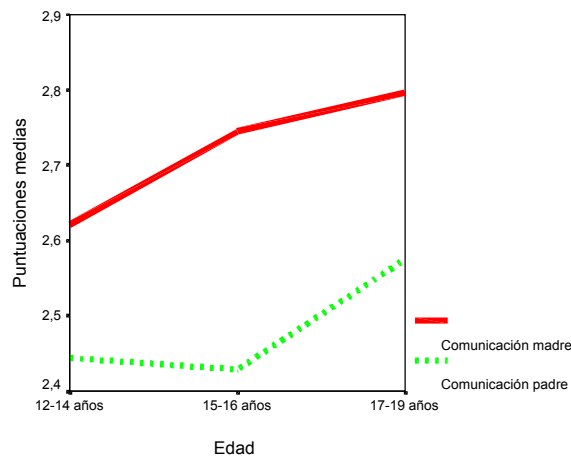
nivel educativo bajo dicen hablar menos frecuentemente con sus progenitores que los hijos e hijas de padres de nivel educativo medio y alto.

Si pasamos a describir la evolución de la comunicación con ambos progenitores a lo largo de la segunda década de la vida (Figura 1), observamos que a medida que avanza la edad se produce un incremento en la frecuencia general de comunicación adolescente con madres ($p=0,013$) y padres ($p=0,046$). En la comunicación con las madres el aumento más notable se encuentra entre la adolescencia inicial y media, mientras que con los padres la comunicación se hace más frecuente entre la media y la tardía. Por otro lado, la Figura 1 pone claramente de manifiesto que los y las adolescentes tienen mayor grado de comunicación con sus madres que con sus padres, siendo esta diferencia significativa en todos los tramos de edad. En otras palabras, a lo largo de toda la adolescencia la comunicación es más frecuente con la madre que con el padre, y esto es así tanto para los chicos ($p=0,000$) como para las chicas ($p=0,000$).

Para saber si existen diferencias en la evolución de la comunicación de chicos y chicas con sus madres y padres por separado debemos dirigirnos a las Figuras 2 y 3. En la primera de ellas, donde se observa la comunicación de chicos y chicas con sus madres a lo largo de los años, vemos que las chicas hablan con sus madres con mayor frecuencia que los chicos en la adolescencia media ($p=0,000$) y tardía ($p=0,000$). Además, mientras que la comunicación de los varones se mantiene estable a lo largo de los años ($p=0,985$), en las chicas se produce un incremento significativo entre la adolescencia inicial y la media, que sigue aumentando en la tardía ($p=0,000$). La comunicación con el padre (Figura 3), muestra una evolución algo diferente. En las chicas, con la edad observamos un ligero aumento de la frecuencia de la comunicación con el padre ($p=0,036$), sin embargo, en los chicos no aparecen diferencias significativas a lo largo de los años ($p=0,393$), por lo que podemos decir que la comunicación con el padre se mantiene en niveles similares en

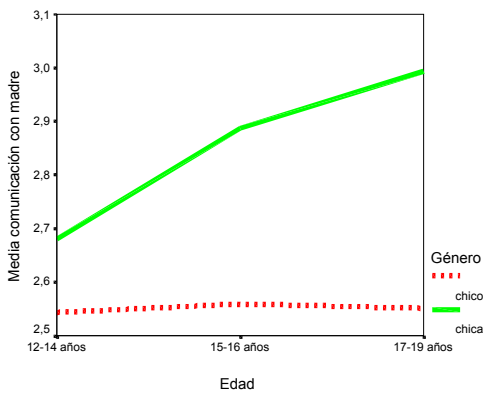
los diferentes momentos de la adolescencia. Por otro lado, en la comunicación con el padre no aparecen diferencias significativas entre chicos y chicas en ninguno de los tramos de edad.

Así, podemos señalar que mientras que el género del adolescente parece influir en la comunicación con la madre, no ocurre lo mismo en la comunicación con el padre.



Puntuaciones medias (1= no hablan nunca, 2= rara vez, 3= hablan algunas veces, 4= hablan muchas veces)

Figura 1: Comunicación con madre y padre por edad



Puntuaciones medias (1= no hablan nunca, 2= hablan rara vez, 3= hablan algunas veces, 4= hablan muchas veces)

Figura 2: Comunicación con madre

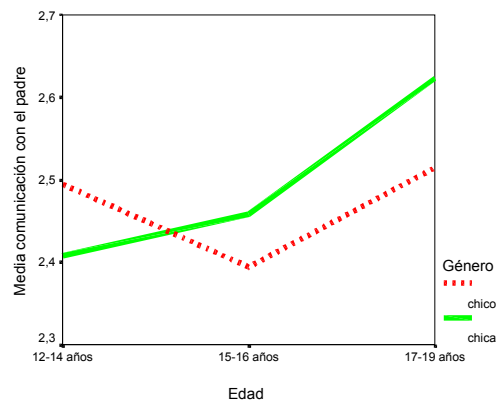


Figura 3: Comunicación con padre

Conflictos familiares

Para analizar los temas que provocan conflictos con más frecuencia entre progenitores y adolescentes, debemos dirigirnos a la Tabla 3. En ella observamos que las principales discusiones versan sobre temas académicos y domésticos como el tiempo que dedican a estudiar, las tareas de la casa, la hora de regreso tras las salidas o la forma de vestir. La carrera o profesión a elegir, las ideas políticas y religiosas o la conducta sexual del adolescente no suscitan conflictos con frecuencia. Además, en esta tabla podemos apreciar que las discusiones entre adolescentes, padres y madres no son muy frecuentes, ya que se sitúan por debajo de 2, lo que implica que chicos y chicas afirman no tener ningún conflicto o tenerlos muy pocas veces.

Si seguimos profundizando en la misma tabla, observamos que los chicos discuten más que las chicas con sus padres y madres sobre la mayoría de los temas, entre ellos, el tiempo de estudio y las notas que obtienen, el empleo del dinero y del tiempo libre, la forma de vestirse y arreglarse, las drogas, fumar y beber, o la profesión que van a elegir. Por el contrario, las chicas discuten más con sus progenitores sobre la hora de regreso a casa y los ligues que tienen. En temas como el reparto de las tareas del hogar, los lugares a los que salen, sus amistades, su conducta sexual o política y religión, no aparecen diferencias entre chicos y chicas, y tanto unos como otras discuten con sus progenitores más o menos con la misma frecuencia.

Al analizar la evolución que siguen los temas conflictivos a lo largo de la segunda década de la vida, los datos ponen de manifiesto que mientras que algunos no experimentan cambios, sobre otros, a medida que transcurren los años, se discute con menor frecuencia. En otras palabras, hay tópicos como los relacionados con la escuela, las tareas de la casa, el empleo del tiempo libre o del dinero, que no experimentan cambios a lo largo de la adolescencia. Sin embargo, en los temas que se producen cambios con la edad la tendencia es a que provoquen menos situaciones conflictivas a medi-

da que transcurre la adolescencia. Así, con los años, progenitores y adolescentes discuten menos sobre la hora de volver a casa ($p=0,035$), las drogas ($p=0,035$), los lugares donde salen ($p=0,002$), los amigos ($p=0,008$) o ligues que tienen ($p=0,002$), la forma de vestir ($p=0,000$) y su conducta sexual ($p=0,000$).

Por otra parte, podemos decir que el nivel educativo de los progenitores no parece estar relacionado con la frecuencia de conflictos con hijos e hijas ($p=0,421$).

En la Figura 4 observamos la evolución de la frecuencia de los conflictos entre adolescentes y progenitores con la edad. En ella vemos que a medida que transcurren los años disminuye ligeramente la frecuencia de los episodios conflictivos, aunque el mayor cambio lo experimentan las chicas ($p=0,066$). Para los varones las situaciones conflictivas disminuyen ligeramente pero no de forma significativa ($p=0,148$). Por otro lado, en la misma figura vemos que los chicos tienen con sus progenitores más conflictos que las chicas ($p=0,001$).

Si pasamos a analizar la intensidad emocional con que chicos y chicas viven dichos conflictos, la Tabla 4 refleja que los temas que provocan discusiones más fuertes son las drogas, la conducta sexual y la elección de carrera o profesión. Paradójicamente, y si recordamos lo dicho anteriormente, estos temas eran los que suscitaban menos conflictos entre progenitores y adolescentes.

Los temas que provocan conflictos de menor intensidad son el empleo del tiempo libre y del dinero, la forma de vestir, o la hora de recogida. Temas que por otro lado, eran fuente de conflicto con más frecuencia. Lo que queremos resaltar es que aquellos temas que originan conflictos con mucha frecuencia no son vividos con gran intensidad por parte de los adolescentes, mientras que aquellos que aparecen con menor frecuencia son los de una carga emocional mayor. Al analizar en la misma tabla las diferencias entre chicos y chicas, los datos indican que cuando aparecen diferencias entre unos y otras, los primeros suelen percibir los conflictos de manera más intensa emocionalmente. Los adolescentes viven los conflictos

sobre temas sexuales y académicos, sobre fumar o beber y sobre el empleo del tiempo libre, de forma más intensa que sus compañeras.

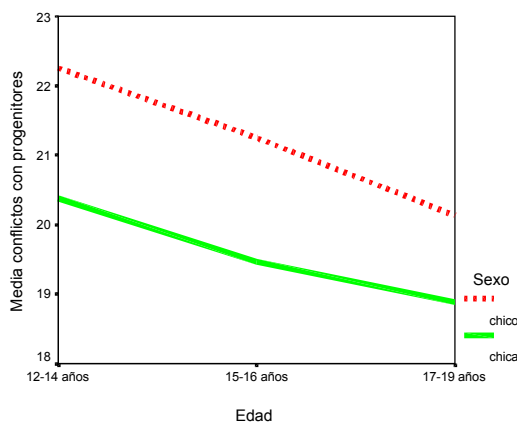
En la Figura 5 observamos que a medida que transcurren los años disminuye la intensidad emocional con que chicos y chicas perciben las discusiones con sus progenitores

($p=0,001$). Este decremento alcanza niveles significativos sólo entre los varones ($P=0,003$), ya que entre las chicas no llega a ser significativo ($p=0,116$). En cualquier caso, conviene señalar que en general las discusiones son percibidas como leves y medias para la mayoría de la población adolescente.

Tabla 3: Principales temas conflictivos. Diferencias entre chicos y chicas.

	Total	Chicos	Chicas	F	<i>p</i>
Tareas de la casa	2,02	2,05	2,00	0,424	0,515
Tiempo de estudio y notas	1,95	2,17	1,78	22,303	0,000
Hora de regreso a casa	1,76	1,67	1,82	4,112	0,043
En qué gastan el dinero	1,58	1,69	1,49	8,116	0,005
Forma de vestirse y arreglarse	1,45	1,54	1,39	4,963	0,026
Empleo del tiempo libre	1,41	1,52	1,33	9,718	0,002
Tabaco y alcohol	1,39	1,51	1,31	7,937	0,005
Lugares de salida	1,39	1,45	1,35	2,294	0,131
Amigos y amigas	1,30	1,32	1,29	0,243	0,622
Ligues	1,25	1,19	1,30	4,171	0,042
Drogas	1,24	1,38	1,13	14,749	0,000
Carrera o profesión	1,20	1,29	1,13	9,015	0,003
Política o religión	1,15	1,25	1,08	14,697	0,000
Conducta sexual	1,13	1,16	1,10	2,579	0,109

Puntuaciones medias (1= ningún conflicto, 2= algún conflicto, 3= bastantes conflictos, 4= muchos conflictos)



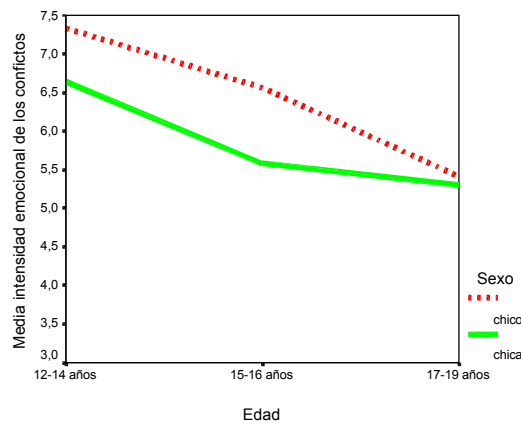
Sumatorio de la frecuencia de los conflictos en cada uno de los temas

Figura 4: Frecuencia de los conflictos por género y edad

Tabla 4: Temas que provocan conflictos de mayor y menor intensidad emocional. Diferencias entre chicos y chicas.

	Total	Chicos	Chicas	F	P
Drogas	2,07	2,19	1,88	2,277	0,136
Conducta sexual	1,69	1,91	1,48	4,294	0,044
Carrera o profesión	1,63	1,72	1,52	1,334	0,252
Tabaco y alcohol	1,62	1,77	1,48	4,451	0,037
Política o religión	1,58	1,72	1,35	3,097	0,085
Tiempo de estudio y notas	1,57	1,67	1,49	5,270	0,022
Ligues	1,53	1,84	1,41	7,695	0,007
Amigos y amigas	1,48	1,60	1,40	2,547	0,113
Tareas de la casa	1,43	1,45	1,41	0,400	0,528
Lugares de salida	1,41	1,49	1,35	1,903	0,170
Hora de regreso a casa	1,39	1,42	1,36	0,799	0,372
En qué gastan el dinero	1,37	1,41	1,33	0,821	0,336
Forma de vestirse y arreglarse	1,30	1,31	1,30	0,011	0,916
Empleo del tiempo libre	1,30	1,48	1,15	18,084	0,000

Puntuaciones medias(1= discusiones leves, 2= discusiones medias, 3= discusiones importantes)

**Figura 5:** Intensidad emocional de los conflictos por género y edad

Con respecto a la toma de decisión sobre diversos asuntos, nuestros datos ponen de manifiesto que chicos y chicas deciden de forma más autónoma sobre temas como las amistades, los sitios donde van, su conducta sexual, la carrera o profesión que van a elegir y temas políticos y religiosos. Por otro lado, temas como las tareas del hogar o la hora de regreso a casa son decididos conjuntamente entre madres, padres y adolescentes. Además, mientras que

las chicas deciden con más frecuencia sobre su carrera o profesión, el tabaco y el alcohol y asuntos académicos, los chicos deciden con más frecuencia la hora de regreso a casa y la realización de tareas del hogar. Cuando analizamos los niveles de decisión adolescente en los diferentes temas en función de la edad, descubrimos que en todos ellos, y a medida que transcurre la segunda década de la vida, chicos y chicas deciden con mayor frecuencia.

Discusión

Al analizar los patrones de comunicación familiar, nuestros datos han puesto de manifiesto que progenitores y adolescentes se comunican con relativa frecuencia sobre la mayoría de los temas. Los niveles de comunicación en este momento no son tan bajos como podría esperarse de acuerdo con algunos estereotipos sociales que destacan los años de la adolescencia como especialmente difíciles para la comunicación familiar. Por otro lado, nuestros datos apoyan los de Noller y Bagi (1985) que señalan que en general chicos y chicas hablan con mayor frecuencia con sus madres que con sus padres, y que con las primeras tratan temas algo más íntimos. Si bien los dos temas principales que chicos y chicas hablan con sus madres son las amistades o sus gustos e intereses, con el padre los dos temas de los que se habla con mayor frecuencia son las normas de la familia y los planes de futuro. No obstante, tanto con padres como con madres es más usual la comunicación sobre las normas del hogar, sus planes de futuro o lo que hacen en su tiempo libre, tratándose menos frecuentemente todo lo relacionado con drogas, política, religión y sexualidad. En este sentido, conviene señalar el efecto beneficioso que una adecuada comunicación sexual en la familia parece tener para evitar conductas sexuales de riesgo entre los y las adolescentes (Hutchinson y Cooney, 1998).

Al mismo tiempo, mientras que con los años los niveles de comunicación de las adolescentes con sus progenitores aumenta, la comunicación de los varones no parece experimentar grandes cambios. Hubiera sido muy interesante tener medidas de la comunicación familiar en los años de la infancia y más allá de la adolescencia tardía. Así, podríamos saber si realmente la frecuencia de la comunicación disminuye con la llegada de la pubertad (Barnes y Olson, 1985), al mismo tiempo que podríamos conocer qué ocurre tras la adolescencia.

La mayor comunicación con la madre creemos que puede explicarse, al menos en parte, atendiendo a la diferente implicación que

padres y madres tienen en la crianza y educación de sus hijos e hijas. En nuestra sociedad las madres parecen estar más presentes en el hogar que los padres, y no sólo debido a que la frecuencia del trabajo extradoméstico es menor para las mujeres, sino que incluso las madres que trabajan fuera del hogar están más implicadas en las vidas de sus hijos e hijas (Iglesias de Ussel, 1994; Menéndez, 1999). Por otro lado, podríamos encontrar una explicación complementaria en aquellos trabajos que han señalado que chicos y chicas perciben a sus madres de forma más cercana que a sus padres (Lanz *et al.*, 1999; Noller y Callan, 1990), por lo que la mayor comunicación con ellas estaría reflejando no sólo una mayor presencia física, sino también una mayor proximidad emocional.

Con respecto a los conflictos entre progenitores y adolescentes, una aportación que creemos interesante de este trabajo, es que ha puesto de manifiesto que la mayoría de los chicos y las chicas de nuestro contexto afirma no tener discusiones con excesiva frecuencia con sus madres y padres. Idea quizás opuesta a la imagen general de la adolescencia como un momento de importantes conflictos familiares. A pesar de todo, y siguiendo a autores como Holmbeck o Steinberg, creemos que si hubiéramos tenido medidas de los conflictos en los años de la infancia, probablemente hubiéramos percibido un aumento significativo en la primera etapa de la adolescencia (Holmbeck y Hill, 1991; Steinberg, 1987, 1988).

Si tenemos en cuenta la evolución de la frecuencia de los conflictos con la edad, conviene señalar que nuestros datos coinciden con los del meta-análisis de Laursen (Laursen *et al.*, 1998), ya que apuntan a una tendencia decreciente a lo largo de la adolescencia, en nuestro caso algo más significativa para las chicas. En otras palabras, en nuestro contexto y a medida que transcurren los años, parece disminuir ligeramente la frecuencia de episodios conflictivos entre progenitores y adolescentes, especialmente en el caso de las chicas. Asimismo, éstas parecen manifestar en todos los tramos de edad menos discusiones familiares que sus compañeros varones. Aunque los resultados apuntan a

una ligera disminución de los conflictos con la edad, pensamos que esta tendencia sería más clara si tuviéramos medidas de los episodios conflictivos más allá de los 18 y 19 años. Probablemente, durante la adolescencia tardía todavía estén funcionando mecanismos de ajuste mutuo que hacen que las discusiones y conflictos familiares no sean infrecuentes.

Si analizamos los temas que provocan conflictos con mayor y menor frecuencia, nuestros datos coinciden con los de Arnett (1999) y Noller (1994) cuando afirman que temas como la sexualidad, las drogas, la política o la religión, no provocan discusiones con mucha frecuencia, produciéndose la mayor parte de los conflictos sobre temas domésticos y académicos. A nuestro juicio, esto nos invita a reflexionar sobre diferentes aspectos. Por un lado, creemos que chicos y chicas no tienen discusiones sobre sexualidad, política, religión, fumar o beber porque si recordamos lo dicho en líneas anteriores, de estos mismos temas apenas se habla en la familia. Nuestros datos nos llevan a pensar que en la familia existen temas que se evitan, temas de los que ni se habla ni evidentemente se discute con mucha frecuencia. Estamos convencidos de que muchos de los problemas tanto de embarazos no deseados, como de enfermedades de transmisión sexual o de consumo de sustancias dañinas en la población adolescente, se verían disminuidos si madres y padres supieran cómo ser fuente activa de información para sus hijos e hijas. Algo especialmente importante si tenemos en cuenta, como han señalado diferentes autores (Benshoff y Alexander, 1993; Hutchinson y Cooney, 1998; Jordan *et al.*, 2000), que padres y madres desearían ser fuente de información para sus hijos e hijas, al mismo tiempo que a éstos les gustaría tener en casa una comunicación más natural sobre estos temas. En este sentido, el hecho de que la comunicación sea menos frecuente cuando los padres tienen un nivel educativo más bajo, podría indicar que éstos carecen de conocimientos y se sienten inseguros para abordar determinados temas como las drogas, la religión o la sexualidad.

Por otro lado, y según nuestros datos, en la familia se producen frecuentes discusiones acerca de la hora de llegar a casa, las tareas del hogar o el desempeño académico. Como han puesto de manifiesto diferentes trabajos, durante la adolescencia chicos y chicas comienzan a considerar que estos temas están bajo su responsabilidad (Smetana, 1988; 1989), lo que provoca enfrentamientos al encontrarse con unas madres y padres que podrían no entenderlo así. Además, estos temas pertenecen al ámbito de lo cotidiano, y son especialmente importantes para el reajuste de las relaciones familiares y para el proceso a través del cual chicos y chicas van a ir ganando autonomía y capacidad de decisión dentro del sistema familiar (Holmbeck y O'Donnell, 1991). Así, las discusiones sobre esos temas *menores* tales como la forma de vestir o las tareas del hogar, serían un contexto idóneo en el que perfilar las fronteras entre la autonomía adolescente y el mantenimiento del sistema familiar (Smetana 1989).

Aunque evidentemente, la dinámica que se establece durante la adolescencia de hijos e hijas está muy condicionada por aquella que se estableció en años anteriores, coincidimos con los autores que afirman que el aumento de la conflictividad en estos años es un fenómeno normativo e incluso positivo para el desarrollo de chicos y chicas (Gecas y Seff, 1990), siempre y cuando ocurra en un contexto familiar cálido y de comprensión mutua (Holmbeck, 1996). Probablemente, si no aparecieran situaciones conflictivas que obligaran a ese reajuste de las relaciones familiares sería muy difícil que chicos y chicas pudieran lograr una autonomía y forjarse una identidad diferente a la de sus progenitores (Holmbeck y Hill, 1991; Smetana, 1989; Steinberg, 1990).

Siguiendo con los conflictos entre progenitores y adolescentes, nos gustaría destacar una última idea que creemos es muy reveladora. Nuestros resultados han descrito una interesante relación entre la frecuencia de los conflictos y su intensidad emocional, poniendo de manifiesto que los temas de los que se discute con menor frecuencia son aquellos que se viven con mayor intensidad emocional. Las discusio-

nes sobre temas como la forma de vestir o la hora de regreso a casa, temas de los que se discute con mucha frecuencia, son percibidos por chicos y chicas como de menor intensidad emocional en oposición a las discusiones sobre las drogas o la sexualidad, que cuando aparecen provocan discusiones muy fuertes. A nuestro juicio, podrían existir dos posibles explicaciones para esta relación inversa entre frecuencia e intensidad emocional de los conflictos. Por un lado, podría ser que los temas que son fuente de discusión con mucha frecuencia, independientemente de la intensidad con que se vivirían en un principio, acaban haciéndose cotidianos para progenitores y adolescentes, por lo que a través de un proceso similar a la habituación no se percibirían de forma muy intensa. Sin embargo, la otra explicación alude a un proceso más consciente según el cual, progenitores y adolescentes evitan discutir sobre temas que saben van a provocar fuertes emociones. Independientemente del tipo de explicación que defendamos, estamos seguros de que el hecho de que los conflictos más frecuentes sean de leve intensidad emocional es un mecanismo adaptativo que pone en marcha el sistema familiar para evitar situaciones extremadamente disruptivas.

Siguiendo con la intensidad emocional, si bien nuestros datos acerca de la frecuencia de los conflictos apoyan los de Laursen, (Laursen *et al.*, 1998), no ocurre lo mismo con la vivencia emocional de dichos conflictos. Mientras que el meta-análisis apunta a un aumento de la intensidad entre la adolescencia inicial y media, nuestros resultados indican que las chicas viven los conflictos sin grandes cambios a lo largo de los años, disminuyendo incluso la vivencia negativa de los varones.

A continuación, nos gustaría señalar que en general nuestros datos han encontrado diferencias significativas entre chicos y chicas. Así, por ejemplo, la comunicación entre las adolescentes y sus progenitores es más frecuente, y a excepción de temas como la hora de recogida o las personas con las que salen, dicen tener menos conflictos que los chicos. Aunque no existen diferencias en la autonomía funcional de unos y

otras, los chicos deciden más sobre temas prácticos como la hora de llegar a casa. Esto podría explicar que las adolescentes se sintieran perjudicadas frente a sus compañeros, y discutieran más frecuentemente con madres y padres sobre ese tema en concreto. No obstante, nuestros datos han puesto de manifiesto que las adolescentes, en líneas generales, parecen discutir menos con sus progenitores y comunicarse con ellos de forma más frecuente que sus compañeros varones.

Creemos que este trabajo aporta resultados muy interesantes sobre las relaciones entre progenitores y adolescentes, sobre todo por estar referido a chicas y chicos de nuestro contexto, sin embargo, somos conscientes de sus limitaciones. Nuestros datos parten de un diseño transversal, a través del cual no podemos concluir sobre cambios intraindividuales con la edad. Lo más que podemos hacer es señalar una tendencia, que será necesario confirmar utilizando diseños longitudinales. Al mismo tiempo, aunque se podría considerar que nuestros resultados son parciales por presentar sólo la versión adolescente sin contar con la opinión de madres y padres, no creemos que condene los resultados a la imparcialidad, ya que reflejan una realidad: la vivencia de chicos y chicas, que por ser vivencia no es menos realidad. Además, diferentes estudios han puesto de manifiesto que cuando se comparan las opiniones de progenitores y adolescentes con la de observadores externos, la de chicos y chicas suele coincidir en mayor medida con la de las personas no implicadas directamente (Gonzales *et al.*, 1996), lo que parece reflejar una mayor *objetividad* de los y las adolescentes.

Antes de concluir conviene añadir que con este trabajo creemos haber cubierto los objetivos que nos planteamos en un principio, esto es, arrojar alguna luz sobre los patrones de comunicación y la evolución de los conflictos entre progenitores y adolescentes de nuestro contexto, no olvidando la influencia de la variable género. Nos gustaría insistir en que aunque aún queda mucho por conocer, por ejemplo a la hora de determinar cuales son las características del medio familiar que hacen que los conflictos

jueguen un papel positivo para el desarrollo, al menos han aparecido algunos indicios que nos indican por donde debemos seguir investigando y qué derroteros debemos tomar en el futuro. Para terminar, creemos importante insistir

en que nuestros datos han revelado una fotografía de las relaciones familiares durante la transición de la adolescencia mucho menos dramática de la que parece existir en la sociedad actual.

Referencias

- Arnett, J. J. (1999). Adolescent storm and stress, reconsidered. *American Psychologist*, 54, 317-326.
- Barnes, H. L. y Olson, D. H. (1985). Parent-adolescent communication and the circumplex model. *Child Development*, 56, 438-447.
- Benshoff, J. M. y Alexander, S. J. (1993). The family communication project: fostering parent-child communication about sexuality. *Elementary School Guidance & Counselling*, 27, 228.
- Collins, W. A. (1992). Parents' cognitions and developmental changes in relationships during adolescence. En I. Sigel, A. McGillicuddy-Delisi y J. J. Goodnow. *Parenting Belief Systems* (pp. 175-199). Hillsdale, N. J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Collins, W. A., Laursen, B., Mortensen, N., Luebker, C. y Ferreira, M. (1997). Conflict processes and transitions in parent and peer relationships: implications for autonomy and regulation. *Journal of Adolescent Research*, 12, 178-198.
- Cooper, C. R., Grotevant, H. D. y Condom, S. M. (1983). Individuality and connectedness in the family as a context for adolescent identity formation and role-taking skill. En H. D. Grotevant y C. R. Cooper (Eds) *Adolescent Development In The Family: New Directions For Child Development*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Eberly, M. B. y Montemayor, R. (1999). Adolescent affection and helpfulness toward parents: a 2-year follow-up. *Journal of Early Adolescence*, 19, 226-249.
- Gecas, V. y Seff, M. (1990). Families And Adolescent: A Review Of The 1980s. *Journal of Marriage and the Family*, 52, 941-958.
- Gonzales, N. A.; Cauce, A. M. y Mason, C. A. (1996). Inter-observer agreement in the assessment of parental behaviour and parent-adolescent conflict: african-american mothers, daughters and independent observers. *Child Development*, 67, 1483-1498.
- Hetherington, E. M. y Anderson, E. R. (1988). The effects of divorce and remarriage on early adolescents and their families. En M. D. Levine y E. R. Mcanarney. *Early Adolescent Transitions* (pp. 49-67). Lexington, MA: Lexington Books.
- Holmbeck, G. N. (1996). *A model of family relational transformations during the transition to adolescence: parent-adolescent conflict and adaptation*. Mahwah, N. J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Holmbeck, G. N. y Hill, J. P. (1991). Conflictive engagement, positive affect and menarche in families with seventh-grade girls. *Child Development*, 62, 1030-1048.
- Holmbeck, G. N. y O'donnell, K. (1991). *Discrepancies between perceptions of decision making and behavioural autonomy*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Holmbeck, G. N., Paikoff, R. L. y Brooks-Gunn, J. (1995). Parenting adolescents. En M. H. Bornstein (Ed.). *Handbook of Parenting*. Vol I (pp. 91-118). New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Hutchinson, M. K. y Cooney, T. M. (1998). Patterns of parent-teen sexual risk communication: implications for intervention. *Family Relations*, 47, 185.
- Iglesias de Ussel, J. (1994). La familia. En M. Juárez (Dir.). *V informe sociológico sobre la situación social en España*. Madrid: Fundación FOESSA.
- Jordan, T. R., Price, J. H. y Fitzgerald, S. (2000). Rural parents' communication with their teen-agers about sexual issues. *Journal of School Health*, 70, 338-345.
- Lanz, M.; Iafrate, R.; Rosnati, R. y Scabini, E. (1999). Parent-child communication and adolescent self-esteem in separated, inter-country adoptive and intact non-adoptive families. *Journal of Adolescence*, 22, 784-794.
- Laursen, B. y Collins, W. A. (1994). Interpersonal conflict during adolescence. *Psychological Bulletin*, 115, 197-209.
- Laursen, B., Coy, K. y Collins, W. A. (1998). Reconsidering changes in parent-child conflict across adolescence: a meta-analysis. *Child Development*, 69, 817-832.
- Marta, E. (1997). Parent-adolescent interactions and psychosocial risk in adolescents: an analysis of communication, support and gender. *Journal of Adolescence*, 20, 473-486.
- Menéndez, S. (1999). *La implicación del padre en la crianza y el cuidado de sus hijos e hijas. Un estudio evolutivo*. Tesis doctoral no publicada. Universidad de Sevilla.
- Montemayor, R. (1983). Parents and adolescents in conflict: all families some of the time and some families most of the time. *Journal of Early Adolescence*, 3, 83-103.
- Montemayor, R. (1986). Family variation in parent-adolescent storm and stress. *Journal of Adolescent Research*, 1, 15-31.
- Motrico, E., Fuentes, M. J. y Bersabé, R. (2001). Discrepancias en la percepción de los conflictos entre padres e hijos/as a lo largo de la adolescencia. *Anales de Psicología* 17, 1-13.
- Noller, P. (1994). Relationship with parents in adolescence: process and outcomes. En R. Montemayor, G. R. Adams, y T. P. Gullota. *Personal Relationship During Adolescence*. Thousand Oaks, CA: SAGE.
- Noller, P. y Bagi, S. (1985). Parent-adolescent communication. *Journal of Adolescence*, 8, 125-144.

- Noller, P. y Callan, V. (1990). Adolescents' perceptions of the nature of their communication with parents. *Journal of Youth and Adolescence*, 19, 349-362.
- Noller, P. y Callan, V. J. (1986). Adolescent and parent perceptions of family cohesion and adaptability. *Journal Of Adolescence*, 9, 97-106.
- Noller, P. y Callan, V. J. (1988). Understanding parent-adolescent interaction: the perception of family members and outsiders. *Developmental Psychology*, 24, 707-714.
- Paikoff, R. L. y Brooks-Gunn, J. (1991). Do parent-child relationships change during puberty? *Psychological Bulletin*, 110, 47-66.
- Selman, R. L. (1981). The development of interpersonal competence: the role of understanding in conduct. *Developmental Review*, 1, 401-422.
- Smetana, J. G. (1988). Adolescents' and parents' conceptions of parental authority. *Child Development*, 59, 321-335.
- Smetana, J. G. (1989). Adolescents' and parents' reasoning about family conflict. *Child Development*, 60, 1052 - 1067.
- Steinberg, L. (1981). Transformations in family relations at puberty. *Developmental Psychology*, 17, 833-840.
- Steinberg, L. (1987). Impact of puberty on family relations: effects of pubertal status and pubertal timing. *Developmental Psychology*, 23, 451-460.
- Steinberg, L. (1988). Reciprocal relations between parent-child distance and pubertal maturation. *Developmental Psychology*, 24, 122-128.
- Steinberg, L. (1990). Interdependence in the family: autonomy, conflict and harmony in the parent-adolescent relationship. En S. S. Feldman y G. L. Elliott, *At the Threshold: The Developing Adolescent*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Steinberg, L. y Hill, J. (1978). Patterns of family interactions as a function of age. The onset of puberty and formal thinking. *Developmental psychology*, 14, 683-694
- Youniss, J. y Smollar, J. (1985). *Adolescent relations with mothers, fathers and friends*. Chicago: University of Chicago Press.

(Artículo recibido: 20-4-2002, aceptado: 7-11-2002)

Anexo I

Instrumento para la evaluación de la comunicación con padre y madre

Nos gustaría saber con qué frecuencia hablas con tu padre y con tu madre de algunos temas, para ello responde rotando con un círculo el "1" si no hablas nunca de ese tema, el "2" si lo haces rara vez o en contadas ocasiones, el "3" si lo haces algunas veces, y el "4" si hablas muchas veces con de ese asunto. También nos gustaría saber si crees que tus padres y tú pensáis de forma parecida o diferente sobre esos temas, para ello deber señalar "1" si crees que tus padres y tú estáis totalmente en desacuerdo, "2" si crees que estáis en desacuerdo, "3" si piensas que estáis de acuerdo, y "4" si estáis totalmente de acuerdo. Al final asegúrate de que has señalado dos opciones por cada una de las filas

	Nunca	Rara vez	Algunas veces	Muchas veces	Totalmente en desacuerdo			
					En desacuerdo	De acuerdo	Totalmente de acuerdo	
CON TU PADRE								
1. De tus amigos/as	1	2	3	4	1	2	3	4
2. De lo que haces cuando estás fuera de casa	1	2	3	4	1	2	3	4
3. De tus gustos e intereses (deportes, música...)	1	2	3	4	1	2	3	4
4. De las normas en familia (tareas en casa, hora de llegar por la noche..)	1	2	3	4	1	2	3	4
5. De tus planes de futuro (carrera a estudiar, profesión...)	1	2	3	4	1	2	3	4
6. De sexualidad en general	1	2	3	4	1	2	3	4
7. De tu conducta sexual	1	2	3	4	1	2	3	4
8. De tu novio/a o chicos/as que te gustan	1	2	3	4	1	2	3	4
9. De alcohol o tabaco	1	2	3	4	1	2	3	4
10. De drogas	1	2	3	4	1	2	3	4
CON TU MADRE								
1. De tus amigos/as	1	2	3	4	1	2	3	4
2. De lo que haces cuando estás fuera de casa	1	2	3	4	1	2	3	4
3. De tus gustos e intereses (deportes, música...)	1	2	3	4	1	2	3	4
4. De las normas en familia (tareas en casa, hora de llegar por la noche..)	1	2	3	4	1	2	3	4
5. De tus planes de futuro (carrera a estudiar, profesión...)	1	2	3	4	1	2	3	4
6. De sexualidad en general	1	2	3	4	1	2	3	4
7. De tu conducta sexual	1	2	3	4	1	2	3	4
8. De tu novio/a o chicos/as que te gustan	1	2	3	4	1	2	3	4
9. De alcohol o tabaco	1	2	3	4	1	2	3	4
10. De drogas	1	2	3	4	1	2	3	4
11. De política o religión	1	2	3	4	1	2	3	4

Anexo II

Instrumento para la evaluación de los conflictos con los progenitores

Nos gustaría que nos indicases si durante el último mes has tenido broncas y discusiones con tus padres acerca de los temas que aparecen en la lista de abajo y quién toma las decisiones respecto a dichos temas. En primer lugar señala 1 si no has tenido ninguna discusión, 2 si has tenido algunas, 3 si han sido bastantes y 4 si han sido muchas. También nos gustaría que nos señalases si estas broncas han sido: 1 leves, 2 de intensidad media o 3 muy gordas o intensas. Por último, indica si en los temas que aparecen listados, las decisiones al respecto las toman tus padres (1), las tomáis entre tus padres y tú tras hablar sobre ello (2), o si sois vosotros quien tomáis la decisión (3).

	Ninguna bronca	Alguna bronca	Bastantes broncas	Muchas broncas	Broncas leves	Broncas medias	Broncas gordas	Mis padres deciden	Mis padres y yo decidimos	Yo decido
1. La hora de volver a casa	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
2. A qué dedicas el tiempo libre	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
3. El tiempo que dedicas a estudiar y las notas que sacas	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
4. Los amigos con quien sales	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
5. Los ligues que tienes	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
6. Tu conducta sexual	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
7. Como te vistes o arreglas	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
8. Las tareas de casa (limpiar, ordenar tu cuarto..)	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
9. Fumar y beber alcohol	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
10. Tomar drogas	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
11. Los sitios a donde vas cuando sales	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
12. En qué gastas el dinero	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
13. Política o religión	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3
14. La carrera o profesión que prefieres seguir	1	2	3	4	1	2	3	1	2	3

Evolución y determinantes de la autoestima durante los años adolescentes

Águeda Parra
Alfredo Oliva
Universidad de Sevilla
Inmaculada Sánchez-Queija
UNED

Los objetivos de este trabajo son analizar la evolución de la autoestima durante los años de la adolescencia, y conocer los factores que influyen sobre ella, prestando especial atención al papel del género. Una muestra de 221 chicos y 292 chicas de edades comprendidas entre los 12 y los 19 años completaron diferentes instrumentos referidos a su autoestima, la calidad del medio familiar, las relaciones con sus iguales y el rendimiento académico. Como principales resultados podemos destacar, en primer lugar, la ausencia de diferencias entre los niveles de autoestima de los chicos y chicas de nuestra muestra; al mismo tiempo, los datos han puesto de manifiesto la importancia del clima familiar y de las relaciones de apego con los iguales para la autoestima adolescente; finalmente, el rendimiento académico ha resultado ser una variable importante sólo para la autoestima de las chicas. Estos y otros resultados son analizados en la discusión.

Palabras clave: adolescencia, autoestima, familia, iguales.

The aim of this study is to analyse changes in self-esteem with age, and to determine which variables contribute to its development. We are also interested in studying differences between boys and girls. The sample comprised 221 boys and 292 girls, between the ages of 12 and 19. They completed a questionnaire including scales on self-esteem, family and peer relationships, and school performance. The results showed that there are no significant differences between levels of self-esteem in boys and girls. Furthermore, the data emphasized the role of caregivers and peers in the development of self-esteem. However, school performance was im-

Investigación incluida en un proyecto financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología. Proyecto de I+D con referencia BSO2002-03022, inscrito en el marco del Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica.

Correspondencia: Águeda Parra Jiménez, Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología. Universidad de Sevilla. Avda. Camilo José Cela, s/n, 41018 Sevilla. Correo electrónico: aparra@us.es

portant to self-esteem only in the girls, not in the boys. These and other results are discussed.

Key words: Adolescence, self-esteem, family relationship, peer relationship

La autoestima es uno de los pilares fundamentales sobre el que se construye la personalidad desde la infancia, y uno de los más potentes predictores del grado de ajuste psicológico durante la adolescencia y la adultez (DuBois, Bull, Sherman, y Roberts, 1998). Sin embargo, la autoestima no es un rasgo estático ni estable en el tiempo, sino más bien un índice dinámico y sujeto a cambios (Baldwin y Hoffmann, 2002), que se ve influido por las experiencias a las que las personas nos vemos expuestas. Teniendo en cuenta que la adolescencia es un periodo en el que chicas y chicos deberán hacer frente a importantes cambios y resolver distintas tareas evolutivas (Havighurst, 1972), es de esperar que su nivel de autoestima experimente cambios y fluctuaciones.

Los estudios que han analizado la evolución de la autoestima durante la adolescencia no han aportado datos concluyentes. Algunas investigaciones coinciden en encontrar un decremento en la autoestima durante la adolescencia inicial, que tiende a recuperarse a lo largo de la adolescencia media y tardía (Rosenberg, 1986; Savin-Williams y Demo, 1984). Probablemente, de los tres periodos en los que la mayoría de los autores segmentan la adolescencia (Havighurst, 1972; Steinberg, 2002), la etapa inicial sea la que incluya más cambios y tareas evolutivas –aceptar los cambios físicos asociados a la pubertad, desvincularse de los padres, pasar de primaria a secundaria– por lo que es razonable que sea en la adolescencia inicial cuando se encuentren los niveles más bajos de autoestima. Cuando estos mismos adolescentes vayan ganando en autonomía, libertad, responsabilidad y acepten su nueva apariencia física, los niveles de autoestima mejorarán (Hart, Fegley y Brengelman, 1993).

Otros trabajos, por el contrario, señalan que la evolución de la autoestima depende de diferencias individuales, ya que mientras que en determinados chicos y chicas su autoestima permanece estable durante la adolescencia, para otros sufre más fluctuaciones (Baldwin y Hoffmann, 2002; Deihl, Vicary y Deike, 1997). Al mismo tiempo, otras investigaciones destacan la importancia del dominio específico en el que el adolescente se valore (Bolognini, Plancherel, Bettschart y Halfon, 1996; Harter, Waters y Whitesell, 1998). Parece que en este momento, determinados aspectos cobran una gran importancia para la valoración que el adolescente hace de su persona, así por ejemplo, la apariencia física se convierte en un aspecto central de la autoestima en estos años, sobre todo durante la adolescencia inicial y especialmente para las chicas (Usmiani y Daniluk, 1997). En este punto conviene señalar, sin embargo, que diferentes autores han encontrado relaciones significativas entre las autoestimas parciales referidas a dominios específicos y aquella de carácter más global (Harter, 1990).

La importancia que cobra el aspecto físico a la hora de entender la autoestima en los primeros años de la adolescencia puede contribuir a explicar las diferencias de género que muchos trabajos han puesto de manifiesto, y que apun-

tan a que las adolescentes tienen niveles de autoestima más bajos que sus compañeros varones (Block y Robins, 1993; Bolognini, *et al.*, 1996; Chubb, Fertman y Ross, 1997). Así, el meta-análisis realizado por Kling, Hyde, Showers, y Buswell (1999) encuentra que, tomados como grupo, los chicos presentan niveles de autoestima ligeramente superiores a las chicas. Como motivos que explicarían la menor autoestima de las adolescentes, Kling y sus colegas señalan entre otros los roles y estereotipos de género, que en nuestra sociedad hacen que la confianza en uno mismo sea un valor típicamente masculino; la escasa satisfacción que las chicas encuentran con una maduración física que aleja a su cuerpo del estereotipo de belleza femenina actual; o el diferente tratamiento que chicos y chicas reciben en la escuela por parte del profesorado, que por ejemplo suele atribuir el fracaso de los varones a problemas de motivación y el de las mujeres a su menor competencia. Un elemento también importante que creemos puede estar influyendo en estas diferencias de género son las prácticas educativas diferenciales que en la familia se ejercen con chicos y chicas (Block y Williams, 1993; Oliva, 1999). En un momento en que éstas demandan más libertad, en nuestra cultura no es extraño que, al menos en un primer momento, los progenitores dificulten dicha libertad e incluso la restrinjan; los chicos, por el contrario, suelen encontrarse con menos oposición para ir ganando autonomía.

En cualquier caso, debemos señalar que no existen datos definitivos respecto a los mayores niveles de autoestima de los chicos frente a las chicas, ya que algunos trabajos no han encontrado diferencias significativas entre unos y otras (Fuertes, Carpintero, Martínez, Soriano y Hernández, 1997; Lundí, Field, Mc Bride, Field y Largies, 1998). Por otro lado, el meta-análisis de Wilgenbush y Merrell (1999) señala que para identificar diferencias de género tenemos que tener en cuenta los dominios de referencia. Para estos autores, las valoraciones más o menos positivas que chicos y chicas hacen de ellos mismos dependen del área de referencia; aunque bien es verdad que los adolescentes manifiestan mayor autoestima global y en contextos como las matemáticas, la apariencia física o los deportes, sus compañeras presentan niveles superiores en la autoestima referida a competencias verbales y a las relaciones personales.

Los estudios que analizan los factores que influyen en la autoestima durante la adolescencia coinciden en destacar la importancia de las relaciones que se establecen dentro del seno familiar. Así, la literatura ha señalado con bastante rotundidad que los chicos y chicas que se sienten apoyados y protegidos por sus progenitores son los que obtienen puntuaciones más altas en autoestima. Sin embargo, cuando se analiza el apoyo por parte de madre y padre por separado los resultados no son tan claros. Algunos trabajos encuentran que es especialmente importante el apoyo percibido por parte del padre (Noller y Callan, 1991), ya que la percepción adolescente del apoyo y la protección proporcionados por el padre correlaciona más con su autoestima que el apoyo proporcionado por la madre. Por el contrario otras investigaciones señalan que mientras el apoyo del padre es más importante para la autoestima femenina, el apoyo de la madre lo es para la masculina (Richards, Gitelson, Petersen y Hurting, 1991). Finalmente, estudios realizados en nuestro contexto encuentran lo contrario, y señalan que para las chicas serían más importantes las relaciones positivas y de confianza estableci-

das con la madre, mientras que para los chicos las establecidas con el padre (Romero, Otero-López y Luengo, 1995).

En cualquier caso, los estudios han demostrado que los padres y madres que tienen relaciones más íntimas y afectuosas con sus hijos e hijas son los que favorecen la autoestima en mayor medida. Concretamente, los trabajos que han analizado la autoestima adolescente a la luz del constructo de los estilos disciplinarios han señalado que los hijos e hijas de progenitores democráticos presentan niveles significativamente más altos de autoestima que aquellos que provienen de hogares autoritarios o indiferentes (Lamborn, Mounts, Steinberg y Dornbush, 1991). Respecto a las dimensiones de afecto y control, la mayoría de estos estudios ha destacado sobre todo la importancia del afecto y la comunicación frente a la del control. Así, mientras que el control favorecería el manejo adecuado de los impulsos y la responsabilidad social, el afecto y la responsividad facilitarían el desarrollo de la autoestima y de diferentes habilidades sociales (Barber, Olsen y Shagle, 1994; Gray y Steinberg, 1999; Holmbeck, Paikoff y Brooks-Gunn, 1995). Como vemos, el cariño y el apoyo percibido por chicos y chicas en el hogar influye en su autoestima. Así mismo, otras variables del sistema familiar como la cohesión (Baldwin y Hoffmann, 2002), el uso de técnicas de control inductivas (Noller, 1994) o las relaciones de apego seguro también influyen positivamente sobre la autoestima adolescente (Noller, 1995).

Sin embargo, conviene señalar que el contexto familiar no es el único influyente para la autoestima adolescente. Es un hecho bien contrastado que con la llegada de la adolescencia, chicos y chicas comienzan a pasar más tiempo con los iguales. Como ejemplo, podemos señalar que según el estudio de la Fundación Santa María *Jóvenes Españoles del año 1999*, los amigos y compañeros son el segundo aspecto más importante para nuestros adolescentes, después de la familia y antes incluso que cuestiones relacionadas con ganar dinero, tener una vida sexual satisfactoria o los estudios, la formación y el trabajo (Elizo *et al.*, 1999). Desde la preadolescencia, estas relaciones con los iguales han empezado a ser más intensas y profundas que en la niñez (Sullivan, 1953), por lo que no debe extrañarnos que este grupo se convierta en una importante fuente de referencia para la autoestima de chicos y chicas (Harter, 1998). La importancia de las relaciones entre iguales durante la adolescencia en cuanto al ajuste psicológico en general (Field y Lang, 1995; Koon, 1997; Levitt, Guacci-Franco y Levitt, 1993), y al desarrollo de una autoestima positiva en particular (Buhrmester, 1990; 1996; Chou, 2000; Savin-Williams y Berndt, 1990; Sullivan, 1953) ha sido ampliamente demostrada en la literatura científica. Sin embargo, cada vez son más los autores que sugieren la necesidad de estudiar la influencia de diferentes tipos de amistades sobre el ajuste psicológico, ya que tiene sentido pensar que cualquier tipo de amistad no influye positivamente en la autoestima, sino sólo aquella que reúna una serie de condiciones de apoyo mutuo e intimidad (Lieberman, Doyle y Markiewicz, 1999; Shulman, Laursen, Kalman y Karpovsky, 1997).

El contexto escolar también parece influir sobre la autoestima adolescente. La transición de la escuela primaria a secundaria implica un cambio en la «cultura escolar» al que los y las adolescentes tendrán que hacer frente (Yates, 1999). Este cambio en la cultura escolar se traduce para el joven en la inclusión

en un contexto en el que tiene que construir de nuevo una red social de amigos, o en el que pierde estatus al pasar a formar parte del grupo de los «pequeños» del instituto. Incluso aunque no se produzca un cambio de centro educativo, la entrada en secundaria implica toda una serie de retos: desde la aparición de unos nuevos métodos de enseñanza, hasta unas formas de evaluación más duras y competitivas, pasando por una mayor libertad a la hora de elegir asignaturas o incluso de asistir o no a clase. Algunos estudios han señalado que todos estos cambios, al menos en los primeros momentos de la transición, influyen negativamente en la autoestima adolescente (Simons, Rosenberg y Rosenberg, 1973; Wigfield, Eccles, Mac Iver, Reuman y Midgley, 1991), y por consiguiente pueden estar relacionados con un menor interés hacia la escuela y un peor desempeño académico.

Todo lo comentado hasta ahora refleja el profundo interés de la comunidad científica sobre el estudio de la autoestima durante los años adolescentes, sin embargo aún es poco lo que sabemos de la realidad de los chicos y chicas de nuestro contexto inmediato. Así el objetivo de este trabajo es analizar diferentes aspectos de la autoestima en una muestra de adolescentes sevillanos. Concretamente partimos de dos hipótesis: por un lado esperamos encontrar los niveles más bajos de autoestima durante la adolescencia inicial, y por otro, suponemos que el buen clima familiar, las relaciones de confianza con los iguales y el rendimiento académico estarán relacionados positivamente con la autoestima de chicos y chicas. Finalmente nos planteamos una pregunta de investigación para la que no tenemos hipótesis claras, y es la influencia del género sobre la autoestima adolescente, en otras palabras, pretendemos saber si, como han señalada algunos trabajos, los chicos realmente muestran niveles superiores de autoestima que las chicas.

Método

Sujetos y procedimiento

La muestra estaba compuesta por 513 adolescentes, 221 chicos (43.1%) y 292 chicas (56.9%). Seleccionamos a los adolescentes para que hubiera chicos y chicas representados en los tres momentos en los que la mayoría de los autores suelen dividir la adolescencia: inicial, media y tardía. Así 164 sujetos se encontraban en la adolescencia inicial (12-13 años), 177 en la media (15 años), y 172 en la tardía (18-19 años) (Tabla 1).

TABLA 1. DISTRIBUCIÓN DE LOS SUJETOS POR EDAD Y GÉNERO

	<i>Chicos</i>	<i>Chicas</i>	<i>Total</i>
Adolescencia inicial	71 (32,1%)	93 (31,8%)	164 (32,0%)
Adolescencia media	74 (33,5%)	103 (35,3%)	177 (34,5%)
Adolescencia tardía	76 (34,4%)	96 (32,9%)	172 (33,5%)

Chicas y chicos fueron reclutados en 10 centros educativos de Sevilla capital y su provincia. Durante el curso académico 1998-1999, momento en el que realizamos la recogida de los datos, convivían en la educación española el sistema tradicional del Bachillerato y la Formación Profesional con el recién estrenado de la Educación Secundaria. Así, entrevistamos a adolescentes que estudiaban 2º de ESO (alrededor de los 13 años), 4º ESO, 2º BUP y 2º FP (alrededor de los 15 años), COU y 4º FP (alrededor de los 17 años). La elección de los colegios e institutos se realizó teniendo en cuenta criterios como su pertenencia al mundo rural o urbano, su titularidad (pública o privada-concertada) y el nivel socioeconómico de los chicos y las chicas que asistían a sus aulas.

Los cuestionarios eran anónimos y fueron aplicados por miembros del equipo de investigación. Tras unos primeros contactos telefónicos y por escrito con los directores y directoras de los centros educativos en los que se explicaban los objetivos del estudio, la persona encargada de recoger los datos visitaba el colegio o el instituto y seleccionaba las aulas necesarias. Todos los sujetos de cada aula seleccionada rellenaban el cuestionario en varias sesiones de unos 45 minutos de duración, repartidas a lo largo de diferentes días.

Instrumentos

Para esta investigación se elaboró un cuestionario que incluía instrumentos para evaluar diferentes aspectos del desarrollo personal adolescente y de sus relaciones con familia y amigos. Algunos de estos instrumentos fueron elaborados *ad hoc* para nuestra investigación, mientras que otros fueron adaptaciones o traducciones de instrumentos diseñados por diferentes autores.

A continuación aparece una breve descripción de los instrumentos utilizados.

Relaciones familiares

• *Estilo disciplinario parental.* Fue evaluado con el instrumento creado por Lamborn, Mounts, Steinberg y Dornbusch (1991). Está compuesto por 24 ítems referidos a la percepción que el adolescente tiene sobre el estilo educativo o disciplinario empleado por sus progenitores. Las cuestiones se agrupan en dos dimensiones: comunicación o afecto ($\alpha = .71$) y control o supervisión ($\alpha = .70$). A través de la combinación de estas dos dimensiones, y siguiendo las directrices de los autores de la escala, se construyen los cuatro estilos disciplinarios tradicionales: democrático, permisivo, autoritario e indiferente. La construcción de dichos estilos se realizó partiendo de las puntuaciones de los sujetos en las dimensiones de comunicación/afecto y control/supervisión en relación a la media. Aquellos sujetos que obtuvieron puntuaciones por encima de la media en ambas dimensiones fueron calificados como democráticos, los que por el contrario puntuaron por debajo obtuvieron la etiqueta de indiferentes. Los progenitores que puntuaron por encima de la media en afecto y por debajo en control fueron considerados como permisivos. Finalmente, aquellos que estuvieron por encima de la media en control y por debajo en afecto fueron los autoritarios.

- *Funcionamiento familiar.* Fue evaluado con el instrumento FACES II (*Family Adaptability and Cohesion Scale*; Olson, Portner y Lavee, 1985). Se trata de una escala desarrollada para evaluar la estructura relacional familiar. Compuesto por 30 ítems que permiten evaluar la cohesión ($\alpha = 0,75$) y la adaptabilidad ($\alpha = 0,75$) en las relaciones familiares.

- *Comunicación y acuerdo con ambos progenitores.* Se trata de una escala elaborada para esta investigación compuesta por 22 ítems, 11 referidos al padre y 11 referidos a la madre, que evalúan la frecuencia de la comunicación familiar sobre diversos temas (amistades, tiempo libre, sexualidad, drogas, planes de futuro, etc.), así como el grado de acuerdo entre progenitores y adolescentes en relación a dichos temas. La frecuencia de la comunicación se mide a través de una escala tipo likert de 1 a 4 donde el 1 significa que nunca hablan del tema en cuestión, 2 que hablan rara vez, 3 que hablan algunas veces, y 4 que lo hacen con mucha frecuencia. Para el grado de acuerdo también se utilizó una escala likert de 1 a 4, donde 1 implica estar totalmente en desacuerdo y el 4 totalmente de acuerdo. La fiabilidad de la escala comunicación con la madre fue de .80, la de comunicación con el padre alcanzó un nivel de .81. Las escalas de acuerdo con padre y madre obtuvieron ambas un alfa de .80.

- *Conflictos en las relaciones con los progenitores.* De formato similar al anterior, es una escala de 14 ítems que evalúa la frecuencia de aparición de discusiones entre progenitores y adolescentes sobre diversos temas (hora de volver a casa, amistades, drogas, política o religión, etc.) ($\alpha = .81$). También recoge información acerca de la intensidad emocional con la que chicos y chicas perciben dichas discusiones ($\alpha = .93$), y sobre la autonomía funcional adolescente ante cada uno de los temas, esto es, su posibilidad de decidir ante ellos ($\alpha = .85$). La frecuencia de las discusiones se evalúa con una escala likert de 1 a 4 donde 1 implica no tener ninguna discusión y 4 tener discusiones muchas veces. Para la intensidad emocional también se utiliza una escala likert en la que 1 supone que las discusiones son leves, 2 que son de intensidad media y 3 de intensidad fuerte. Finalmente, la posibilidad de decisión del chico o la chica se evalúa con una escala donde 1 significa que los padres deciden el tema en cuestión, 2 que deciden conjuntamente padres y adolescentes y 3 que decide el chico o la chica de forma independiente.

Relaciones con los iguales

- *Apego a los iguales.* Es una adaptación de 21 ítems de la escala elaborada por Armsden y Greenberg (1987) para evaluar aspectos como la confianza ($\alpha = .83$), la comunicación ($\alpha = .81$) y la alienación ($\alpha = .72$) en las relaciones con los iguales. Alcanzó una fiabilidad total de $\alpha = .70$. 3 ítems de la escala original fueron suprimidos para aumentar su fiabilidad.

- *Intimidad con el mejor amigo.* Utilizamos una escala elaborada por Shrabany (1994). Su fiabilidad total fue de $\alpha = .90$.

Autoestima

- *Escala de autoestima.* Utilizamos la conocida escala elaborada por Rosenberg publicada en 1965 compuesta por 10 ítems que realiza una evaluación global del nivel de autoestima individual. Su fiabilidad fue de $\alpha = .80$.

Aspectos académicos

• **Rendimiento académico.** Preguntamos a chicos y chicas por sus últimas calificaciones escolares y realizamos una media a través de la cual obtuvimos un índice general de su rendimiento académico.

Resultados

En primer lugar comenzaremos analizando la evolución de la autoestima con la edad. Nuestros datos indican que a medida que transcurren los años, la autoestima adolescente experimenta un incremento, $F(2, 505) = 5.50, p = .004$. Además, y como vemos en la figura 1, este incremento es significativo para las chicas $F(2, 288) = 3.04, p = .049$ y para los chicos $F(2, 214) = 2.94, p = .055$, aunque para estos últimos los niveles estadísticos son residuales. En la misma figura podemos observar que los adolescentes muestran niveles más altos de autoestima que sus compañeras, sin embargo, estas diferencias no llegan a alcanzar niveles significativos $F(1, 506) = 3.16, p = .076$ en ningún tramo de edad.

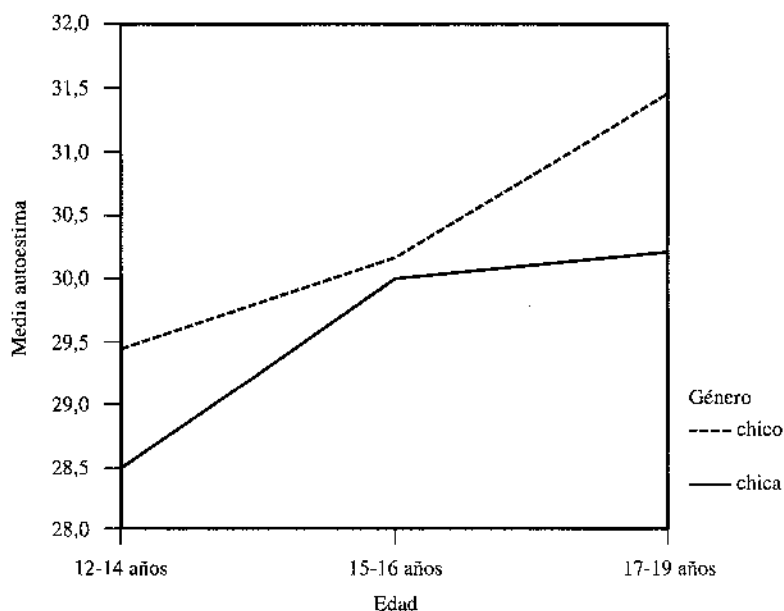


Figura 1. Evolución de la autoestima de chicos y chicas.

Si analizamos la relación entre variables del contexto familiar y la autoestima adolescente (Tabla 2) observamos que en general la cohesión y la adaptabilidad familiar así como la comunicación frecuente y el acuerdo con padres y ma-

dres correlacionan positivamente con la autoestima adolescente, al mismo tiempo que un ambiente de conflictividad familiar produce el efecto contrario. Si tenemos en cuenta el efecto diferencial sobre chicos y chicas, podemos señalar que las variables familiares parecen estar más relacionadas con la autoestima de las segundas. Así por ejemplo, la cohesión y la adaptabilidad familiar, o los niveles de comunicación sólo están relacionados con la autoestima en el caso de las chicas.

TABLA 2. CORRELACIONES ENTRE LA AUTOESTIMA ADOLESCENTE Y DIFERENTES ÍNDICES DEL MEDIO FAMILIAR

	Autoestima		
	Global	Chicos	Chicas
<i>Variables de familia</i>	<i>r</i>	<i>R</i>	<i>r</i>
Comunicación	.17***	.10	.25***
Acuerdo	.20***	.23**	.18**
Frecuencia de discusiones	-.23***	-.30***	-.19**
Intensidad emocional de las discusiones	-.21*	-.27	-.17
Cohesión	.09*	.06	.13*
Adaptabilidad	.11**	.10	.13*
Afecto	.15***	.13*	0.21***
Control	.03	.04	.07

* $p < 0.5$; ** $p < 0.01$; *** $p < 0.001$

Siguiendo con variables del sistema familiar, en la Figura 2 presentamos la relación entre el estilo educativo de padres y madres y la autoestima adolescente. A simple vista, percibimos que los estilos que favorecen en mayor medida la autoestima son el democrático y el permisivo, $F(3, 332) = 2.40, p = .068$. Sin embargo, esa relación es significativa para las chicas $F(3, 196) = 3.98, p = .009$, pero no para los chicos $F(3, 132) = .21, p = .887$. Así, mientras que claramente la autoestima de las mujeres se relaciona con el estilo educativo de sus progenitores, no ocurre lo mismo con el nivel de autoestima de los varones.

Lo anterior puede indicarnos que dentro del estilo educativo la dimensión que favorece la autoestima no es el control, sino el afecto. ¿Qué dicen los datos? Controlando el posible efecto de la edad, el afecto alto por parte de los progenitores está relacionado con la autoestima tanto de los chicos ($r = .17, p = .010$) como de las chicas ($r = .22, p = .000$). Por el contrario, el control no parece tener relación con la autoestima ni de unos ($r = .09, p = .147$) ni de otras ($r = .09, p = .096$).

Para simplificar toda la información referida al contexto familiar (véase Tabla 3) realizamos un análisis factorial y obtuvimos un factor que explicó el 50.2% de la varianza total. Las puntuaciones factoriales fueron salvadas para crear la variable «Calidad del medio familiar». Las variables frecuencia e intensidad de las discusiones fueron excluidas porque aportaban poca información a la solución factorial.

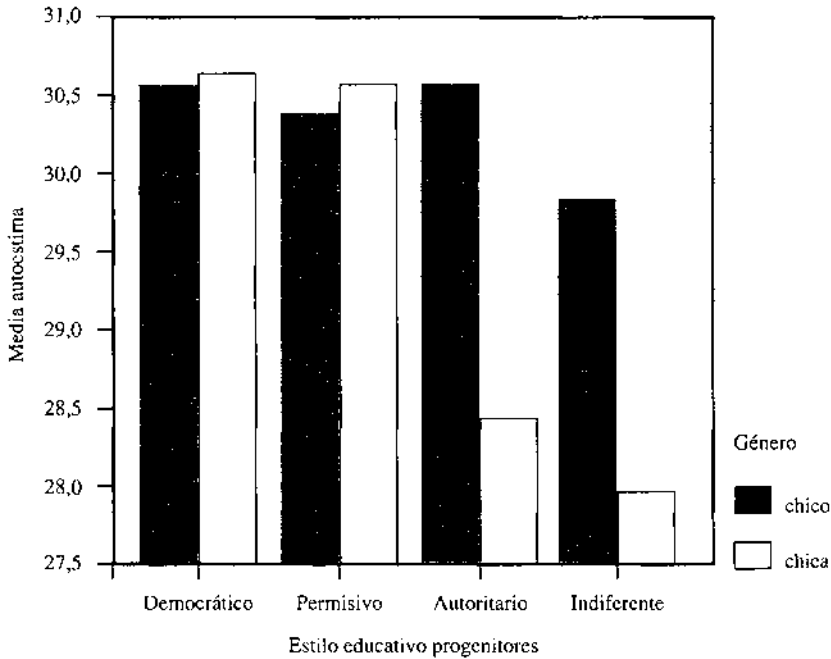


Figura 2. Estilo educativo y autoestima adolescente.

TABLA 3. COMUNALIDAD, PESOS FACTORIALES, VALOR PROPIO Y PORCENTAJE DE VARIANZA EXPLICADA POR EL FACTOR EXTRAÍDO A PARTIR DE LAS VARIABLES FAMILIARES

Variable	Comunalidad	Pesos	Factor	Valor propio	% de var.	% acum.
Adaptabilidad	.63	.79	1	2.51	50.2	50.2
Afecto	.60	.77				
Cohesión	.62	.78				
Comunicación	.39	.62				
Control	.28	.53				

Cuando en la Tabla 4 relacionamos la variable calidad del medio familiar con la autoestima adolescente, los datos reflejaron que aquellos adolescentes que tenían unas relaciones familiares más positivas eran los que presentaban también niveles más altos de autoestima. Esta relación entre calidad del medio familiar y autoestima fue significativa en el caso de los chicos ($r = .25, p = .000$) y de las chicas ($r = .27, p = .000$). Para ellos especialmente en la adolescencia inicial y media y para ellas en la tardía.

Cuando en la misma Tabla 4 relacionamos la autoestima adolescente con diferentes variables del contexto de los iguales, nuestros resultados indican que en el caso de las chicas, tanto la intimidad con su mejor amiga como el apego

con el grupo de iguales correlaciona positivamente con su autoestima. Conviene señalar que en el caso de la intimidad la relación es débil ($r = .15$, $p = .014$), por lo que cuando tenemos en cuenta la correlación en cada grupo de edad, su significación estadística desaparece —como se desprende de la tabla 4—. Por otro lado, en el caso de los chicos sólo el apego hacia los iguales correlaciona con la autoestima.

Si pasamos a estudiar la relación entre la autoestima adolescente y las calificaciones escolares, los datos indican que existe una relación significativa entre ambas variables ($r = .09$, $p = .029$), aunque esta relación es más significativa para las chicas ($r = .13$, $p = .024$) que para sus compañeros varones ($r = .06$, $p = .33$) y especialmente en la adolescencia inicial.

TABLA 4. CORRELACIÓN ENTRE AUTOESTIMA Y DIVERSAS VARIABLES POR TRAMO DE EDAD Y GÉNERO

	<i>Adolescencia inicial</i>		<i>Adolescencia media</i>		<i>Adolescencia tardía</i>	
	<i>Chicos</i>	<i>Chicas</i>	<i>Chicos</i>	<i>Chicas</i>	<i>Chicos</i>	<i>Chicas</i>
Medio Familiar	.30*	.20	.55***	.19	.01	.41***
Intimidad en amistad	.05	.14	.03	.15	.12	.11
Apego a los iguales	.37**	.29**	.32**	.30**	.22*	.37***
Notas	.27*	.21*	-.09	.12	.09	.17

* $p < 0.5$

** $p < 0.01$

*** $p < 0.001$

Para finalizar, realizamos dos análisis de regresión que nos permitieron entender mejor la influencia del contexto familiar, escolar y de los iguales sobre la autoestima de chicos y chicas. Como muestra la Tabla 5, son el apego a los iguales y el medio familiar las dos variables que mejor explican la autoestima de los adolescentes. Así mismo, ambas variables, unidas a las calificaciones escolares, construyen el modelo que mejor predice la autoestima de las chicas (Tabla 6).

TABLA 5. ANÁLISIS DE REGRESIÓN MÚLTIPLE SOBRE LA AUTOESTIMA DE LOS CHICOS

<i>VARIABLES PREDICTORAS</i>	<i>Autoestima</i>		
	<i>R cuadrado del modelo</i>	<i>Beta</i>	<i>Significación</i>
Calidad del medio familiar	.11	.24	.003
Apego iguales		.16	.049
Edad		.13	.114
Intimidad		-.04	.581
Notas		.04	.570

TABLA 6. ANÁLISIS DE REGRESIÓN MÚLTIPLE SOBRE LA AUTOESTIMA DE LAS CHICAS

Variables predictoras	Autoestima		
	R cuadrado del modelo	Beta	Significación
Calidad del medio familiar	.16	.19	.003
Apego iguales		.26	.000
Edad		.11	.077
Intimidad		-.05	.449
Notas		.17	.006

Discusión

Al inicio de este trabajo planteamos dos hipótesis y una pregunta de investigación. Esperábamos encontrar un aumento de la autoestima con la edad, y una relación positiva entre dicha autoestima y el clima familiar, el contexto de los iguales y el rendimiento académico; respecto al papel de género no teníamos hipótesis de partida. En este momento podemos decir que ya tenemos algunas respuestas.

Si comenzamos con la primera de las hipótesis, podemos señalar que nuestros datos, en consonancia con los de Rosenberg (1986) o Savin-Williams y Demo (1984), la han confirmado, ya que a medida que transcurre la segunda década de la vida la autoestima adolescente experimenta un incremento. Sería interesante saber qué ocurría en los últimos años de la infancia y qué ocurrirá más allá de la adolescencia tardía. En el primer caso podríamos saber si realmente durante la adolescencia inicial, coincidiendo con los cambios puberales y la transición a la educación secundaria, se produce un decremento en los niveles generales de autoestima, porque con nuestros datos lo único que podemos señalar es que estos años son los de menor autoestima de toda la adolescencia. Al mismo tiempo, tener datos de la adultez temprana nos permitiría saber si las diferencias de género, que se hacen más manifiestas al final de la segunda década de la vida, se mantienen o por el contrario disminuyen.

Esto nos sirve para enlazar con la pregunta acerca del papel del género sobre la autoestima adolescente. Nuestros datos apoyan ligeramente los resultados de los meta-análisis de Kling (Kling *et al.*, 1999) y Wilgenbush (Wilgenbush y Merrell, 1999), ya que los niveles de autoestima de nuestros adolescentes, aunque son algo superiores a los de sus compañeras, no alcanzan una diferencia estadísticamente significativa. En cualquier caso, también es cierto que tras la adolescencia media, momento en el que más cerca están los niveles de autoestima de chicos y chicas, la autoestima de los primeros sigue aumentando y la de las segundas se mantiene en niveles estables. Quizás, la diferencia en la edad a la que unos y otras alcanzan la pubertad esté influyendo en estos datos; si bien para las chicas el mayor incremento en la autoestima se produce en la adolescencia media, momento en el que la mayoría se habrá adaptado a los cambios físicos que ocurrieron en los años iniciales, para la autoestima de los chicos, a los que la pu-

bertad ha llegado algo más tarde, el mayor incremento se produce tras la adolescencia media.

Cuando analizamos la relación entre el estilo educativo parental y la autoestima, es interesante observar la influencia diferencial que dicho estilo educativo ejerce en función del género adolescente. Mientras la autoestima de las chicas está muy relacionada con el estilo educativo de sus madres y padres, siendo especialmente importante el afecto, la autoestima de los chicos parece ser independiente del estilo educativo. Sin embargo, otros análisis realizados han puesto de manifiesto que la calidad general del medio familiar se relaciona con la autoestima tanto de chicos como de chicas, aunque para los primeros la relación es más significativa en los años iniciales y medios de su adolescencia y para las segundas en los últimos. Quizás, la autoestima de los varones, sobre todo a medida que se acercan a la adultez, esté más influenciada por aspectos como el éxito en los deportes o la reputación social que por otros de carácter más relacional (Buhmester, 1996; Oliva, 1999).

Los datos sobre el contexto de los iguales ponen de manifiesto el importante papel que en este momento cobra el grupo de amigos a la hora de entender la autoestima adolescente. Junto con el medio familiar, el análisis de regresión ha señalado que el apego establecido con los iguales es la variable que mejor explica la autoestima de chicas y chicos. Sin embargo, conviene señalar que nuestros resultados parten de análisis correlacionales, lo que no nos permite establecer relaciones causales. ¿Es la alta autoestima la que influye positivamente en la relación con el grupo de iguales, o por el contrario, es la buena relación con el grupo de iguales la que hace que la autoestima adolescente mejore? (Hartup, 1996). Aunque ambas hipótesis son plausibles, no es de extrañar que el sentirse competente en este tipo de relaciones, el sentirse aceptado, seguro y apoyado con el grupo de amigos influya positivamente en la autoestima de unos jóvenes que comienzan a abrirse camino fuera del mundo familiar (Lashbrook, 2000; Turner, 1999).

Según nuestros datos, la relación con el grupo de iguales es más influyente sobre la autoestima adolescente que la relación establecida con el mejor amigo, aunque de nuevo aparecen diferencias de género, ya que para las chicas sí existe una ligera relación entre la intimidad en las relaciones de amistad y su nivel de autoestima. Como señala Buhmester (1996), el establecer relaciones estrechas con amigas o amigos es algo muy importante para las adolescentes, por lo que el hecho de desarrollarlas o no, o el grado de intimidad logrado en estas relaciones influiría más en el nivel de autoestima de ellas. Pero ¿por qué la autoestima se relaciona más con el apego hacia el grupo de iguales que con la intimidad establecida con el mejor amigo? Aunque no tenemos explicaciones claras, podemos acudir a autores que advierten que la intimidad no tiene por qué implicar siempre beneficios para el adolescente, ya que podría tener efectos negativos como una introspección excesiva o una gran dependencia de esa relación (Fischer, Munsch y Greene, 1996; Savin-Williams y Berndt, 1990). Si esto es así, las relaciones de intimidad no tendrían una relación clara con la autoestima, y sus efectos positivos en algunos casos podrían quedar compensados con sus efectos negativos en otros.

Respecto a la relación entre el desempeño académico y la autoestima adolescente, nuestros datos vuelven a reflejar interesantes diferencias de género; las calificaciones escolares se relacionan positivamente sólo con la autoestima de las chicas, no con la de sus compañeros. Una posible explicación a este hecho podríamos encontrarla atendiendo a los trabajos que han señalado las actitudes más positivas que las adolescentes tienen hacia la escuela (Darom y Rich, 1988; Furnham y Gunter, 1989). Si esto es así, si las chicas tienen actitudes más positivas y mayores expectativas hacia la escuela, no es de extrañar que cuando aparecen problemas en este contexto, reflejadas por ejemplo en unas peores calificaciones escolares, su autoestima se vea más afectada que la de los adolescentes. En cualquier caso, esta relación volvería a abrir interrogantes, y no podríamos determinar si es la buena autoestima de las chicas la que influye en los resultados académicos, o si por el contrario son éstos los que influyen en la autoestima. Probablemente, la influencia sea mutua y la relación circular (Solé, 1993).

Para finalizar, nos gustaría señalar que somos conscientes de que nuestros datos, al proceder de una muestra transversal, no son concluyentes. Como señalan Kling *et. al* (1999), sólo a través de estudios longitudinales que permitan estudiar trayectorias individuales podremos tener una visión más exacta de la evolución de la autoestima y de las diferencias entre chicos y chicas. Sin embargo, creemos que este trabajo ha aportado algunas pistas que nos permitirán seguir profundizando en los determinantes y la evolución de la autoestima durante la adolescencia en España.

REFERENCIAS

- Baldwin, S. A. & Hoffmann, J. P. (2002). The dynamics of self-esteem: A growth-curve analysis. *Journal of Youth and Adolescence*, 31, 101-113
- Barber, B. K., Olsen, J. E. & Shagle, S. C. (1994). Associations between parental psychological and behavioural control and youth internalised and externalised behaviours. *Child Development*, 65, 1120-1136.
- Block, J. & Robins, R. W. (1993). A longitudinal study of consistency and change in self-esteem from early adolescence to early adulthood. *Child Development*, 64, 909-923.
- Bologini, M., Plancherel, B., Bettschart, W. & Halfon, O. (1996). Self-esteem and mental health in early adolescence: Development and gender differences. *Journal of Adolescence*, 19, 233-245.
- Buhrmester, D. (1990). Intimacy of friendship, interpersonal competence, and adjustment during preadolescence and adolescence. *Child Development*, 61, 1101-1111.
- Buhrmester, D. (1996). Need fulfilment, interpersonal competence, and the developmental context of early adolescent friendship. En W. H. Bukowsky, A. Newcomb & W. Hartup (Eds.), *The company they keep: Friendship in childhood and adolescence* (pp. 158-183). London: Cambridge University Press.
- Chou, K. L. (2000). Intimacy and psychosocial adjustment in Hong Kong Chinese adolescents. *Journal of Genetic Psychology*, 161, 141-152.
- Chubb, N. H., Fortman, C. I. & Ross, J. L. (1997). Adolescent self-esteem and locus of control: A longitudinal study of gender and age differences. *Adolescence*, 32, 113-129
- Darom, E. & Rich, &. (1988). Sex differences in attitudes toward school: Student self-reports and teacher perceptions'. *British Journal of Educational Psychology*, 58, 350-365
- Deihl, L. M., Vicary, J. R. & Deike, R. C. (1997). Longitudinal trajectories of self-esteem from early to middle adolescence and related psychosocial variables among rural adolescents. *Journal of Research on Adolescence*, 7, 393-411.
- DuBois, D. L., Bull, C. A., Sherman, M. D. & Roberts, M. (1998). Self-esteem and adjustment in early adolescence: A social-contextual perspective. *Journal of Youth and Adolescence*, 27, 557-584.
- Elizo, J., Orizo, F.A., González-Anlco, J., González Blasco, P., La espada, M. T. y Salazar, I. (1999). *Jóvenes Españoles del 99*. Fundación Santa María, Madrid: Ediciones S.M.

- Field, T., Lang, C., Yando, R. & Beldel, P. (1995). Adolescents' intimacy with parents and friends. *Adolescence*, 30, 133-140.
- Fische, J., Munsch, J. & Groene, S. M. (1996). Adolescence and Intimacy. En G. Adams, R. Montemayor & T. Gullotta. *Psychosocial development during adolescence*. London: Sage
- Fuertes, A., Carpintero, E., Marín, J. L., Soriano, S. y Hernández, A. (1997). Factores predictores de la autoestima con los iguales y de la intimidad relacional en la adolescencia. *Revista de Psicología Social*, 12, 113 - 127.
- Furnham, A. & Gunter, B. (1989). *The anatomy of adolescence: Young people's social attitudes in Britain*. London: Routledge.
- Gray, & Steinberg, L. (1999). Unpacking authoritative parenting: Reassessing a multidimensional construct. *Journal of Marriage & The Family*, 61, 574-588.
- Hart, D., Fegley, S. & Brengelman, D. (1993). Perceptions of past, present and future selves among children and adolescents. *British Journal of Developmental Psychology*, 11, 265-282.
- Harter, S., Waters, P. & Whitesell, N. R. (1998). Relational self-worth: Differences in perceived worth as a person across interpersonal context among adolescents. *Child development*, 69, 756-766.
- Harter, S. (1990). Causes, correlates and the functional role of global self-worth: A life span perspective. En R. J. Sternberg & J. Killigian, Jr. (Eds.), *Competence considered* (pp. 67-98). New Haven, CT: Yale University Press
- Harter, S. (1998). The development of self-representations. En N. Eisenberg (Ed.), *Social, emotional and personality development* (pp. 553-617). Vol. III de W. Damon (Ed.), *Handbook of Child Psychology*. New York: Wiley.
- Hartup, W. W. (1996). The company they keep: Friendships and their developmental significance. *Child development*, 67, 1-13
- Havighurst, R. J. (1972). *Developmental tasks and education*. New York: David McKay.
- Holmbeck, G. N., Paikoff, R. L. & Brooks-Gunn, J. (1995). Parenting Adolescents. En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of Parenting*, vol I (pp. 91-118). New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Kling, K. C., Hyde, H. S., Showers, C. J. & Buswell B. N. (1999). Gender differences in self-esteem: A meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 125, 470-500.
- Koon, J. O. (1997). Attachment to parents and peers in late adolescence and their relationship with self- image. *Adolescence*, 32, 471-483.
- Lamborn, S. D., Mounts, N. S., Steinberg, N. L. & Dornbush, S. M. (1991). Pattern of competence and adjustment among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent and neglectful families. *Child Development*, 62, 1049-1065.
- Lashbrook, J. T. (2000). Fitting in: Exploring the emotional dimension of adolescent peer pressure. *Adolescence*, 35, 747-758
- Levitt, M. J., Guacci-Franco, N. & Levitt, J. L. (1993). Convoys of social support in childhood and early adolescence: Structure and function. *Developmental Psychology*, 29, 811-818.
- Lieberman, M., Doyle, A. B. & Markiewicz, D. (1999). Developmental patterns in security of attachment to mother and father in late childhood and early adolescence: Associations with peer relations. *Child Development*, 70, 202 - 213.
- Lundy, B., Field, T., Mc Bride, C., Field, T. & Largies, S. (1998). Same-sex and opposite-sex best friend interactions among high school Juniors and Seniors. *Adolescence*, 33, 279-289
- Noller, P. (1994). Relationship with parents in adolescence: Process and outcomes. En R. Montemayor, G. R. Adams, & T. P. Gullotta, *Personal relationship during adolescence*. Thousand Oaks, CA: SAGE.
- Noller, P. (1995). Parent-adolescent relationships. En M. A. Fitzpatrick & A. C. Vangelist (Eds.), *Explaining family interactions* (pp. 77-111). London: Sage Publications.
- Noller, P. & Callan, V. (1991). *The adolescent in the family*. London: Routledge
- Oliva, A. (1999). Desarrollo de la personalidad durante la adolescencia. En J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll. (Comps.), *Desarrollo psicológico y educación*. Vol. I (pp. 471-492). Madrid: Alianza.
- Richards, M. K., Gitelson, I. B., Petersen, A. C. & Hurtig, A. L. (1991). Adolescent personality in girls and boys: The role of mothers and fathers. *Psychology of Women Quarterly*, 15, 65-81.
- Rosenberg, M. (1965). *Society and the adolescent self-image*. Princeton, NJ: Princeton University Press
- Rosenberg, M. (1986). Self-concept from middle childhood through adolescence. En J. Suls & A. G. Greenwald (Eds.), *Psychological Perspective on the Self*, vol. 3 (pp. 107-135). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Romero, E., Otero-López, J. M. y Luengo, M. A. (1995). Los predictores de la autoestima en la adolescencia: un análisis empírico. *Revista de Psicología Social Aplicada* 5, 47-70.
- Savin-Williams, R. C. & Berndt, T. (1990). Friendships and peer relations. En Feldman, S. S & Elliot, S. S (Eds), *At the threshold: The developing adolescent*. MA Harvard: University Press.
- Savin-Williams, R. C. & Demo, D. H. (1984). Developmental change and stability in adolescent self-concept. *Developmental Psychology*, 20, 1100-1110.

- Sharabany, R. (1994). Intimate friendship scale: Conceptual underpinnings, psychometric properties and construct validity. *Journal of Social and Personal Relationships*, *11*, 449-469
- Shulman, S., Laursen, B., Kalman, Z. & Karpovsky, S (1997). Adolescent intimacy revisited. *Journal of Youth and Adolescence*, *26*, 597-617.
- Simons, R. G., Rosenberg, F. & Rosenberg, M. (1973). Disturbances in the self-images at adolescence. *American Sociological Review*, *38*, 553-568.
- Solé, I. (1993). Disponibilidad para el aprendizaje y sentido del aprendizaje. En C. Coll *et al.*, *El constructivismo en el aula* (pp. 25-46). Barcelona: Grao.
- Steinberg, L. (2002). *Adolescence*. New York: McGraw-Hill.
- Sullivan, H. S. (1953). *The interpersonal theory of psychiatry*. New York: Norton.
- Turner, G. (1999). Peer support and young people's health. *Journal of Adolescence*, *22*, 567-572
- Usmiani, S. & Daniluk, J. (1997). Mothers and their adolescent daughters: Relationship between self-esteem, gender, role identity and body image. *Journal of Youth and Adolescence*, *26*, 45-62.
- Wigfield, A., Eccles, J. S., Mac Iver, D., Reuman, D. A. & Midgley, C. (1991). Transitions during early adolescence: Changes in children's domain-specific self-perceptions and general self-esteem across the transition to high school. *Developmental Psychology*, *27*, 552-565.
- Wiigebush, T. & Merrel, K. W. (1999). Gender differences in self-concept among children and adolescents: A meta-analysis of multidimensional studies. *School Psychology Quarterly*, *14*, 101-120
- Yates, L. (1999). Transitions and the Year 7 Experience: A report from the 12 to 18 project. *Australian Journal of Education*, *43*, 24-41.

Relaciones con padres e iguales como predictoras del ajuste emocional y conductual durante la adolescencia

*Alfredo OLIVA DELGADO
Águeda PARRA JIMÉNEZ
Inmaculada SÁNCHEZ QUEIJA
Universidad de Sevilla*

Resumen

El objetivo de esta investigación fue estudiar el papel que juegan las relaciones con padres e iguales en el ajuste emocional y conductual de los adolescentes. Concretamente, pretendíamos analizar tanto la contribución independiente de padres e iguales como los posibles efectos de interacción entre ambos contextos. Una muestra de 221 chicos y 292 chicas de edades comprendidas entre los 13 y los 19 años cumplieron un cuestionario que incluía medidas sobre las relaciones familiares, las relaciones con los iguales y varios aspectos referidos al ajuste emocional (autoestima y satisfacción vital) y conductual (rendimiento escolar y consumo de alcohol y drogas). Los resultados obtenidos indican que el apoyo parental favorece el ajuste general de chicos y chicas durante la adolescencia temprana y media, mientras que el apego a los iguales ejerce una influencia positiva sobre el ajuste emocional, pero no sobre el conductual, hasta el inicio de la etapa adulta. La ausencia de efectos de interacción puso de relieve que los efectos positivos de padres e iguales sobre el ajuste adolescente son independientes entre sí, de forma que los chicos y chicas más desajustados son quienes muestran un apoyo parental más bajo y un menor apego hacia los iguales.

Palabras clave: ajuste emocional, ajuste conductual, apoyo parental, apego a iguales, adolescencia

Abstract

The aim of the research was to study the influence of relationships with peers and parents on adolescent emotional and behavioural adjustment. Particularly we analyse the independent contribution of parents and peers to adolescent development, and the possible interaction effect between both relationships. The sample was made up of a total of 221 boys and 292 girls, aged between 13 and 19 years. Subjects filled out a questionnaire that included queries about family and peer-group relationships and various aspects of emotional adjustment (self-esteem and life satisfaction) and behavioural adjustment (school grades and alcohol and drug consumption). Results reveal that parental support promote general adjustment of boys and girls in early and middle adolescence. Peer attachment has a positive influence on emotional adjustment until late adolescence, however this influence is not so clear over behavioural adjustment. Results did not show interaction effects, so it reveal that parents and peers have an independent influence on adolescence adjustment: adolescents with less parental support and less peer attachment have more emotional and behavioural problems.

Key words: emotional adjustment, behavioral adjustment, parental support, attachment to peers, adolescence.

Dirección de los autores: Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología. C/ Camilo José Cela, s/n. 41018 Sevilla. *Correo electrónico:* oliva@us.es , aparra@us.es, queija@us.es

Tras los vaivenes experimentados a lo largo de las últimas décadas, la idea de que durante la adolescencia se produce una ruptura en la relación entre padres e hijos ha sido sustituida por una visión bastante más normalizada en la que a pesar de los conflictos, más frecuentes en la adolescencia temprana (Laursen, Coy y Collins, 1998), los padres continúan siendo una importante fuente de apoyo para sus hijos (Noller, 1994). Son muy abundantes los datos que indican que unas buenas relaciones familiares, en las que se combine el afecto y la comunicación con los hijos con la supervisión y el favorecimiento de la individualidad, tienen unos efectos muy positivos sobre el desarrollo y el ajuste del adolescente. Los datos disponibles indican que el apoyo parental durante la adolescencia produce una autoestima más alta, mayor satisfacción vital, menor malestar psicológico, un mejor ajuste escolar y mayor estabilidad en las relaciones de pareja (Darling y Steinberg, 1993; Barber y Lyons, 1994; Conger, Conger y Scaramella, 1997; Martínez y Fuertes, 1999; Helsen, Vollebergh y Meeus, 2000; Laible, Carlo y Raffaelli, 2000).

Aunque las relaciones con los padres continúan teniendo un gran peso durante la adolescencia, en la

medida en que chicos y chicas van ganando autonomía pasan más tiempo con el grupo de iguales que se convierte en el contexto de socialización más influyente (Larson y Richards, 1994; Fernández y Bravo, 2000). Los adolescentes tenderán a cambiar su principal fuente de apoyo social, que pasará de estar situada en la propia familia a desplazarse al grupo de amigos (Savin-Williams y Berndt, 1990; Degirmencioglu, Urber, Tolson y Richard, 1998). Bastante menos numeroso es el número de investigaciones centradas en el rol de los iguales como figuras de apoyo, aunque hay suficientes datos que señalan que las relaciones con los iguales facilitan el ajuste psicológico del adolescente. Así, unas buenas relaciones con los compañeros se han asociado con una alta autoestima (Robinson, 1995) y un menor riesgo de tener problemas emocionales y de conducta (Berndt y Savin-Williams, 1993; Cauce, Mason, Gonzales, Hiraga y Liu, 1994; Garneski y Dickstra, 1996; Coiee y Dodge, 1997). Para los autores que defienden la teoría de la socialización grupal (Harris, 1995), el medio familiar es un contexto de socialización más débil y menos influyente que el grupo de iguales. Según esta teoría los comportamientos adquiridos en la familia son difícilmente generalizables a otros contextos, y será el medio extrafamiliar, concretamente el grupo de iguales, el que tendrá una influencia más persistente sobre el desarrollo posterior del sujeto. En esta línea, algunos estudios han encontrado que las relaciones con los iguales ejercen una mayor influencia sobre el ajuste adolescente que las relaciones con los padres (Laible, Carlo y Raffaelli, 2000). Por otro lado, tampoco faltan autores que consideren que la influencia de los compañeros representa uno de los factores de riesgo más destacado para el surgimiento de conductas problemáticas y antisociales. Así, hace bastantes años que Bronfenbrenner (1970) escribió que la reducción en los contactos con los adultos, unida a una mayor implicación con los iguales, llevaba a los jóvenes a la alienación, la indiferencia y el antagonismo social. El hecho de que durante la adolescencia temprana se observe un aumento de la susceptibilidad ante la presión del grupo, y chicos y chicas se tornen más conformistas, puede suponer que en aquellos casos en los que el entorno social sea menos favorable, la presión del grupo lleve al adolescente a implicarse en actividades poco recomendables (Berndt, 1996). No obstante, también se puede pensar que en muchas ocasiones esta presión puede ser positiva e impulsar al chico o chica hacia actividades más adaptadas o prosociales.

Tanto padres como iguales parecen tener una importante influencia sobre el comportamiento y ajuste del adolescente, por lo que cabría preguntarse por la relación que existe entre las relaciones con los padres y con los iguales. Como han señalado Helsen, Vollebergh y Meeus (2000), existen hipótesis alternativas sobre el sentido de esta relación entre familia e iguales. Así, una primera aproximación teórica a este asunto coincide con los postulados psicoanalíticos y apunta a la *ruptura generacional*, ya que padres e iguales representarían intereses distintos en la búsqueda de autonomía por parte del adolescente. La vinculación con los padres mostraría una correlación negativa con la vinculación a los iguales, ya que en la medida en que el chico o la chica se distancian emocionalmente de sus progenitores aumentarán su cercanía emocional a los amigos (Steinberg y Silverberg, 1986).

En claro contraste con el anterior se sitúa el punto de vista basado en la teoría del apego, según el cual, en función de los vínculos establecidos con el principal cuidador, normalmente la madre, el niño construye un modelo representacional interno que va a tener una profunda influencia sobre sus relaciones sociales (Bowlby, 1980). Los niños que establecieron durante su primera infancia una relación de apego seguro con sus padres u otras personas significativas desarrollan una actitud básica de confianza en los demás que les lleva a establecer relaciones con los iguales basadas en la seguridad, por lo que unas buenas relaciones con los padres predecirán unas buenas relaciones con los iguales. Este enfoque ha recibido bastante apoyo empírico y ha dado origen a una fructífera línea de investigación sobre relaciones socio-emocionales (Furman, y Wehner, 1994; Feeny y Noller, 1995; Simpson y Rholes, 1998).

Por último, existe una tercer posibilidad, como es considerar que padres e iguales representan contextos sociales claramente diferenciados y las relaciones establecidas con los compañeros serían relativamente independientes de las establecidas con los padres (Berndt, 1979). Mientras que las relaciones con los iguales son simétricas e igualitarias, y están marcadas por la reciprocidad y la cooperación, las relaciones entre padres e hijos se caracterizan por la autoridad, el poder y la obediencia. No obstante, como algunos autores han señalado, las relaciones entre padres e hijos implican un gran dosis de intimidad, y son una mezcla de relaciones horizontales y verticales (Laursen y Collins, 1994).

Un aspecto interesante a propósito de las relaciones entre apoyo de padres e iguales es el referido al efecto moderador que cada uno de estos contextos puede ejercer sobre las consecuencias para el ajuste del adolescente del tipo de relaciones sostenidos en el otro contexto. Por ejemplo, podríamos pensar en un modelo compensatorio según el cual los iguales podrían compensar los efectos negativos derivados de un medio familiar caracterizado por la falta de afecto y apoyo (Fuentes, 1999). Así, las buenas relaciones con los compañeros tendrían unas consecuencias más positivas para aquellos chicos y chicas con peores relaciones familiares. Este efecto de interacción estaría relacionado con la hipótesis del conflicto o ruptura generacional: el apoyo de los iguales llenaría el vacío emocional dejado por el distanciamiento respecto a los padres.

También existe la posibilidad de que este efecto de interacción opere en el sentido contrario, de forma que el apoyo de los iguales tendría unos efectos positivos cuando va acompañado del apoyo parental, y negativos cuando las relaciones familiares no son favorables. Estos resultados que pueden resultar paradójicos han sido hallados por Nada Raja, McGee y Stanton (1992) y Helsen, Vollebergh y Meeus (2000), en cuyos estudios el apego a los iguales, lejos de proporcionar seguridad, estaba relacionado con problemas emocionales en aquellos chicos y chicas con menor apoyo parental, mientras que cuando las relaciones con los padres eran mejores las consecuencias del apego a los compañeros eran ligeramente positivas.

Evidentemente podemos pensar en la ausencia de efectos de interacción, de forma que el apoyo parental tenga una influencia positiva independientemente de la calidad de las relaciones con los iguales, y el apoyo del grupo beneficiaría tanto a los adolescentes con buenas relaciones familiares como a aquellos que están en un contexto familiar menos favorable. Así, los adolescentes más ajustados serían quienes reciben un mayor apoyo por parte de padres e iguales, frente a quienes sostienen peores relaciones en ambos contextos, que serían los más desajustados.

No obstante, habría que matizar que los efectos de ambos tipos de relaciones podrían dejarse notar en diferentes áreas de desarrollo. Por ejemplo, el apoyo parental puede ser un importante predictor del rendimiento y ajuste escolar (Darling y Steinberg, 1993; Mounts y Steinberg, 1995), mientras que las relaciones con los iguales estarían más relacionadas con la autoestima y otros aspectos de la personalidad (Berndt, 1992; Furman y Gavin, 1989).

Con esta investigación pretendíamos estudiar en nuestro contexto cultural el papel de padres e iguales en el ajuste emocional y conductual durante los años de la adolescencia, ya que la mayoría de datos disponibles proceden del ámbito anglosajón. En primer lugar nos interesaba comprobar la certeza de la hipótesis de que las relaciones con los padres se deterioran ligeramente con la entrada de los hijos en la adolescencia, disminuyendo así el apoyo parental percibido. Desde nuestro punto de vista, este deterioro debería ser menos acusado en España que en países de tradición anglosajona, debido a que como ya hemos apuntado en otro lugar (Oliva y Parra, 2001), la sociedad española es menos individualista, y la autonomía del joven con respecto a su familia no es un valor tan prioritario como el mantenimiento de relaciones estrechas con los padres y de la cohesión familiar, que es un valor cultural fuertemente arraigado, especialmente cuando se trata de chicas. En este sentido es de esperar que las chicas mantengan unas relaciones más estrechas con sus padres. También hay suficientes datos que indican que las chicas establecen relaciones más íntimas con las compañeras (Slavin y Rainer, 1990; Colarossi y Eccles, 2000). Igualmente queríamos validar la hipótesis de que los iguales irán ganando importancia como figuras de apego a lo largo de la adolescencia.

En cuanto a las diferentes posibilidades de conexión entre las relaciones con los padres y las relaciones con los iguales, nuestra hipótesis está en la línea de la teoría del apego, ya que consideramos que es en un contexto familiar marcado por la comunicación y el afecto donde los hijos e hijas desarrollan un modelo relacional de tipo seguro que les llevará a establecer unas relaciones con los iguales también marcadas por la confianza y la seguridad., por lo que los adolescentes que perciben un mayor apoyo parental mostrarán un mayor apego hacia los iguales.

Por último, y como aspecto más importante, nuestro interés estaba centrado en validar la hipótesis de que tanto el apoyo parental como el de los iguales juegan un importante papel de cara a la salud o ajuste psicológico del adolescente (autoestima, satisfacción vital, etc.). En lo referente a la influencia sobre el ajuste comportamental, no teníamos unas ideas tan claras, ya que mientras que pensábamos que el apoyo de los padres debería llevar a un mejor ajuste comportamental, no necesariamente debería ocurrir lo mismo en el caso del apego a los iguales. Teniendo en cuenta que la exploración y la experimentación forman parte del comportamiento típico del adolescente, es de esperar que aquellos chicos y chicas más apegados a los iguales en algunos casos se vean más implicados en conductas relacionadas con esta experimentación, como pueden ser consumir alcohol o drogas blandas. Aunque por otra parte, el mantener unas relaciones estrechas con los iguales dará al adolescente una mayor seguridad en sí mismo que le alejará de determinados comportamientos de riesgo. Por ello, no teníamos una hipótesis clara de partida respecto a la relación entre apego a los iguales y ajuste externo o comportamental.

Método

Sujetos

La muestra sobre la que se realizó el estudio estuvo formada por un total de 513 adolescentes (221 chicos y 292 chicas) de edades comprendidas entre los 13 y los 19 años (media=15,43, y d.t.=1.19) que asistían a centros educativos públicos y privados de Sevilla y su provincia. Fueron seleccionados un total de 9 centros educativos (5 en la capital, 3 en zonas rurales y 1 en el área metropolitana) teniendo en cuenta distintos criterios:

tamaño poblacional, titularidad (pública, privada), y tipo de estudios ofrecidos (1º ciclo de secundaria, Bachillerato, COU y FP), es decir, tanto colegios como institutos. En cada centro fueron entrevistados todos los alumnos de un aula correspondiente a cada uno de los siguientes niveles educativos: 2º ESO, 4º ESO, 2º BUP, COU, 2º FP y 4º FP.

Instrumentos

Para esta investigación se elaboró un cuestionario que incluía distintos instrumentos sobre las relaciones familiares, las relaciones con los iguales, y distintos aspectos del desarrollo personal. Algunos de estos instrumentos fueron elaborados *ad hoc* para esta investigación, mientras que otros fueron adaptaciones o traducciones de instrumentos elaborados por otros investigadores.

1. Estilo disciplinario parental, fue evaluado con una adaptación del instrumento creado por Lamborn, Mounts, Steinberg y Dornbusch (1991). Esta compuesto por 24 ítems referidos a la percepción que el adolescente tiene sobre el estilo educativo o disciplinario empleado por sus padres que se agrupan en dos dimensiones: comunicación o afecto ($\alpha=0,71$) y control ($\alpha=0,70$).
2. FACES II (*Family Adaptability and Cohesion Scale*; Olson, Portner y Lavee, 1985) se trata de una escala desarrollada para evaluar la estructura relacional familiar. Compuesto por 30 ítems que permiten evaluar la cohesión ($\alpha=0,75$) y la adaptabilidad ($\alpha=0,75$) en las relaciones familiares.
3. Comunicación con los padres. Se trata de una escala elaborada para esta investigación compuesta por 22 ítems, 11 referidos al padre y 11 referidos a la madre, que evalúa el grado de comunicación con los padres acerca de diversos temas (amistades, tiempo libre, sexualidad, drogas, planes de futuro, etc.), así como el grado de acuerdo entre padres e hijos en relación a dichos temas.
4. Conflictos en las relaciones con los padres. De características parecidas a la anterior es una escala de 14 ítems que evalúa la frecuencia y la intensidad de los conflictos familiares acerca de diversos temas (hora de volver a casa, amistades, drogas, política o religión, etc.).
5. Escala de apego hacia los iguales. Es una adaptación de la escala de 24 ítems elaborada por Armsden y Greenberg (1987) para evaluar aspectos como la confianza ($\alpha=0,83$), la comunicación ($\alpha=0,81$) y la alienación ($\alpha=0,72$) en las relaciones con los iguales. Alcanzó una fiabilidad $\alpha=0,70$.
6. Escala de autoestima. Utilizamos la escala elaborada por Rosenberg (1963) compuesta por 10 ítems que realiza una evaluación global del nivel de autoestima. Su fiabilidad fue de $\alpha=0,80$.
7. Escala de satisfacción vital. Elaborada por nosotros y compuesta por 5 ítems alcanzó una fiabilidad $\alpha=0,80$.
8. Rendimiento académico. Se consideró la nota media de las puntuaciones obtenidas en el curso anterior.

Procedimiento

Los cuestionarios eran anónimos y fueron aplicados por miembros del equipo de investigación. Tras unos primeros contactos telefónicos y por escrito con los directores o directoras de los centros en los que se explicaban los objetivos de la investigación, el encuestador visitaba el centro y seleccionaba las aulas necesarias. Todos los sujetos de cada aula seleccionada rellenaban el cuestionario en dos sesiones de unos 45 minutos de duración.

Resultados

Para simplificar los análisis estadísticos y reducir la información disponible sobre el medio familiar, realizamos un análisis factorial con aquellas variables referidas a las relaciones familiares,

fundamentalmente con los padres (control, afecto, cohesión, adaptabilidad, comunicación y conflictos). El único factor extraído explica por sí solo el 50,2% de la varianza y fue denominado apoyo parental. Las puntuaciones altas en esta variable están reflejando unas relaciones entre padres e hijos marcadas por el afecto, la supervisión, la cohesión y la ausencia de conflictos frecuentes, mientras que las puntuaciones bajas indican todo lo contrario. Por otra parte, la puntuación obtenida en la escala de apego a los iguales fue utilizada para reflejar el apoyo o apego a los iguales.

En la figura 1 se puede observar la evolución seguida a lo largo de la adolescencia por el apoyo parental percibido por chicos o chicas. Mientras que entre las chicas éste se mantiene constante ($p=0'919$), entre los chicos se produce un descenso bastante significativo ($p=0'001$). En todas las edades, las chicas se sitúan claramente por encima de los chicos en sus puntuaciones en apoyo parental ($p=0'000$).

En cuanto al apego a los iguales, en la figura podemos ver que se produce un ligero incremento, especialmente entre los 13 y los 15 años, que no llega a ser demasiado significativo ($p=0'042$, para las chicas, y $p=0'051$ para los chicos). Al igual que ocurría con el apoyo parental, las chicas obtienen puntuaciones muy por encima de las de los chicos ($p=0'000$).

Para analizar las relaciones entre el apoyo parental y el apego a los iguales llevamos a cabo una correlación parcial entre ambas variables, controlando la edad para anular cualquier efecto que pudiese ejercer. Tanto entre chicos como entre chicas las correlaciones son bastante significativas, aunque algo más altas entre los primeros (chicos, $r = 0'31$, $p<0'001$; chicas $r = 0'27$, $p<0'001$). Esto indica claramente que aquellos adolescentes que tienen unas buenas relaciones con sus padres tienden a establecer también buenas relaciones con sus compañeros.

Un aspecto importante de este estudio era analizar la influencia que las relaciones con padres e iguales pueden tener sobre determinados indicadores de adaptación o ajuste. Concretamente, como índices de ajuste interno o emocional consideramos la autoestima y la satisfacción vital, mientras que el rendimiento escolar y el consumo de alcohol y drogas blandas sirvieron de indicadores del ajuste externo o comportamental. En la tabla 1 se presentan las correlaciones entre el apoyo de padres e iguales y estos índices. Teniendo en cuenta que estas correlaciones pueden variar en función de la edad de los adolescentes, se analizan por separado en cada grupo de edad. Resulta evidente que el apoyo de los padres parece influir de forma muy significativa sobre los indicadores analizados, ya que son los adolescentes que perciben un mayor apoyo de los padres quienes muestran un mejor ajuste. Si tenemos en cuenta la edad, se observa un dato bastante interesante, ya que las correlaciones son más bajas e incluso dejan de ser significativas en el grupo de 17 a 19 años, por lo que se deduce que el apoyo de los padres pierde parte de su influencia tras la adolescencia media. En cuanto al apego a los iguales, también se relaciona de forma muy significativa con los indicadores de ajuste tanto internos como comportamentales, ya que los chicos y chicas con mayor apego a los iguales muestran mejor ajuste. Sin embargo, también la edad de los adolescentes parece influir sobre esta relación, aunque sólo en el caso de los indicadores comportamentales, ya que las correlaciones entre apego a iguales y las calificaciones escolares o el consumo de alcohol y drogas sólo alcanza niveles significativos entre los adolescentes de 12 a 14 años. La relación entre el apoyo de los iguales y la autoestima y satisfacción vital se mantiene significativa en la adolescencia media y tardía.

Tabla 1. Correlaciones entre apoyo de padres y apego a iguales y las variables de ajuste para cada grupo de edad.

	<i>Apoyo parental</i>			<i>Apego iguales</i>		
	12-14 <i>r</i>	15-16 <i>r</i>	17-19 <i>r</i>	12-14 <i>r</i>	15-16 <i>r</i>	17-19 <i>r</i>
Autoestima	0'23+	0'31**	0'18+	0'25*	0'27**	0'24*
Satisfacción vital	0'29*	0'39**	0'17+	0'33**	0'31**	0'39**

	<i>Apoyo parental</i>			<i>Apego iguales</i>		
Rendimiento escolar	0'28*	0'20+	0'14	0'31**	-0'02	0'07
Consumo alcohol/drogas	-0'29*	-0'28**	-0'12	-0'18+	-0'075	-0'08

**p<0,001, *p<0,01 +p<0,05

Teniendo en cuenta que el apoyo parental y el apego a los iguales están muy relacionados bien pudiera ocurrir que sólo una de estas variables ejerciera una influencia significativa sobre los indicadores de ajuste, y prestase su influencia a la otra variable. Para analizar bien estas relaciones llevamos a cabo una regresión múltiple en la que introdujimos como variables predictoras, el sexo, la edad, el apoyo parental y el apego a los iguales. Pretendíamos detectar la posible existencia de efectos de interacción entre las relaciones con padres e iguales, por ejemplo, si el apego a los iguales tiene unas mejores consecuencias entre adolescentes que tienen peores relaciones con sus padres. Para ello, seguimos el procedimiento propuesto por Aiken y West (1991). Así, tras estandarizar las variables predictoras, creamos una nueva variable multiplicando las variables apoyo parental y apego a iguales que también fue introducida en el análisis.

Para simplificar los análisis y teniendo en cuenta la significativa correlación existente entre las variables autoestima y satisfacción vital ($r=0,476$, $p=0,000$), creamos una nueva variable con la media de las dos que pasamos a denominar *ajuste interno o emocional*. Lo mismo hicimos con el rendimiento escolar y el consumo de alcohol y hachís, también muy correlacionadas ($r=-0,212$, $p=0,000$). Esta última variable recibió la denominación de *ajuste comportamental*. Estas dos nuevas variables fueron las variables dependientes incluidas en los dos análisis de regresión llevados a cabo.

La tabla 2 nos muestra que en lo referente al ajuste interno o emocional, tanto las relaciones con los padres como con los iguales ejercen una influencia positiva y muy significativa, ya que los adolescentes con mayor apoyo tanto de unos como de otros son quienes manifiestan mejores índices de ajuste. Sin embargo, no se detectaron efectos de interacción entre ambas variables, y la influencia ejercida por el apego a los iguales sobre el ajuste interno es independiente del grado de apoyo parental, y viceversa. El sexo también presenta una relación significativa, ya que los chicos obtienen puntuaciones más altas que las chicas en ajuste interno.

Tabla 2. Análisis de regresión múltiple sobre ajuste emocional y comportamental.

<i>VARIABLES PREDICTORAS</i>	<i>Ajuste emocional</i>			<i>Ajuste comportamental</i>		
	Beta	R2	Cambio R2	Beta	R2	Cambio R2
1 Edad	0'00	0'00	0'00	-0'34**	0'14	0'14
Sexo	0'24**			0'07		
2 Apoyo padres	0'23**	0'16	0'16	0'19**	0'18	0'04
Apego iguales	0'29**			0'03		
3 A. padres x A. iguales	0'03	0'16	0'00	-0'06	0'19	0'01

**p<0,001, *p<0,01 +p<0,05

En cuanto al análisis de regresión sobre el ajuste comportamental, la situación es algo diferente. Así, mientras que el apoyo parental es muy determinante y contribuye de forma muy significativa a un buen ajuste, el apego con los iguales no guarda relación significativa con la conducta de los adolescentes. La edad también ejerce su influencia, ya que son los chicos y chicas de menos edad los más ajustados. El sexo guarda una relación que no llega a ser significativa, aunque al contrario de lo que ocurría con el ajuste interno, ahora son los chicos los que presentan más problemas. En este caso tampoco resultan significativos los efectos de interacción entre el apoyo de los padres y las relaciones con los iguales, sin embargo están más cerca de serlo que cuando consideramos el ajuste interno como variable dependiente. A pesar de la falta de significatividad, nos decidimos a representar gráficamente esta interacción entre las relaciones con padres e iguales. Para ello codificamos el apoyo parental en tres niveles: bajo, medio y alto; y el apego a los iguales en dos: bajo y alto. Esta recodificación se llevó a cabo a partir de las puntuaciones percentiles. En la figura 3 puede observarse cierto efecto de interacción entre el apoyo de padres y el apego a iguales sobre el ajuste comportamental. Así, son los adolescentes que perciben un menor apoyo de sus padres quienes más parecen beneficiarse de las buenas relaciones con los

compañeros, ya que éstas les llevan a mejorar su ajuste comportamental. Este efecto no se observa en el resto de los chicos y chicas, de hecho, incluso para aquellos que tienen las mejores relaciones familiares, un alto apego con los iguales supone cierto descenso en su ajuste conductual.

Por último, decidimos agrupar a los sujetos de la muestra en cuatro clases en función del apoyo parental (alto o bajo) y del apego con los iguales (alto o bajo). En ambas variables se consideraron puntuaciones altas aquellas que estaban por encima de la media, y bajas las que se situaban por debajo. En la tabla 3 se presentan las puntuaciones medias en los índices de ajuste interno y comportamental de los sujetos de los cuatro grupos creados: el primero está formado por sujetos con alto apoyo de padres e iguales, el segundo incluía a aquellos con alto apoyo de padres y bajo apego a los iguales, el tercero lo formaban los adolescentes con un bajo apoyo parental y un alto apego hacia los iguales, y el cuarto y último agrupaba a quienes recibían bajo apoyo de padres e iguales. Resulta evidente que los chicos y ajuste más ajustados emocionalmente son aquellos que reciben un mayor apoyo de padres e iguales, mientras que las más bajas aparecen en el grupo con peores relaciones con padres e iguales, situándose los otros dos grupos de adolescentes en una situación intermedia (las diferencias significativas se establecen entre el grupo de alto apoyo por ambas partes y los otros tres grupos). Cuando consideramos el ajuste comportamental la situación es algo diferente, ya que los sujetos con un alto apoyo parental y un bajo apego con los iguales se sitúan ligeramente por encima de quienes reciben un alto apoyo de padres e iguales. Esto parece indicar que cuando hay buenas relaciones con los padres, las buenas relaciones con los iguales no contribuyen a mejorar el ajuste comportamental. En cambio, cuando el apoyo parental es escaso, el apego con los iguales sí influye favorablemente, y los chicos y chicas con poco apoyo parental pero con buenas relaciones con los compañeros se muestran ligeramente más ajustados que quienes reciben un bajo apoyo en general (las diferencias significativas se establecen entre el grupo de bajo apoyo generalizado y los dos grupos con alto apoyo por parte de los padres).

Tabla 3. Puntuaciones en ajuste emocional y comportamental de los cuatro grupos formados según el apoyo parental y el apego a los iguales.

	<i>Ajuste emocional</i>	<i>Ajuste comportamental</i>
Alto apoyo padres e iguales	26,14	4,51
Alto apoyo padres y bajo iguales	24,14	4,58
Bajo apoyo padres y alto iguales	24,07	4,22
Bajo apoyo padres e iguales	22,82	3,97

Discusión

Los resultados nos muestran que los cambios experimentados en la relación entre padres e hijos adolescentes muestran un cierto deterioro a lo largo de la adolescencia, aunque estas modificaciones sólo se observan entre los adolescentes varones. Estas diferencias de género que habíamos planteado en las hipótesis iniciales y que han sido encontradas en otros estudios (Van der Lippe, 1998; Fuentes, Motrico y Bersabé, 2001), bien podrían obedecer a las prácticas de socialización diferenciadas que estimulan una mayor autonomía entre los chicos y el mantenimiento de relaciones estrechas con los padres entre las chicas. Una explicación alternativa estaría relacionada con la mayor precocidad que muestran las chicas en los cambios puberales. Algunas investigaciones muestran que la maduración física relacionada con la pubertad aumenta tanto la distancia emocional entre el adolescente y sus padres, como el surgimiento de conflictos (Grotevant, 1998). Por lo tanto, cabe esperar que el deterioro de la relación con los padres sea más precoz entre las chicas que entre los varones, teniendo lugar en torno a los 11 ó 12 años, lo que quedaría fuera del periodo de edad incluido en este estudio y, por ello, nos pasase desapercibido. En cuanto a la relación de apego con los iguales, nuestros datos apuntan a un ligero incremento entre los 13 y los 15 años.

No cabe duda sobre la fuerte asociación existente entre las relaciones con los padres y las sostenidas con

los iguales. Tal como habíamos hipotetizado, nuestros datos están en clara sintonía con la teoría del apego, y la seguridad y la confianza caracterizan las relaciones con los compañeros de aquellos adolescentes que tienen unas buenas relaciones con sus padres (Bowlby, 1980; Sroufe y Fleeson, 1986). Por lo tanto, bien puede pensarse que se trata de chicos y chicas que construyeron un modelo de apego seguro con sus padres, que posteriormente les llevó a establecer con sus iguales unas relaciones marcadas por la seguridad y la confianza. Sin embargo, aunque las correlaciones son elevadas y muy significativas, estando por encima de las encontradas por Helsen et al (2000), no podemos descartar por completo el modelo propuesto por Berndt (1979) sobre la relativa independencia entre el mundo familiar y el mundo de los iguales. Indudablemente, otros factores ajenos a la relación con los padres pueden ejercer su influencia sobre el apego a los iguales.

En cuanto al papel jugado por padres y compañeros, nuestros datos reflejan de forma nítida que unos y otros juegan un papel fundamental en el ajuste emocional y comportamental del adolescente, confirmando lo hallado en otros estudios que muestran que los chicos y chicas que reciben una mayor apoyo de padres y amigos presentan menos problemas emocionales y de conducta (Laible et al, 2000; Helsen et al, 2000). Sin embargo, este papel va perdiendo importancia a lo largo de la adolescencia, de forma que entre los jóvenes de más edad desaparece la influencia protectora del apoyo parental. Las relaciones con los amigos sí mantendrán su influencia positiva sobre el ajuste interno, aunque en el caso del ajuste comportamental también desaparecen los efectos significativos en la adolescencia tardía. Los resultados del análisis de regresión múltiple contribuyen a aclarar el papel jugado por padres e iguales. Así, mientras que el apoyo parental muestra una influencia significativa tanto sobre el ajuste interno como sobre el externo, el apego a los iguales pierde su valor predictivo sobre el ajuste externo una vez que se controla la influencia de otras variables, aunque su influencia sobre el ajuste emocional supera a la de los padres. El hecho de que, especialmente al final de la adolescencia, la autoestima y la satisfacción vital dependan en mayor medida de la relación con los iguales que del apoyo de los padres coincide con los hallazgos de otros estudios y pone de relieve la importancia creciente de los compañeros como figuras de apoyo (Dekovic, 1999; Laible et al, 2000). En cuanto al escaso valor predictivo del apego a los iguales sobre el ajuste conductual, pueden existir algunos factores que condicionen esta relación. Así, es razonable pensar que unas buenas relaciones con los amigos tendrían una influencia positiva sobre el ajuste externo en el caso de que el grupo de iguales mostrase unos comportamientos ajustados, mientras que la influencia sería negativa en el caso de que el grupo mostrase serios problemas de conducta (Pettit, Bates, Dodge y Meece, 1999).

La ausencia de interacción significativa entre el apoyo parental y el apego a los iguales a la hora de predecir el grado de ajuste nos aleja algo de un modelo de tipo compensatorio, en el que unas buenas relaciones con los iguales podrían servir para compensar una falta de apoyo en el contexto familiar. Tampoco se apoya la hipótesis contraria, encontrada por otros autores (Helsen et al, 2000; Mounts y Steinberg, 1995; Nada Raja et al, 1992), según la cual aquellos adolescentes con peores relaciones familiares y una alto apego a los iguales mostraban más problemas. No obstante, hay que destacar que aunque los efectos de interacción no lleguen a ser significativos se observa una cierta tendencia a confirmar la idea de que unas buenas relaciones con los amigos tienen una mayor influencia a la hora de reducir los problemas de conducta cuando existe un escaso apoyo por parte de la familia. Como han señalado algunos autores (Evans, 1991; McClelland y Judd, 1993), es bastante difícil detectar estadísticamente efectos de interacción significativos, ya que aunque estos efectos pueden ser muy potentes suelen afectar a un número reducido de sujetos del total de la muestra, y pasan desapercibidos al considerar la muestra total.

Ante la ausencia de efectos de interacción significativos, nuestros datos están más cercanos a un modelo de tipo aditivo, tal como habíamos pronosticado, en el que tanto padres como iguales tienen efectos positivos e independientes entre sí sobre el ajuste del adolescente. Así, los adolescentes con menos problemas emocionales y conductuales son precisamente aquellos con un buen apego a padres y a iguales, mientras que los mayores problemas los encontramos en el grupo de adolescentes con bajo apoyo parental y escaso apego a los iguales. Por lo tanto, recibe apoyo empírico la idea de que es muy importante para el adolescente disponer de múltiples figuras de apego de cara a promover su ajuste (Howes, 1999; Thompson, 1998; Fuentes, 1999).

Para terminar, nos gustaría hacer referencia a algunas de las limitaciones de este estudio. La primera, y esencial, tiene que ver con el hecho de que toda la información procede de la misma fuente, el adolescente, lo que contribuye a magnificar las relaciones existentes entre las distintas variables consideradas. Por ejemplo, es esperable que aquellos adolescentes que tengan unos sentimientos más negativos con respecto a sí mismos, tiendan a pensar en su familia y en sus iguales en términos también más negativos. Sin duda, la utilización de fuentes diversas como padres, educadores o compañeros, nos proporcionará una información mucho más completa y equilibrada. Otra limitación tiene que ver con el carácter transversal del estudio, de validez más limitada que un diseño de tipo longitudinal, que nos revelaría de forma más clara cómo evolucionan a lo largo de los años de la adolescencia las distintas relaciones estudiadas. No obstante, y a pesar de estas limitaciones, creemos que este estudio aporta una información de mucho interés para conocer mejor los factores que influyen

sobre el ajuste adolescente, ya que si son infrecuentes las investigaciones realizadas en nuestro país sobre el papel que juegan las relaciones con padres e iguales durante la adolescencia, más escasas aún lo son las que tienen en cuenta ambas relaciones de forma conjunta.

Referencias

- Aiken, L.S. y West, S.G. (1991). *Multiple Regression: Testing and interpreting interactions*. Newsbury Park, CA: Sage.
- Armsden y Greenberg (1987). The Inventory of parent and peer attachment: Individual differences and their relationship to psychological well-being in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 16, 427-454.
- Barber, B.L. y Lyons, J.M. (1994). Family processes and adolescent adjustment in intact and remarried families. *Journal of Youth and Adolescence*, 23, 421-436.
- Berndt, T.J. (1979). Developmental changes in conformity to peers and parents. *Developmental Psychology*, 15, 608-616.
- Berndt, T. J. (1992). Friendship and friends' influence in adolescence. *Psychological Science*, 1, 156-159.
- Berndt, T.J. (1996). Transitions in friendships and friends' influence. En J.A. Graber, J. Brook-Gunn y A.C. Petersen (Eds.), *Transitions through adolescence: Interpersonal domains and context* (págs. 57-84). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates
- Berndt, T. J., y Savin-Williams, R. C. (1993). Peer relations and friendships. En P. H. Tolan y B. Cohler (Eds.), *Handbook of clinical research and practice with adolescents* (págs. 203-219). Nueva York: John Wiley & Sons.
- Bowlby, J. (1980). *Attachment and loss. Vol. 3: Loss, sadness and depression*. Londres: Hogarth Press.
- Bronfenbrenner, U. (1970). *Two worlds of childhood*. Nueva York: Sage.
- Cauce, A.M., Mason, C., Gonzales, N., Hiraga, Y. y Liu, G. (1994). Social support during adolescence: Methodological and theoretical considerations. En F. Nestman y K. Hurrelmann (Eds.), *Social networks and social support in childhood and adolescence* (págs. 89-108). Berlín: Walter de Gruyter.
- Coie, J.D., y Dodge, K.A. (1997). Agresion and antisocial behavior. En N. Eisenberg (Ed.), *Social, emotional and personality development* (págs. 779-862); Vol. III de W. Damon (Ed.), *Handbook of Child Psychology*. Nueva York: Wiley.
- Colarossi, L.G. y Eccles, J.S. (2000). A prospective study of adolescents' peer support: Gender differences and the influence of parental relationships. *Journal of Youth and Adolescence*, 29, 661-678.
- Conger, K., Conger, R. y Scaramella, L.V. (1997). Parents', siblings, psychological control and adolescent adjustment. *Journal of Adolescence Research*, 12, 113-138.
- Darling, N. y Steinberg, L. (1993). Parenting style as a context: An integrative model. *Psychological Bulletin*, 113, 487-496.
- Degirmencioglu, S.M., Urber, K.A., Tolson, J.M, y Richard, P. (1998). Adolescent friendship networks: Continuity and change over the school years. *Merrill-Palmer Quarterly*, 44, 313-337.
- Dekovic, M. (1999). Risk and protective factors in the development of problem behavior during adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 28, 667-686.
- Evans, M.G. (1991). The problem of analyzing multiplicative composites. Interactions revisited. *American Psychologist*, 46, 6-15.
- Fernández, J. y Bravo, A. (2000). Estructura y dimensiones de apoyo en la red social de los adolescentes. *Anuario de Psicología*, 31, 87-105.
- Fuentes, M.J. (1999). Los grupos, las interacciones entre compañeros y las relaciones de amistad en la infancia y adolescencia. En F. López, I. Etxeberria, M.J. Fuentes y M.J. Ortiz (Eds.), *Desarrollo afectivo y social* (págs. 151-180). Madrid: Pirámide.
- Fuentes, M.J., Motrico, E. y Bersabé, R. (2001). Diferencias entre padres y adolescentes en la percepción del estilo educativo parental: afecto y normas-exigencia. *Apuntes de Psicología*, 19, 235-250.
- Furman, W. y Gavin, L. A. (1989). Peers' influence on adjustment and development: A view from the intervention literature. En T. J. Berndt y G. W. Ladd (Eds), *Peer relationships in child development*. (págs. 319-340). Nueva York: Wiley.
- Furman, W. y Wehner, E.A. (1994). Romantic views: Toward a theory of adolescent romantic relationships. En R. Montemayor, G.R. Adams y T.P. Gullotta (Eds.), *Personal relationships during adolescence* (págs. 168-195). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Garneski, N., y Diekstra, R. (1996). Perceived social support from family, school, and peers: Relationship with emotional and behavioral problems among adolescents. *Journal of American Academic Child and*

- Adolescence Psychiatry*, 35, 1657-1664.
- Grotevant, H.D. (1998). Adolescent development in family contexts. En N. Eisenberg (Ed.), *Social, emotional and personality development* (págs. 1097-1149); Vol. III de W. Damon (Ed.), *Handbook of Child Psychology*. Nueva York: Wiley.
- Harris, J.R. (1995). Where is the child's environment? A group socialization theory of development. *Psychological Review*, 102, 458-489.
- Helsen, M., Vollebergh, W. y Meeus, W. (2000). Social support from parents and friends and emotional problems in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 29, 319-336.
- Howes, C. (1999). Attachment relationships in the context of multiple caregivers. En J. Cassidy y P. Shaver (Eds.), *Handbook of Attachment*.(págs.671-687). Nueva York:Guildford.
- Laible, D.J., Carlo, G. y Raffaelli, M. (2000). The differential relations of parent and peer attachment to adolescent adjustment. *Journal of Youth and Adolescence*, 29, 45-60.
- Lamborn, S.D., Mounts, N.S., Steinberg, N.L. y Dornbush, S.M. (1991). Pattern of competence and adjustment among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent and neglectful families. *Child Development*, 62, 1049-1065.
- Larson, R. y Richards, M.H. (1994). *Divergent realities.: The emotional lives of fathers, mothers, and adolescents*. Nueva York: Basic Books.
- Laursen, B. y Collins, W.A. (1994). Interpersonal conflict during adolescence. *Psychological Bulletin*, 115, 197-209.
- Laursen, B., Coy, K.C. y Collins, W.A. (1998). Reconsidering changes in parent-child conflict across adolescence: a meta-analysis. *Child Development*, 69, 817-832.
- Martínez, J.L. y Fuertes, A. (1999). Factores personales, familiares y relacionales implicados en la estabilidad de relaciones de pareja adolescentes. *Infancia y Aprendizaje*, 88, 85-105
- McClelland, G.H. y Judd, C.M. (1993) Statistical difficulties of detecting interactions and moderator effects. *Psychological Bulletin*, 114: 376-390.
- Mounts, N.S., y Steinberg, L. (1995). An ecological analysis of peer influence on adolescent grade point average and drug use. *Developmental Psychology*, 31, 915-922.
- Nada Raja, S., McGee, R. y Stanton, W.R. (1992). Perceived attachments to parents and peers and psychological well-being in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 21, 471-485.
- Noller, P. (1994). Relationships with parents in adolescence: Process and outcome.. En R. Montemayor, G.R. Adams y T.P. Gullotta (Eds.). *Personal relationships during adolescence* (págs. 37-77). Thousand Oak, CA: Sage
- Oliva, A. y Parra, A. (2001). Autonomía emocional durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje*, 24 (2), 181-196.
- Olson, D.H., Portner, J. y Lavee, Y. (1985). *Family Adaptability and Cohesion Scale*. University of Minnesota.
- Pettit, G.S., Bates, J.E., Dodge, K.A. y Meece, D. (1999). The impact of after-school peer contact on early adolescent externalizing problems is moderated by parental monitoring, perceived neighborhood safety, and prior adjustment. *Child Development*, 70, 768-778.
- Robinson, N.S. (1995). Evaluating the nature of perceived support in relation to perceived self-worth in adolescents. *Journal of Research on Adolescence*, 5, 253-280.
- Rosenberg, M. (1973). *Society and Adolescent self-image*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Savin-Williams, R.C. y Berndt, T.J. (1990). Friendship and peer relations. In Feldman, S.S., y Elliott, G.R. (Eds.), *At the threshold: The Developing Adolescent* (págs. 277-307). Cambridge: Harvard University Press.
- Simpson, J.A. y Rholes, W.S. (1998). Attachment Theory: A glance at the past, a look to the future. En J.A. Simpson y W.S. Rholes (Eds.), *Attachment Theory and Close Relationships* (págs. 3-21). Nueva York: Guilford.
- Slavin, L. y Rainer, K. 1990. Gender differences in emotional support and depressive symptoms among adolescents: A prospective analysis. *American Journal of Community Psychology* 18(3), 407-421.
- Sroufe, L.A. y Fleeson, J. (1986). Attachment and the construction of relationships. En W. Hartup y Z. Rubin (Eds.), *Relationships and Development* (págs. 51-71). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Steinberg, L.D. y Silverberg, S.B. (1986). The vicissitudes of autonomy. *Child Development*, 57, 841-851.
- Thompson, R. (1998). Early sociopersonality development. En N. Eisenberg (Ed.), *Social, emotional and personality development* (págs. 25-104); Vol. III de W. Damon (Ed.), *Handbook of Child Psychology*. Nueva York: Wiley.
- Van der Lippe, A. (1998). Are conflict and challenge sources of personality development?. En E. Sokoe y A. Von der Lippe (Eds.), *Personality development in adolescence: A cross national and life span*

perspective (pags. 38-60). Londres: Routledge.

Un análisis longitudinal de la comunicación entre madres y adolescentes

Águeda PARRA JIMÉNEZ
Universidad de Sevilla

Resumen

La comunicación entre progenitores y adolescentes es un aspecto fundamental de la dinámica familiar que influye en el desarrollo y bienestar tanto de los hijos e hijas, como de sus madres y padres. Los primeros años de la adolescencia son un momento difícil en la comunicación familiar, no obstante no existen investigaciones realizadas en nuestro contexto que den cuenta de los cambios en la comunicación familiar a lo largo de los años adolescentes. Los objetivos de este trabajo son dos. Por un lado, analizar la evolución que los patrones de comunicación siguen a lo largo de la adolescencia, teniendo en cuenta las posibles diferencias en función del género adolescente y de sus padres y madres, y por otro, analizar comparativamente las perspectivas de madres y adolescentes. Para ello, se evaluó la comunicación que una muestra de 101 adolescentes tenía con sus madres y padres en tres momentos diferentes, coincidiendo con la adolescencia inicial, media y tardía. Igualmente, se entrevistó a sus madres. Entre los resultados más interesantes cabe destacar que en general, madres y adolescentes tienen una visión positiva de la comunicación familiar, aunque las primeras perciben una comunicación más frecuente que sus hijos e hijas. Por otro lado, chicos y chicas dicen hablar más con sus madres que con sus padres. Estos y otros resultados son discutidos.

Palabras clave: adolescencia, relaciones familiares, comunicación entre padres y adolescentes, perspectiva de madres y adolescentes.

Abstract

Communication between mothers and adolescents is a fundamental aspect of the family dynamic that influences not only the development and well-being of the children but also that of their parents. Despite the initial years of adolescence being a difficult time for communication within families, no investigations have been carried out which deal until the changes in family communication throughout adolescence. This study has two objectives: on the one hand, to analyse the development of communication patterns throughout adolescence, taking into account the possible differences in the sex of adolescent and their parents; and on the other hand, to compare the different perspectives of

Dirección de la autora: Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología. c/ Camilo José Cela s/n, 41018, Sevilla. *Correo electrónico:* aparra@us.es

Agradecimientos: Este trabajo ha sido realizado gracias a la subvención (BSO2002-03022) concedida por el Ministerio de Ciencia y Tecnología dentro de la convocatoria de ayudas para la financiación de proyectos I+D, en el marco del Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica 2000-2003.

Recibido: julio 2007. *Aceptado:* septiembre 2007.

mother and adolescents. For this, we evaluated the communication that a sample of 101 adolescents had with their parents at three different time points –initial, middle and late adolescence-. Equally, we interviewed the mothers at the same times. Among the most interesting results, stood out the fact that, in general, mothers and adolescents have a positive view of communication within the family, although mothers perceive there to be more frequent communication that their sons or daughters. On the other hand, both boys and girls say that they talk to their mother more than to their father. This and other results are discussed.

Key words: Adolescence, Family relationships, Communication between parents and adolescents, Mothers and adolescents views.

Los datos procedentes de la investigación sobre las relaciones familiares indican que en algún momento entre la infancia y la adolescencia la comunicación entre los hijos e hijas y sus progenitores se deteriora: pasan menos tiempo interactuando juntos, chicos y chicas hablan menos de sus asuntos espontáneamente, las interrupciones a sus madres y padres -sobre todo a las primeras- se hacen mucho más frecuentes y la comunicación se torna más difícil (Barnes y Olson, 1985; Steinberg, 1981; Steinberg y Hill, 1978). Sin embargo, no existen muchos datos sobre la evolución que sigue la comunicación entre progenitores y adolescente a lo largo de toda la adolescencia. Aunque entendemos que la comunicación es una característica central del buen funcionamiento familiar y que unos adecuados canales de comunicación paterno-filial son fundamentales para el desarrollo de hijos e hijas, especialmente durante la adolescencia, es sorprendente lo poco que sabemos sobre la forma en que cambia la comunicación a medida que chicos y chicas van atravesando la adolescencia (Jackson, Bijstra, Oostra y Bosma, 1998; Laursen y Collins, 2004). Los escasos estudios sobre el tema no son equiparables ni en cuanto a las edades de los adolescentes de las muestras ni en cuanto a la forma de recoger la información, lo que puede influir en el desacuerdo que reflejan sus resultados. Así, trabajos como el de Jackson (Jackson *et al.*, 1998) o el de Conger y Ge

(Conger y Ge, 1999), que analizan la evolución de la comunicación entre la adolescencia inicial y media, apuntan a un empeoramiento de la comunicación entre ambos momentos. En esta línea se encuentran los resultados de un trabajo transversal realizado por Moreno, Muñoz-Tinoco, Pérez y Sánchez-Queija (2006) en el contexto español, y que parecen indicar que la comunicación a los 17 años es más difícil que en los momentos iniciales. Por otro lado, Drury, Catan, Dennison y Brody (1998), que amplían la edad de la muestra hasta los 20 años, indican que, comparada con los años previos, en la adolescencia tardía la comunicación experimenta una mejoría.

La literatura acerca de los temas que chicos y chicas hablan con sus madres y padres parece indicar que prefieren hablar de sus planes de futuro, de lo que hacen en su tiempo libre, de las normas familiares y de problemas generales. Por contra, muy rara vez hablan sobre política, religión, sexualidad o drogas (Megías *et al.*, 2002; Miller, 2002; Noller y Bagi, 1985; Rosenthal y Feldman, 1999). Con respecto a la comunicación sobre sexualidad existe un hecho realmente paradójico: progenitores y jóvenes hablan con muy escasa frecuencia sobre sexo, a pesar de que a los chicos y chicas les gustaría tener una mayor comunicación en casa sobre este tema, y a pesar de que padres y madres desearían ser fuente activa de información sexual para sus hijos e hijas (Benshoff y Alexander, 1993;

Hutchinson y Cooney, 1998; Jordan, Price y Fitzgerald 2000).

Al comparar las ideas de progenitores y adolescentes acerca de la dinámica familiar aparecen notas discordantes. Cuando preguntamos a madres, padres y adolescentes sobre el carácter de la comunicación en el seno de la familia, chicos y chicas afirman tener una comunicación peor con sus progenitores de lo que estos mismos señalan (Barnes y Olson, 1985; Hartos y Power, 2000; Megías *et al.*, 2002; Olson *et. al.*, 1983). Esta percepción más negativa por parte de los y las adolescentes puede ser explicada por la deseabilidad social, que hace que las madres se esfuercen por presentar unas relaciones más positivas con sus hijos e hijas; deseabilidad que actúa justo en sentido contrario para los adolescentes, ya que para ellos, lo deseable, lo necesario, es reafirmar su autonomía quizás describiendo unas relaciones más negativas de lo que realmente son (Hartos y Power, 2000).

La posible influencia del género adolescente sobre la comunicación en el seno de la familia ha sido tenida en cuenta en diferentes trabajos. Algunos de ellos apuntan a que la comunicación con las hijas es más frecuente que con los hijos, y que las chicas tienden a hablar más de sus preocupaciones y asuntos personales (Noller y Callan, 1991; Noller y Bagi, 1985; Youniss y Smollar, 1985). Sin embargo, otros trabajos no encuentran diferencias tan claras, o al menos destacan la importancia de considerar al mismo tiempo el género del progenitor con el que se evalúa dicha comunicación. Los resultados del interesante trabajo ya mencionado de Sandy Jackson (Jackson *et al.*, 1998) indican que si bien podrían existir ligeras diferencias en la comunicación de chicos y chicas con sus padres, manifestando los primeros una comunicación más abierta sobre todo al inicio de la adolescencia, la comunicación

con las madres tendería a ser más igualitaria. En este sentido apuntan también los datos de Moreno *et al.* (2004) que indican que la comunicación entre los y las adolescentes y sus madres es bastante similar, mientras que respecto a la comunicación con el padre sí aparecen diferencias significativas, siendo mucho más frecuente la comunicación entre padres e hijos que entre padres e hijas.

Entonces, ¿existe realmente en la familia más comunicación con las hijas que con los hijos? Según lo visto en el párrafo anterior, si bien con los padres la comunicación de los chicos es más frecuente, con las madres existiría una comunicación más igualitaria entre hijos e hijas. En este sentido, nos gustaría hacer dos matizaciones. Por un lado, que las conclusiones de los estudios de Jackson y Moreno provienen de la información aportada por los adolescentes, y que si preguntáramos a las madres, quizás ellas sí señalarían diferencias entre hijos e hijas, en la línea de investigaciones como las de Noller o Youniss (Noller y Callan, 1991; Noller y Bagi, 1985; Youniss y Smollar, 1985). Por otro lado, y como señala el mismo Jackson (Jackson *et al.*, 1998), también habría que tener en cuenta el tipo de metodología utilizada en las diferentes investigaciones. Y es que quizás, a través de entrevistas y cuestionarios no siempre se llegue a las mismas conclusiones. De hecho, trabajos como el ya comentado de Youniss y Smollar partieron de entrevistas –que acaso ofrecen información más elaborada– mientras que los de Moreno o el del propio Jackson se basan en cuestionarios.

Conviene señalar no obstante, un punto en el que sí existe un acuerdo prácticamente total en la literatura: que tanto chicos como chicas se comunican con mayor frecuencia con sus madres (Jackson *et al.*, 1998; Miller, 2002; Moreno *et al.*, 2004; Noller y Bagi, 1985; Rosenthal y Feldman, 1999), y que

ellas son las elegidas para hablar de temas difíciles como las drogas (Miller, 2002). De hecho, la madre es la figura que, según los hijos y las hijas, mantiene la comunicación en la familia (Megías *et al.*, 2002). Así, las madres son percibidas como más abiertas, comprensivas e interesadas en los asuntos del adolescente, y suelen iniciar con más frecuencia intercambios comunicativos con sus hijos e hijas (Barnes y Olson, 1985; Lanz, Iafrate, Rosnati y Scabini, 1999; Noller y Bagi, 1985; Noller y Callan, 1991).

Los principales objetivos de este trabajo son dos. El primero, estudiar la evolución de la comunicación entre los chicos y chicas y sus madres y padres a lo largo de la adolescencia, analizando tanto el nivel general de comunicación, como los posibles cambios en la comunicación sobre temas concretos. Igualmente, pretendemos conocer si existen diferencias de género, teniendo en cuenta el género de los adolescentes y el de sus padres. Así, analizaremos la percepción que tienen chicos y chicas de la comunicación con sus madres y con sus padres por separado. El segundo gran objetivo es comparar la perspectiva de los y las adolescentes con la de sus madres, y analizar si tienen visiones parecidas o no respecto a la comunicación familiar. Para responder a ambos objetivos hemos optado por un diseño longitudinal, el único que permite dar cuenta de los cambios que a nivel individual se producen con el paso de los años, y tener en cuenta la visión de los dos protagonistas de la historia: los chicos y chicas adolescentes y sus madres.

Método

Sujetos

Este trabajo supone el seguimiento longitudinal de un grupo de chicos y chicas

a lo largo de su adolescencia. Parte de una investigación previa en la que a través de un diseño transversal analizamos los cambios que se producían en la dinámica familiar coincidiendo con la adolescencia de hijas e hijos (Oliva y Parra, 2001; Parra y Oliva, 2002). En la investigación transversal la muestra estuvo compuesta por 513 adolescentes de edades comprendidas entre los 12 y los 19 años y pertenecientes a 10 centros educativos diferentes de Sevilla y su provincia. La elección de los colegios e institutos donde reclutamos a los adolescentes se realizó teniendo en cuenta criterios como su pertenencia al mundo rural o urbano, su titularidad -pública o privada concertada- y el nivel socioeconómico de las familias.

La segunda fase de la investigación consistió en el seguimiento de los chicos y chicas que en el estudio anterior se encontraban en la adolescencia inicial, entre los 12 y los 14 años -media de 13.11 y desviación tipo de 0.44-. Este seguimiento se realizó durante más de cinco años, hasta que cumplieron los 18 o 19 años. Así, estos jóvenes completaron los instrumentos de evaluación en su adolescencia inicial, media y tardía, denominados Tiempo 1 (T1), Tiempo 2 (T2) y Tiempo 3 (T3) respectivamente. La muestra final estuvo compuesta por 101 adolescentes, 38 chicos y 63 chicas. Las edades medias en la adolescencia media y tardía fueron 15.38 (desviación tipo 0.56) y 17.85 (desviación tipo 0.52) respectivamente.

Para identificar las posibles diferencias entre los jóvenes que continuaron en la investigación y aquellos que no lo hicieron, realizamos el *análisis de casos perdidos*. Nuestros resultados indican que entre los sujetos que continuaron en la investigación hay algo más de chicas que de chicos ($\chi^2=4.05$, $p<0.05$), y menos hijos de padres de nivel educativo-profesional bajo ($\chi^2=6.52$,

$p < 0.05$). No obstante, son semejantes en cuanto a su hábitat -rural vs. urbano- y al tipo de centro educativo al que asisten -público vs. privado-.

Para tener una visión más completa de la dinámica familiar, en el Tiempo 2 de la investigación longitudinal decidimos entrevistar a los padres y madres de los adolescentes. Los padres que quisieron colaborar fueron tan escasos (14 en T2 y 7 en T3), que decidimos prescindir de ellos y utilizar sólo las entrevistas de las madres. No obstante, hubo algún caso en el que contamos con la entrevista del padre por ser el cuidador principal. En T2 la muestra estuvo compuesta por 69 sujetos (66 madres y 3 padres), y en T3 por 49 madres y un padre. La edad de las madres osciló entre los 32 y los 56 años, con una media de 44.02 (desviación tipo 5.47). El 43.7% eran amas de casa, y en cuanto a su nivel educativo, la mayoría (57%) no tenía estudios o eran sólo primarios, el 17% había realizado estudios medios y el 26% universitarios.

Para saber si existían características diferenciales entre los adolescentes cuyas madres participaron en el estudio y aquellos cuyas madres no quisieron colaborar, realizamos un análisis comparativo. Los resultados indican que ambos grupos son semejantes en todas las variables. Por otro lado, el análisis de los sujetos perdidos no identificó diferencias significativas entre las madres que sólo participaron en T2 y aquellas que también lo hicieron en T3.

Instrumentos

1. Datos de identificación. Chicos y chicas respondieron a una serie de cuestiones demográficas tales como su edad y sexo, el centro educativo al que pertenecían y el curso en el que estaban. También describieron el nivel de estudios y la profesión de su padre y

de su madre. Por otro lado, sus madres debían indicar su nivel de estudios alcanzado, edad y profesión.

2. Comunicación familiar (Parra y Oliva, 2002). Utilizamos una escala elaborada para esta investigación compuesta por 22 ítems, 11 referidos al padre y 11 referidos a la madre, que evalúan la frecuencia de la comunicación familiar sobre diversos temas -amistades, tiempo libre, sexualidad, drogas, planes de futuro, etc.-. Se utiliza una escala tipo likert de 1 a 4 donde el 1 significa que nunca hablan del tema en cuestión, 2 que hablan rara vez, 3 que hablan algunas veces, y 4 que lo hacen con mucha frecuencia (alfas de Cronbach para la comunicación con la madre en T1=0.78; en T2=0.78 y en T3=0.83; alfas de Cronbach para la comunicación con el padre en T1=0.79; en T2=0.82 y en T3=0.82).

Procedimiento

La primera recogida de datos (T1) se realizó durante el curso académico 1998-1999. La segunda (T2) tuvo lugar en el 2000-2001, y la tercera (T3) en el 2002-2003. El primer paso fue seleccionar los centros educativos y ponernos en contacto con su equipo directivo para explicarles la investigación y solicitar su colaboración. Una vez que aceptaron participar con nosotros, seleccionamos las aulas en las que recogeríamos los datos. A continuación enviamos una carta a los padres y madres de los adolescentes solicitando su permiso para que colaboraran en la investigación. Una vez obtenido el permiso, pasamos a aplicar los cuestionarios de forma anónima y colectiva. Para facilitar el seguimiento posterior, cada uno de los participantes tenía un identificador numérico que equivalía a su nombre y apellidos, y que sólo los investigadores conocíamos. En la tercera recogida de datos,

T3, algunos adolescentes no estaban escolarizados o lo estaban en centros distintos a los de T1. En estos casos, una vez que contactamos con ellos y aceptaban seguir colaborando en la investigación, concertamos una cita para que completaran el cuestionario en el seminario del Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación de la Universidad de Sevilla.

En cuanto a las madres y los padres, el primer paso consistió en contactar telefónicamente con ellos, explicarles los objetivos de la investigación y solicitar su colaboración. Una vez que aceptaban, se fijaba la fecha de la entrevista y el lugar. Las entrevistas fueron siempre realizadas por alguno de los miembros del equipo de investigación en el hogar familiar.

Resultados

Para clarificar la presentación de los resultados lo dividiremos en dos grandes bloques atendiendo a los objetivos. Comenzaremos analizando la evolución de la comunicación con madres y padres desde la perspectiva de chicas y chicos a lo largo de la adolescencia, para pasar en segundo lugar a comparar esta visión con la de sus madres.

Para cubrir el primer objetivo vamos a presentar los resultados diferenciando la estabilidad absoluta y relativa de la comunicación de chicas y chicos con sus madres y padres. *La estabilidad absoluta* de una variable hace referencia a su consistencia a lo largo del tiempo, y supone analizar cómo se comporta su valor promedio en los distintos tiempos de medida. Al basarse en puntuaciones medias, la estabilidad absoluta no nos informa de los cambios individuales y no da cuenta, en el caso de que las haya, de trayectorias diferentes seguidas por grupos de sujetos. Para profundizar en este aspecto

presentaremos resultados sobre su *estabilidad relativa*. La estabilidad relativa permite conocer la consistencia de la posición de los sujetos respecto a su grupo de referencia a través del tiempo, y determinar si se sitúan de forma similar en los diferentes momentos de observación comparados con su grupo. El procedimiento más utilizado para medir la estabilidad relativa de las variables es el que se basa en los coeficientes de correlación entre los diferentes tiempos de medida (Alder y Scher, 1994).

Para conocer si existen cambios en las medias de las variables a lo largo de la adolescencia, esto es, su estabilidad relativa utilizaremos el modelo de *análisis de la varianza (ANOVA)* con *medidas repetidas*. Este modelo nos permite estudiar el efecto de uno o más factores cuando al menos uno de ellos es un factor *intra-sujetos*, por lo que es muy útil en los análisis de los diseños longitudinales, donde se analiza el efecto del factor tiempo sobre variables de un mismo grupo de sujetos. En los modelos de medidas repetidas es necesario que se cumpla el supuesto de que las varianzas de las diferencias entre cada dos niveles del factor intra-sujeto sean iguales. Este supuesto implica afirmar que la matriz de varianzas-covarianzas es circular o esférica. Existen diferentes estadísticos para conocer el efecto del factor intra-sujeto sobre la variable dependiente, algunos de ellos univariados (*Esfericidad asumida, Greenhouse-Geisser, Huynh-Feldt*) y otros multivariados (*Traza de Pillai, Lambda de Wilks, Traza de Hotelling o Raiz mayor de Roy*). Los multivariados, al ser más conservadores, permiten contrastar las hipótesis nulas referidas a los efectos en los que se encuentra involucrado el factor tiempo sin necesidad de asumir el supuesto de la esfericidad. Por consiguiente, en los análisis que se presentan a continuación presentaremos el valor *F* del estadístico *Traza*

de Pillai y su significación, que nos informará de si el factor tiempo es significativo y si los niveles de comunicación son semejantes o no en los diferentes momentos de registro (adolescencia inicial, media y tardía).

Además de la estabilidad absoluta y relativa, para profundizar en la evolución seguida por grupos de sujetos hemos llevado a cabo análisis de conglomerados para identificar grupos de adolescentes semejantes en función de su trayectoria en la frecuencia de comunicación. Así, esta información nos indica si las trayectorias observadas a través de la estabilidad absoluta son comunes a todos los sujetos o podemos identificar grupos distintos, lo que ayuda a complementar los datos procedentes del análisis de la estabilidad relativa. Para llevar a cabo el análisis de conglomerados utilizamos dos procedimientos sucesivos. En primer lugar realizamos un análisis de conglomerados con *K* medias, que nos permite reducir en número de sujetos inicial a sólo 10 grupos (número que elegimos aleatoriamente) en función de las semejanzas de las trayectorias seguidas a lo largo de la adolescencia. Una vez reducido el número de casos, utilizamos el procedimiento de conglomerados jerárquicos para constituir el número final de grupos que consideramos homogéneo respecto a las trayectorias de los sujetos que lo componen.

1. La comunicación a lo largo de la adolescencia

1.1. Comunicación con la madre

El instrumento de evaluación consistía en 11 temas ante los que los adolescentes tenían que indicar la frecuencia con la que hablaban con sus madres. Para obtener una única medida de la frecuencia general de la comunicación en cada uno de los tiempos

de medida generamos una nueva variable a través de las medias de las respuestas de los sujetos ante los 11 temas de comunicación. El rango de puntuaciones de esta variable para T1, T2 y T3 respectivamente es: 1.45-4, 1.73-4 y 1.55-4. Las medias para T1, T2 y T3: 2.66, 2.82 y 2.85 y las desviaciones tipo 0.54, 0.52 y 0.56 respectivamente.

Estabilidad absoluta

La comunicación de las chicas con sus madres experimenta un incremento significativo a lo largo de los años (Traza de Pillai, $F_{(2,97)}=6.36, p=0.003$), principalmente entre la adolescencia inicial y media (significación de la diferencia de las medias $p=0.005$). En el caso de los chicos no se observan cambios significativos, presentando puntuaciones semejantes en los diferentes momentos de la adolescencia, (Traza de Pillai $F_{(2,97)}=0.31, p=0.732$).

Por otro lado, es interesante señalar que, en general, chicos y chicas dialogan con sus madres con relativa frecuencia, ya que, como vemos en la figura 1, las medias se sitúan por

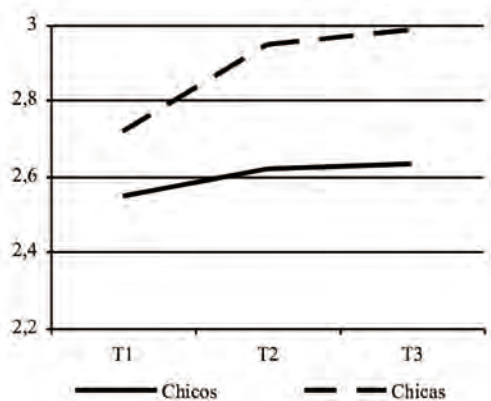


Figura 1. Evolución de la comunicación con la madre a través de la adolescencia.

encima de 2.5. Por otro lado, a lo largo de toda la adolescencia ellas dialogan más con sus madres que ellos (Contrastes univariados $F_{(1,98)}=11.50, p=0.001$). Aunque estas diferencias son especialmente significativas en la adolescencia media (Contrastes univariados $F_{(1,98)}=10.33, p=0.002$) y tardía (Contrastes univariados $F_{(1,99)}=10.64, p=0.002$).

Obtención de perfiles o trayectorias evolutivas

Para analizar más en profundidad las trayectorias de los sujetos e intentar identificar grupos distintos en función de la evolución de la comunicación con sus madres a lo largo de la adolescencia realizamos un Análisis de Conglomerados. A través de este análisis se originaron 3 grupos diferentes. En la figura 2 se describen las trayectorias de estos tres grupos a lo largo de la adolescencia. El grupo más numeroso (grupo 1) mantiene una trayectoria bastante estable con la edad, al igual

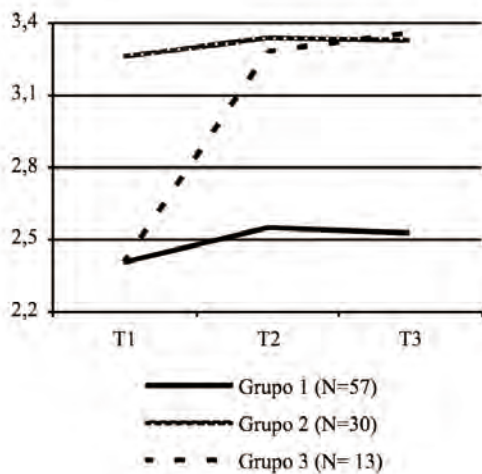


Figura 2. Trayectoria de los grupos obtenidos en función de la evolución de la comunicación con la madre.

que el grupo 2. Por el contrario, el grupo 3, formado por 9 chicas y 4 chicos experimenta un claro incremento en la comunicación con la madre. Probablemente son las 9 chicas que conforman este grupo las responsables del incremento que aparece en la figura 1 para el caso de las adolescentes entre la adolescencia inicial y media.

Nuestros resultados indican que existe relación entre los tres grupos encontrados y el sexo adolescente ($\chi^2=7.41, p=0.025$). Así, en el grupo 1 aparecen más chicos de lo esperable por azar. Invirtiéndose la tendencia para el grupo 2, donde existen más chicas. En el tercer grupo no existen diferencias significativas entre unos y otras.

Estabilidad relativa

Nuestros datos señalan una estabilidad relativa media y media-alta entre los diferentes momentos de la adolescencia (ver tabla 1). Además, ellas muestran una estabilidad relativa bastante alta entre la adolescencia media y tardía, mayor que la que se da entre la adolescencia inicial y la media. Conviene señalar en este momento que utilizar los coeficientes de correlación brutos como medida de la estabilidad relativa atenúa el valor de dicha estabilidad, ya que están basados en escalas cuya fiabilidad es inferior a 1 (por ejemplo, en el caso de la comunicación con la madre el *alfa* es de 0.80). Así, probablemente la estabilidad relativa de la comunicación con la madre es mayor de lo que ponen de manifiesto los coeficientes de correlación presentados.

Evolución de la comunicación con la madre por temas

Según los chicos y chicas de nuestra muestra, los temas de los que hablan con más frecuencia con sus madres son los referidos al empleo del tiempo libre y los amigos, las

Tabla 1. Valores r de las correlaciones entre T1 y T2 (adolescencia inicial y media) y entre T2 y T3 (adolescencia media y tardía) en la comunicación de chicos y chicas con sus madres.

	T1/T2	T2/T3
Chicos	0.48**	0.41**
Chicas	0.38**	0.63**

** $p < 0.01$

normas de la familia, sus gustos e intereses y los planes de futuro. Por el contrario, rara vez hablan sobre sexualidad en general y menos aún sobre su propia conducta sexual, siendo también poco frecuente la comunicación sobre política o religión. Asimismo, ellas hablan con sus madres más que ellos acerca de la mayoría de los temas, incluidos sexualidad en general y sus novios o personas que les gustan. En temas como el consumo de alcohol, tabaco u otras drogas, política, religión o la propia conducta sexual, no existen diferencias en la comunicación de chicos y chicas con sus madres, siendo muy poco frecuente la comunicación sobre estos temas.

Según vimos en la figura 1, la frecuencia de la comunicación general de los chicos con sus madres no cambia a través de los años, sin embargo, hablan más sobre temas concretos como sus gustos e intereses (Traza de Pillai, $F_{(2,94)}=3.70, p=0.028$) o las normas del hogar (Traza de Pillai, $F_{(2,93)}=4.78, p=0.001$), y la comunicación aumenta especialmente entre la adolescencia inicial y media. En el caso de las chicas, la comunicación aumenta sobre temas como las normas del hogar (Traza de Pillai, $F_{(2,93)}=5.99, p=0.004$), los planes de futuro (Traza de Pillai, $F_{(2,94)}=13.47, p=0.000$), sus novios o personas que les gustan (Traza de Pillai, $F_{(2,95)}=3.62, p=0.031$) y la política o la religión (Traza de Pillai, $F_{(2,93)}=4.39, p=0.015$).

1.2. Comunicación con el padre

De forma semejante a lo realizado respecto a la comunicación con la madre, generamos una nueva variable a través de las medias de las respuestas de los sujetos ante los 11 temas de comunicación. El rango de puntuaciones de esta variable para T1, T2 y T3 respectivamente es: 1-4; 1-3.64 y 1-3.64. Las medias para T1, T2 y T3: 2.42; 2.44 y 2.52 y las desviaciones tipo 0.56; 0.55 y 0.56 respectivamente.

Estabilidad absoluta

En el caso de la comunicación con el padre, chicos y chicas manifiestan tendencias diferentes, de hecho, el estadístico Traza de Pillai alcanza un nivel de significación estadística para la interacción entre la comunicación con el padre y el sexo ($F_{(2,95)}=4.68, p=0.012$ (ver figura 3). A medida que transcurren los años las adolescentes tienden a dialogar con más frecuencia con sus padres (Traza de Pillai $F_{(2,95)}=4.19, p=0.019$). Sin embargo, en el caso de los chicos la comunicación con el padre sufre un decremento entre la adolescencia inicial y media que parece recuperarse ligeramente en la tardía. El perfil de la comunicación entre los jóvenes y sus padres parece ajustarse a un modelo cuadrático $F_{(1,37)}=0.366, p=0.039$, mientras que el de las chicas sería más bien lineal (ver figura 3).

Por otro lado, los resultados indican diferencias entre chicos y chicas en la comunicación con sus padres. Ellas hablan con más frecuencia en la adolescencia media (Contrastes univariados $F_{(1,96)}=6.30, p=0.014$) y tardía (Contrastes univariados $F_{(1,96)}=5.50, p=0.021$), no existiendo diferencias entre unos y otras en la adolescencia inicial (Contrastes univariados $F_{(1,96)}=0.240, p=0.625$).

Obtención de perfiles o trayectorias evolutivas

Para analizar más en profundidad la comunicación con el padre a lo largo de la adolescencia y descubrir si las medias presentadas en la figura 3 representan las trayectorias de la mayoría de los adolescentes o si existen tendencias distintas, realizamos un análisis de conglomerados. Tras el análisis de los resultados optamos por considerar 3 grupos distintos. Como se desprende de la figura 4, los sujetos que componen los grupos 1 y 2 experimentan un ligero decremento en la comunicación con sus padres a lo largo de la adolescencia, mientras que los que forman el grupo 3, compuesto por la mayoría de los y las jóvenes, aumenta de forma leve. En todo caso, la principal diferencia entre los grupos estriba en los niveles generales de comunicación, ya que mientras que los sujetos del grupo 2 afirman hablar con sus padres a menudo, los de los grupos 1 y 3 lo hacen con menos frecuencia, ocurriendo esto a lo largo de toda la adolescencia. No aparecieron diferencias significativas entre

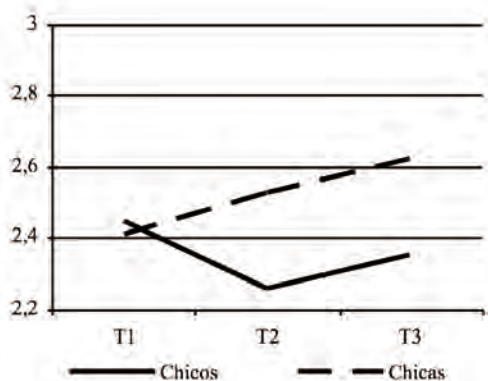


Figura 3. Evolución de la comunicación con el padre a través de la adolescencia.

el sexo adolescente y la pertenencia a estos grupos ($\chi^2=3.09$, $p=0.378$).

Estabilidad relativa

Como indica la tabla 2, la comunicación con el padre presenta una estabilidad relativa media-alta, más aún si tenemos en cuenta lo que comentamos algunos párrafos atrás de que las correlaciones, al estar basadas en medidas cuya fiabilidad nunca es igual a 1, tienden a minimizar el valor de dicha estabilidad. Esta elevada estabilidad indica que los chicos y chicas tienden a mantener sus posiciones relativas respecto al grupo de referencia a lo largo de los años, en otras palabras, que aquellos que afirmaban tener los niveles más altos de comunicación en la adolescencia media son los que tienden a seguir presentándolos en la media y la tardía.

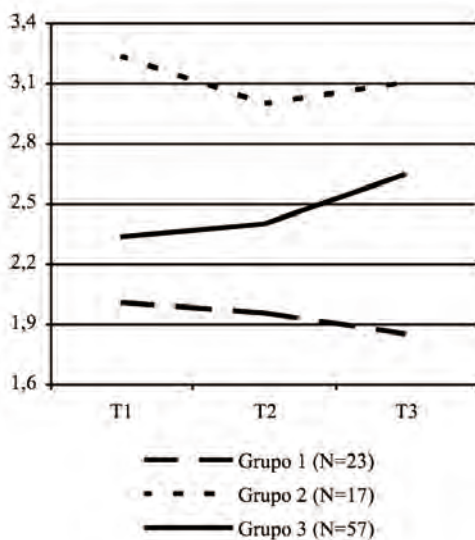


Figura 4. Trayectoria de los grupos obtenidos en función de la evolución de la comunicación con el padre.

Tabla 2. Valores r de las correlaciones entre T1 y T2 (adolescencia inicial y media) y entre T2 y T3 (adolescencia media y tardía) en la comunicación de chicos y chicas con sus padres.

	T1/T2	T2/T3
Chicos	0.50**	0.67**
Chicas	0.57**	0.60**

** $p < 0.01$

Evolución de la comunicación con el padre por temas

Los temas sobre los que los y las jóvenes hablan más con sus padres son muy parecidos a los que tratan con sus madres -amigos, normas de la familia, planes de futuro o gustos e intereses-, al igual que ocurre con los temas de los que se habla con menos frecuencia -sexualidad, política, religión o drogas-. Por otro lado, observamos que de forma similar a como ocurría también respecto a la comunicación con las madres, los temas de los que más se habla son en general tratados más por las chicas que por los chicos -normas del hogar, planes de futuro, amigos o gustos e intereses-, no apareciendo diferencias significativas en los temas cuya frecuencia de comunicación es menor -política, religión, drogas o sexualidad-.

Por otro lado, y a medida que aumenta la edad, la comunicación de los chicos con sus padres se hace más frecuente sobre temas como el uso del tiempo libre (Traza de Pillai, $F_{(2,93)}=3.06, p=0.052$), sus gustos o intereses (Traza de Pillai, $F_{(2,92)}=3.83, p=0.025$), su conducta sexual (Traza de Pillai, $F_{(2,91)}=5.26, p=0.007$) y política y religión (Traza de Pillai, $F_{(2,93)}=6.47, p=0.002$). En el caso de las chicas, con la edad la comunicación con sus padres aumenta sobre el uso del tiempo libre (Traza de Pillai, $F_{(2,93)}=3.50, p=0.034$), los planes de futuro (Traza de Pillai, $F_{(2,93)}=14.45, p=0.000$), las normas de la familia (Traza

de Pillai, $F_{(2,93)}=4.15, p=0.019$) y sus novios o novias (Traza de Pillai, $F_{(2,90)}=3.86, p=0.025$).

1.3. Comparación de la comunicación con madres y padres

A continuación compararemos la frecuencia de comunicación con madres y padres desde el punto de vista de los adolescentes. En todos los tramos de la adolescencia nuestros jóvenes se comunican más con sus madres que con sus padres (adolescencia inicial $t_{(98)}=5.65, p=0.000$; adolescencia media $t_{(97)}=8.10, p=0.000$; adolescencia tardía $t_{(97)}=6.79, p=0.000$).

Analizando lo anterior un poco más en profundidad observamos que, si bien en el caso de las chicas la comunicación con la madre es más frecuente que con el padre en todos los tramos de edad, adolescencia inicial $t_{(60)}=7.76, p=0.000$; adolescencia media $t_{(59)}=6.73, p=0.000$; adolescencia tardía $t_{(59)}=6.38, p=0.000$, para los chicos en la adolescencia inicial no hay diferencias en la frecuencia general de comunicación establecida con padres y madres ($t_{(37)}=1.17, p=0.24$), sí existiendo diferencias significativas a favor de la comunicación con las segundas tanto en la adolescencia media ($t_{(37)}=4.51, p=0.000$), como en la tardía ($t_{(37)}=3.16, p=0.003$).

2. Comparación de la visión adolescente con la de sus madres

Conviene recordar que aunque tenemos información de los chicos y chicas en tres momentos de su adolescencia -inicial, media y tardía-, sus madres fueron entrevistadas sólo en dos, coincidiendo con la adolescencia media y tardía, por lo que las comparaciones sólo van a poder realizarse para estos dos momentos.

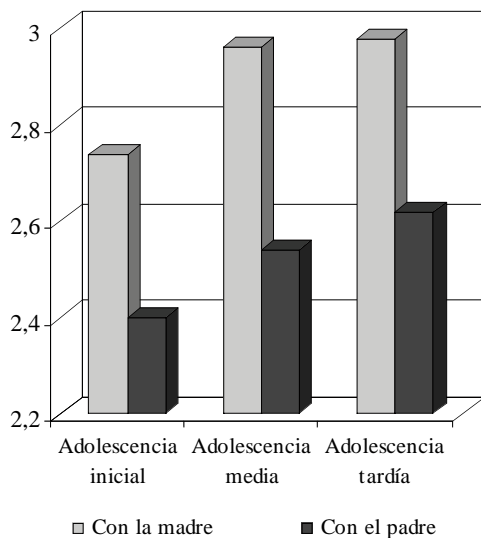


Figura 5. Comparación de la comunicación de las chicas con sus madres y padres.

En primer lugar, y tal como señala la tabla 3, tanto en la adolescencia media como tardía las madres afirman comunicarse con sus hijos e hijas con más frecuencia de lo que estos consideran, aunque las mayores diferencias aparecen en la adolescencia media.

Asimismo, creemos interesante señalar que tanto para madres como para adolescentes el grado de comunicación en el hogar es elevado, ya que la mayoría de las medias se sitúan alrededor de tres.

Cuando comparamos las percepciones de madres y adolescentes en función de la frecuencia de comunicación sobre temas

Tabla 3. Diferencias en la frecuencia de comunicación percibida por madres y adolescentes en la adolescencia media y tardía.

Adolescencia	Madres	Adolescentes	t
Media (T2)	2.99	2.70	3.98**
Tardía (T3)	3.07	2.86	2.45*

* $p < .05$ ** $p < .01$

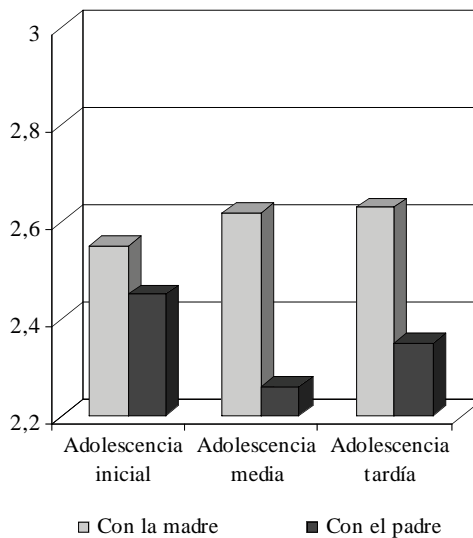


Figura 6. Comparación de la comunicación de los chicos con sus madres y padres.

concretos, observamos de nuevo que las mayores discrepancias aparecen en la adolescencia media. En este momento las madres afirman que hablan con sus hijos e hijas más de lo que éstos consideran sobre política y religión ($t_{(67)}=2.09, p=0.040$), alcohol, tabaco ($t_{(67)}=5.81, p=0.000$), y otras drogas ($t_{(67)}=5.60, p=0.000$), los planes de futuro de los adolescente ($t_{(67)}=2.70, p=0.009$), la sexualidad en general ($t_{(67)}=2.91, p=.005$) y sus novios o novias ($t_{(67)}=1.89, p=0.063$). En la adolescencia tardía las principales diferencias aparecen respecto a las ideas políticas y religiosas ($t_{(43)}=2.19, p=0.034$), al tabaco y al alcohol ($t_{(43)}=3.86, p=0.000$ - y a otras drogas ($t_{(43)}=2.94, p=0.005$).

Discusión

Los resultados sobre la comunicación con la madre indican que si bien las chicas hablan más con sus madres a medida que transcurren los años, especialmente en el caso de aquellas

que manifestaban una menor comunicación en la adolescencia inicial, la frecuencia de comunicación de los chicos no experimenta cambios significativos con la edad. En cualquier caso, ambos grupos muestran una posición relativamente constante respecto a su grupo de referencia, y quienes ocupan los puestos más altos en el "ranking" de comunicación en los años intermedios parecen seguir ocupándolos en los tardíos. En cuanto a la comunicación con el padre, tomados conjuntamente, los datos sobre estabilidad absoluta y relativa indican que el ligero incremento que se produce en la comunicación de las chicas con sus padres durante la adolescencia parece ser general para la mayoría, ya que las posiciones relativas tienden a mantenerse a lo largo de los años. En el caso de los chicos la mayoría percibe una disminución de la frecuencia de comunicación con sus padres entre la adolescencia inicial y la media que aumenta posteriormente. Es interesante subrayar que, al igual que ocurría en la comunicación con la madre, las chicas hablan con más frecuencia con sus padres que los chicos en la adolescencia media y tardía. Por otro lado, nuestros datos indican la existencia de grupos de sujetos diferentes en función de la frecuencia de la comunicación con sus padres. Estos sujetos, más que por las trayectorias concretas que siguen, que son similares y muestran gran estabilidad, se distinguen por los niveles de comunicación generales que mantienen. Así, existe un grupo que dice hablar con frecuencia con sus padres a lo largo de toda la adolescencia, mientras que otros dos hablan menos a menudo.

Nuestros resultados respecto a la evolución de la comunicación con la edad van en la línea de los de Drury *et al.* (1998), ya que apuntan a una comunicación más frecuente con los progenitores a lo largo de la adolescencia. Como señalan Mason y Gibbs (1993), esto podría estar relacionado con las mayores

experiencias vividas por los adolescentes y con sus crecientes capacidades cognitivas que le permitirían entender mejor el punto de vista de sus padres y madres y mejorar la comunicación con ellos. Esto es coherente con los resultados de los trabajos que señalan que en la mayoría de los hogares los conflictos más frecuentes se producen durante la adolescencia inicial, y que a partir de este momento tienden a disminuir (Conger y Ge, 1999; Holmbeck y Hill, 1991; Parra y Oliva, 2007; Steinberg, 1987; 1988). En cualquier caso, la continuidad y la estabilidad en las relaciones parecen ser la tónica en nuestros resultados, algo que probablemente refleja una dinámica bien establecida desde los años de la infancia.

Nuestros análisis han revelado una imagen de la comunicación familiar durante la adolescencia bastante menos dramática de la que parece imperar en la sociedad actual. Según la opinión de madres y adolescentes, la comunicación en la familia es relativamente frecuente durante estos años, y como hemos tenido oportunidad de presentar en otro lugar, los conflictos no son muy numerosos (Parra y Oliva, 2007). La imagen popular que destaca la conflictividad como rasgo protagonista de la dinámica familiar durante la adolescencia de hijos e hijas no parece estar muy contrastada empíricamente (Steinberg, 2001), y puede ser debida a la realidad de algunas familias que, probablemente, ya presentaban dificultades en los años previos.

Aunque en líneas generales nuestras familias dicen comunicarse con frecuencia, bien es cierto que no se habla por igual de todos los temas. Coincidiendo con resultados de estudios realizados tanto en España como en otros países, madres y adolescentes afirman hablar de forma escasa sobre política, religión, sexualidad en general o la propia conducta sexual del adolescente (Megías,

et al., 2002; Miller, 2002; Noller y Bagi, 1985; Rosenthal y Feldman, 1999). Casi con toda seguridad, los motivos que llevan a esta insuficiente comunicación son distintos para las cuestiones político-religiosas y para las sexuales. Probablemente, las primeras sean menos tratadas porque en la mayoría de los hogares no son consideradas cuestiones primordiales, y si son madres y padres los que tienen que iniciar los intercambios comunicativos, tiendan a hablar sobre aspectos que les generan más preocupación, caso de las normas del hogar, las amistades del o la adolescente, sus planes de futuro, el alcohol o el tabaco. Por el contrario, si en casa no se habla sobre sexualidad, y menos aún sobre la conducta sexual del adolescente, es en parte debido a que para algunas familias sigue siendo un tema tabú. Un tema que, por otra parte, padres y madres no siempre saben cómo abordar, y que claramente pertenece a la esfera privada del adolescente.

En la línea de trabajos previos, los resultados de nuestra investigación confirman que chicos y chicas dialogan más con sus madres que con sus padres, aunque los temas que más hablan con unas y otros son semejantes. A través de nuestros datos no podemos concluir el motivo de los diferentes niveles de comunicación con madres y padres, sin embargo, algunos trabajos apuntan a que la relación con las madres es más simétrica e igualitaria, lo que permite una comunicación bidireccional, un verdadero diálogo (Lanz, *et al.*, 1999; Noller y Callan, 1991).

En cuanto al género adolescente, nuestros resultados indican que en la adolescencia inicial chicos y chicas hablan con sus progenitores con la misma frecuencia, aunque en los años intermedios y en los tardíos aparecen diferencias, y las jóvenes hablan con madres y padres de forma más habitual. ¿Por qué aumentan las diferencias de género a medida

que transcurren los años? Probablemente no existan explicaciones únicas, y estas diferencias sean el resultado de un cúmulo de factores. A nuestro juicio, uno de estos factores tiene que ver con que las chicas son percibidas como más vulnerables que sus hermanos varones, por lo que deben ser más controladas que ellos, y la comunicación frecuente, especialmente a través de la autorevelación (Stattin y Kerr, 2000), es una de las mejores formas de control. Una explicación diferente hace referencia a que las chicas puedan tener más habilidades comunicativas -como la empatía- y que realmente hablen de forma más espontánea con sus padres y madres sin que estos tengan que animar las conversaciones. Quizás en la infancia y primeros años de la adolescencia estas diferencias no sean tan patentes porque son padres y madres los que inician los intercambios comunicativos. En la medida que iniciar las conversaciones dependa del adolescente, tal vez para ellas sea más fácil.

Respecto a la comparación de las visiones de madres y adolescentes, dos son las ideas que nos gustaría destacar. En primer lugar, es interesante ver cómo para ambos, madres y adolescentes, el grado de comunicación en el hogar es relativamente alto. Por otro lado, las madres consideran que hablan con sus hijos e hijas con más frecuencia de lo que estos perciben, especialmente sobre temas como el alcohol, el tabaco, y otras drogas, la política y la religión o la sexualidad. Estos resultados ponen de manifiesto que madres y adolescentes tienen perspectivas algo distintas de la realidad familiar, tendiendo las primeras a describir las relaciones en el hogar de forma más optimista que los segundos.

Existe bastante acuerdo en que los primeros años de la adolescencia son un momento difícil en la comunicación familiar en la que ésta se deteriora, no obstante, es importante subrayar que unos adecuados patrones de

comunicación son fundamentales, tanto para el buen funcionamiento del hogar como para el bienestar de los adolescentes (Barnes y Olson, 1985; Grotevant y Cooper, 1986, Hartos y Power, 2000; Hutchinson y Cooney, 1998; Jackson *et al.*, 1998; Parra, Oliva y Sánchez-Queija, 2004). La familia es un contexto fundamental en el que además de aprender conductas saludables, se desarrollan las estrategias de comunicación (Miller, 2002). Madres y padres deberían aprovechar la oportunidad que les brinda tratar sobre temas difíciles como sexualidad o drogas no sólo para educar a sus hijos e hijas sobre estos aspectos, sino para enseñarles a hablar de todo de forma positiva y constructiva. Además, es importante hacerlo no sólo en la adolescencia, sino comenzar en la infancia, algo que por otra parte, facilitará enormemente la comunicación posterior.

Uno de los aspectos más interesantes de este trabajo es que supone el seguimiento longitudinal, a lo largo de más de cinco años, de 101 adolescentes. Aunque es un número de sujetos importante, teniendo en cuenta el carácter longitudinal de la investigación, es cierto que no es una muestra numerosa, y que ha condicionado en parte los análisis estadísticos. En este sentido, somos conscientes de la dificultad de generalización de nuestros resultados. Igualmente, contar con un número mayor de madres y padres nos hubiera permitido comparar sus visiones de la comunicación familiar y analizar su percepción en función del sexo de los hijos.

El trabajo que presentamos presenta una imagen de la comunicación familiar durante la adolescencia mucho menos dramática y bastante más normalizada de la que está presente en la sociedad general. Estos resultados coinciden con otros muchos que desde hace algunos años presentan un panorama más moderado del periodo evolutivo de la

adolescencia. Sin embargo, y como señala Steinberg (2001), existe una tremenda paradoja entre lo que la investigación dice a madres y padres, y lo que transmiten los medios de comunicación. Desgraciadamente, lo segundo tienen un calado social mucho mayor que lo primero, y finalmente, lo que trasciende es exclusivamente la dificultad de esta etapa. Esta imagen tan desfavorable puede generar un intenso prejuicio social hacia los adolescentes, y condicionar las relaciones entre adultos y jóvenes, haciendo que los conflictos intergeneracionales sean más frecuentes, tanto en la familia como en la escuela (Moreno y del Barrio, 2000). Por otra parte, puede sesgar la interpretación de algunos problemas sociales que tengan a los jóvenes como protagonistas, y servir para justificar algunas decisiones políticas de carácter represivo (Oliva, 2003). Esperamos que este trabajo contribuya a crear una imagen más positiva y realista de las relaciones familiares con la llegada de hijas e hijos a la adolescencia.

Referencias

- Alder, A.G. y Scher, S.J. (1994). Using growth curve analyses to assess personality change and stability in adulthood. En T. F. Heatherton, y Weinberger, J. L. (Eds.), *Can personality change?* Washington, DC: American Psychological Association.
- Barnes, H.L. y Olson, D.H. (1985). Parent-adolescent communication and the circumplex model. *Child Development*, 56, 438-447.
- Benshoff, J.M. y Alexander, S.J. (1993). The family communication project: fostering parent-child communication about sexuality. *Elementary school guidance y counselling*, 27, 228.

- Conger, R. D. y Ge, X. (1999). Conflict and cohesion in parent-adolescent relations: changes in emotional expression from early to mid-adolescence. En M.J. Cox y J. Brooks-Gunn (Eds.), *Conflict and cohesion in families: Causes and consequences* (págs. 185-206). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Drury, J., Catan, L., Dennison, C. y Brody, R. (1998). Exploring teenagers' accounts of bad communication: a new basis for intervention. *Journal of Adolescence*, 21, 177-196.
- Grotevant, H.D. y Cooper, C.R. (1986). Individuation in family relationships: A perspective on individual differences in the development of identity and role-taking skill in adolescence. *Human Development*, 29, 82-100.
- Hartos, J.L. y Power, T.G. (2000). Association between mother and adolescent reports for assessing relations between parent-adolescent communication and adolescent adjustment. *Journal of Youth and Adolescence*, 29, 441-450.
- Holmbeck, G. N. y Hill, J. P. (1991). Conflictive Engagement, Positive Affect and Menarche in Families with Seventh-Grade Girls. *Child Development*, 62, 1030-1048.
- Hutchinson, M.K. y Cooney, T.M. (1998). Patterns of parent-teen sexual risk communication: Implications for intervention. *Family Relations*, 47, 185.
- Jackson, S., Bijstra, J., Oostra, L. y Bosma, H. (1998). Adolescents' perceptions of communication with parents relative to specific aspects of relationships with parents and personal development. *Journal of Adolescence*, 21, 305-322.
- Jordan, T.R., Price, J.H. y Fitzgerald, S. (2000). Rural parents' communication with their teen-agers about sexual issues. *Journal of School Health*, 70, 338-345.
- Lanz, M., Iafrate, R., Rosnati, R. y Scabini, E. (1999). Parent-child communication and adolescent self-esteem in separated, intercountry adoptive and intact non-adoptive families. *Journal of Adolescence*, 22, 784-794.
- Laursen, B. y Collins, W.A. (2004). Parent-child communication during adolescence. En A. L. Vangelisti (Ed.), *Handbook of Family Communication*. Mahwah, N. J.: Erlbaum.
- Mason, M.G. y Gibbs, J.C. (1993). Social perspective taking and moral development among college students. *Journal of Adolescent Research*, 8, 109-123.
- Megías, E., Elzo, J., Megías, I., Méndez, S., Navarro, F. J. y Rodríguez, E. (2002). *Hijos y padres: comunicación y conflictos*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Miller, M. A. (2002). Parent-adolescent communication about alcohol, tobacco, and other drug use. *Journal of Adolescent Research*, 17, 604-616.
- Moreno, A. y del Barrio, C. (2000). *La experiencia adolescente. A la búsqueda de un lugar en el mundo*. Buenos Aires: Aique
- Moreno, M.C., Muñoz, M.V., Pérez, P. y Sánchez-Queija, I. (2004). *Los adolescentes españoles y su salud*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo.
- Moreno, M.C., Muñoz-Tinoco, M.V., Pérez, P. y Sánchez-Queija, I. (2006). Los adolescentes españoles y sus familias: calidad en la comunicación con el padre y con la madre y conductas de riesgo relacionadas con el consumo de sustancias adictivas. *Cultura y Educación* 18, 345-362.
- Noller, P. y Bagi, S. (1985). Parent-adolescent communication. *Journal of Adolescence*, 8, 125-144.

- Noller, P. y Callan, V. (1991). *The Adolescent in the Family*. Londres: Rontledge
- Oliva, A. (2003). Adolescencia en España a principios del siglo XXI. *Cultura y Educación*, 15, 373-383.
- Oliva, A. y Parra, A. (2001). Autonomía emocional durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje*, 24, 181-196.
- Olson, D. H., McCubbin, H.I., Barnes, H.L., Larsen, A.S., Muxen, M.J. y Wilson, M.A. (1983). *Families: What makes them work?* Beverly Hills, CA: Sage.
- Parra, A. y Oliva, A. (2002). Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. *Anales de Psicología*, 18, 215-231.
- Parra, A. y Oliva, A. (2007). Una mirada longitudinal y transgeneracional sobre los conflictos entre madres y adolescentes. *Estudios de Psicología*, 28, 97-111.
- Parra, A., Oliva, A. y Sánchez-Queija, I. (2004). Evolución y determinantes de la autoestima durante los años adolescentes. *Anuario de Psicología*, 35, 331-346.
- Rosenthal, D. A. y Feldman, S. S. (1999). The importance of importance: Adolescents' perceptions of parental communication about sexuality. *Journal of Adolescence*, 22, 835-851.
- Stattin, H. y Kerr, M. (2000). Parental monitoring: A reinterpretation. *Child Development*, 71, 1072-1085.
- Steinberg, L. (1981). Transformations in family relations at puberty. *Developmental Psychology*, 17, 833-840.
- Steinberg, L. (1987). Impact of puberty on family relations: Effects of pubertal status and pubertal timing. *Developmental Psychology*, 23, 451-460.
- Steinberg, L. (1988). Reciprocal relations between parent-child distance and pubertal maturation. *Developmental Psychology*, 24, 122-128.
- Steinberg, L. (2001). We know some things: parent-adolescent relationships in retrospect and prospect. *Journal of Research on Adolescence*, 11, 1-19.
- Steinberg, L. y Hill, J. (1978). Patterns of family interactions as a function of age, the onset of puberty and formal thinking. *Developmental Psychology*, 14, 683-684.
- Youniss, J. y Smollar, J. (1985). *Adolescent relations with mothers, fathers and friends*. Chicago: University of Chicago Press.

Una mirada longitudinal y transgeneracional sobre los conflictos entre madres y adolescentes

ÁGUEDA PARRA Y ALFREDO OLIVA

Universidad de Sevilla



Resumen

Los conflictos familiares durante la adolescencia han generado muchas investigaciones en los últimos años, sin embargo, son pocas las que han usado diseños longitudinales y han tenido en cuenta la opinión de las madres. Los objetivos de este trabajo son dos, analizar la evolución de la frecuencia de los conflictos a lo largo de la adolescencia, y comparar las perspectivas de madres y jóvenes. Para cubrir el primero de ellos analizamos la estabilidad absoluta y relativa de la frecuencia de los conflictos, así como las trayectorias seguidas por grupos de sujetos. Entre los resultados más destacados podemos señalar la estabilidad en la frecuencia de los conflictos, ya que la mayoría de los adolescentes no percibe grandes cambios en las discusiones con sus madres —aunque respecto a temas concretos sí aparecen diferencias—. Por otro lado, las madres perciben menos conflictos que sus hijos e hijas, y han aparecido interesantes diferencias de género.

Palabras clave: adolescencia, relaciones familiares, conflictos entre madres y adolescentes.

A longitudinal and transgenerational view of mother-adolescent conflicts

Abstract

Family conflicts during adolescence have been studied in depth over the past years, though only a few studies have used longitudinal designs and taken mothers' opinions into account. The purpose of the present study was 1) to analyse how frequency of conflicts evolve throughout adolescence, and 2) compare mothers and adolescents' views. We therefore analysed absolute and relative stability of conflict frequency and identified the trajectory followed by groups of subjects. Among the most salient result is the stability in conflict frequency; most adolescents do not perceive great changes in discussions with their mothers, though there were differences regarding specific topics. On the other hand, mothers perceive fewer conflicts than both their sons and daughters, and interesting gender differences have also emerged.

Keywords: Adolescence, family relationships, mother-adolescent conflicts.

Agradecimientos: Este trabajo ha sido realizado gracias a una subvención concedida por el Ministerio de Ciencia y Tecnología dentro de la convocatoria de ayudas para la financiación de proyectos I+D en el marco del Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e innovación Tecnológica 2000-2003. Proyecto de investigación con referencia BSO2002-03022.

Correspondencia con los autores: Águeda Parra Jiménez. Dpto. Psicología Evolutiva y de la Educación. Universidad de Sevilla. Camilo José Cela s/n, 41018, Sevilla. Tfno.: 954 554 333. Fax: 954 557 642. Correo electrónico: aparra@us.es

INTRODUCCIÓN

La imagen social de las relaciones familiares durante la adolescencia está caracterizada por el conflicto entre padres, madres y jóvenes. Conflictos que tienden a disminuir con los años, cuando la dinámica familiar se normaliza y alcanza un nuevo equilibrio. Sin embargo, las investigaciones científicas aún no aportan datos concluyentes sobre esta trayectoria.

Diferentes investigaciones apuntan que coincidiendo con la pubertad aumentan los conflictos familiares y se produce un distanciamiento entre los adolescentes y sus madres y padres (Conger y Ge, 1999; Holmbeck y Hill, 1991; Steinberg, 1987; 1988). Autores como Peter Bloss (1979) consideran que cierta ruptura y distanciamiento en la relación con madres y padres es un requisito indispensable para el correcto funcionamiento del adolescente, ya que para establecerse como un adulto independiente, el chico y la chica debe separarse de sus padres tanto física como emocionalmente. El concepto de *Individuación* es central desde esta perspectiva, individuación que implica una desvinculación de los cuidadores a través de la cual chicos y chicas pueden “salir” del hogar familiar y lograr así unas relaciones afectivas positivas con otras personas. La rebelión hacia los padres y el aumento de los conflictos se convierten así en una consecuencia inevitable de esta etapa, que provoca una ruptura en los vínculos familiares y un obligado reajuste en las relaciones.

Sin embargo, en lo que no existe tanto acuerdo es en la trayectoria que siguen los conflictos a lo largo de los años adolescentes. Tradicionalmente este cambio ha sido descrito en términos de una figura de U invertida, con un aumento de la conflictividad entre la adolescencia inicial y media y una posterior disminución una vez llegada la adolescencia tardía (Montemayor, 1983; Paikoff y Brooks-Gunn, 1991). Sin embargo, Laursen, Coy y Collins en su meta-análisis publicado en 1998 y basado en 53 investigaciones no encuentran apoyo al modelo de la U invertida. Sus datos más bien apuntan a que con la edad se observa un decremento lineal en la frecuencia de los conflictos familiares.

Hay autores cuyos hallazgos no apoyan esta idea de la disminución de los conflictos con la edad (Bosma *et al.*, 1996; Dekovic, 1999; Galambos y Almeida, 1992). Para ellos la trayectoria de los conflictos depende de los temas concretos objeto de discusión, ya que algunos emergerían como fuente de conflicto a medida que chicas y chicos van atravesando la adolescencia. Este sería el caso por ejemplo de los conflictos sobre la elección profesional (Bosma *et al.*, 1996), o sobre el empleo del dinero (Galambos y Almeida, 1992).

En cualquier caso, las discrepancias en las conclusiones probablemente puedan ser explicadas, al menos en parte, atendiendo a las diferencias metodológicas entre los estudios. Por un lado, no todos los trabajos utilizan la misma forma de evaluar el conflicto familiar (Holmbeck, Paikoff y Brooks-Gunn, 1995). Mientras que algunos se basan en el análisis de interacciones, otros parten de entrevistas, o analizan las formas de actuación de madres, padres y adolescentes ante situaciones conflictivas hipotéticas. Otra posible explicación a los datos contradictorios la encontramos en la fuente de información utilizada, ya que algunas investigaciones se basan en la información obtenida exclusivamente de los padres o de los adolescentes, mientras que otras se basan en las opiniones de ambos. Finalmente, los resultados inconsistentes también podrían ser debidos a la escasez de estudios longitudinales, ya que la mayoría de los trabajos parten de diseños transversales que no nos permiten concluir de forma clara acerca de los cambios internos en la dinámica familiar durante estos años (Conger y Ge, 1999).

Con respecto a los temas que provocan discusiones y riñas familiares, estudios realizados en diferentes países, incluyendo España, coinciden en afirmar que los

conflictos más frecuentes son motivados por aspectos de la vida diaria como la forma de vestir, la hora de llegar a casa, las tareas del hogar o asuntos académicos (Arnett, 1999; Dekovic, 1999; Elzo *et al.*, 1999; Noller, 1994; Parra y Oliva, 2002; Weston y Millward, 1992). Por el contrario, temas relacionados con sexualidad, política, religión o drogas no provocan conflictos con frecuencia. Como señalábamos algunas líneas atrás, algunos temas surgen como fuente de conflicto a medida que chicos y chicas van cumpliendo años –caso por ejemplo de la elección profesional o el uso del dinero–, sin embargo, determinados temas parecen ser motivo de discusión prácticamente durante toda la adolescencia (Smetana, 1989).

Según algunos estudios, adultos y adolescentes tienen visiones *algo* distintas de la realidad familiar (Barnes y Olson, 1985; Honess *et al.*, 1997. Padres, y especialmente madres, perciben las interacciones de forma más positiva y optimista, tienden a infravalorar la tasa de conflictos y señalan más calidez y afecto de lo que indican sus hijos e hijas. Éstos por el contrario, parecen sobreestimar las diferencias existentes en el hogar, señalan más conflictos con sus padres y madres, y niveles más bajos de intimidad en la relación con ellos (Laursen *et al.*, 1998; Noller y Callan, 1986; 1988; Smetana, 1989; Silverberg y Steinberg, 1990).

Este trabajo de investigación pretende cubrir tres objetivos. En primer lugar, conocer la evolución que siguen los conflictos familiares a lo largo de la adolescencia, y hacerlo no sólo desde el punto de vista de los chicos y chicas, sino también de sus madres. Por otro lado, analizar las diferencias de género entre los adolescentes respecto a la frecuencia de los conflictos y a los temas concretos sobre los que discuten en casa. Finalmente, nuestro tercer objetivo es averiguar si realmente existen diferencias entre ambas perspectivas a la hora de percibir los conflictos familiares. Para responder de forma adecuada a ambas cuestiones hemos optado por un diseño longitudinal, el único que permite dar cuenta de los cambios que a nivel individual, se producen en nuestras vidas con el paso de los años. Además de estas dos grandes cuestiones, a lo largo del trabajo prestaremos especial atención a las diferencias entre chicos y chicas, para conocer así si existen discrepancias en la frecuencia con la que discuten con sus madres o en los temas que provocan conflictos.

MÉTODO

Participantes

Adolescentes

Este trabajo supone el seguimiento longitudinal de un grupo de chicos y chicas a lo largo de su adolescencia. Parte de una investigación previa en la que a través de un diseño transversal analizamos los cambios que se producían en la dinámica familiar coincidiendo con la adolescencia de hijas e hijos (Oliva y Parra, 2001; Parra y Oliva, 2002). En esta investigación la muestra estuvo compuesta por 513 adolescentes de edades comprendidas entre los 12 y los 19 años y pertenecientes a 10 centros educativos diferentes de Sevilla y su provincia. La elección de los colegios e institutos donde reclutamos a los adolescentes se realizó teniendo en cuenta criterios como su pertenencia al mundo rural o urbano, su titularidad –pública o privada concertada– y el nivel socioeconómico de las familias. Así intentamos que estuvieran representadas las diversas realidades de nuestro contexto.

La segunda fase de la investigación consistió en el seguimiento de los chicos y chicas que en el estudio anterior se encontraban en la adolescencia inicial, entre

los 12 y los 14 años –media 13.11 y desviación tipo .44–. Este seguimiento se realizó durante más de cinco años, hasta que cumplieron los 18 o 19 años. Así, estos jóvenes completaron los instrumentos de evaluación en su adolescencia inicial, media y tardía, denominados Tiempo 1 –T1–, Tiempo 2 –T2– y Tiempo 3 –T3– respectivamente. La muestra final estuvo compuesta por 101 adolescentes, 38 chicos y 63 chicas, 74.3% de ellos pertenecientes al mundo urbano y 25.7% al rural. Las edades medias en la adolescencia media y tardía fueron 15.38 –desviación tipo .56– y 17.85 –desviación tipo .52– respectivamente.

Para identificar las posibles diferencias entre los jóvenes que continuaron en la investigación y aquellos que no lo hicieron, realizamos el *Análisis de casos perdidos*. Nuestros resultados indican que entre los sujetos que continuaron en la investigación hay algo más de chicas que de chicos – $\chi^2 = 4.05, p < .05$ –, y menos hijos de padres de nivel educativo –profesional bajo – $\chi^2 = 6.52, p < .05$ –. No obstante, son semejantes en cuanto a su hábitat –rural *vs.* urbano– y al tipo de centro educativo al que asisten –público *vs.* privado–. Tampoco son diferentes en el grado de afecto percibido en el hogar, aunque los que continuaron percibían algo más de control que los que no lo hicieron – $F(1, 134) = 3.89, p = .051$ –.

Madres

Para tener una visión más completa de la dinámica familiar, en el Tiempo 2 de la investigación longitudinal decidimos entrevistar a los padres y madres de los adolescentes. Conviene señalar que los padres que quisieron colaborar fueron tan escasos –14 en T2 y 7 en T3–, que decidimos prescindir de ellos y utilizar sólo las entrevistas de las madres. No obstante, hubo algún caso en el que contamos con la entrevista del padre al ser él el cuidador principal. Así, en el Tiempo 2 la muestra estuvo compuesta por 69 sujetos –66 madres y 3 padres–, y en el Tiempo 3 por 49 madres y un padre. La edad de las madres osciló entre los 32 y los 56 años, con una media de 44.02 –desviación tipo 5.47–. El 43.7% son amas de casa, y en cuanto a su nivel educativo, la mayoría –57%– no tiene estudios o sólo tiene estudios primarios, el 17% tiene estudios medios y el 26% estudios universitarios.

Para saber si existían características diferenciales entre los adolescentes cuyas madres participaron en el estudio y aquellos cuyas madres no quisieron colaborar, realizamos un análisis comparativo. Los resultados indican que ambos grupos son semejantes en todas las variables. Por otro lado, el *análisis de los sujetos perdidos* no identificó diferencias significativas entre las madres que sólo participaron en T2 y aquellas que también lo hicieron en T3. Por ejemplo, unas y otras presentan niveles semejantes de conflictos con sus hijos e hijas – $F(1, 66) = .00, p = \text{n.s.}$ –. El nivel educativo tampoco marcó diferencias entre las madres que siguieron y las que no – $\chi^2 = 3.90, p = \text{n.s.}$ –.

Instrumentos

Datos de identificación

Chicos y chicas respondieron a una serie de cuestiones demográficas tales como su edad y sexo, el centro educativo al que pertenecían y el curso en el que estaban. También describieron el nivel de estudios y la profesión de su padre y de su madre. Por otro lado, sus madres debían indicar su nivel de estudios alcanzado, edad y profesión.

Conflictos familiares

Es una escala de 14 ítems, creada *ad hoc* para esta investigación (Parra y Oliva, 2002), que evalúa la frecuencia de aparición de discusiones familiares sobre

diversos temas –hora de volver a casa, amistades, drogas, política o religión, etcétera– *Alfas de Cronbach* para este estudio $T1 / T2 / T3 = .81 / .62 / .71$. Los sujetos deben responder en una escala likert de 1 a 4 donde 1 implica no tener ninguna discusión y 4 tener discusiones con mucha frecuencia. En esta escala no se diferencian las discusiones del adolescente con madre y padre, sino que se plantean las discusiones con ambos conjuntamente. Así, este instrumento fue completado por los chicos y las chicas en referencia a los conflictos con sus padres en general, y por las madres en referencia a los conflictos con sus hijos e hijas adolescentes.

Procedimiento

Adolescentes

La primera recogida de datos –T1– se realizó durante el curso académico 1998-1999. La segunda –T2– tuvo lugar en el 2000-2001, y la tercera –T3– en el 2002-2003. El primer paso fue seleccionar los centros educativos y ponernos en contacto con su equipo directivo para explicarles la investigación y solicitar su colaboración. Una vez que aceptaron participar con nosotros, seleccionamos las aulas en las que recogeríamos los datos. A continuación enviamos una carta a los padres y madres de los adolescentes solicitando su permiso para que colaboraran en la investigación. Una vez obtenido el permiso, pasamos a aplicar los cuestionarios de forma anónima y colectiva. Para facilitar el seguimiento posterior, cada uno de los participantes tenía un identificador numérico que equivalía a su nombre y apellidos, y que sólo los investigadores conocíamos.

En la tercera recogida de datos, T3, algunos adolescentes no estaban escolarizados o lo estaban en centros distintos a los de T1. En estos casos, una vez que contactamos con ellos y aceptaban seguir colaborando en la investigación, concertamos una cita para que completaran el cuestionario en el seminario del Dpto. de Psicología Evolutiva y de la Educación de la Universidad de Sevilla.

Madres

El primer paso consistió en contactar telefónicamente con las madres y/o los padres, explicarles los objetivos de la investigación y solicitar su colaboración. Una vez que aceptaban colaborar con nosotros, se fijaba la fecha de la entrevista y el lugar. La mayoría de dichas entrevistas se realizaron en el hogar familiar, aunque alguna madre prefirió para ello el seminario del Dpto. de Psicología Evolutiva y de la Educación de la Universidad de Sevilla. En ambos casos, alguno de los miembros del equipo de investigación realizaba la entrevista.

RESULTADOS

Los resultados que presentamos a continuación están divididos en función de las dos grandes cuestiones que guían nuestro trabajo de investigación. En primer lugar, analizar la evolución de la frecuencia de los conflictos a lo largo de la adolescencia desde la perspectiva de madres y adolescentes; y en segundo lugar, conocer si existen diferencias entre ambas.

Para responder a la primera cuestión vamos a presentar los resultados diferenciando la estabilidad absoluta y relativa de las variables. La *estabilidad absoluta* de una variable hace referencia a su consistencia a lo largo del tiempo, y supone analizar cómo se comporta su valor promedio en los distintos tiempos de medida. No obstante, y al basarse en puntuaciones medias, no nos informa de los cambios individuales y no da cuenta, en el caso de que las haya, de trayectorias diferentes seguidas por grupos de sujetos. Para profundizar en este aspecto presentaremos

resultados sobre su *estabilidad relativa*. La estabilidad relativa permite conocer la consistencia de la posición de los sujetos respecto a su grupo de referencia a través del tiempo, y determinar si se sitúan de forma similar en los diferentes momentos de observación comparados con su grupo. El procedimiento más utilizado para medir la *estabilidad relativa* de las variables es el que se basa en los *coeficientes de correlación* entre los diferentes tiempos de medida (Alder y Scher, 1994).

Además de la estabilidad absoluta y relativa, para profundizar en la evolución seguida por grupos de sujetos hemos llevado a cabo *análisis de conglomerados*. Con este procedimiento hemos pretendido identificar grupos de adolescentes semejantes en función de su trayectoria en la frecuencia de conflictos. Así, esta información nos indica si las trayectorias observadas a través de la estabilidad absoluta son comunes a todos los sujetos o podemos identificar grupos distintos, lo que sin duda, ayuda a complementar los datos procedentes del análisis de la estabilidad relativa. Para llevar a cabo el análisis de conglomerados utilizamos dos procedimientos sucesivos. En primer lugar realizamos un análisis de *conglomerados con K medias*, que nos permite reducir en número de sujetos inicial a sólo 10 grupos –número que elegimos aleatoriamente– en función de las semejanzas de las trayectorias seguidas a lo largo de la adolescencia. Una vez reducido el número de casos, utilizamos el procedimiento de *conglomerados jerárquicos* para constituir el número final de grupos que consideramos homogéneo respecto a las trayectorias de los sujetos que lo componen. Es importante tener en cuenta que el análisis de conglomerados jerárquicos genera distintas agrupaciones, por lo que seremos nosotros los que tras la valoración de las diferentes soluciones, elijamos la que consideremos más consistente y la que agrupa a los sujetos de forma más natural.

Evolución de la frecuencia de los conflictos a lo largo de la adolescencia desde la perspectiva de madres y adolescentes

Adolescentes

El instrumento de evaluación consistía en 14 temas ante los que los adolescentes tenían que indicar la frecuencia con la que provocaban discusiones. Para obtener una única medida de la frecuencia general de los conflictos en cada uno de los tiempos de medida generamos una nueva variable a través de las medias de las respuestas de los sujetos ante los 14 temas conflictivos.

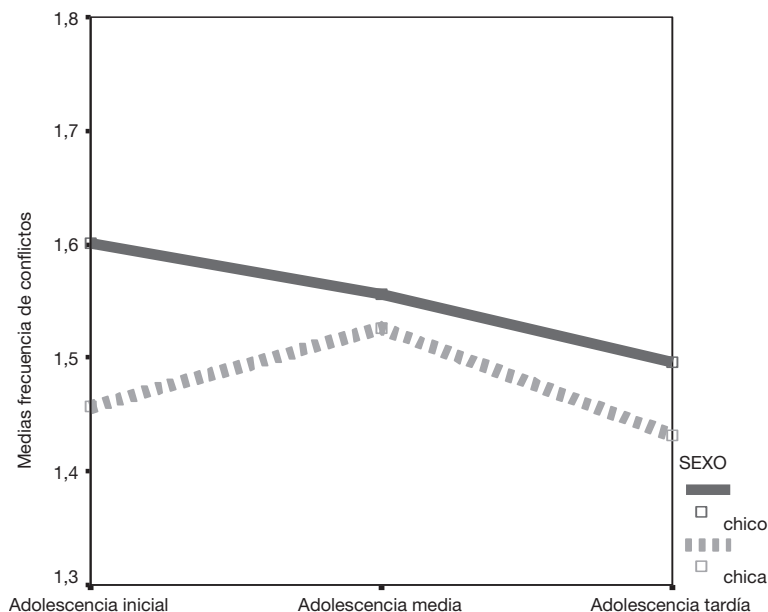
i. Estabilidad absoluta

Cuando analizamos la evolución de la frecuencia de los conflictos –figura 1–, los datos indican una diferencia significativa a lo largo de los años –*Traza de Pillai* $F(2, 98) = 3.15, p < .05$ – que implica un decremento en las discusiones, especialmente entre la adolescencia media y tardía.

Al analizar por separado las tendencias de los chicos y las chicas, observamos que existen diferencias significativas sólo en el caso de las primeras –*Traza de Pillai*, $F(2, 98) = 3.50, p < .05$ – que perciben un decremento en la frecuencia de los conflictos, especialmente entre la adolescencia media y tardía. Los chicos no aprecian cambios significativos a lo largo de los años –*Traza de Pillai*, $F(2, 98) = 1.05, p = n.s.$ –.

Por otro lado, los datos indican que aunque los chicos afirman tener discusiones algo más frecuentes que las chicas, estas diferencias no son significativas en ningún tramo de la adolescencia. En cualquier caso, y como veremos a continuación, cuando existen diferencias en la frecuencia de conflictos percibida por unos y otras respecto a temas concretos, son los primeros los que afirman tener más

FIGURA 1
Evolución de la frecuencia de los conflictos según la opinión de chicas y chicos



discusiones. Sólo existe una excepción: la hora de volver a casa, ya que sobre este tema son las adolescentes quienes tienen más riñas.

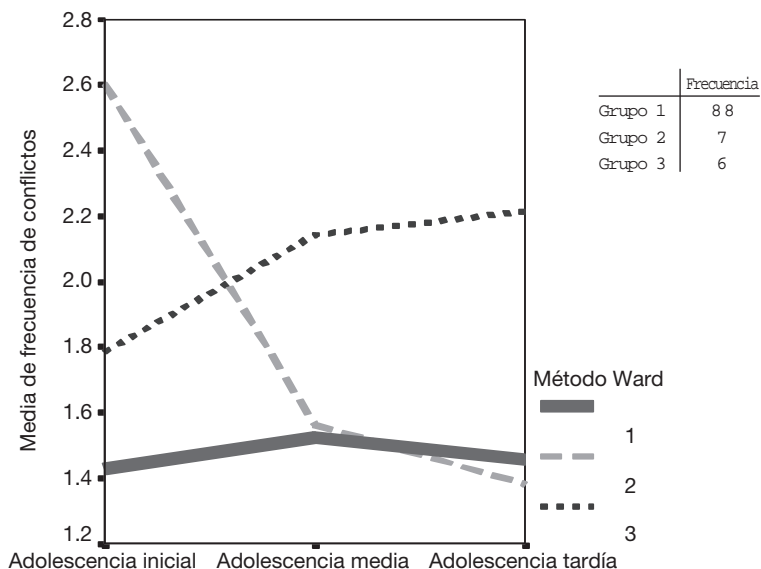
1. Trayectorias evolutivas

Tras la realización de un análisis de conglomerados de K-medias redujimos todos los sujetos a sólo 10 grupos en función de la semejanza de sus puntuaciones respecto a la frecuencia de conflictos con sus madres y padres. A continuación realizamos un análisis de conglomerados jerárquicos, a través del cual decidimos optar por la existencia de tres grupos. En la figura 2 aparecen las trayectorias de los tres grupos generados. Como vemos en dicha figura, existen diferencias significativas entre ellos. El primero y más numeroso manifiesta una tendencia estable a lo largo de los años, mientras que el segundo presenta un decremento importante en la frecuencia de conflictos entre la adolescencia inicial y media, y el tercero un ligero incremento en este mismo período.

Es interesante señalar que los resultados del análisis de conglomerados matizan los obtenidos a través del análisis de medidas repetidas, y apuntan a que la elevada estabilidad absoluta no es general para todos los sujetos, sino que existen algunos individuos que presentan cambios significativos en la frecuencia de los conflictos con sus madres y padres. Así, habría que destacar el importante descenso en la conflictividad que se observa en algunos sujetos que presentaban niveles muy altos de discusiones al inicio de la adolescencia.

Cuando relacionamos los grupos anteriores con el sexo adolescente los resultados indican que existen claras diferencias de género $-\chi^2 = 8,107, p = < .01-$. Mientras que en el primer grupo hay una frecuencia de chicas mayor de lo esperable por azar, en el grupo 2, en el que se observa una acusada disminución de las discusiones, existen más chicos. En el tercer grupo, chicos y chicas están igualmente representados.

FIGURA 2
 Trayectoria de los grupos obtenidos en función de la evolución de la frecuencia de los conflictos con padres y madres



ii. Estabilidad relativa

Nuestros datos indican una estabilidad prácticamente idéntica para el caso de las chicas y de los chicos. Además, tanto para unos como para otras la mayor estabilidad aparece entre la adolescencia media y tardía —ver tabla I—. Esta mayor consistencia indica que las posiciones relativas respecto a sus grupos de referencia se mantienen más estables en los últimos años de la adolescencia que en los primeros.

TABLA I
 Correlaciones entre T1 / T2 / T3 en la frecuencia de los conflictos según la opinión de chicas y chicos

Frecuencia conflictos	Adolescencia inicial-media r	Adolescencia media-tardía r
Chicos	.29	.55**
Chicas	.29*	.52**

* $p < .05$ ** $p < .01$

Tomados conjuntamente, los datos sobre la estabilidad absoluta y relativa indican que entre la adolescencia inicial y media no existen cambios significativos en la frecuencia promedio de los conflictos porque hay jóvenes que perciben un aumento en las discusiones mientras que otros señalan un decremento que compensa el incremento anterior. Si recordamos los grupos obtenidos tras el análisis de conglomerados, entre la adolescencia inicial y media, además de un grupo muy numeroso que se mantenía constante respecto a la frecuencia de los conflictos, había un grupo, formado sobre todo por chicos, que disminuía claramente la frecuencia de conflictos mientras que un tercero la aumentaba ligeramente.

Entre la adolescencia media y tardía, independientemente de que las medias se mantengan —caso de los chicos— o que disminuyan ligeramente —caso de las chicas— los adolescentes mantienen su posición relativa respecto al grupo de referencia. En otras palabras, los jóvenes no advierten cambios entre la adolescencia media y tardía en la frecuencia de los conflictos, y aquellos que hablaban de más discusiones en el primer momento también siguen considerando que tienen más discusiones en el segundo. En el caso de las adolescentes, aunque describen una ligera disminución en los conflictos, esta disminución es general para todas, para aquellas que percibían más conflictos y para las que percibían menos, manteniéndose sus posiciones relativas respecto al grupo. Por lo tanto, parece que las fluctuaciones mayores en la conflictividad, tanto en lo referente a estabilidad absoluta como relativa, tienen lugar entre la adolescencia inicial y media. En cualquier caso, conviene destacar que el grupo más numeroso de la muestra mantiene una frecuencia de conflictos estable y relativamente baja a lo largo de los años. En una escala de 1 a 4, donde 1 significa no tener ninguna discusión y 4 tener muchas, se sitúan alrededor de 1,5.

Cuando analizamos la frecuencia de discusiones teniendo en cuenta los temas concretos origen de conflicto y diferenciando entre chicos y chicas, aparecen datos interesantes. Cuando existen diferencias en la tasa de conflictos entre los y las adolescentes, en general, ellos perciben más discusiones que ellas. Este es el caso del empleo del tiempo libre $-F(1, 91) = 5.26, p = < .05-$, las horas de estudio y las notas $-F(1, 91) = 8.72, p = < .01-$, el consumo de tabaco y alcohol $-F(1, 91) = 3.79, p = < .05-$ y otras drogas $-F(1, 91) = 15.39, p = < .01-$ o la carrera profesional a seguir $-F(1, 91) = 8.42, p = < .01-$. Sólo hay un tema en el que las chicas afirman tener más discusiones que sus compañeros varones: la hora de llegar a casa $-F(1, 91) = 5.51, p = < .05-$. Un tema que parece ser especialmente conflictivo en la adolescencia media.

En el caso de los chicos, el momento en el que se producen más discusiones es la adolescencia inicial. A partir de ahí hay una disminución en los conflictos, especialmente sobre aspectos cotidianos como la forma de vestir o arreglarse $-F(2, 91) = 3.10, p = < .05-$, sus ligues $-F(2, 91) = 3.43, p = < .05-$ y su conducta sexual $-F(2, 90) = 10.39, p = < .01-$.

Respecto a los temas que provocan discusiones familiares con mayor frecuencia, existe bastante consenso entre chicos y chicas. En general para todos, y en todos los momentos de la adolescencia, las tareas del hogar, el empleo del dinero, la hora de recogida, el tiempo de estudio o la forma de vestir son los asuntos que provocan más discusiones. Por el contrario, los que provocan menos riñas son la política o la religión, lo relacionado con su conducta sexual o ligues, y las drogas.

Madres

iii. Estabilidad absoluta y relativa

En los siguientes párrafos analizaremos los cambios en la percepción de las madres respecto a los conflictos con sus hijos e hijas entre la adolescencia media y tardía. Al igual que hicimos en el apartado anterior, comenzaremos por la estabilidad absoluta de las variables para tratar posteriormente la relativa. Al tener sólo dos medidas de las variables, recogidas durante la adolescencia media $-T2-$ y tardía $-T3-$, en los análisis estadísticos utilizaremos la prueba *t* de *comparación de medias para muestras relacionadas*.

En primer lugar, podemos señalar que las madres no afirman tener muchos conflictos con sus hijos e hijas durante la adolescencia, ya que en una escala de 1 *—ninguna discusión—* a 4 *—muchas discusiones—*, la media no llega a alcanzar el 2 *—algunas discusiones—*. La tabla II muestra una estabilidad relativa media en la fre-

cuencia de los conflictos, lo que significa que entre la adolescencia media y tardía se producen ligeros cambios en las posiciones relativas de las madres respecto a dichas variables.

Tabla II
Diferencias entre la adolescencia media y tardía en la frecuencia de los conflictos según la opinión de las madres

	T2	T3	Estab. absoluta t	Estab. relativa r
Conflictos	1.44	1.37	-1.26	.45**

* $p < .05$ ** $p < .01$

Teniendo en cuenta la evolución sobre temas concretos, nuestros resultados indican que para las madres, a medida que transcurren los años, se produce un decremento en los conflictos sobre temas cotidianos como la hora de llegar a casa $-t(48) = 2.76, p = < .01-$, la forma de gastar el dinero $-t(48) = 2.73, p = < .01-$, el tiempo de estudio y las calificaciones académicas $-t(48) = 2.66, p = < .01-$. Temas que, por otro lado, eran de los que provocaban discusiones con mayor frecuencia en la adolescencia media. Como dijimos en líneas anteriores, en general, las madres no perciben conflictos muy frecuentes con sus hijos e hijas, de hecho, el único tema que sigue provocando discusiones con cierta frecuencia en la adolescencia tardía es el referido a la realización de las tareas del hogar.

Diferencias en la percepción de madres y adolescentes

En primer lugar, y como muestra la tabla III, los hijos e hijas perciben mayor tasa de conflictos en los dos momentos de la adolescencia observados.

Tabla III
Discrepancias en la frecuencia de los conflictos familiares percibidos por madres y adolescentes en la adolescencia media y tardía

	Adolescencia media (T2)			Adolescencia tardía (T3)		
	Madre	Adolescente	t	Madre	Adolescente	t
Conflictos	1.44	1.53	-2.15*	1.37	1.49	-2.02*

* $p < .05$ ** $p < .01$

Cuando analizamos los temas concretos en los que se producen discrepancias entre madres y adolescentes, los datos indican que existen algunas diferencias entre la adolescencia media y tardía, si bien las discusiones sobre los amigos y amigas son percibidas con mayor frecuencia por los y las adolescentes tanto en la adolescencia media $-t(68) = -2.00, p = < .05-$ como en la tardía $-t(48) = -2.07, p = < .05-$. En el primero de estos momentos también existen diferencias entre madres y adolescentes en temas como la conducta sexual de chicas y chicos $-t(68) = -2.05, p = < .05-$, o los sitios a los que van cuando salen $-t(68) = -3.36, p = < .05-$. Por otro lado, en la adolescencia tardía las diferencias más importantes entre madres y adolescentes se refieren al tiempo de estudio y a las calificaciones escolares $-t(48) = -2.96, p = < .01-$, al empleo del dinero $-t(48) = -3.18, p = < .01-$ y a temas menos cotidianos como la política y la religión $-t(48) = -2.55, p = < .05-$. En cualquier caso, es importante recordar que chicas y chicos perciben mayor frecuencia de discusiones respecto a todos los temas anteriores que sus madres.

DISCUSIÓN

Los resultados de nuestro estudio subrayan la continuidad de los conflictos familiares a lo largo de la adolescencia, ya que para la mayoría de los sujetos de la muestra no se producen cambios significativos en el número de discusiones que mantienen con sus madres y padres. No obstante, también apuntan a una ligera disminución con los años. Este resultado coincide con el obtenido en el metaanálisis de Laursen *et al.* (1998). Aunque al analizar las trayectorias individuales descubrimos que la disminución no es generalizada, sino que ocurre sólo para las chicas entre la adolescencia media y la tardía, y para el grupo de chicos que más conflictos presentaba en la adolescencia inicial.

Por otro lado, hemos encontrado que, aunque no aparecen grandes cambios en función de los temas concretos objeto de discusión, con la edad aumentan los conflictos sobre la hora de llegar a casa, especialmente para las chicas. En el caso de los chicos con los años disminuyen las discusiones sobre la forma de vestir, los ligues, la política y la religión.

La adolescencia es un momento de transición en el sistema familiar que exige de sus miembros un esfuerzo de adaptación, no obstante, las nuevas formas de funcionamiento que se adquieran en este momento dependerán en parte de las que ya existían en años anteriores, por lo que la trayectoria seguida por el sistema familiar tenderá a la coherencia y a la continuidad (Granic, Dishion y Hollenstein, 2003; Lewis, 1995; 1997). En nuestra investigación esta coherencia se refleja en que las posiciones relativas de los sujetos con respecto a su grupo de referencia tienden a mantenerse constantes en los diferentes momentos de observación. Es decir, independientemente de cuál sea la tendencia general puesta de manifiesto a través de las medias, los jóvenes que afirmaban tener más conflictos, por ejemplo en la adolescencia tardía, son los que tendían a ocupar los puestos superiores también en los años intermedios.

La adolescencia es un momento de transición —o de transiciones, como señalan Graber, Brooks-Gunn y Petersen (1996) o Lerner *et al.*, (1996)— en la vida de chicos y chicas. Un periodo plagado de transformaciones y mudanzas que van a resultar necesarias para situar a los y las jóvenes a las puertas del mundo adulto. En este sentido, no es extraño que la adolescencia, y especialmente sus primeros momentos sean los más conflictivos en la relación entre padres e hijos. En la medida que unos y otros sean capaces de alcanzar un nuevo equilibrio, las relaciones se normalizarán y las riñas y discusiones tenderán a bajar.

A pesar de lo comentado hasta ahora sobre el incremento de la frecuencia de los conflictos a lo largo de la adolescencia, nuestros datos presentan una imagen bastante normalizada de este momento, y coinciden con otros muchos trabajos según los cuales menos del 10% de las familias tienen serias dificultades en este momento (Dekovic, 1999; Motrico, Fuentes y Bersabé, 2001; Parra, Oliva y Nobes, 2000; Weston y Millward, 1992). De hecho, la mayoría de nuestros adolescentes afirma discutir poco con sus madres. Como señalan otros trabajos, la mayoría de las familias que manifiestan graves problemas ya los presentaban durante la infancia (Collins, 1997; Holmbeck *et al.*, 1995; Rueter y Conger, 1995; Steinberg, 1990), por lo que aunque las riñas y discusiones son una realidad normativa durante la transición familiar de la adolescencia, los conflictos graves no lo son (Steinberg y Silk, 2002).

Uno de los objetivos de nuestro trabajo era detectar la existencia de diferencias de género entre los adolescentes, e intentar explicarlas. Según nuestros datos, en general, chicos y chicas muestran un nivel de conflictos semejante con sus madres y padres. Sin embargo, cuando analizamos los temas concretos, se presenta una realidad bastante menos simple, de la que se desprende que chicos y

chicas continúan percibiendo un trato diferente en el hogar. Un ejemplo: ellos tienen más conflictos sobre temas académicos, incluyendo la carrera o profesión que quieren elegir, sobre su uso del tiempo libre, sobre el tabaco, el alcohol y otras drogas. El único tema que genera más discusión entre las jóvenes es el de la hora de llegar a casa, un tema que probablemente ellos decidan de forma más independiente que ellas.

Siguiendo con los temas que generan conflictos con mayor y menor frecuencia, nuestros resultados coinciden plenamente con los procedentes de trabajos clásicos de investigación según los cuales, las discusiones más numerosas son las referidas a asuntos de la vida cotidiana. Temas escolares como el tiempo que los jóvenes dedican a estudiar y las notas que obtienen, y cotidianos como las tareas del hogar, la forma de vestir o el empleo del dinero. ¿Por qué son más frecuentes las discusiones sobre estos temas de la vida cotidiana? Según Judith Smetana (1988; 1989; Smetana y Asquith, 1994) muchos de los conflictos que surgen en el hogar no son sólo fruto de desacuerdos, sino de una forma distinta de razonar sobre la legitimidad de la autoridad parental. Así por ejemplo, mantener limpia la habitación es considerado por la mayoría de los jóvenes como algo perteneciente a su esfera privada, mientras que sus madres y padres suelen hacer una interpretación más *convencional*, que apela a la autoridad, la responsabilidad, las normas o las costumbres.

Otra posible causa de los desacuerdos puede residir en las distintas expectativas que tienen unos y otros respecto al momento que consideran más apropiado para iniciar algunos comportamientos tales como ir a discotecas o pasar un fin de semana fuera de casa. Algunos estudios han encontrado una mayor precocidad en las expectativas de los adolescentes que en las de sus padres y madres (Dekovic, Noom y Meeus, 1997; Casco y Oliva, 2005), lo que sin duda provocará discusiones y conflictos.

Una tercera explicación ante la mayor tasa de conflictos sobre temas cotidianos parte de la influencia que ejerce el grupo de iguales, y que parece afectar mucho más a este tipo de comportamientos que a aspectos relacionados con la moral, la religión o la orientación vocacional, donde padres y madres ejercen una influencia mayor (Brown, 1990). Así, tiene sentido pensar que los conflictos serán más frecuentes en aquellos temas donde los adultos pierden poder de influencia, y donde probablemente, no siempre estén de acuerdo con la opinión del grupo de amigos de sus hijos e hijas.

Uno de los aspectos más interesantes de nuestro trabajo, y que coincide con los hallazgos de diferentes autores, es que madres y adolescentes se acercan a la realidad familiar con lentes de distinta tonalidad, unas lentes que ofrecen a las primeras un matiz más cálido, y a los segundos uno más oscuro y gris (Laursen *et al.*, 1998; Noller y Callan, 1986; 1988; Silverberg y Steinberg, 1990; Smetana, 1989). Concretamente, las madres de nuestra muestra describen menos conflictos y de menor intensidad de lo que dicen sus hijos e hijas. Según la hipótesis de la "Apuesta generacional" – "*Generational stake*" – propuesta por Bengtson y Kuypers (1971) adultos y adolescentes tenderían a destacar aspectos distintos de la relación. Padres y madres han invertido mucho tiempo y esfuerzo en formar un hogar y en criar a hijos e hijas, por lo que tienen que esforzarse en ver la cara amable de la relación con ellos. Por el contrario, los adolescentes se encuentran en un momento en el que tienen que reafirmar su autonomía e independencia, lo que les empuja a centrarse en los aspectos más negativos de la relación. En otras palabras, percibir las relaciones con los hijos de forma muy problemática generaría tal frustración en los adultos, que tenderían a *maquillar* la realidad o, al menos, a ver su lado más positivo. Sin embargo, lo adaptativo para el adolescente es destacar las dificultades que tiene en las relaciones con sus padres y así rea-

firmarse en su deseo y necesidad de independencia (Hones *et al.*, 1997). Una hipótesis complementaria a la que acabamos de presentar destaca el papel de la *deseabilidad social* como factor explicativo de la visión más negativa que los adolescentes presentan de la dinámica familiar (Hartos y Power, 2000). Y es que si bien para padres y madres lo deseable es dar una imagen positiva de las relaciones en el hogar, para hijos e hijas lo deseable puede ser justo lo contrario, y la actitud del joven rebelde le sirve para reafirmar su autonomía e independencia, algo especialmente importante en este momento evolutivo.

En este sentido, en un conocido trabajo, Gonzales, Cauce y Mason (1996) concluyen que la opinión de los adolescentes es la que coincide en mayor medida con los registros de observadores externos, siendo la perspectiva más fiable. A nuestro juicio, el que esto sea así no resta importancia a la información aportada por las madres, por el contrario, nos permite conocer la vivencia de los otros protagonistas de la historia, unos protagonistas que están en un momento vital distinto y que están inclinados a ver una realidad familiar algo más dulce.

Este trabajo tiene algunas limitaciones. Quizás una de las más importantes es el escaso número de madres que participaron. Contar con un número mayor nos hubiera permitido comparar por ejemplo su percepción en función del sexo de los hijos, analizando si las madres de las chicas ven las relaciones de forma distinta a las madres de los chicos. Igualmente, hubiera sido muy interesante contrastar su visión con la de los padres. Otra de las limitaciones de nuestro trabajo tiene que ver con la utilización exclusiva de cuestionarios como método de recogida de información. Ambos aspectos no restan valor a nuestros resultados. Simplemente sugieren tomarlos con cierta prudencia a la hora de considerar su posible generalización.

Este trabajo aporta algunas ideas interesantes con claras implicaciones prácticas. Entre ellas nos gustaría destacar la continuidad y estabilidad que parece dominar en esta etapa. Así, las trayectorias de los adolescentes parecen ser bastante coherentes, y en general, aquellos chicos y chicas que se sitúan en los niveles superiores en cuanto a la frecuencia de los conflictos con sus padres, tienden a ser los que ocupan las posiciones superiores en años posteriores. En este sentido, parece especialmente importante detectar e intervenir de forma temprana sobre las dificultades que puedan aparecer en el desarrollo de los jóvenes y en el funcionamiento de sus familias, comenzando en los primeros años de la adolescencia o incluso en los últimos de la infancia.

Por otro lado, nuestros resultados han puesto de manifiesto que madres y adolescentes tienen perspectivas algo distintas de la realidad familiar. En este sentido, padres y madres deben ser conscientes de los procesos de cambio que están experimentando sus hijos e hijas, y de la forma en que van a afectar a la realidad familiar, teniendo presente que deberán ajustar sus prácticas a las nuevas necesidades del adolescente y a su creciente autonomía (Collins y Laursen, 2004). Igualmente, deben tener en cuenta que ellos también están experimentando cambios, lo que puede hacerlos especialmente sensibles a las dificultades en las interacciones con sus hijos.

Referencias

- ALDER, A. G. & SCHER, S. J. (1994). Using growth curve analyses to assess personality change and stability in adulthood. En T. F. Heatherton & J. L. Weinberger (Ed.), *Can personality change?* (pp. 149-174). Washington, DC: American Psychological Association.
- ARNETT, J. J. (1999). Adolescent Storm and Stress, Reconsidered. *American Psychologist*, *54*, 317-326.
- BARNES, H. L. & OLSON, D. H. (1985). Parent-adolescent communication and the circumplex model. *Child Development*, *56*, 438-447.
- BENGTSON, V. L. & KUYPERS, J. A. (1971). Generational differences and the developmental stake. *Aging and Human Development*, *2*, 249-260.
- BLOS, P. (1979). Modifications in the classical psychoanalytic model of adolescence. *Adolescent Psychiatry*, *7*, 6-25.
- BOSMA, H. A., JACKSON, S. E., ZUSLING, D. H., ZANI, B., CICOGNANI, E., XERRI, L. M., HONESS, T. M. & CHARMAN, L. (1996). Who has the final say? Decision on adolescent behaviour within the family. *Journal of Adolescence*, *19*, 277-291.
- BROWN, B. (1990). Peer groups. En S. Feldman & G. Elliot (Ed.), *At the threshold: the developing adolescent* (pp. 171-196). Cambridge MA: Harvard University Press.
- CASCO, F. J. & OLIVA, A. (2005). Valores y expectativas sobre la adolescencia. Discrepancias entre padres, profesores, mayores y adolescentes. *Infancia y Aprendizaje*, *28*, 209-220.
- COLLINS, W. A. (1997). Relationships and development during adolescence. Interpersonal adaptation to individual change. *Personal Relationships*, *4*, 1-14.
- COLLINS, W. A. & LAURSEN, B. (2004). Parent-adolescent relationships and influences. En R. M. Lerner & L. Steinberg (Ed.), *Handbook of adolescent psychology* (pp. 331-361). Nueva Jersey: Wiley.
- CONGER, R. D. & GE, X. (1999). Conflict and cohesion in parent-adolescent relations: changes in emotional expression from early to mid-adolescence. En M. Cox & J. Brooks-Gunn (Ed.), *Conflict and cohesion in families: causes and consequences* (pp. 185-206). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- DEKOVIC, M. (1999). Parent-adolescent conflict: possible determinants and consequences. *International Journal of Behavioural Development*, *23*, 977-1000.
- DEKOVIC, M., NOOM, M. J. & MEEUS, W. (1997). Expectations regarding development during adolescence: Parental and adolescent perception. *Journal of Youth and Adolescence*, *26*, 253-272.
- ELZO, J., ORIZO, F. A., GONZÁLEZ-ÁÑLEO, J., GONZÁLEZ, P., LAESPADA, M. T. & SALAZAR, L. (1999). *Jóvenes españoles 1999*. Madrid: Fundación Santa María.
- GALAMBOS, N. L. & ALMEIDA, D. M. (1992). Does parent-adolescent conflict increase in early adolescence? *Journal of Marriage and the Family*, *54*, 737-747.
- GONZALES, N. A., CAUCE, A. M. & MASON, C. A. (1996). Inter-observer agreement in the assessment of parental behaviour and parent-adolescent conflict: African-American mothers, daughters and independent observers. *Child Development*, *67*, 1483-1498.
- GRABER, J. A., BROOKS-GUNN, J. & PETERSEN, A. C. (1996). Adolescent transitions in context. En J. A. Graber, J. Brooks-Gunn & A. C. Petersen (Ed.), *Transitions through adolescence: Interpersonal domains and context* (pp. 369-383). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- GRANIC, I., DISHION, T. J. & HOLLENSTEIN, T. (2003). The family ecology of adolescence: A dynamic systems perspective on normative development. En G. R. Adams & M. Berzonsky (Ed.), *The Blackwell Handbook of Adolescence* (pp. 60-91). Oxford, UK: Blackwell.
- HARTOS, J. L. & POWER, T. G. (2000). Association between mother and adolescent reports for assessing relations between parent-adolescent communication and adolescent adjustment. *Journal of Youth and Adolescence*, *29*, 441-450.
- HONESS, T. M., CHARMAN, E. A., ZANI, B., CICOGNANI, E., XERRI, M. L., JACKSON, A. E. & BOSMA, H. A. (1997). Conflict between parents and adolescents: Variation by family constitution. *British Journal of Developmental Psychology*, *15*, 367-385.
- HOLMBECK, G. N. & HILL, J. P. (1991). Conflictive Engagement, Positive Affect and Menarche in Families with Seventh-Grade Girls. *Child Development*, *62*, 1030-1048.
- HOLMBECK, G. N., PAIKOFF, R. L. & BROOKS-GUNN, J. (1995). Parenting Adolescents (capítulo 4). En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of Parenting* (Vol. 1, pp. 91-118). Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- LAURSEN, B., COY, K. C. & COLLINS, W. A. (1998). Reconsidering Changes in Parent-Child Conflict across Adolescence: A Meta-Analysis. *Child Development*, *69*, 817-832.
- LERNER, R. M., LERNER, J. V., VON EYE, A., OSTRUM, C. W., NITZ, K., TALWAR-SONI, R. & TUBMAN, J. (1996). Continuity and discontinuity across the transition of early adolescence: A developmental contextual perspective. En J. A. Graber, J. Brooks-Gunn & A. C. Petersen (Ed.), *Transitions through adolescence: Interpersonal domains and context* (pp. 3-22). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- LEWIS, M. D. (1995). Cognition-emotion feed-back and the self-organization of developmental paths. *Human Development*, *38*, 71-102.
- LEWIS, M. D. (1997). Personality self-organization: Cascading constraints on cognition-emotion interaction. En A. Fogel, M. Lyra & J. Valsiner (Ed.), *Dynamics and indeterminism in developmental and social processes* (pp. 193-216). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- MONTEMAYOR, R. (1983). Parents and adolescents in conflict: All families some of the time and some families most of the time. *Journal of Early Adolescence*, *3*, 83-103.
- MOTRICO, E., FUENTES, M. J. & BERSABÉ R. (2001). Discrepancias en la percepción de los conflictos entre padres e hijos/as a lo largo de la adolescencia. *Anales de Psicología*, *17*, 1-13.
- NOLLER, P. (1994). Relationship with parents in Adolescence: Process and Outcomes. En R. Montemayor, G. R. Adams & T. P. Gullota (Ed.), *Personal Relationship During Adolescence* (pp. 37-77). Thousand Oaks, CA: SAGE.
- NOLLER, P. & CALLAN, V. J. (1986). Adolescent and parent perceptions of family cohesion and adaptability. *Journal of Adolescence*, *9*, 97-106.
- NOLLER, P. & CALLAN, V. J. (1988). Understanding parent-adolescent interaction: the perception of family members and outsiders. *Developmental Psychology*, *24*, 707-714.
- OLIVA, A. & PARRA, A. (2001). Autonomía emocional durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje*, *24*, 181-196.

- PAIKOFF, R. L. & BROOKS-GUNN, J. (1991). Do parent-child relationships change during puberty? *Psychological Bulletin*, 110, 47-66.
- PARRA, A. & OLIVA, A. (2002). Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. *Anales de Psicología*, 18, 215-231.
- PARRA, A., OLIVA, A. & NOBES, G. (2000). Parent-child communication and family conflict during adolescence: a cross-cultural study. Comunicación presentada en el VIIth biennial meeting de la European Association For Research in Adolescence. Jena, Alemania.
- RUETER, M. & CONGER, R. D. (1995). Antecedents of Parent-Adolescent Disagreements. *Journal of Marriage y Family*, 57, 435-449.
- SILVERBERG, S. B. & STEINBERG, L. (1990). Psychological Well-Being of parents With Early Adolescent Children. *Developmental Psychology*, 26, 658-656.
- SMETANA, J. G. (1988). Adolescents' and parents' conceptions of parental authority. *Child Development*, 59, 321-335.
- SMETANA, J. G. (1989). Adolescents' and Parents' Reasoning about family conflict. *Child Development*, 60, 1052-1067.
- SMETANA, J. & ASQUITH, P. (1994). Adolescents' and parents' conceptions of parental authority and personal autonomy. *Child Development*, 65, 1147-1162.
- STEINBERG, L. (1987). Impact of puberty on family relations: effects of pubertal status and pubertal timing. *Developmental Psychology*, 23, 451-460.
- STEINBERG, L. (1988). Reciprocal relations between parent-child distance and pubertal maturation. *Developmental Psychology*, 24, 122-128.
- STEINBERG, L. (1990). Interdependence in the family: autonomy, conflict and harmony in the parent-adolescent relationship. En S. S. FELDMAN & G. L. ELLIOTT (Ed.), *At the threshold: the developing adolescent* (pp. 255-276). Cambridge, MA: Harvard University Press.
- STEINBERG, L. & SILK, J. S. (2002). Parenting adolescents. En I. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting* (Vol. I. Children and parenting). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- WESTON, R. & MILLWARD, C. (1992). Adolescent children and their parents. *Family Matters*, 33, 36-39.

Apéndice

Cuestionario de evaluación de los conflictos familiares

Nos gustaría que nos indicases si durante el último mes has tenido broncas y discusiones con tus padres acerca de los temas que aparecen en la lista de abajo. Marca 1 si no has tenido ninguna discusión, 2 si has tenido algunas, 3 si han sido bastantes y 4 si han sido muchas.

	Ninguna discusión	Alguna discusión	Bastantes discusiones	Muchas discusiones
1. La hora de volver a casa	1	2	3	4
2. A qué dedicas el tiempo libre	1	2	3	4
3. El tiempo que dedicas a estudiar y las notas que sacas	1	2	3	4
4. Los amigos con quien sales	1	2	3	4
5. Los ligues que tienes	1	2	3	4
6. Tu conducta sexual	1	2	3	4
7. Como te vistes o arreglas	1	2	3	4
8. Las tareas de casa (limpiar, ordenar tu cuarto...)	1	2	3	4
9. Fumar y beber alcohol	1	2	3	4
10. Tomar drogas	1	2	3	4
11. Los sitios a donde vas cuando sales	1	2	3	4
12. En qué gastas el dinero	1	2	3	4
13. Política o religión	1	2	3	4
14. La carrera o profesión que prefieres seguir	1	2	3	4

Autonomía emocional durante la adolescencia

ALFREDO OLIVA Y ÁGUEDA PARRA

Universidad de Sevilla



Resumen

El objetivo de esta investigación fue estudiar la relación entre la autonomía emocional respecto a los padres y el tipo de relaciones establecidas entre padres e hijos durante la adolescencia. También pretendíamos analizar las características socio-emocionales de aquellos chicos y chicas que manifiestan una alta autonomía emocional, así como el papel moderador jugado por el género y la calidad del contexto familiar sobre las relaciones entre la desvinculación afectiva y el desarrollo adolescente. Una muestra de 221 chicos y 292 chicas de edades comprendidas entre los 13 y los 19 años cumplimentaron un cuestionario que incluía medidas sobre las relaciones familiares, las relaciones con los iguales y varios aspectos del desarrollo socioemocional. Los resultados obtenidos indican que no se aprecia un aumento significativo de la autonomía emocional a lo largo de la adolescencia. Además, aquellos adolescentes con unos niveles más altos de autonomía emocional muestran un contexto familiar más conflictivo, peores relaciones con sus compañeros y una menor autoestima y satisfacción vital. Estas relaciones, que son especialmente acusadas en el caso de las chicas, indican que la autonomía emocional de estos adolescentes, lejos de indicar unos mayores niveles de desarrollo, puede estar reflejando un vínculo o apego de tipo inseguro con sus padres.

Palabras clave: Autonomía emocional, adolescencia, relaciones padres-hijos, individuación, diferencias de género.

Emotional autonomy during adolescence

Abstract

The aim of this study was to examine the relationship between teenage emotional autonomy and the types of contact that exist between parents and children, as well as to analyse the socio-emotional characteristics of those youths who manifest a high degree of emotional autonomy. Another objective was to study the moderating role of gender and the quality of family environment in the links between emotional autonomy and adolescent development. A sample of 513 adolescents (221 boys and 292 girls), aged between 13 and 19 years completed a questionnaire which included measures on family relationships, peer-group relations, and various aspects of personal development. Results show little change in emotional autonomy as adolescence progresses. Another important point is that boys and girls with the greatest emotional autonomy have the most difficult and conflictive family environment, the most difficult relationships with peers, and the lowest level of self-esteem and life satisfaction. The consequences of emotional disengagement are more negative for females. Our results point out that emotional autonomy is not related to a better socio-emotional adjustment, on the contrary, adolescents with high emotional autonomy seem to have forged a deeply insecure attachment with their parents.

Keywords: Emotional autonomy, adolescence, parents-child relationships, individuation, gender differences.

Correspondencia con los autores: Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología. Calle Camilo Jose Cela s/n. 41018 Sevilla. Telef. 954557695. E-mail: oliva@cica.es

Original recibido: Agosto, 2000. *Aceptado:* Febrero, 2000.

INTRODUCCIÓN

Una de las principales tareas evolutivas que deben resolver los seres humanos durante la adolescencia es llegar a adquirir autonomía respecto de sus progenitores, y prepararse para vivir como un sujeto adulto con capacidad para decidir y actuar por sí mismo. Esta autonomía dista mucho de ser un concepto unitario ya que parece incluir diversos componentes. Algunos autores (Hoffman, 1984; Noom, Dekovic y Meeus, 1999) diferencian tres niveles o dimensiones en esta autonomía o separación de los padres: la autonomía actitudinal o cognitiva referida a la concepción del propio yo como algo único y diferenciado; la autonomía funcional o conductual como capacidad para tomar decisiones y manejar los asuntos propios sin la ayuda de los padres; y la autonomía emocional, referida a la desvinculación emocional y la liberación de la necesidad de apoyo emocional de los padres. Por lo tanto, parece que en este proceso seguido por los adolescentes encaminado a conseguir niveles cada vez mayores de autonomía, la desvinculación afectiva respecto a sus padres representa un aspecto fundamental. Autores de orientación psicoanalítica como Anna Freud o Peter Blos consideraron que el distanciamiento emocional, e incluso la hostilidad hacia los progenitores es algo natural y deseable cuando los hijos llegan a la pubertad, porque favorecería el establecimiento de vínculos extrafamiliares de carácter heterosexual y la superación de los deseos de carácter incestuoso. Peter Blos (1962) habló de un segunda individuación para referirse a este proceso de desvinculación.

Más recientemente, Steinberg y Silverberg (1986) emplearon el término de autonomía emocional para referirse a esta desvinculación afectiva, y elaboraron una escala autoaplicable para evaluarla, dando paso a una línea de investigación empírica sobre este fenómeno que ha aportado bastantes datos y creado cierta controversia. Para estos autores, la autonomía emocional incluye diversos componentes, unos cognitivos como la tendencia a percibir a los padres como personas con sus propias necesidades y deseos, y desprovistas de ese halo de omnipotencia propio de la idealizada imagen infantil. Otros componentes tienen un carácter más afectivo, como la independencia o individuación que llevan al adolescente a construir su propio mundo al margen del de sus padres y liberarse de la excesiva necesidad de apoyo afectivo. Steinberg y Silverberg encontraron un aumento en los niveles de autonomía emocional a lo largo de la adolescencia, aunque este aumento en el grado de desvinculación respecto a los padres no suponía una autonomía generalizada, ya que iba acompañada de una mayor conformidad ante el grupo de iguales.

Otros autores como Ryan y Linch (1989) han cuestionado claramente la consideración de que la desvinculación afectiva represente un paso necesario en el proceso de individuación del adolescente. En la línea de la teoría del apego, estos autores argumentan que una alta autonomía emocional con respecto a los padres puede estar indicando una experiencia previa en el contexto familiar de falta de apoyo y afecto, que no sólo no va a conducir a una mayor individuación, sino que podría llegar a suponer un obstáculo para el logro de la identidad y la formación de un autoconcepto positivo. Desde esta perspectiva, una alta autonomía emocional no supondría para el adolescente un mayor nivel de madurez o desarrollo, al contrario, bien podría estar relacionada con el rechazo o la frialdad en el vínculo afectivo establecido con los padres que habría originado en el chico o chica una relación de apego de tipo inseguro evitativo. Recuérdese que los niños con apego de tipo evitativo se muestran bastante distantes y fríos en sus relaciones con sus padres, y también con los iguales, lo que puede llevar a considerar a primera vista su comportamiento como muy independiente. En realidad se trata de

una estrategia defensiva que les lleva a adoptar una postura de indiferencia para evitar el sufrimiento derivado del rechazo materno o paterno (Oliva, 1995).

Los estudios llevados a cabo por Ryan y Linch utilizando la escala elaborada por Steinberg y Silverberg apoyan de forma clara esta idea, ya que la autonomía emocional es más alta entre aquellos adolescentes que tienen un medio familiar menos cohesionado, y que experimentan una menor aceptación por parte de sus padres. Resultados parecidos han sido encontrados por otros autores, tanto utilizando la escala de autonomía emocional (Lo Coco, Pace, Zappulla e Ingoglia, 2000), como empleando otros instrumentos (von der Lippe, 1998). También algunos estudios han hallado que una alta autonomía emocional aparece asociada a un pobre ajuste psicológico y a problemas de conducta (Chen y Dornbusch, 1998; Beyers y Goosens, 1999).

Como han señalado Silverberg y Gondoli (1996), en una fase posterior el debate se centró en la consideración de que las consecuencias de la autonomía emocional serían positivas o negativas dependiendo de la calidad de las relaciones familiares y del nivel de estrés existente en el contexto familiar, de forma que la situación más favorable para el desarrollo del adolescente sería aquella en la que se produce un equilibrio entre la autonomía o individuación con respecto a los padres y el mantenimiento de una buena relación con ellos. Sin embargo, los resultados disponibles hasta el momento distan mucho de resultar concluyentes en relación con el efecto moderador del medio. Así, Lamborn y Steinberg (1993) encuentran que aquellos chicos y chicas que muestran una mayor autonomía emocional presentan un perfil de menor ajuste y competencia, pero sólo cuando perciben que sus padres les apoyan poco y están poco disponibles. En cambio, cuando la relación con sus padres es más favorable, la autonomía emocional alta tiene incluso unas consecuencias positivas.

En claro contraste, los resultados obtenidos por Fuhrman y Holmbeck (1995) apuntan en la dirección contraria, ya que sólo cuando el contexto familiar se caracteriza por los conflictos, y la falta de afecto, es cuando la autonomía emocional resulta adaptativa para los adolescentes, ya que para ellos supone apartarse de una situación estresante. A pesar de la aparente contradicción, puede encontrarse algún consenso entre ambos estudios, ya que Fuhrman y Holmbeck encuentran que estos adolescentes también presentan algunos problemas conductuales, e incluso, aunque esta estrategia resulte adaptativa a corto plazo, bien pudiera ocurrir que a largo plazo las consecuencias fueran negativas. Se trataría de algo parecido a lo que ocurre con los niños que desarrollan apegos de tipo evitativo como una defensa ante las experiencias de rechazo, que de forma inmediata puede evitarles la ira y la frustración provocadas por estas experiencias pero que va a condicionar negativamente su desarrollo socioemocional futuro. Más recientemente, Beyers y Goosens (1999) no han encontrado que unas relaciones familiares favorables moderen la relación existente entre una alta autonomía emocional y un pobre ajuste psicológico.

Si el contexto familiar es un importante mediador en la relación entre la autonomía emocional y el nivel de desarrollo adolescente, no hay que despreciar la importancia que puede tener el contexto cultural, y es posible que estas relaciones sean diferentes en distintos países y en distintas culturas. Por ejemplo, en culturas como la norteamericana, en las que se valora mucho la autonomía o independencia es razonable esperar que la desvinculación afectiva tenga un mayor valor adaptativo que en otras en las que haya una mayor cohesión familiar y en las que las relaciones familiares ocupen un lugar prioritario. La ausencia de investigaciones sobre este tema en nuestro país creemos que justifica sobradamente la realización de este estudio, con el que pretendíamos analizar la relación entre la autonomía emocional durante la adolescencia y el tipo de relaciones entre padres e hijos, par-

tiendo de la hipótesis de que una alta desvinculación emocional es muy probable que esté reflejando una falta de apoyo y afecto por parte de los padres.

Por otro lado, también teníamos interés por analizar cuáles son las características socio-emocionales de los chicos y chicas que manifiestan una alta autonomía emocional, ya que suponíamos que, si como plantean Ryan y Linch estos adolescentes han establecido una vinculación afectiva insegura con sus padres, su desarrollo socio-emocional se habrá visto afectado negativamente. Otro de nuestros objetivos era estudiar el papel mediador de la calidad del contexto familiar sobre las relaciones entre autonomía emocional y el desarrollo adolescente, ya que algunos estudios apuntan a que la autonomía emocional experimentada en un entorno familiar favorable puede tener unos efectos menos negativos que cuando las relaciones familiares son inapropiadas. Por último, hay que señalar que si el contexto familiar y cultural pueden condicionar las relaciones entre autonomía emocional y el desarrollo o ajuste psicológico, el género también es una variable que debe tenerse en cuenta, ya que es muy probable que la desvinculación afectiva tenga una menor aceptación social y por lo tanto genere más dificultades de adaptación cuando se trata de chicas. Esta es otra hipótesis que pretendíamos comprobar.

MÉTODOS

Sujetos

La muestra sobre la que se realizó el estudio estuvo formada por un total de 513 adolescentes (221 chicos y 292 chicas) de edades comprendidas entre los 13 y los 19 años (media=15,43, y d.t.=1.19) que asistían a centros educativos públicos y privados de Sevilla y su provincia. Fueron seleccionados un total de 9 centros educativos (5 en la capital, 3 en zonas rurales y 1 en el área metropolitana) teniendo en cuenta distintos criterios: tamaño poblacional, titularidad (pública, privada), y tipo de estudios ofrecidos (1º ciclo de secundaria, Bachillerato, COU y FP), es decir, tanto colegios como institutos. En cada centro fueron entrevistados todos los alumnos de un aula correspondiente a cada uno de los siguientes niveles educativos: 2º ESO, 4º ESO, 2º BUP, COU, 2º FP y 4º FP.

Instrumentos

Para esta investigación se elaboró un cuestionario que incluía distintos instrumentos sobre las relaciones familiares, las relaciones con los iguales, y distintos aspectos del desarrollo personal. Algunos de estos instrumentos fueron elaborados ad hoc para esta investigación, mientras que otros fueron adaptaciones o traducciones de instrumentos elaborados por otros investigadores.

Relaciones familiares

— Estilo disciplinario parental. Fue evaluado con una adaptación del instrumento creado por Lamborn, Mounts, Steinberg y Dornbusch (1991). Esta compuesto por 24 ítems referidos a la percepción que el adolescente tiene sobre el estilo educativo o disciplinario empleado por sus padres que se agrupan en dos dimensiones: comunicación o afecto (alfa de Cronbach = 0,71) y control o supervisión (α = 0,70). De la combinación de esta dos dimensiones se derivan cuatro estilos parentales: democrático, permisivo, autoritario e indiferente.

— *FACES II (Family Adaptability and Cohesion Scale)*; Olson, Portner y Lavee, 1985). Se trata de una escala desarrollada para evaluar la estructura relacional familiar. Compuesta por 30 ítems que permiten evaluar la cohesión ($\alpha=0,75$) y la adaptabilidad ($\alpha=0,75$) en las relaciones familiares.

— *Parental Bonding Instrument* (Parker, Tupling y Brown, 1979). Este instrumento permite evaluar el recuerdo que las personas tienen sobre las relaciones con sus padres en la infancia, es decir, una especie de historia de las relaciones de apego. Está formado por 25 ítems referidos a la madre y otros 25 referidos al padre, que se agrupan en dos dimensiones: cariño *versus* rechazo ($\alpha=0,76$ en el caso de la madre y $\alpha=0,82$ para el padre), y sobreprotección *versus* estimulación de la autonomía ($\alpha=0,70$, y $\alpha=0,72$).

— *Comunicación con los padres*. Se trata de una escala elaborada para esta investigación compuesta por 22 ítems, 11 referidos al padre y 11 referidos a la madre, que evalúa el grado de comunicación con los padres acerca de diversos temas (amistades, tiempo libre, sexualidad, drogas, planes de futuro, etc.), así como el grado de acuerdo entre padres e hijos en relación a dichos temas.

— *Conflictos en las relaciones con los padres*. De características parecidas a la anterior es una escala de 14 ítems que evalúa la frecuencia y la intensidad de los conflictos familiares acerca de diversos temas (hora de volver a casa, amistades, drogas, política o religión, etc.).

— *Autonomía Emocional*. Se utilizó la escala de 20 ítems desarrollada por Steinberg y Silverberg (1986). Esta escala tipo Likert ($\alpha=0,76$) hace referencia a dos factores sociales como son la individuación e independencia del adolescente, y otros dos de carácter cognitivo: la desidealización y la consideración de los padres como adultos con sus propias necesidades.

Relaciones con los iguales

— *Escala de intimidad*. Se utilizó una traducción de *Intimate Friendship Scale* (Sharabany, 1994). Es una escala compuesta por 32 ítems referidos a las características de la relación con el mejor amigo o amiga, e incluye 8 dimensiones o subescalas: franqueza o espontaneidad, empatía, apego, exclusividad, dar y compartir, imposición, actividades comunes y confianza o lealtad. Todas ellas referidas a la relación con ese amigo íntimo. Obtuvo un coeficiente de fiabilidad $\alpha=0,90$.

— *Escala de apego hacia los iguales*. Es una adaptación de la escala de 24 ítems elaborada por Armsden y Greenberg (1987) para evaluar aspectos como la confianza ($\alpha=0,83$), la comunicación ($\alpha=0,81$) y la alienación ($\alpha=0,72$) en las relaciones con los iguales. Esta versión consta de 21 ítems y muestra una fiabilidad $\alpha=0,70$. Mientras que la escala de intimidad se centra en las características de una relación concreta, esta escala analiza las relaciones con los iguales de forma global.

— *Escala de conformidad*. Se trata de una escala de 7 ítems elaborada para esta investigación que trata de medir la mayor o menor conformidad del adolescente ante la presión del grupo de iguales para que éste adopte un determinado comportamiento neutral (no antisocial). Su fiabilidad es de $\alpha=0,57$.

Desarrollo socio-emocional

— *Escala de autoestima*. Utilizamos la escala elaborada por Rosenberg (1963) compuesta por 10 ítems que realiza una evaluación global del nivel de autoestima. Su fiabilidad fue de $\alpha=0,80$.

— Escala de satisfacción vital. Elaborada por nosotros y compuesta por 5 ítems alcanzó una fiabilidad $\alpha=0,80$.

Procedimiento

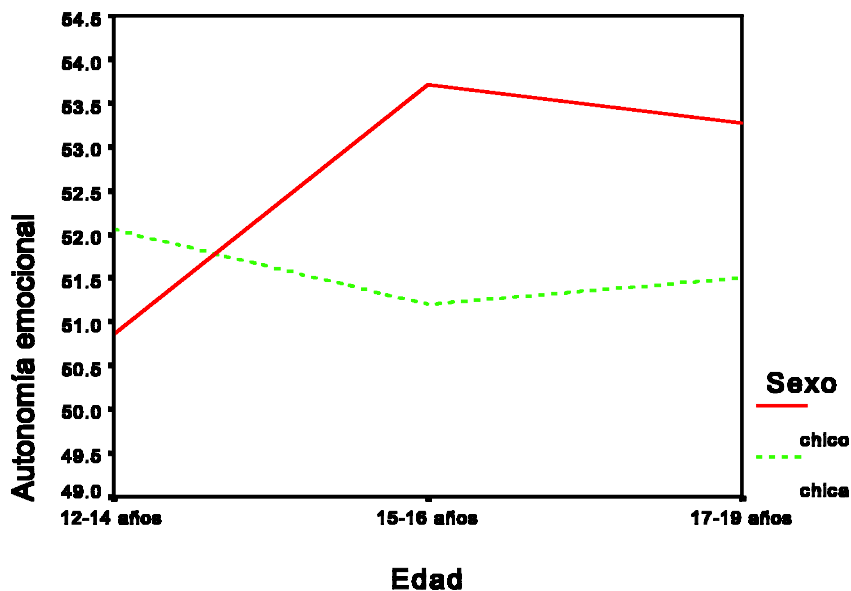
Los cuestionarios eran anónimos y fueron aplicados por miembros del equipo de investigación. Tras unos primeros contactos telefónicos y por escrito con los directores o directoras de los centros en los que se explicaban los objetivos del estudio, el investigador visitaba el centro y seleccionaban las aulas necesarias. Todos los sujetos de cada aula seleccionada rellenaban el cuestionario en varias sesiones de unos 45 minutos de duración repartidas a lo largo de varios días.

RESULTADOS

Autonomía emocional, edad y género

Sin duda, uno de los aspectos fundamentales de esta investigación es conocer la relación entre la autonomía emocional y la edad. Como puede observarse en la figura 1, hay diferencias en la trayectoria que sigue la autonomía emocional durante los años de la adolescencia, ya que mientras que en los chicos se produce un ligero incremento que sólo es ligeramente significativo cuando se compara a los más jóvenes con el grupo de 15-16 años ($p=0,065$), entre las chicas encontramos niveles similares en los distintos grupos de edad.

FIGURA 1
Autonomía emocional según la edad y el género



También se observa claramente en la figura 1, que las diferencias de género en las puntuaciones en autonomía emocional dependen de la edad de los chicos y chicas. Así, mientras que a los 13 ó 14 años las chicas superan ligeramente a los

chicos, en las restantes edades los chicos se sitúan por encima, aunque estas diferencias de género sólo son significativas a los 15-16 años ($p=0,0433$).

Otro aspecto de interés en esta investigación era estudiar la relación existente entre las características del medio familiar y los niveles de autonomía emocional de los adolescentes. Como ya se ha comentado en el apartado de metodología, para caracterizar las relaciones entre padres e hijos fueron tenidas en cuenta diversas variables: afecto, control o supervisión, cohesión y adaptabilidad familiar, comunicación y conflictos. Como puede observarse en la tabla I, existe una alta correlación entre estas variables y la puntuación en la escala de autonomía emocional, de forma que encontramos los niveles más altos de autonomía entre aquellos chicos y chicas que tienen peores relaciones con sus padres, y un medio familiar caracterizado por la falta de afecto, de comunicación y de control, los conflictos frecuentes, y la alta rigidez y baja cohesión emocional. Estas relaciones son independientes de la edad y del género, ya que se mantienen muy significativas cuando se controlan sus efectos.

TABLA I
Correlación entre autonomía emocional y diversas variables familiares

	r
afecto	-0,42**
control	-0,21**
cohesión	-0,41**
adaptabilidad	-0,34**
comunicación	-0,28**
conflictos	0,33**

** $p<0,001$

Relaciones familiares y autonomía emocional

Si consideramos conjuntamente las variables control y afecto, y caracterizamos el estilo disciplinario o educativo de los padres como democrático (alto afecto y control), permisivo (alto afecto y bajo control), autoritario (bajo afecto y alto control) e indiferente (bajo afecto y control), encontramos que existe una relación muy significativa ($p=0,000$) entre el estilo parental y la autonomía emocional manifestada por sus hijos. Son los hijos de padres que muestran un estilo indiferente quienes obtienen las puntuaciones más altas en autonomía emocional, mientras que quienes tienen padres democráticos muestran una menor desvinculación afectiva. También en este caso estas relaciones se mantienen cuando se controlan la edad y el género (Figura 2). Son significativas las diferencias entre todos los grupos de padres, salvo entre los padres de estilo democrático y los de estilo permisivo, y entre los autoritarios y los indiferentes, lo que pone de manifiesto que la variable afecto guarda una relación muy significativa con la autonomía emocional.

No es sólo el medio familiar actual el que aparece relacionado con la autonomía emocional de los adolescentes, también encontramos una relación muy significativa con aquellas variables que indican el recuerdo que el adolescente tiene de las relaciones con sus padres durante su infancia, recuerdo que puede ser considerado como un indicador del tipo de vínculo establecido. Como se observa en la tabla II, los chicos y chicas que tienen un recuerdo más negativo de su infancia (bajo cariño y alta sobreprotección) manifiestan una autonomía emocional

más elevada. Mientras que quienes establecieron un vínculo seguro, caracterizado por el cariño y la estimulación de la autonomía, obtienen las puntuaciones más bajas en autonomía emocional.

FIGURA 2
Autonomía Emocional según el estilo educativo de los padres

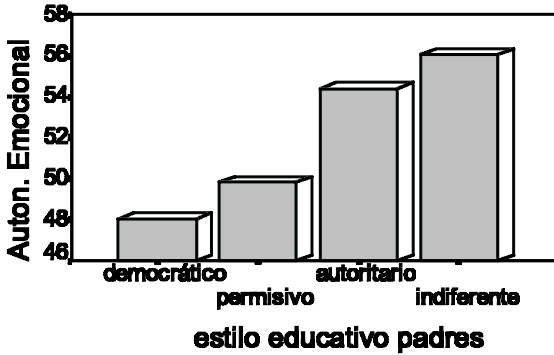


TABLA II
Correlación entre autonomía emocional y las variables referidas al recuerdo de las relaciones con los padres durante la infancia

	r
cariño materno	-0,32**
sobreprotección materna	0,22**
cariño paterno	-0,33**
sobreprotección paterna	0,11+

** $p < 0,001$ + $p < 0,05$

Para simplificar los análisis estadísticos y reducir la información disponible sobre el medio familiar, realizamos un análisis factorial con aquellas variables referidas a las relaciones familiares en el momento actual. El único factor extraído explica por sí solo el 50,2% de la varianza (Tablas III y IV). Este factor que denominaremos calidad del medio familiar será la variable que utilizaremos para realizar el resto de análisis estadísticos. La correlación entre la calidad del medio familiar y la autonomía emocional es negativa y bastante significativa ($r = -0,52$, $p = 0,000$).

TABLA III
Comunalidad, valor propio y porcentaje de varianza explicado por el factor extraído a partir de las variables familiares

Variable	Comunalidad	Factor	Valor propio	% de Var.	% acumulado
adaptabilidad	0,63030*	1	2,50909	50,2	50,2
afecto	0,59929*				
cohesión	0,61549*				
comunicación	0,38372*				
control	0,28028*				

TABLA IV
Matriz factorial con los pesos o ponderaciones en el factor extraído

Variabes	Factor 1
adaptabilidad	0,794
afecto/comunicación	0,774
cohesión	0,785
comunicación	0,619
control/supervisión	0,529

Con el objetivo de analizar las relaciones entre el medio familiar actual, el tipo de vínculo establecido con los padres durante la infancia, y la autonomía emocional, llevamos a cabo un análisis de regresión múltiple para determinar la más que probable influencia de estas variables sobre la autonomía emocional de chicas y chicos adolescentes. Aunque ya hemos comentado la escasa influencia de la variable edad, decidimos incluirla en los análisis para controlar algún ligero efecto que pudiese tener. Por lo tanto, en la ecuación fueron incluidas las variables calidad del medio familiar actual, cariño y sobreprotección en las relaciones con la madre durante la infancia, y edad, como variables independientes, mientras que la variable dependiente está representada por la autonomía emocional respecto a los padres. Decidimos excluir las variables referidas a la relación con el padre durante la infancia porque su relación con la autonomía emocional era más débil, concretamente en el caso de la sobreprotección, y su inclusión en la ecuación de regresión disminuía su capacidad explicativa.

El análisis de regresión confirmó la importancia de la calidad del medio familiar en la determinación de la autonomía emocional, como indica el índice de R múltiple de 0,52, que explica 27% de la varianza de la variable dependiente o criterio ($p=0,000$). Sin embargo, y aunque la calidad del medio familiar es la variable más determinante, no consigue explicar por sí sola toda la variabilidad observada en la autonomía emocional, ya que el recuerdo de las relaciones con la madre, especialmente el cariño, aporta una información significativa (R múltiple=0,53; $p=0,000$). En la tabla V se presentan los coeficientes de regresión Beta, y los valores t con sus correspondientes niveles de significación.

TABLA V
Valores B y t correspondientes al análisis de regresión múltiple sobre la variable dependiente autonomía emocional

	B	t	p
calidad medio familiar	-0,22	-9,89	0,000
recuerdo cariño materno	-0,18	-2,76	0,005
recuerdo sobreprotección materna	0,07	1,72	0,08
edad	-0,32	-0,79	0,42

Autonomía emocional y desarrollo socio-personal

Un aspecto muy importante a estudiar era el de las relaciones entre la autonomía emocional y el desarrollo socio-personal de los adolescentes. Es decir, analizar si una mayor autonomía emocional tiende a facilitar o entorpecer dicho desarrollo. En la tabla VI, pueden observarse los coeficientes de correlación existentes

entre autonomía emocional y diversas variables referidas al desarrollo socio-personal. En relación con los aspectos sociales, encontramos que cuando se trata de las relaciones con los iguales considerados como grupo, la relación es negativa, es decir, aquellos chicos y chicas con puntuaciones más altas en autonomía emocional muestran menos confianza y comunicación en su relación con los iguales. Sin embargo, cuando analizamos la correlación con el grado de intimidad en la relación con el mejor amigo no parece existir relación, aunque si consideramos a chicos y chicas por separado, entre ellas aparece una correlación positiva entre autonomía emocional e intimidad ($r=0,13$, $p=0,027$). Es decir las chicas más autónomas muestran un mayor grado de intimidad. En cuanto al grado de conformidad hacia los compañeros, ésta es más elevada entre chicos y chicas que muestran una mayor autonomía emocional.

Si analizamos las relaciones con las variables referidas al desarrollo socio-personal, éstas son más claras, ya que encontramos que los adolescentes más autónomos emocionalmente presentan una menor autoestima y una menor satisfacción vital, como se deduce de las significativas correlaciones negativas entre estas variables.

TABLA VI
Correlación entre autonomía emocional y diversas variables del ámbito social y personal

	r
apego con iguales	-0,14**
intimidad	0,04
conformidad hacia iguales	0,15*
autoestima	-0,18**
satisfacción vital	-0,31**

** $p<0,001$ * $p<0,01$ + $p<0,05$

Si tenemos en cuenta que las variables calidad del medio familiar y autonomía emocional están fuertemente relacionadas, es razonable pensar que las significativas correlaciones encontradas entre autonomía emocional y las variables de tipo socio-personal pueden deberse al hecho de que los chicos y chicas con mayor autonomía tienen unas relaciones familiares menos favorables que pueden determinar un peor ajuste socio-personal. Por ello, decidimos controlar mediante una correlación parcial la influencia de la variable "calidad del medio familiar" sobre las relaciones entre autonomía emocional y las variables socio-personales. Cuando se realiza este análisis, observamos que algunas de las correlaciones dejan de ser significativas (Tabla VII), especialmente en el caso de los chicos, entre quienes sólo se muestra ligeramente significativa la correlación negativa entre autonomía y satisfacción vital. Sin embargo, cuando se trata de las chicas, la autonomía emocional parece ejercer su influencia al margen de la calidad del medio familiar. Así, cuando la autonomía emocional es mayor, encontramos unos niveles de autoestima y satisfacción vital más bajos, mientras que el grado de intimidad con la mejor amiga tiende a ser mayor. Aunque la mayoría de las variables familiares fueron incluidas en el factor calidad del medio familiar, algunas, como la frecuencia de los conflictos en las relaciones con los padres fueron excluidas. Cuando analizamos las relaciones entre autonomía emocional y los conflictos entre padres y adolescentes, también observamos diferencias importantes entre chicos y chicas, ya que mientras que entre ellas una mayor autonomía emocional esta asociada a una conflictividad más acusada una vez controlada la calidad del medio familiar, entre los chicos no aparece esta relación.

TABLA VII
Correlaciones parciales entre autonomía emocional y diversas variables una vez controlados los efectos del medio familiar

	Chicos r	Chicas r
apego con iguales	-0,02	0,04
intimidación	0,10	0,31**
conformidad hacia iguales	-0,00	0,06
autoestima	-0,04	-0,11
satisfacción vital	-0,16+	-0,25**
conflictos con padres	0,08	0,34**

** p<0,001 * p<0,01 + p<0,05

Aunque la tabla VII nos aclara bastante las relaciones entre autonomía emocional y algunas características socio-personales de los adolescentes, aún resta analizar si estas relaciones tenían distinta intensidad o sentido, en función de que el medio familiar fuese favorable o desfavorable. Para ello diferenciamos a los sujetos estudiados en tres grupos, a partir de las puntuaciones en la variable calidad del medio familiar. El primero de estos grupos estaba formado por chicos y chicas con puntuaciones altas en dicha variable y, por lo tanto, con un medio familiar favorable. El segundo grupo incluía adolescentes cuyas puntuaciones bajas en dicha variable indicaban un medio desfavorable. Por último, el tercer grupo estaba formado por los chicos y chicas que se situaban en una posición intermedia.

TABLA VIII
Correlaciones parciales entre autonomía emocional y diversas variables una vez controlados los efectos del medio familiar

	Medio familiar favorable		Medio familiar neutro		Medio familiar desfavorable	
	chicos	chicas	chicos	chicas	chicos	chicas
apego con iguales	n.s.	n.s.	n.s.	n.s.	n.s.	n.s.
intimidación	n.s.	0,24+	n.s.	n.s.	n.s.	0,45*
conformidad hacia iguales	0,36+	n.s.	n.s.	n.s.	n.s.	n.s.
autoestima	n.s.	n.s.	n.s.	n.s.	n.s.	n.s.
satisfacción vital	-0,33+	-0,33*	n.s.	-0,23+	n.s.	-0,27+
conflictos con padres	0,31+	0,29*	n.s.	0,36*	n.s.	0,49**

** p<0,001 * p<0,01 + p<0,05

Los resultados presentados en la tabla VIII muestran que entre las chicas, la mayor o menor calidad del medio familiar no parece modificar sensiblemente las relaciones entre autonomía emocional y las restantes variables consideradas. En los tres grupos encontramos que las adolescentes más autónomas muestran una mayor intimidación con la mejor amiga (aunque en el grupo intermedio la correlación no llega a ser significativa), conflictos más frecuentes con los padres y menor satisfacción vital. En cambio, entre los chicos, encontramos que cuando el medio familiar es más favorable la mayor autonomía emocional supone una mayor conflictividad familiar, menos satisfacción vital y más conformidad, sin embargo, cuando el medio es neutro o desfavorable la autonomía emocional no tiene relaciones significativas con estas variables.

DISCUSIÓN

El primer dato surgido de esta investigación que merece un comentario es el relativo a los cambios en autonomía emocional a lo largo de la adolescencia. Aunque cabría esperar que las puntuaciones en esta escala aumentasen durante estos años, sólo en el caso de los chicos se observó un ligero aumento entre los 13 y los 15 años que apenas resultó significativo. Entre las chicas la estabilidad fue el rasgo más destacable. Estos resultados contrastan con otros estudios que encuentran un aumento en autonomía emocional durante la adolescencia (Steinberg y Silverberg, 1986; Ryan y Lynch, 1989).

En cuanto a la asociación entre la autonomía emocional y las diferentes variables referidas a las relaciones entre padres e hijos, en todos los casos son muy significativas, indicando claramente que esta desvinculación puede estar reflejando una falta de apoyo y afecto en el contexto familiar. Los chicos y chicas con una mayor autonomía afectiva son precisamente quienes perciben menos afecto y control por parte de sus padres, un medio familiar menos cohesionado y flexible, y sostienen unas relaciones con sus progenitores más marcadas por los conflictos y la falta de comunicación. Por el contrario, las puntuaciones más bajas en la escala de autonomía emocional se dan entre aquellos adolescentes que mantienen mejores relaciones con unos padres que tienden a manifestar estilos democráticos. Estos resultados podrían resultar algo sorprendentes a primera vista, ya que es razonable pensar que aquellos adolescentes cuyos padres muestran estilos democráticos y les alientan a que tengan sus propias opiniones tengan niveles superiores de autonomía emocional. Sin embargo, nuestros resultados parecen estar en clara sintonía con la propuesta de Ryan y Lynch (1989) de considerar que una elevada autonomía a nivel emocional es consecuencia del rechazo o la frialdad en el vínculo afectivo establecido con los padres. El hecho de que esta desvinculación afectiva sea especialmente elevada entre chicos y chicas que, además de tener unas malas relaciones familiares en el momento actual, guardan un recuerdo bastante negativo de las relaciones con sus padres durante la infancia, nos lleva a pensar que se trata de adolescentes que establecieron con sus progenitores un vínculo, y un modelo representacional de ese vínculo, de carácter inseguro.

También es destacable la relación existente entre una elevada autonomía emocional y unas bajas autoestima y satisfacción vital, lo que pone de manifiesto que los chicos y chicas más desvinculados de sus padres parecen estar en una posición más difícil a nivel emocional que puede colocarlos en una situación de riesgo de sufrir algún tipo de desajuste psicológico, sobre todo si tenemos en cuenta que la autoestima es un potente predictor del grado de salud mental a largo plazo (Offer, Kaiz, Howard y Bennet, 1998). Tal vez, como consecuencia del vacío emocional resultante del distanciamiento con respecto a sus padres, estos adolescentes van a buscar en el grupo de iguales el apoyo que no encuentran en su familia, lo que explicaría su elevado conformismo ante el grupo que puede llevarles a verse implicados en determinados problemas de conducta, sobre todo cuando los iguales les ofrecen modelos poco apropiados (Pettit, Bates, Dodge y Meece, 1999). Un dato que merece la pena destacar es que si bien las relaciones de estos adolescentes con el grupo parecen ser difíciles, en cambio, cuando se trata de la intimidad de las relaciones que establecen con el mejor amigo, aunque sólo en el caso de las chicas, suele ser más alta que entre las chicas menos vinculadas a sus padres. Tal vez, sea ese mismo vacío emocional el que las impulsa a buscar en esa estrecha relación íntima una forma de satisfacer sus necesidades afectivas.

El hecho de que la autonomía emocional esté tan fuertemente relacionada con las características del medio familiar y con las relaciones con los padres hace que

sea difícil separar la influencia de ambas variables sobre el desarrollo socio-emocional del adolescente. Así, cuando controlamos los efectos de la calidad del medio familiar observamos que desaparecen algunas de las asociaciones que habíamos observado, especialmente las que se establecían entre autonomía emocional y las relaciones con el grupo de iguales. Además, se pone de manifiesto que las consecuencias de la desvinculación emocional son claramente diferentes entre chicos y chicas, ya que mientras que entre los primeros esta desvinculación sólo aparece ligeramente asociada con una menor satisfacción vital, las chicas con mayor autonomía emocional muestran de forma muy significativa una mayor insatisfacción, más conflictos con sus padres y más intimidación en su relación con la mejor amiga. Diferencias de género similares han sido encontradas en otros estudios (Beyers y Goosens, 1999; Geuzaine, Debry y Liesens, 2000). Este hecho puede deberse a los estereotipos de género imperantes en nuestra sociedad que pueden considerar que la autonomía emocional con respecto a los padres es mucho menos deseable en el caso de las adolescentes, de quienes cabe esperar que se muestren más cariñosas y más apegadas a su familia que sus hermanos varones. Así, cuando algunas chicas muestran mucha autonomía, pueden entrar en claro conflicto con las expectativas que tienen sus padres, aumentando las tensiones y discusiones familiares y repercutiendo de forma negativa sobre su grado de satisfacción vital. Por otra parte, como han señalado algunas autoras (Gilligan, 1993; von der Lippe, 1998), es muy posible que considerar la separación afectiva como el aspecto fundamental para el desarrollo de la autonomía no tenga demasiado sentido entre miembros del sexo femenino, ya que para las mujeres el logro de la autonomía podría seguir una trayectoria diferente, y antes que la desvinculación, lo prioritario sería la diferenciación o redefinición de las relaciones afectivas.

Uno de los objetivos de este estudio era comprobar si la autonomía emocional tiene unas consecuencias diferentes en función de la calidad del contexto familiar, ya que algunos estudios han encontrado mejor pronóstico cuando se da en un entorno familiar caracterizado por el afecto y la cohesión (Lamborn y Steinberg, 1993). Nuestros resultados indican que una alta autonomía emocional no suele predecir un mejor ajuste psicológico en ninguna circunstancia, ni cuando las relaciones familiares son positivas ni cuando son negativas, por el contrario tiende a contribuir a un cierto desajuste, lo que coincide con los hallazgos de otros investigadores (Chen y Dornbusch, 1998; Beyers y Goosens, 1999). En el caso de las chicas, una mayor desvinculación suele estar asociada a peores resultados, con independencia de la calidad del contexto familiar. La única excepción es el caso ya comentado de la intimidación con la mejor amiga, más elevada entre estas chicas. Cuando se trata de varones, hemos observado que si el contexto familiar es favorable, los chicos más autónomos muestran más dificultades socioemocionales que quienes obtienen puntuaciones más bajas en autonomía emocional, mientras que si el contexto es negativo esta mayor o menor desvinculación no establece diferencias significativas, al no añadir nada a la ya difícil situación socioemocional de estos adolescentes.

Un aspecto interesante de cara a comprender mejor el significado de la autonomía emocional sería estudiar su evolución a lo largo de los años de la adolescencia mediante un seguimiento longitudinal. De esta forma podríamos analizar si esta autonomía es una desvinculación afectiva progresiva que surge durante estos años, o si, por el contrario, está reflejando un vínculo inseguro establecido en la primera infancia. Probablemente existan ambas situaciones, siendo la de los sujetos que se desvinculan durante la adolescencia mucho más adaptativa que la segunda. Los datos que se presentan en este artículo han sido obtenidos de una

muestra de sujetos que volverá a ser estudiada en años venideros, por lo que estaremos en mejores condiciones de responder a algunas cuestiones que hoy día solo podemos plantear.

Para finalizar, nos gustaría comentar que hay que tener en cuenta que la mayor parte de los estudios sobre autonomía emocional se han llevado a cabo en una cultura como la norteamericana en la que se valora mucho que los adolescentes adquieran pronto independencia con respecto a sus padres, siendo bastante frecuente que coincidiendo con la mayoría de edad salgan del hogar familiar y vivan de forma autónoma. Sin embargo, en nuestro país las cosas son algo diferentes, y no creemos que la autonomía del joven sea un valor tan prioritario, ya que el mantenimiento de relaciones estrechas con los padres y de la cohesión familiar es un valor cultural fuertemente arraigado, especialmente cuando se trata de chicas. Por ello, no es de extrañar que aquellos adolescentes que se muestran más desvinculados de su familia presenten en nuestro estudio unas características negativas que van algo más allá de lo encontrado por otros investigadores. Tal vez, como ha señalado Kagıtcıbası (1996, 2000), considerar que la autonomía es el resultado de un proceso de individuación o separación afectiva de los otros puede tener sentido sólo en culturas muy individualistas. Sin embargo, podríamos considerar que hay dos dimensiones independientes implicadas en este proceso de búsqueda de autonomía. La primera dimensión oscilaría entre los polos de separación y vinculación afectiva, mientras que la segunda iría de la autonomía a la heteronomía, en el sentido usado por Piaget (1932). Así, en culturas más orientadas hacia la colectividad, como podría ser la nuestra, mantener unas estrechos lazos afectivos con la familia puede considerarse como un requisito para un desarrollo saludable, por lo que muchos adolescentes dejarán de ser heterónomos y se acercarán a unos mayores niveles de autonomía sin que ello suponga una desvinculación afectiva de sus padres. La tarea del adolescente no sería la individuación-separación, sino llegar a ser un sujeto autónomo a la vez que vinculado.

Referencias

- ARMSDEN, G. & GREENBERG, M. (1987). The Inventory of parent and peer attachment: Individual differences and their relationship to psychological well-being in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 16, 427-454.
- BEYERS, W. & GOOSENS, L. (1999). Emotional autonomy, psychosocial adjustment and parenting: interactions, moderating and mediating effects. *Journal of Adolescence*, 22, 753-769.
- BLOS, P. (1962). On adolescence, *A psychoanalytic interpretation*. New York: Free Press.
- CHEN, Z. & DORNBUSCH, S. M. (1998). Relating aspects of adolescent emotional autonomy to academic achievement and deviant behaviour. *Journal of Adolescent Research*, 13, 293-319.
- FUHRMAN, T. & HOLMBECK, G. N. (1995). A contextual-moderator analysis of emotional autonomy and adjustment in adolescence. *Child Development*, 66, 793-811.
- GEUZAINÉ, C., DEBRY, M. & LIESENS, V. (2000). Separation from parents in late adolescence: The same for boys and girls? *Journal of Youth and Adolescence*, 29, 79-92.
- GILLIGAN, C. (1993). *In a different voice. Psychological Theory and Women's Development* (2ª Ed.). Cambridge: Harvard University Press.
- HOFFMAN, J. A. (1984). Psychological separation of late adolescents from their parents. *Journal of Counseling Psychology*, 31, 170-178.
- KAGıTCıBASı, C. (1996). The autonomous-relational self: A new synthesis. *European Psychologist*, 1, 180-186.
- KAGıTCıBASı, C. (2000). Cultural mediation of autonomy-relatedness dynamics in adolescence. Ponencia presentada en el VII Congreso de la EARA. Jena (Alemania), junio de 2000.
- LAMBORN, S. D., MOUNTS, N. S., STEINBERG, L. & DORNBUSCH, S. M. (1991). Patterns of competence and adjustment among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent and neglectful families. *Child Development*, 62, 1049-1065.
- LAMBORN, S. D. & STEINBERG, L. (1993). Emotional autonomy redux: Revisiting Ryan and Lynch. *Child Development*, 64, 483-499.
- LO COCO, A., PACE, U., ZAPPULLA, C. & INGOLIA, S. (2000). *Emotional autonomy in Italian adolescents*. Comunicación presentada en el VII Congreso Biannual de la EARA. Jena (Alemania), junio de 2000.

- NOOM, M., DEKOVIC, M. & MEEUS, W. (1999). Autonomy, attachment and psychosocial adjustment during adolescence: a double-edge sword? *Journal of Adolescence*, 22, 771-783.
- OFFER, D., KAIZ, M., HOWARD, K. I. & BENNETT E. S. (1998). Emotional variables in adolescence, and their stability and contribution to the mental health of adult men: Implications of early intervention strategies. *Journal of Youth and Adolescence*, 27, 675-690.
- OLIVA, A. (1995). Estado actual de la teoría del apego. *Apuntes de Psicología*, 45, 21-40.
- OLSON, D. H., PORTNER, J. & LAVEE, Y. (1985). *Family Adaptability and Cohesion Scale*. Minneapolis: University of Minnesota.
- PARKER, G., TUPLING, H. & BROWN, L. B. (1979). A parental bonding instrument. *British Journal of Medical Psychology*, 52, 1-10.
- PETTIT, G., BATES, J., DODGE, K. & MEECE, D. (1999). The impact of after-school peer contact on early adolescent externalizing problems is moderated by parental monitoring, perceived neighborhood safety and prior adjustment. *Child Development*, 70, 768-778.
- PIAGET, J. (1932). Le jugement moral chez l'enfant. Paris: Alcan. (Trad. cast.: *El criterio moral en el niño*. Barcelona: Fontanella, 1971).
- ROSENBERG, M. (1963). *Society and Adolescent self-image*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- RYAN, R. M. & LYNCH, J. (1989). Emotional autonomy versus detachment: Revising the vicissitudes of adolescence and young adulthood. *Child Development*, 60, 340-356.
- SHARABANY, R. (1994). Intimate Friendship Scale: Conceptual underpinnings psychometric properties and construct validity. *Journal of Social and Personal Relationships*, 11, 449-469.
- STEINBERG, L. & SILVERBERG, S.B. (1986). The vicissitudes of autonomy. *Child Development*, 57, 841-851.
- SILVERBERG, S. B. & GONDOLI, D. M. (1996). Autonomy in adolescence. A contextualized perspective. En G. R. Adams, R. Montemayor & T. P. Gullotta (Eds.), *Psychosocial development during adolescence* (pp. 12-61). Thousand Oak, CA: Sage.
- VON DER LIPPE, A. (1998). Are conflict and challenge sources of personality development. En E. Sokoe & A. von der Lippe (Eds.), *Personality development in adolescence: A cross national and life span perspective* (pp. 38-60). London: Routledge.

Extended Summary

Since 1986, when Steinberg and Silverberg coined the term emotional autonomy to describe the affective disengagement of the adolescent from his or her parents, and established a scale to measure it, a considerable number of studies have appeared on the subject, generating an important controversy around the significance that should be ascribed to such emotional autonomy. At the present time, as Silverberg and Gondoli (1996) have pointed out, the debate about the adaptive value of emotional autonomy during adolescence has entered a second phase, which considers that this value will vary according to the quality of family relationships. But culture and gender are other variables that must be taken into account: it is possible that this effect may be found to vary between different countries and cultures, and between boys and girls. In this study our aim was 1) to examine the relationships between teenage emotional autonomy and the types of contact that exist between parents and children, and 2) to analyse the socio-emotional characteristics of those young men and women who manifest a high degree of emotional autonomy. Another objective was to study the mediating role of gender and the quality of family environment in the relations between emotional autonomy and adolescent development. A sample of 513 adolescents (221 boys and 292 girls) aged between 13 and 19 years (average age 15.43, s.d. 1.19) completed a questionnaire measuring family relationships, peer-group relations, and various aspects of personal development.

The first information emerging from this research that calls for comment is the lack of meaningful change in emotional autonomy as adolescence progresses. Regarding the association between emotional autonomy and the different variables evaluating parent-child relations, this was found to be highly significant in all cases. This is interpreted as a clear indication that such disengagement probably reflects lack of family support and caring. Indeed, it is precisely the girls and boys with greatest emotional autonomy who report 1) the least amount of

affection and control from their parents, 2) a family context lacking unity and flexibility, and 3) poor and conflictive communication with their parents. The fact that this affective disengagement should be most widespread among young people whose current poor family relationships are compounded with bad childhood memories, leads us to think that these are adolescents who have deeply insecure attachments with their parents.

This notion is strengthened by the fact that, according to our research, teenagers with high emotional autonomy and negative attitudes toward their family also establish insecure and uncommunicative peer-group relationships. This may well be a consequence of the fragility of attachment models constructed during childhood. It is also worth noting the close relationship found between: high emotional autonomy, low self-esteem, and satisfaction with life. Highlighting that young women and men who are most disaffected from their parents find themselves in a tougher emotional position. Another important finding is that emotional disaffection has more negative consequences for females than for males, something that can probably be attributed to the gender stereotyping that prevails in Spanish society. Thus, emotional autonomy from parents is far less desirable for teenage women, who are expected to display more loving care and be more family-centred than their male siblings. When a girl displays too much autonomy, she is likely to find herself in overt conflict with her parents' expectations, fuelling family tensions and arguments with negative repercussions to her level of life satisfaction.

Regarding the potentially moderating effect of the family context, our results indicate that strong emotional autonomy is not associated to better psychological adjustment in any circumstances —either with good or bad family relations. On the contrary, this disengagement is apt to foster a definite maladjustment. In the case of girls, adolescents with the highest emotional autonomy tended to have the worst results, independently of the family background. The only mitigating factor —which is more common among such girls— is the close intimacy established with a best friend. Where boys are concerned, we have observed that in a favourable family context, the more autonomous teens exhibit greater socio-emotional difficulties than their lower-scoring companions do. But in a negative family context, varying degrees of disaffection seem to make little difference, changing nothing about these adolescents' already difficult socio-emotional predicament.

Empatía y conducta prosocial durante la adolescencia

INMACULADA SÁNCHEZ-QUEIJA*, ALFREDO OLIVA**
Y ÁGUEDA PARRA**

*Universidad Nacional de Educación a Distancia; **Universidad de Sevilla



Resumen

Aunque la relación entre empatía y prosocialidad viene siendo estudiada desde hace años prevalece aún una importante indefinición conceptual e incluso de resultados. Este trabajo pretende aportar algo de luz a la relación entre ambos conceptos y otras variables del contexto social en una muestra de adolescentes. Un total de 513 adolescentes, 221 chicos y 292 chicas de edades comprendidas entre los 13 y los 19 años cumplimentaron un cuestionario que incluía medidas sobre empatía, conducta prosocial, y aspectos relacionados con las variables familiares y de relación con los iguales. Entre los resultados obtenidos podemos destacar la relación existente entre conducta prosocial y empatía disposicional, y entre estas dos variables y las relaciones con la familia y con el grupo de los iguales. Así mismo, y en concordancia con abundante literatura científica, hallamos mayores niveles de prosocialidad y empatía en las chicas que en los chicos.

Palabras clave: Empatía, conducta prosocial, adolescencia.

Empathy and prosocial behaviour during adolescence

Abstract

The relationship between empathy and prosocial behaviour has been an area of research for many years. Nevertheless, to this day, there is a lack of clarity not only in the definition of the concepts but also in the various results on the subject. The aim of this study is to shed some light in examining the relationship of both concepts with other variables of social context. To achieve this goal a sample of 513 adolescents, 221 boys and 292 girls, aged between 13 and 19, was interviewed. The teenagers completed a questionnaire, including measures of empathy, prosocial behaviour and family and peer relationship variables. In our results, we can point out our finding of a relationship between prosocial behaviour and empathy. Furthermore, it is worth noticing that there is a clear link of family and peer relationships with prosocial behavior as well as with empathy. Also, as has already been suggested in previous scientific literature, we find higher levels of prosocial behaviour and empathy in girls than in boys.

Keywords: Empathy, prosocial behaviour, adolescence.

Agradecimientos: Investigación incluida en un proyecto financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología. Proyecto de I+D con referencia BSO2002-03022, inscrito en el marco del Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica.

Correspondencia con los autores: *Dep. Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología (UNED), C/ Juan del Rosal, 10. Ciudad Universitaria. 28040 (Madrid). Tel.: 91.398.88.48; E-mail: queija@psi.uned.es

**Dep. Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología, C/ Camilo José Cela, s/n, 41018 (Sevilla). Tel.: 954.55.76.95; E-mail: oliva@us.es - aparra@us.es

INTRODUCCIÓN

El estudio de la empatía y la conducta prosocial posee una larga tradición filosófica y psicológica. Sin embargo, a pesar de que se ha hablado de la empatía desde hace años (Mead, 1934; Piaget, 1932), existe una escasa claridad conceptual que dificulta el análisis de los resultados encontrados (Stephan y Finlay, 1999). Este problema se hace aún más patente si nos centramos en los años adolescentes (Eisenberg, 1990). Por este motivo, vamos a comenzar intentando aclarar la definición de ambos conceptos.

Definiciones de empatía y conducta prosocial

La definición de empatía más utilizada es: reacción emocional elicitada y congruente con el estado emocional del otro y que es idéntica o muy similar a lo que la otra persona está sintiendo o podría tener expectativas de sentir (Eisenberg, Carlo, Murphy y van Court, 1995; Eisenberg, Zhou y Koller, 2001; Hoffman, 1987; Holmgren, Eisenberg y Fabes, 1998). Sin embargo, esta definición no está completa si no anexamos las definiciones de otros conceptos claramente relacionados con la empatía: la adopción de perspectiva, la simpatía y el malestar personal¹. *La adopción de perspectiva* hace referencia a la tendencia a adoptar el punto de vista cognitivo del otro; *la simpatía* es la tendencia a preocuparse o sentir interés por el otro y, finalmente, *el malestar personal* alude a la tendencia a sentirse intranquilo o incómodo en espacios interpersonales tensos que implican a otros y sus necesidades. (Eisenberg *et al.*, 1995; Eisenberg, 2000a; Hoffman, 1987; Underwood y Moore, 1982). La definición que nosotros utilizamos en este trabajo, empatía como experiencia vicaria del estado emocional del otro (Mehrabian y Epstein, 1972), es la más antigua de cuantas citamos en esta introducción, pero no por ello deja de estar vigente (Fuentes, 1990; López, 1990; Padilla, 1995). Esta definición considera la empatía como una capacidad del individuo, casi como un rasgo de personalidad, lo que se ha denominado empatía disposicional. La empatía disposicional se contrapone a la denominada empatía situacional, según la cual la persona sentirá más o menos empatía en función de la situación de referencia; es decir, según la definición que utilizamos, una definición de empatía disposicional, habrá personas más o menos empáticas, sin tener en cuenta los aspectos situacionales que implicarían contextos físicos o relacionales que generen más o menos empatía. Esta definición implica a la adopción de perspectiva como prerrequisito cognitivo e incluye tanto a la simpatía como al malestar personal que definen Eisenberg y Hoffman en sus trabajos, permitiendo un estudio más parsimonioso del concepto empatía.

Menos confusión hallamos en la definición de la conducta prosocial. La única controversia existente se centra en el hecho de la diferenciación entre conducta prosocial y altruista, o más bien en si existe tal diferenciación (para revisiones en castellano ver López, 1994 y Shaffer, 2002). En general, parece haber acuerdo en llamar conducta prosocial a los comportamientos llevados a cabo voluntariamente para ayudar o beneficiar a otros (Holmgren, *et al.*, 1998; Pakaslahti, Karjalainen y Keltikangas-Järvinen, 2002), tales como compartir, dar apoyo y protección. Por otro lado, altruismo implica actos prosociales llevados a cabo por motivos o valores internos sin buscar ningún tipo de recompensa externa (Holmgren *et al.*, 1998).

La edad y el género como factores mediadores de la conducta prosocial y empática

En lo referente a las diferencias de edad y género en empatía y conducta prosocial, volvemos a encontrar divergencias. Estudios como el de Pakaslahti *et al.*

(2002) informan de una disminución de la prosocialidad a lo largo del periodo adolescente, tanto a nivel cognitivo como comportamental. Sin embargo, en el metaanálisis realizado por Eisenberg y Fabes (1998) hallan que, aunque hay un incremento importante en prosocialidad entre los años escolares y los adolescentes, no hay diferencias entre los 13 y los 17 años. Por último, según la teoría de Köhler los niveles de prosocialidad aumentan durante la adolescencia al hacerse más complejos los razonamientos morales y, al mismo tiempo, aumentar la necesidad de coherencia entre pensamiento y comportamiento (Shaffer, 2002).

La misma escasez de acuerdo la encontramos en los estudios sobre empatía. Calvo, González y Martorell (2001) describen un aumento de la empatía en las chicas con la edad mientras que en los chicos permanece constante. Sin embargo, parece que las chicas son más prosociales y empáticas sólo cuando las medidas son de autoinformes (Calvo *et al.*, 2001; Hay, 1994; López, 1994; Pakaslahti *et al.*, 2002), ya que las diferencias se minimizan al utilizar otro tipo de estudios (Eisenberg, 2000b). Aunque el debate sobre las diferencias de género en la empatía sigue abierto, los estudios observacionales sugieren que dichas diferencias son reales (Zhan-Waxler, Radke-Yarrow, Wagner y Chapman, 1992).

Relación entre conducta prosocial y empatía

De nuevo, y a pesar de que la relación entre conducta prosocial y empatía parece clara (Bermejo, 1996), al hablar de los vínculos entre estos dos constructos encontramos inconsistencias (Eisenberg, *et al.*, 1995; Holmgren *et al.*, 1998): unos estudios encuentran mayor relación que otros, y algunos trabajos ni tan siquiera encuentran tal vínculo. Estos resultados inconsistentes pueden ser debidos a que no siempre consideramos lo mismo al hablar de empatía, o al hecho de que en los estudios se utilice un solo informante o varios (Eisenberg *et al.*, 1990).

En cualquier caso, existen autores que apoyan de forma empírica la relación entre empatía y conducta prosocial:

Otros estudios han mostrado que la falta de empatía está asociada con agresiones sexuales entre hombres (...), abuso de niños (...), agresiones entre varones (...), comportamiento antisocial (...) y actitudes negativas hacia los homosexuales (...). En el otro lado del espectro, los estudios sobre empatía disposicional encuentran que está relacionada con el comportamiento prosocial (Stephan y Finlay, 1999, p. 731)

Algunos estudios encuentran vínculos entre empatía disposicional y comportamiento prosocial, tanto con adultos como con niños y adolescentes (Carlo, Roesch y Melby, 1998; Estrada, 1995), mayor cooperación si se induce empatía, sobre todo hacia otro que ya se conoce (Batson y Moran, 1999), y disminución de las actitudes racistas si se induce empatía hacia miembros concretos de la minoría estudiada (Stephan y Finlay, 1999). En general, si se sigue la línea conceptual de Eisenberg y sus colaboradores, parece que la simpatía está más asociada a altos niveles de comportamiento prosocial que la empatía (Eisenberg y Fabes, 1991) y que los datos que relacionan empatía con conducta prosocial son más consistentes si hablamos de empatía situacional que si mencionamos la disposicional (Calvo *et al.*, 2001).

Factores sociales relacionados con la empatía y la conducta prosocial

Como su propio nombre indica, la conducta prosocial es un hecho social y, por tanto, debería ser estudiada teniendo en cuenta el contexto interpersonal en el que se desarrolla. Encontramos trabajos que muestran que los adolescentes de las culturas tradicionales, que participan diariamente en contribuir al bienestar familiar son más prosociales que aquellos de culturas individualistas, donde

prima la competitividad y la autonomía del individuo (Carlo, Roesch, Knight y Koller, 2001; Grusec, Goodnow y Cohen, 1996; Whiting y Whiting, 1975). También se ha hecho referencia a la influencia de los estilos de crianza en el desarrollo de la conducta prosocial y la empatía (Eisenberg y Fabes, 1998; Eisenberg, Valiente y Champion, 2004). Así, hace años que Zahn-Waxler, Radke-Yarrow y King (1979) demostraron que las madres de los niños que se mostraban más compasivos utilizaban un estilo no punitivo y afectuoso a la hora de educar a sus hijos, instándolos al consuelo de la víctima en el caso de que la hubiera, mientras que las madres más punitivas tenían hijos menos compasivos. Datos similares encontraron Eisenberg *et al.* (1992) y López (1994). En un estudio longitudinal, Kochanska (1991, cit. en Trommsdorff, 1995) encuentra relación entre las interacciones mantenidas con los progenitores en la infancia y las reacciones emocionales de chicos de 8 y 10 años a las señales de malestar de los otros. Las prácticas de crianza a los 5 años predijeron la empatía a los 31 años, y el tener una relación de apego seguro en la infancia predijo tanto la empatía como la conducta prosocial en los adolescentes (Kestenbaum, Farber y Sroufe, 1989; Koestner, Franz y Weinberger, 1990). En la interesante revisión de Eisenberg y Morris (2004), las autoras concluyen que un clima afectuoso y de apoyo será promotor de la conducta prosocial y la empatía cuando los padres utilicen la inducción y sean un modelo de conducta prosocial, además de tener expectativas altas sobre la prosocialidad de sus hijos e hijas. Estos estudios, así como la consistencia de la empatía y la conducta prosocial a lo largo de los años (Eisenberg *et al.*, 1999), nos hacen pensar en la importante influencia de la familia en el establecimiento de estas facetas del desarrollo sociopersonal del individuo. Dos mecanismos diferentes pueden explicar esta relación: quienes sienten satisfechas sus necesidades emocionales en una familia con vínculos seguros y afectuosos, estarán menos inquietos por sus propias preocupaciones y podrán interesarse y ser sensibles a las necesidades de los demás; quienes crecen en un ambiente de amor y afecto tendrán un buen modelo que adoptar sobre cómo actuar con los demás. Ambas explicaciones no tienen por qué ser excluyentes (Davis, 1994).

El trabajo que aquí presentamos no estaría completo si no tenemos en cuenta otro de los grandes contextos socializadores, los iguales. Aunque no es abundante la literatura que hace referencia empírica a su importancia en el desarrollo de la conducta prosocial y de la empatía (Carlo, Fabes, Laible y Kupanoff, 1999; López, 1994; Pakaslahti *et al.*, 2002), sí es común considerar que el desarrollo social positivo, tanto en lo referente a habilidades cognitivas como emocionales o comportamentales, depende de la aceptación del grupo de iguales (Harris, 1998; Rubin, Bukowski y Parker, 1998). Al mismo tiempo, encontramos estudios que demuestran que lo habitual es que el grupo presione al individuo para que se comporte siguiendo los modelos que la sociedad considera adecuados (Berndt, 1996; Brown, Classen y Eicher, 1986).

Objetivos

Este estudio pretende analizar la relación que variables demográficas, familiares y del contexto de los iguales guardan con la empatía y la conducta prosocial, así como la relación entre estas dos variables. Creemos que este trabajo aportará interesantes datos y reflexión tanto por su énfasis en el factor mediador de las variables interpersonales, como porque es una investigación española, concretamente realizada con una muestra de adolescentes sevillanos. Eisenberg *et al.* (2001) aclaran que la escasa investigación empírica que se realiza sobre el tema de la empatía y la prosocialidad, suele provenir de ambientes anglosajones. Encontramos alguna excepción más, como el ya citado trabajo de Pakaslahti *et*

al. (2002) y los de Calvo *et al.* (2001), Fuentes (1990), López (1990; 1994) y Mestre, Samper y Frías (2002) en España, todos ellos muy actuales.

Las hipótesis que manejamos a la hora de realizar el presente estudio son:

- Mayor empatía y comportamiento prosocial en las chicas que en los chicos, tal y como viene insistiendo la literatura sobre el tema.
- Relación positiva entre la empatía y la conducta prosocial por un lado y la intimidad desarrollada con el mejor amigo por el otro.
- Influencia de las relaciones familiares en el grado de empatía y comportamiento prosocial adolescente. Aquellos jóvenes que tengan mejores relaciones con sus padres (mayor cohesión y adaptabilidad, un clima afectuoso y comunicativo, en el que existan límites y no haya conflictos con mucha frecuencia) se mostrarán más empáticos y prosociales. Exploraremos qué aspectos relacionados con la familia serán más decisivos en este sentido.
- Respecto a la evolución de la empatía y la conducta prosocial con la edad no tenemos hipótesis claras.

MÉTODOS

Participantes

La muestra del estudio estuvo formada por 513 adolescentes (221 chicos y 292 chicas) de edades comprendidas entre los 13 y los 19 años (media = 15,43, y *d.t.* = 1,19) que asistían a centros educativos públicos y privados de Sevilla y su provincia. Fueron seleccionados un total de 9 centros educativos (5 en la capital, 3 en zonas rurales y 1 en el área metropolitana) teniendo en cuenta distintos criterios: tamaño poblacional, titularidad (pública, privada), y tipo de estudios ofrecidos (Secundaria, Bachillerato y FP), es decir, tanto colegios como institutos. En cada centro fueron entrevistados todos los alumnos de un aula correspondiente a cada uno de los niveles educativos seleccionada al azar.

Instrumentos

Los participantes cumplieron los siguientes cuestionarios.

Cuestionarios sobre empatía y conducta prosocial

- Empatía: Utilizamos una adaptación del cuestionario elaborado por Mehrabian y Epstein (1972), compuesto por 12 ítems del tipo: *Cuando veo a un chico/a llorando me dan ganas de llorar*. Los sujetos respondían en una escala líkert de 1 a 4. Fiabilidad $\alpha = 0,76$.
- Prosocialidad: Realizamos un cuestionario *ad hoc* con una fiabilidad $\alpha = 0,67$; Spearman-Brown = 0,7 (impares frente a pares). El cuestionario consta de los siguientes 7 ítems, a responder en una escala líkert de 1 a 4 si se han realizado las siguientes conductas: *consolar a un chico o chica que estaba triste o deprimido, quedar al cuidado de algún niño pequeño sin recibir dinero, dar dinero a instituciones benéficas, realizar tareas sociales de voluntariado en ONGs, ayudar a personas con deficiencias físicas o sensoriales, devolver dinero o algún objeto perdido a un desconocido y, por último, cuidar a enfermos o personas mayores*.

Cuestionarios sobre las relaciones familiares

- FACES II (*Family Adaptability and Cohesion Scale*; Olson, Portner y Lavee, 1985): escala que evalúa la cohesión y adaptabilidad familiar. Compuesta por 30 ítems tipo líkert (1-5) que permiten evaluar la cohesión ($\alpha = 0,75$) y la adaptabilidad ($\alpha = 0,75$) en las relaciones familiares. Ejemplos: *En mi familia nos apoyamos*

unos a otros en los momentos difíciles; cuando surgen problemas en casa, buscamos soluciones con las que todos podamos estar de acuerdo.

- **Estilo educativo parental:** adaptación del instrumento de Lamborn, Mounts, Steinberg y Dornbusch (1991). El cuestionario final está compuesto por 24 ítems que se agrupan en dos dimensiones: comunicación / afecto ($\alpha = 0,71$) y control / supervisión ($\alpha = 0,70$). De la combinación de estas dos dimensiones se derivan cuatro estilos parentales: democrático, permisivo, autoritario e indiferente. Existen dos tipos de ítems, los que se evalúan con una escala líkert de 1 a 3 y los que se responden en una escala de verdadero-falso. Dos ejemplos tipo de ítems serían *¿Con qué frecuencia pasan tus padres algún tiempo hablando contigo?*; *¿Intentan tus padres saber dónde vas por las noches?*

- **Comunicación con los padres:** escala elaborada *ad hoc* (Parra y Oliva, 2002) compuesta por 22 ítems ($\alpha = 0,88$), 11 referidos al padre y 11 referidos a la madre, que evalúa el grado de comunicación acerca de diversos temas (amistades, tiempo libre, sexualidad, drogas, planes de futuro, etcétera), así como el grado de acuerdo entre padres e hijos en relación a dichos temas.

- **Conflictos en las relaciones con los padres:** de características parecidas a la anterior y, también elaborada por Parra y Oliva (2002), es una escala de 14 ítems ($\alpha = 0,81$) que evalúa la frecuencia y la intensidad de los conflictos familiares acerca de diversos temas (hora de volver a casa, amistades, drogas, política o religión, etcétera).

Cuestionario sobre las relaciones con los iguales

- **Intimidación:** traducción de *Intimate Friendship Scale* (Sharabany, 1994). Es una escala compuesta por 32 ítems referidos a las características de la relación con el mejor amigo o amiga del tipo: *Puedo saber cuándo está preocupado/a*. Coeficiente de fiabilidad $\alpha = 0,90$.

Procedimiento

Se concertaron citas telefónicas con un responsable de los centros educativos. Posteriormente, dos investigadores acudían al aula que participaba en el estudio. Los cuestionarios eran completados por los estudiantes en horas lectivas y de forma anónima.

RESULTADOS

Vamos a comenzar la exposición de resultados detallando cómo se comportan tanto los datos relativos a la empatía como aquellos referidos a la conducta prosocial en ambos géneros y según avanzan los años adolescentes. Como se puede comprobar en la figura 1, los niveles de empatía van incrementándose durante la adolescencia, pero esta subida sólo se da en el caso de las chicas, $F(2, 288) = 5,229$; $p < 0,01$. Para los chicos $F(2, 212) = 0,662$; $p = 0,5$.

También encontramos diferencias en la evolución de la conducta prosocial según el género. En este caso, mientras que las chicas se mantienen en niveles similares de prosocialidad, $F(2, 287) = 1,091$; $p = 0,34$, en ellos disminuye drásticamente, $F(2, 215) = 17,753$; $p < 0,001$.

En ambos casos, y casi en todo momento, ellas son significativamente más empáticas $F(1, 157) = 52$; $p < 0,001$, $F(1, 173) = 76$; $p < 0,001$; $F(1, 170) = 116$; $p < 0,001$ y prosociales que ellos. La única excepción la encontramos en los chicos y chicas más jóvenes, entre 12 y 14 años, que parecen tener similares puntuaciones en lo que a comportamiento prosocial se refiere $F(1, 159) = 0,044$; $p = 0,8$, $F(1, 174) = 21$; $p < 0,001$, $F(1, 169) = 33$; $p < 0,001$. Los tamaños de los

FIGURA 1
Puntuaciones medias en empatía a lo largo de la adolescencia diferenciando por género

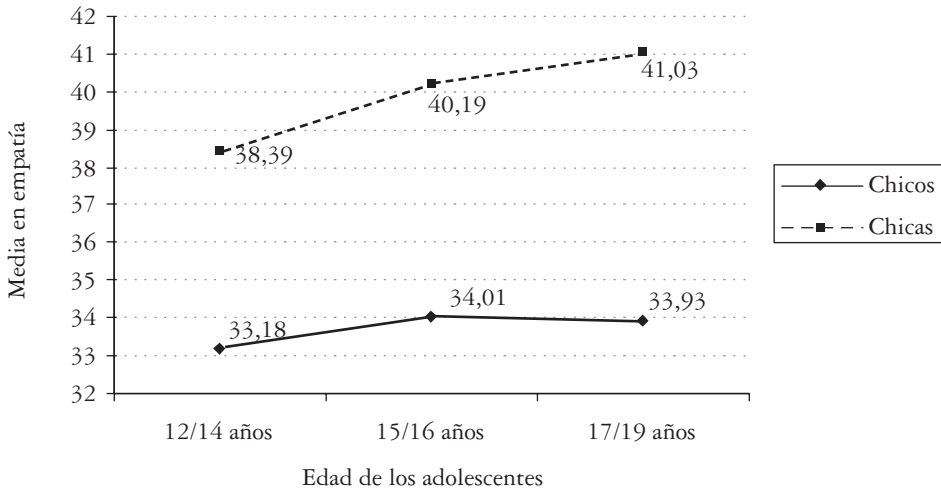
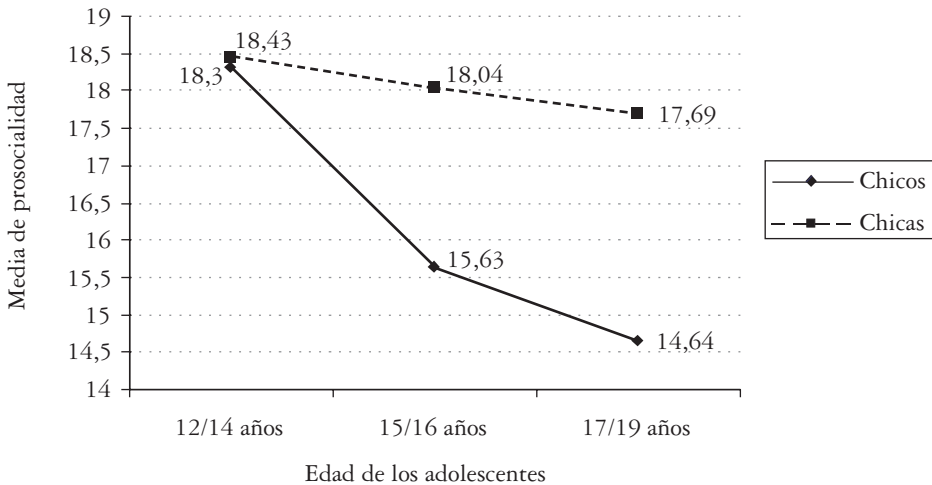


FIGURA 2
Puntuaciones medias en conducta prosocial a lo largo de la adolescencia diferenciando por género



efectos son amplios en todos los casos, oscilando entre la *d de Cohen* = 0,69 para las diferencias de género en conducta prosocial en la adolescencia media y la *d de Cohen* = 1,65 para los adolescentes mayores en el caso de la empatía.

La siguiente cuestión es analizar la posible relación entre conducta prosocial y empatía. La correlación entre estas dos variables tras controlar la edad y el género es de $r_{xy}(497) = 0,282, p < 0,001$. Si dividimos la muestra en función del género hallamos que las correlaciones entre las variables empatía y prosocialidad son $r_{xy}(285) = 0,252, p < 0,001$ en la submuestra de chicas y $r_{xy}(209) = 0,305, p < 0,001$ en la submuestra de chicos, por lo que podemos afirmar que tanto en el caso de ellos como de ellas ambas variables están relacionadas.

A continuación vamos a analizar los factores del entorno del adolescente que están relacionados con la empatía y la conducta prosocial, comenzando por las correlaciones con las variables familiares y de los iguales.

TABLA I
Correlaciones entre empatía, prosocialidad y las variables relacionadas con el entorno familiar y de los iguales controlando la edad

		Adaptab	Cohesión	Afecto	Control	Comunic	Conflict	Intimid
Empatía	Chicos	0,13 [†]	0,18*	0,19**	0,20**	0,16*	-0,07 n.s.	0,17*
	Chicas	0,6 n.s.	0,03 n.s.	-0,03 n.s.	0,04 n.s.	0,05 n.s.	0,04 n.s.	0,2 **
Conducta prosocial	Chicos	0,003 n.s.	0,11 n.s.	0,18 *	0,09 n.s.	0,35 **	0,02 n.s.	0,19 *
	Chicas	0,27 ***	0,16***	0,12 *	0,12 [†]	0,29***	0,03 n.s.	0,26***

[†]1 < p < 0,05; *p < 0,05; **p < 0,01; ***p < 0,001

Tanto la empatía como la prosocialidad están relacionadas con las variables familiares y la intimidad con el mejor amigo o amiga. Encontramos correlaciones positivas y significativas entre las variables predictoras y la empatía, exceptuando los conflictos. Queremos reseñar que este último aspecto sí correlaciona de forma significativa y negativa con la empatía si aunamos la muestra de chicos y chicas ($r_{xy}(467) = -0,16, p > 0,001$). Por tanto, parece que aquellos adolescentes varones que viven en ambientes adaptables y cohesionados, con afecto y control de su conducta, donde se habla frecuentemente y surgen pocos conflictos son los más empáticos. Es de destacar cómo ninguna de las variables familiares está relacionada significativamente con la empatía de las chicas. En cuanto a la conducta prosocial, encontramos una relación significativa o residual entre todas las variables estudiadas y la conducta prosocial, exceptuando los conflictos con los progenitores, que no parecen tener relación alguna con la prosocialidad. En el ámbito de los iguales, son los que han desarrollado mayor intimidad con el mejor amigo los más empáticos y prosociales.

Tras esta primera aproximación, planteamos dos ecuaciones de regresión, en la primera considerando como variable dependiente la empatía y en la segunda la conducta prosocial. Para simplificar los análisis estadísticos y reducir la información disponible sobre el medio familiar, realizamos un análisis factorial con aquellas variables referidas a las relaciones familiares. Los pesos factoriales del único factor extraído —que explica por sí solo el 50,2% de la varianza y que fue denominado *apoyo parental*— son: adaptabilidad, 0,79; cohesión, 0,78; afecto, 0,77; control, 0,53; comunicación, 0,62. Se trabajó con este factor por ser el único con valor propio superior a la unidad. Las puntuaciones altas en esta variable están reflejando unas relaciones familiares marcadas por el afecto, la cohesión y la ausencia de conflictos frecuentes. Junto a la puntuación factorial introdujimos en la ecuación de regresión con el método *introducir* la puntuación obtenida en la escala de intimidad como índice de la calidad de la relación con el mejor amigo o amiga y, para la ecuación sobre la variable prosocialidad, añadimos como predictora la variable empatía.

Observamos en la ecuación referida a la empatía que la variable sexo es la que mayor proporción de varianza explica, seguida de la intimidad con el mejor amigo o amiga, la edad y el apoyo parental.

En la ecuación sobre la conducta prosocial entra en primer lugar la empatía, seguida de la edad, el apoyo parental y la intimidad con el mejor amigo o amiga. En este caso, el sexo quedaría fuera de la ecuación de regresión. Así, cualquier varianza que explicara el sexo ha quedado ya explicada por las variables anteriores.

TABLA II
 Coeficientes del modelo de regresión sobre la variable empatía

	Coeficientes estandarizados Beta	<i>t</i>	Sig.	Incremento en <i>R</i> cuadrado	<i>R</i> cuadrado del modelo
Sexo	0,49	11,458	0,001	0,312	0,365
Intimidad	0,156	3,619	0,001	0,343	
Edad	0,098	2,492	0,013	0,344	
Apoyo Parental	0,086	2,078	0,038	0,365	

TABLA III
 Coeficientes del modelo de regresión sobre la variable conducta prosocial

	Coeficientes estandarizados Beta	<i>t</i>	Sig.	Incremento en <i>R</i> cuadrado	<i>R</i> cuadrado del modelo
Empatía	0,233	4,272	0,001	0,115	0,206
Edad	-0,171	3,865	0,001	0,167	
Apoyo Parental	0,194	4,163	0,001	0,209	
Intimidad	0,135	2,751	0,006	0,206	
Sexo	0,031	0,554	0,580	0,205	

DISCUSIÓN

La conducta social y otros aspectos más relacionados con el desarrollo de la personalidad han sido desde siempre objeto de estudio de la Psicología. Sin embargo, tradicionalmente este interés ha estado focalizado en las conductas problemáticas y/o patologías. Recientemente, tal y como señalan Carlo y Randall (2001), algunos cambios en la Psicología han hecho que se considere legítimo el estudio de los aspectos positivos que pueden beneficiar a la sociedad o las relaciones entre las personas, al tiempo que se analizan los hechos psicológicos desde un punto de vista cada vez más sistémico, teniendo en cuenta los contextos relacionales en los que ocurren. En este marco se integra el presente estudio, en el que analizamos los factores relacionales implicados en el desarrollo de la empatía y la conducta prosocial durante la adolescencia así como el vínculo entre ellos.

Hemos encontrado una clara relación entre la empatía y la conducta prosocial, siendo la empatía la variable que mayor varianza explica en la ecuación de regresión sobre la conducta prosocial. Asimismo, en nuestros datos hallamos que tanto las relaciones con los iguales como con la familia están vinculadas con el desarrollo de la conducta prosocial y la empatía durante la adolescencia, y que existe una clara relación entre estas dos variables, y la edad y el sexo de los y las adolescentes. Discutamos estos datos por partes.

En consonancia con estudios previos (Calvo *et al.*, 2001; Hay, 1994; López, 1994; Pakaslahti *et al.*, 2002), hemos encontrado mayor empatía y conducta prosocial en las chicas que en los chicos. Creemos sensato pensar que estas diferencias de género están relacionadas con procesos de socialización. De hecho, Carlo *et al.* (2001) encontraron que las niñas y los niños estadounidenses mostraban los mismos niveles de cooperación, mientras que las niñas brasileñas, que pertenecían a una cultura más colectivista, resultaron ser más cooperadoras y menos individualistas que sus compañeros varones. Esas diferencias de género aumentaron con la edad.

De acuerdo con estos datos y siguiendo a Eisenberg *et al.* (2001) creemos que las chicas reciben una fuerte presión que las hace valorar especialmente todo lo vinculado con las relaciones sociales, los afectos y el tener en cuenta a los demás, lo que no sólo las empuja a ser más empáticas que los chicos, sino que hace que las diferencias de género aumenten según avanzan los años por un incremento de la empatía en ellas y una disminución de la prosocialidad en ellos.

Por otro lado, tampoco podemos olvidar la *deseabilidad social*, que podría influir en que las chicas contestaran al cuestionario en función de lo que se espera de ellas, y esto es ser empáticas y prosociales. En cualquier caso, conviene recordar que en la ecuación de regresión sobre la conducta prosocial el género es excluido, y el resto de las variables explican la variabilidad en la prosocialidad. De hecho, Carlo y Randall (2002) muestran que los chicos son más prosociales que las chicas cuando hablamos de actividades que se realizan para ganar la aprobación de los demás o que hacen referencia a la caballerosidad, mientras ellas son más prosociales cuando se hace referencia a ayuda voluntaria motivada por la preocupación hacia las necesidades y bienestar del otro, en situaciones que las implican emocionalmente, cuando se ayuda porque el ayudado lo pide o sin que lo sepa la persona a la que se ayuda. Cuando introducimos la empatía en la ecuación de regresión, el género sale de ella. Es decir, es razonable pensar que las diferencias de género que se encuentran en la conducta prosocial puedan ser debidas a que ellas puntúan más alto en empatía, y la varianza que explicaba el género pasa a la variable empatía. Son más prosociales los más empáticos, sean chicos o chicas y, generalmente ellas son más empáticas que ellos.

En cuanto a la influencia de los iguales, los chicos y chicas más empáticos y prosociales son aquellos que tienen mejor relación con el mejor amigo. De hecho, la intimidad desarrollada con el mejor amigo o amiga es la variable que más fuertemente correlaciona con la empatía, y la que explica más varianza en la ecuación de regresión sobre la empatía. La adolescencia es el momento del ciclo vital en el que se establecen por primera vez las relaciones de amistad íntima (Sullivan, 1953). El tener un alto índice de empatía puede ser una condición previa al desarrollo de las relaciones de intimidad, es decir, los chicos y chicas más empáticos serán quienes tengan más facilidad para establecer este tipo de relación, pero muy probablemente, también ocurra lo contrario y, en una relación de intimidad, de compartir preocupaciones e intereses, de hablar, descubrir y analizar los propios sentimientos con otra persona, sea fácil que el sentimiento empático se fortalezca.

Otro resultado destacable es la influencia de la familia tanto en la empatía como en la conducta prosocial en los años adolescentes. Aunque el contexto de los iguales cobra especial relevancia durante la adolescencia, la familia continúa siendo un pilar fundamental en la vida de los y de las adolescentes (Noller, 1994). No obstante, el apoyo parental parece explicar menos varianza de la empatía que la intimidad con el mejor amigo. De hecho, si separamos en la ecuación de regresión sobre la empatía a chicos y chicas, el apoyo parental será significativo en el caso de ellos y será excluido en el caso ellas. La intimidad con la mejor amiga, se transforma en este caso en la variable que mejor explica la empatía. Si tenemos en cuenta que las chicas muestran mayor intimidad a lo largo de toda la adolescencia (Sánchez-Queija y Oliva, 2003), este hecho parece apoyar la idea de que el contexto de cercanía emocional que se establece con los iguales durante la adolescencia, ayuda al fortalecimiento de la empatía disposicional. En la conducta prosocial, la variable apoyo parental explica mayor variabilidad que la intimidad con el mejor amigo o amiga. Esto hace que nuestros datos vuelvan a coincidir con la literatura científica en el sentido de considerar que familia e

iguales influyen durante la adolescencia en ámbitos diferentes (Savin-Williams y Bernd, 1990).

Nuestros datos apoyan la hipótesis de que empatía y conducta prosocial están relacionadas (Carlo y Randall, 2002; Stephan y Finlay, 1999). No obstante, somos conscientes de que esta correlación puede ser debida a la medida concreta de empatía que hemos usado, ya que recordemos, algunos autores (Calvo *et al.*, 2001) apuntan que es más frecuente encontrar esta relación cuando hablamos de empatía disposicional que con otro tipo de medidas. En cualquier caso, nuestros datos hablan no sólo de que ambas variables estén vinculadas, sino que indican que la empatía es el principal predictor de la conducta prosocial, incluso cuando tenemos en cuenta otras variables relacionadas. Quizás, siguiendo la teoría de que beneficiamos a otros para conseguir beneficios propios, la conducta prosocial sea una forma de evitar el coste de sentir empatía (en el sentido de malestar personal) hacia quienes sufren o manifiestan una necesidad. Pero también es posible que, simplemente, la empatía produce una conducta prosocial que es realmente altruista (Batson, 1995; 1998). De esta forma, parece razonable que haya que tener en cuenta la empatía, y las formas de desarrollarla en los programas de promoción de la conducta prosocial, al menos en el caso de adolescentes.

El trabajo que aquí presentamos es novedoso en, al menos, tres sentidos. En primer lugar, porque aporta nuevos datos empíricos sobre los factores relacionales, tanto desde el ámbito familiar como desde el de los iguales, que afectan al desarrollo de la empatía y la prosocialidad. En segundo lugar, porque estos datos hacen referencia a la adolescencia, que tal y como señalaran Carlo, Hausmann, Christiansen y Randall (2003) es una etapa de transición especialmente importante en el desarrollo psicosocial, en la que chicos y chicas están consolidando su identidad. Sin embargo, escasean los títulos que hacen referencia al desarrollo de la prosocialidad en este momento evolutivo (Carlo *et al.*, 2003). Por último, este estudio se desarrolla en un ámbito no anglosajón, hecho importante si tenemos en cuenta que la mayor parte de los estudios sobre la empatía y la conducta prosocial se realizan en EEUU (Eisenberg *et al.*, 2001), y aquellos que realizan análisis comparativos entre diferentes culturas encuentran diferencias en el desarrollo de empatía y conducta prosocial (Carlo *et al.*, 2001).

Sin embargo, no podemos olvidar las debilidades metodológicas que acarrea un estudio correlacional y transversal como el que presentamos. Así, no podemos concluir sobre si son los chicos y las chicas más empáticos quienes hacen amistades más íntimas o si es en la relación íntima donde se desarrolla y aumenta la empatía. Tampoco podemos saber si la influencia que tiene la familia sobre el comportamiento prosocial se está ejerciendo en estos años adolescentes o, en realidad, los adolescentes más prosociales son los que han tenido más apoyo parental en los años previos a la adolescencia.

Sin duda, son necesarios más estudios en este terreno, aunque la idea fundamental que queremos transmitir con este artículo es que resulta imprescindible analizar al adolescente en su contexto, teniendo en cuenta los diferentes aspectos que influyen en su comportamiento y en su desarrollo integral como persona.

Notas

¹ Traducción de Personal distress

Referencias

BATSON, C. D. (1995). Prosocial motivation: Why do we help others? En A. Tesser (Ed.), *Advanced social psychology* (pp. 333-381). Nueva York: McGraw-Hill.

- BATSON, C. D. (1998). Altruism and prosocial behavior. En D. T. Gilbert, S. T. Fiske & G. Lindzey (Eds.), *The Handbook of Social Psychology* (Vol. II, pp. 282-316). Nueva York: Oxford University Press.
- BATSON, C. D. & MORAN, T. (1999). Empathy-induced altruism in a prisoner's dilemma. *European Journal of Social Psychology*, 29, 909-924.
- BERMEJO, J. C. (1996). *Apuntes de relación de ayuda*. Cuadernos del Centro de Humanización de la Salud. Centro de Humanización de la Salud. Tres Cantos, Madrid.
- BERNDT, T. J. (1996). Transitions in Friendship and Friends' Influence. En J. A. Graber, J. Brook-Gunn & A. C. Petersen (Eds.), *Transition through adolescence: interpersonal domains and context* (pp. 57-84). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- BROWN, B. B., CLASSEN, D. R. & EICHER, S. A. (1986). Perceptions of Peer Pressure, Peer Conformity Dispositions, and Self-Reported Behavior Among Adolescents. *Developmental Psychology*, 24 (4), 521-530.
- CALVO, A. J., GONZÁLEZ, R. & MARTORELL, M. C. (2001). Variables relacionadas con la conducta prosocial en la infancia y la adolescencia. Personalidad, autoconcepto y género. *Infancia y Aprendizaje*, 93, 95-111.
- CARLO, G., FABES, R., LAIBLE, D. & KUPANOFF, K. (1999). Early adolescence and Prosocial Moral Behavior II: The role of Social and Contextual Influences. *Journal of Early Adolescence*, 19, 133-147.
- CARLO, G., HAUSMANN, A., CHRISTIANSEN, S. & RANDALL, B. (2003). Cognitive and Behavioral Correlates of a Measure of Prosocial Tendencies for Adolescent. *Journal of Early Adolescence*, 23, 107-134.
- CARLO, G. & RANDALL, B. A. (2001). Are All Prosocial Behaviors Equal? A Socioecological Developmental Conception of Prosocial Behavior. En F. Columbus (Ed.), *Advances in Psychology Research* (Volume II, pp. 151-170) Huntington, NY: Nova Science Publishers.
- CARLO, G. & RANDALL, B. A. (2002). The Development of a Measure of Prosocial Behaviors for Late Adolescents. *Journal of Youth and Adolescence*, 31, 31-44.
- CARLO, G., ROESCH, S. C., KNIGHT, G. P. & KOLLER, S. H. (2001). Between –or within– culture variation? Culture group as a moderator of the relations between individual differences and resource allocation preferences. *Applied Developmental Psychology*, 22, 559-579.
- CARLO, G., ROESCH, S. C. & MELBY, J. (1998). The multiplicative relations of parenting and temperament to prosocial and antisocial behaviors in adolescence. *Journal of Early Adolescence*, 18, 266-290.
- DAVIS, M. H. (1994). *Empathy: A social psychological approach*. Madison: Brown Benchmark.
- EISENBERG, N. (1990). Prosocial development in early and mid adolescence. En R. Montemayor, G. R. Adams & T. P. Gullotta (Eds.), *Advances in adolescence: vol 2. From Childhood to adolescence: a transitional period?* (pp. 240-269). Newbury Park, CA: Sage.
- EISENBERG, N. (2000a). Emotion, Regulation, and Moral Development. *Annual Review of Psychology*, 51, 665-697.
- EISENBERG, N. (2000b). Empathy and Sympathy. En M. Lewis & J. M. Haviland-Jones (Eds.), *Handbook of Emotions* (2ª Edición, pp. 677-691). Nueva York: Guilford.
- EISENBERG, N., CARLO, G., MURPHY, B. & VAN COURT, P. (1995). Prosocial Development in Late Adolescence: a Longitudinal Study. *Child Development*, 66, 1179-1197.
- EISENBERG, N. & FABES, R. A. (1991). Prosocial behavior and empathy: a multimethod, developmental perspective. En P. Clark (Ed.), *Review of personality and social psychology* (Vol. 12, pp. 34-61). Newbury Park, CA: Sage.
- EISENBERG, N. & FABES, R. A. (1998). Prosocial development. En W. Damon (Series Ed.), N. Eisenberg (Volumen Ed.), *Handbook of child psychology: Social, Emotional, and personality development* (5ª edición, vol. 3, pp. 701-778). Nueva York: Wiley.
- EISENBERG, N., FABES, R. A., CARLO, G., TROYER, D., SPEER, A. L., DARBON, M. & SWITZER, G. (1992). The relations of maternal practices and characteristics to children's vicarious emotional responsiveness. *Child Development*, 63, 583-602.
- EISENBERG, N., GUTHRIE, I. K., MURPHY, B. C., SHEPARD, S. A., CUMBERLAND, A. & CARLO, G. (1999). Consistency and Development of Prosocial Dispositions: A longitudinal Study. *Child Development*, 70 (6), 1360-1372.
- EISENBERG, N. & MORRIS, A. S. (2004). Moral Cognitions and prosocial responding in adolescence. En R. Lerner & L. Steinberg (Eds.), *Handbook of Adolescent Psychology* (pp. 155-188). Nueva York: Wiley.
- EISENBERG, N., VALIENTE, C. & CHAMPION, C. (2004). Empathy-Related Responding. Moral, Social, and Socialization Correlates. En A. G. Miller (Ed.), *The Social Psychology of Good and Evil* (pp. 386-415). Nueva York: The Guilford Press.
- EISENBERG, N., ZOU, Q. & KOLLER, S. (2001). Brazilian Adolescents' Prosocial Moral Judgment and Behavior: Relations to Sympathy, Perspective Taking, Gender – Role Orientation, and Demographic Characteristics. *Child Development*, 72, 518-534.
- ESTRADA, P. (1995). Adolescents' self-reports of prosocial responses to friends and acquaintances: the role of sympathy-related cognitive, affective, and motivational processes. *Journal of Research on Adolescence*, 5, 173-200.
- FUENTES, M. J. (1990). Análisis de variables afectivas que mediatizan la conducta prosocial de ayuda en adolescentes. *Revista de Psicología Social*, 5, 237-248.
- GRUSEC, J. E., GOODNOW, J. J. & COHEN, L. (1996). Household work and the development of concern for others. *Developmental Psychology*, 32, 999-1007.
- HARRIS, J. (1998). *El mito de la educación de los hijos*. Barcelona: Grijalbo.
- HAY, D. F. (1994). Prosocial development. *Journal of Child Psychology and Psychiatry and Allied Disciplines*, 35, 29-71.
- HOFFMAN, M. L. (1987). The contribution of empathy to justice and moral judgment. En N. Eisenberg & J. Strayer (Eds.), *Empathy and its development* (pp. 47-80). Cambridge: Cambridge University Press.
- HOLMGREN, R., EISENBERG, N. & FABES, R. A. (1998). The Relations of Children's Situational Empathy related Emotions to Dispositional Prosocial Behaviour. *International Journal of Behavioral Development*, 22, 169-193.
- KESTENBAUM, R., FARBBER, E. A. & SROUFE, L. A. (1989). Individual differences in empathy among preschoolers: relation to attachment history. En N. Eisenberg (Ed.), *New directions for child development: vol 44. Empathy and related emotional responses* (pp. 51-64). San Francisco: Jossey-Bass.
- KOESTNER, R. FRANZ, C. & WEINBERGER, J. (1990). The family origins of empathy concerning: a 26-year longitudinal study. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 709-717.
- LAMBORN, S. D., MOUNTS, N. S., STEINBERG, L. & DORNBUSCH, S. M. (1991). Patterns of competence and adjustment among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent and neglectful families. *Child Development*, 62, 1049-1065.
- LÓPEZ, F. (1990). Desarrollo Social y de la Personalidad. En J. Palacios, A. Marchesi & C. Coll (Comps.), *Desarrollo Psicológico y Educación*, vol I. *Psicología Evolutiva* (pp. 99-112). Madrid: Alianza.
- LÓPEZ, F. (1994). *Para comprender la conducta altruista*. Navarra: Verbo Divino.
- MEAD, G. H. (1934). *Mind, self, and society from the standpoint of a social behaviorist*. Chicago: University of Chicago Press.
- MEHRABIAN, A. & EPSTEIN, N. (1972). A measure of emotional empathy. *Journal of Personality*, 40, 523-543.

- MESTRE, V., SAMPER, P. & FRÍAS, M. D. (2002). Procesos cognitivos y emocionales predictores de la conducta prosocial y agresiva: la empatía como factor modulador. *Psicobema*, 14 (2), 227-232.
- NOLLER, P. (1994). Relationships with parents in adolescence: Process and outcome. En R. Montemayor, G. R. Adams & T. P. Gullotta (Eds.), *Personal relationships during adolescence* (pp. 57-77). Thousand Oak, CA: Sage.
- OLSON, D. H., PORTNER, J. & LAVEE, Y. (1985). *Family Adaptability and Cohesion Scale*. St. Paul, MN: University of Minnesota.
- PADILLA, M. L. (1995). Bases cognitivas de la empatía: un estudio evolutivo. *Revista latina de Pensamiento y Lenguaje*, 3, 173-196.
- PARRA, A. & OLIVA, A. (2002). Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. *Anales de Psicología*, 18, 215-231.
- PAKASLAHTI, L., KARJALAINEN, A. & KELTIKANGAS-JÄRVINEN, L. (2002). Relationships between adolescent prosocial problem-solving strategies, prosocial behaviour, and social acceptance. *International Journal of Behavioral Development*, 26, 137-144.
- PIAGET, J. (1932). *Le jugement moral chez l'enfant*. París: PUF (Trad. cast.: *El criterio moral en el niño*. Barcelona: Fontanella, 1983).
- RUBIN, K. H., BUKOWSKI, W. & PARKER, J. G. (1998). Peer interactions, relationships, and groups. En W. Damon (Series Ed.), N. Eisenberg (Volume Ed.), *Handbook of child psychology: social, emotional and personality development* (5ª edición, vol. 3, pp. 619-700). Nueva York: Wiley.
- SÁNCHEZ-QUEJIA, I. & OLIVA, A. (2003). Vínculos de Apego con los Padres y Relaciones con los Iguales Durante la Adolescencia. *Revista de Psicología Social*, 18 (1), 71-86.
- SAVIN-WILLIAMS, R. C. & BERNDT, T. J. (1990). Friendships and peer relations. En S. S. Feldman & G. R. Elliott (Eds.), *At the threshold: The developing adolescent* (pp. 277-307), Cambridge MA: Harvard University Press.
- SHARABANY, R. (1994). Intimate Friendship Scale: Conceptual underpinnings psychometric properties and construct validity. *Journal of Social and Personal Relationships*, 11, 449-469.
- STEPHAN, W. G. & FINLAY, K. (1999). The Role of Empathy in Improving Inter-group Relations. *Journal of Social Issues*, 55 (4), 729-743.
- SHAFFER, D. R. (2002). *Desarrollo Social y de la Personalidad*. Thompson: Madrid.
- SULLIVAN, H. S. (1953). *The Interpersonal Theory of Psychiatry*. Nueva York: Norton.
- TROMMSDORFF, G. (1995). Person-Context Relations as Developmental Conditions for Empathy and Prosocial Action: A Cross-Cultural Analysis. En T. Kindermann & J. Valsiner (Eds.), *Development of Person-Context Relations* (pp. 113-146). New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.
- UNDERWOOD, B. & MOORE, B. (1982). Perspective-taking and altruism. *Psychological Bulletin*, 91, 143-173.
- WHITING, B. & WHITING, J. (1975). *Children of six cultures*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- ZAN-WAXLER, C., RADKE-YARROW, M. & KING, R. A. (1979). Child rearing and children's prosocial initiations towards victims of distress. *Child Development*, 50, 319-330.
- ZAN-WAXLER, C., RADKE-YARROW, M., WAGNER, E. & CHAPMAN, M. (1992). Development of concern for others. *Developmental Psychology*, 28, 126-136.

Vínculos de apego con los padres y relaciones con los iguales durante la adolescencia

INMACULADA SÁNCHEZ-QUEIJA Y ALFREDO OLIVA

Universidad de Sevilla



Resumen

Las interconexiones entre diferentes tipos de relaciones sociales es un tema que viene suscitando mucho interés entre los investigadores del desarrollo social. En el presente artículo analizamos la relación que existe entre el recuerdo de los vínculos de apego que los adolescentes establecieron con su padre y/o madre y el tipo de relación que mantienen con sus iguales. Con este objetivo, 513 adolescentes con edades comprendidas entre los 13 y los 19 años, completaron un cuestionario sobre las relaciones con sus progenitores y sus iguales. Los resultados muestran que aquellos chicos y chicas que recuerdan relaciones con sus progenitores basadas en el afecto, la comunicación y la estimulación de la autonomía son quienes mejores relaciones afectivas desarrollan con los amigos en general o con el mejor amigo en particular durante los años adolescentes. Al mismo tiempo encontramos que aunque existe bastante coincidencia entre el vínculo que el adolescente establece con el padre y con la madre, en los casos en que el vínculo no coincide, basta con que exista un vínculo seguro con uno de los dos progenitores para que exista una relación positiva con los iguales.

Palabras clave: Vínculo de apego, relaciones entre iguales, intimidad, adolescencia, relaciones padres-hijos.

Attachment to parents and peer relationships during adolescence

Abstract

The connections among different types of relationships is a topic that causes a great deal of interest among researchers in the field of social development. In this paper we analyze the links between the representations of early attachment to parents and the quality of adolescent peer relationships. To this end, 513 adolescents aged between 13 and 19 completed questionnaires relating to relationships with parents and peers. Results show that boys and girls that remember having established secure infant-parent attachment based on affection and promotion of autonomy, maintain more supportive peer attachment relationships and more intimacy with their best friend during adolescence. At the same time, we found that usually attachment to father coincides with attachment to mother, but when this is not the case, establishing a secure attachment to at least one of the parents is enough to assure the development of positive peer relationships.

Keywords: Attachment, peers relationships, intimacy, adolescence, parents' relationships.

Correspondencia con los autores: Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Facultad de Psicología. Universidad de Sevilla. Avda San Francisco Javier, s/n. 41018. Sevilla.

Introducción

Si a lo largo de todo el ciclo vital las relaciones con los iguales juegan un papel fundamental en el desarrollo y bienestar psicológico de los seres humanos, durante la adolescencia, y en la medida en que chicos y chicas se van desvinculando de sus padres, las relaciones con los compañeros van ganando importancia, intensidad y estabilidad, de tal forma que el grupo de iguales va a pasar a constituir un contexto de socialización preferente y una importante fuente de apoyo. Igualmente, el amigo íntimo irá ganando importancia sobre otras figuras de apego, y a partir de la adolescencia media se convertirá en la principal figura de apego, de forma que el apoyo emocional y la intimidad serán unas características esenciales de las relaciones de amistad (Hartup, 1992, 1993; Allen y Land, 1999; Oliva, 1999). Durante los años de la infancia la familia representa el contexto de desarrollo más importante, sin embargo, tras la pubertad tendrá que compartir con el grupo de iguales su capacidad de influencia, hasta situarse en muchos casos en un segundo lugar (Savin-Williams y Berndt, 1990; Larson y Richards, 1994; Harris, 1995). La importancia que estas nuevas relaciones tienen para el desarrollo adolescente queda reflejada en los numerosos estudios que encuentran una fuerte asociación entre el hecho de tener unas buenas relaciones de amistad durante la adolescencia y una alta autoestima o una mayor satisfacción vital (Robinson, 1995; Chou, 2000), un menor riesgo de mostrar problemas emocionales o de conducta (Berndt y Savin-Williams, 1993; Cauce, Mason, Gonzales, Hiraga y Liu, 1994; Garneski y Diekstra, 1996; Coie y Dodge, 1997; Chou, 2000), o un mejor ajuste escolar (Berndt y Hawkins, 1987; Miller y Berndt, 1987). Por lo tanto, los beneficios derivados del establecimiento de relaciones con los iguales son evidentes, y parece claro que aquellos adolescentes que muestran una mayor competencia para establecer relaciones con los compañeros presentan un mejor ajuste emocional y conductual.

También existe un cierto consenso entre investigadores respecto a los antecedentes o factores que parecen influir en el desarrollo de la competencia social, ya que la calidad de las relaciones establecidas con los padres suele ser destacada como el factor más influyente (Berlin y Cassidy, 1999; Musitu, Buelga, Lila y Cava, 2001). Algunos autores han apuntado la existencia de una cierta compensación entre las relaciones con los padres y las relaciones con los iguales, de forma que aquellos chicos y chicas que encuentran un menor apoyo emocional en su familia se vincularían de forma más estrecha con sus compañeros (Steinberg y Silverberg, 1986). Sin embargo, la mayor parte de los estudios apuntan en sentido contrario, y son aquellos niños y adolescentes que han establecido mejores vínculos afectivos con sus padres quienes se muestran más competentes para establecer relaciones estrechas con sus compañeros (Furman y Wehner, 1994; Brown y Huang, 1995; Freitag, Belsky, Grossmann, Grossmann y Scheuerer-Englisch, 1996; Shulman, Laursen y Karpovsky, 1997; Allen, Moore, Kuperminc y Bell, 1998). En la familia se aprenden patrones conductuales, estilos relacionales y habilidades sociales que posteriormente se generalizarán a otros contextos de desarrollo como el grupo de iguales.

Esta asociación entre ambos tipos de relaciones puede entenderse desde distintos enfoques teóricos, así, para la teoría del aprendizaje social niños y niñas adquirirían estas habilidades sociales a través del modelado y la imitación de los comportamientos de sus progenitores (Bandura, 1977). Sin embargo, y sin negar la influencia de los procesos de imitación, la teoría del apego ofrece una explicación más completa y que ha dado lugar a un importante número de investigaciones. Tanto Bowlby (1979) como Ainsworth (1989) apuntaron la importancia que tienen los vínculos de apego establecidos con los padres durante la infancia

para el establecimiento de posteriores relaciones afectivas, de forma que aquellos niños y niñas que establecieron relaciones de apego seguro con unos padres que se mostraron cariñosos y sensibles a sus peticiones, serán más capaces de establecer relaciones con los iguales caracterizadas por la intimidad y el afecto. El mismo Bowlby (1979, 1980) hizo referencia a los mecanismos que subyacen a esta asociación causal entre el tipo de apego infantil y las posteriores vinculaciones emocionales: los modelos representacionales. Se trata de representaciones mentales, generadas en la primera infancia a partir de la interacción con los padres o cuidadores principales, que incluyen información sobre sí mismos, la figura de apego, y la relación entre ambos. Es decir, una idea de quiénes, y cómo son sus figuras de apego y qué pueden esperar de ellas. Con este modelo representacional como base, niños y niñas, y posteriormente adolescentes, se enfrentan al resto de relaciones interpersonales que establecen, de manera que la forma de relación establecida con las figuras de apego influirá en otras relaciones, entre ellas las que se establecen con los iguales. Así, los sujetos que establecieron un vínculo y un modelo representacional seguro con unos padres o cuidadores que se mostraron sensibles y responsivos desarrollarán una actitud básica de confianza en las personas con las que se relacionen. Por el contrario, las experiencias negativas de rechazo, inconsistencia o falta de atención llevarán a otros sujetos a tener unas expectativas igualmente negativas en sus relaciones sociales posteriores (Hazan y Shaver, 1987; Maysel, Sharabany y Sagi, 1997). Schneider, Atkinson y Tardif (2001) realizaron un metaanálisis con 63 investigaciones en las que se analizaba la relación entre el apego establecido con los progenitores y las posteriores relaciones con los iguales. De los resultados de este metaanálisis caben destacar tres aspectos. De una parte, a nivel metodológico, no aparecen grandes diferencias en los resultados entre aquellos estudios que realizan un seguimiento longitudinal de los niños cuyo vínculo con el cuidador fue evaluado en la primera infancia, y aquellos que utilizan un modelo transversal, evaluando el recuerdo o modelo representacional del vínculo establecido y la relación con los iguales en el mismo momento. De otra parte, y a escala conceptual, encontraron más continuidad entre el apego a progenitores y el vínculo con el mejor amigo o amiga que con las relaciones con el grupo de iguales, lo que apoya la idea tanto de Bowlby (1979) como de Ainsworth (1989) de que la capacidad predictiva del vínculo de apego se aplica principalmente a las relaciones afectivas estrechas. Un último aspecto a destacar de este metaanálisis es la constatación de que los estudios que se realizan en este sentido se refieren fundamentalmente a la madre y poco sabemos del papel del padre. Efectivamente, son escasos los estudios en los que se tiene en cuenta el vínculo establecido con ambos progenitores. Por ello, es interesante reseñar el metaanálisis sobre 11 investigaciones de Fox, Kimmerly y Schafer (1991) y, los estudios de Genuis y Violato (2000) y Furman, Simon, Shaffer, y Bouchev (2002). En estos trabajos, los autores encuentran una alta coincidencia entre el tipo de vínculo de apego establecido con ambos progenitores, aunque también hay estudios que encuentran que un niño puede formar distintos tipos de apego con distintos cuidadores (Goosens y van IJzendorp, 1990; Howes y Hamilton, 1992). La concordancia, en este último caso, puede deberse a la influencia que ciertas características temperamentales del niño pueden tener sobre el establecimiento del tipo de apego (Kagan, 1982), o a la semejanza entre los valores y prácticas de crianza de los cuidadores (Fox *et al.*, 1991). Sin embargo, hay que recordar que de acuerdo con el concepto de Bowlby de monotropía, los niños suelen tener una principal figura de apego, generalmente la madre, y que este tipo de apego principal puede influir sobre otros vínculos, incluyendo el apego a otros cuidadores (Bowlby, 1969; Steele, Steele y Fonagy, 1996). Los

datos procedentes de estudios que han considerado el apego a ambos progenitores revelan la mayor importancia que el vínculo con la madre tiene para el desarrollo de la competencia social (Howes, Rodning, Galuzzo y Myers, 1988).

Con el presente trabajo pretendemos contribuir a la mayor comprensión de la relación que existe entre los vínculos afectivos que se establecieron con los progenitores y las relaciones con los iguales durante la adolescencia, distinguiendo entre la relación con el mejor amigo o amiga y la relación con el grupo de amigos cercanos o íntimos. Esperamos encontrar una relación positiva, es decir, que aquellos chicos y chicas que establecieron un vínculo con sus progenitores caracterizado por la comunicación, el afecto y la autonomía serán quienes, en la adolescencia, mantendrán relaciones con sus iguales más positivas. Creemos que este hecho se dará tanto en la relación con el mejor amigo o amiga como con los iguales en general. Igualmente, intentaremos aportar algo de luz a la coincidencia o no del vínculo de apego que se establece con el padre y con la madre. Desde nuestro marco teórico, muy próximo a la teoría del apego, esperamos replicar los resultados encontrados por Fox *et al.* (1991), y que los modelos representacionales que los adolescentes han formado a lo largo de la infancia hacia padre y madre tiendan a coincidir. También nos interesa analizar cómo influye en la capacidad para establecer relaciones de amistad el hecho de que los vínculos formados con el padre y con la madre no coincidan. Por último, nos interesa estudiar el papel que juegan la edad y el género en las relaciones con los iguales. Así, esperamos confirmar la hipótesis de que a lo largo de la adolescencia irán aumentando la intimidad y el apego hacia los amigos. En cuanto al género, la literatura indica que las mujeres muestran una mayor sociabilidad a lo largo de todo el ciclo vital (Coleman y Hendry, 1999; Lynn Martín y Fabes, 2001), por lo que cabe esperar que estas diferencias se manifiesten también durante la adolescencia.

Método

Sujetos

La muestra sobre la que se realizó el estudio estuvo formada por un total de 513 adolescentes (221 chicos y 292 chicas) de edades comprendidas entre los 13 y los 19 años (media=15,43, y d.t.=1.19) que asistían a centros educativos públicos y privados de Sevilla y su provincia. Fueron seleccionados un total de 9 centros educativos (5 en la capital, 3 en zonas rurales y 1 en el área metropolitana) teniendo en cuenta distintos criterios: tamaño poblacional, titularidad (pública, privada) y tipo de estudios ofrecidos (1º ciclo de secundaria, Bachillerato, COU y FP), es decir, tanto colegios como institutos. En cada centro fueron entrevistados todos los alumnos de un aula correspondiente a cada uno de los siguientes niveles educativos: 2º ESO, 4º ESO, 2º BUP, COU, 2º FP y 4º FP.

Instrumentos

Insertos en una batería más amplia de instrumentos, los chicos y las chicas de nuestra muestra cumplimentaron un cuestionario que hace referencia a la relación con los iguales en general, otro cuestionario que evalúa la relación con el mejor amigo y un tercero que evalúa el vínculo de apego establecido con los progenitores.

Como medida de la relación con el grupo de iguales utilizamos la escala de *apego hacia los iguales*, una adaptación de 21 ítems de la original de Armsden y Greenberg (1987), que evalúa los siguientes aspectos: *Confianza* (alfa = .83),

referido a la comprensión y el respeto en las relaciones con los amigos, con ítems como “mis amigos me aceptan como soy”. *Comunicación* (alfa = .81), con el que se evalúa grado y calidad de la comunicación verbal, por ejemplo “Cuando hablamos, mis amigos tienen en cuenta mi punto de vista”. *Alienación* (alfa = .72), referido al grado en que existe aislamiento, resentimiento o alienación. Se evalúa a través de aseveraciones del tipo “contarles mis problemas a mis amigos me hace sentir vergüenza”. La escala completa obtuvo una fiabilidad de alfa = .70.

Para evaluar la relación con el mejor amigo o amiga, empleamos la escala de *intimidad* con el mejor amigo de Sharabany (1994). Con una fiabilidad total alfa de 0.90, está compuesta por 32 ítems que se agrupan en ocho dimensiones referidas a la intimidad de la relación con el mejor amigo. *Franqueza o espontaneidad*, es una forma de autorrevelación. Definida por la comunicación, el hablar con el amigo o amiga de las cosas tanto positivas como negativas. Ej. “Si hace algo que no me gusta, siempre puedo decírselo”. *Sensibilidad*, entendiéndose por tal la empatía. El amigo íntimo sabe qué piensa y cuáles son las necesidades de su compañero incluso sin que éste se lo diga. Ej. “Puedo saber cuándo está preocupado”. *Apego* o conexión con el otro. Ej. “Siento que estamos muy unidos”. *Exclusividad*, o sentimiento de ser especial para el otro. Ej. “Permanezco con él o ella cuando quiere hacer algo que otros no quieren hacer”. *Dar y recibir*, capacidad de ayudar al amigo o amiga y compartir cosas que te gustan con él o ella. Ej. “Si quiere alguna cosa se la dejo, aunque yo también la quiera”. *Imposición o accesibilidad*, contar con la otra persona emocional o materialmente, grado de apertura y disposición para ayudar al amigo. Ej. “Puedo planear cómo emplearemos el tiempo sin tener que consultarle antes”. *Actividades comunes* que realizan los amigos íntimos. Tiempo que pasan haciendo algo juntos. Ej. “Trabajo con él o ella en algunos de sus proyectos o tareas escolares”. *Lealtad*, el amigo íntimo te puede contar los secretos y ayudar. Ej. “Sé que cualquier cosa que le diga será un secreto entre nosotros”.

Por último y, para evaluar el vínculo de apego que se establece tanto con el padre como con la madre, utilizamos la escala *Parental Bonding Instrument* de Parker, Tupling y Brown (1979). En este instrumento se pregunta al adolescente por el recuerdo que tiene sobre las relaciones con su padre y con su madre durante la infancia; pretende evaluar el tipo de vínculo de apego establecido con cada uno de los progenitores. Está formado por 25 ítems referidos al padre y otros 25 referidos a la madre, que se agrupan en dos dimensiones: afecto *versus* rechazo (alfa = .76 para la madre y alfa = .82 para el padre) y sobreprotección *versus* estimulación de la autonomía (alfa = .70 para la madre y alfa = .72 para el padre). Combinando estas dos dimensiones se construye la siguiente tipología (ver Figura 1): vínculo seguro u óptimo (baja sobreprotección y alto cariño), carencia de vínculo (baja sobreprotección y poco afecto), vínculo constreñido (alta sobreprotección y alto cariño) y control frío (alta sobreprotección sin cariño).

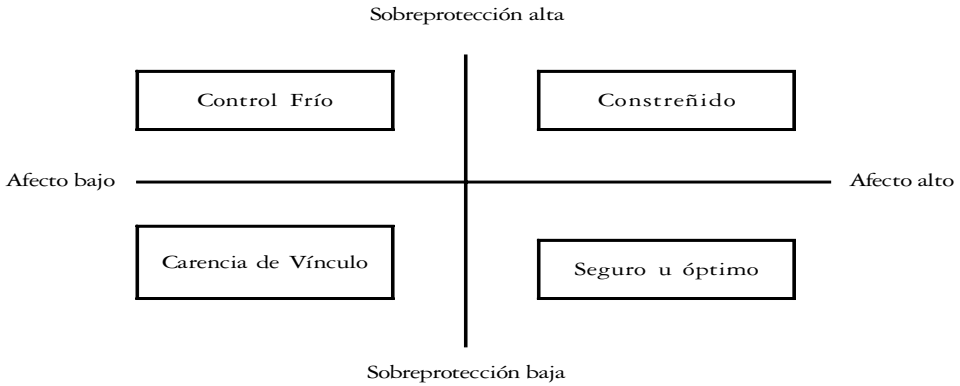
Como se puede observar, se tomaron dos medidas de la cercanía en la relación con los iguales, una referida al grupo de iguales en general (apego a los iguales) y otra referida al mejor amigo o amiga (escala de intimidad). Al ser este un estudio transversal, la medida del vínculo de apego se recogió en el mismo momento que el resto de información.

Procedimiento

Una vez concretados los centros a los que íbamos a acudir, contactamos con los directores o jefes de estudios que, a su vez, seleccionaron al menos un aula de los niveles educativos incluidos en el estudio. Las instrucciones que dimos al res-

FIGURA 1

Las dos dimensiones del Parental Bonding Instrument muestran Los distintos tipos de vínculo de apego. Adaptado de Parker, Tupling y Brown (1979)



ponsable del centro con el que contactábamos fue de seleccionar un aula media, ni aquella en la que los chicos sobresalían ni aquella en la que los chicos eran especialmente problemáticos.

Dos investigadores como mínimo acudían al aula en la que se iban a recoger los datos. Tras explicar a los y a las adolescentes quiénes éramos y que estábamos realizando un estudio completamente anónimo, los chicos y chicas completaban el cuestionario. Aquellos chicos y chicas que no quisieron colaborar, no rellenaron los cuestionarios.

Resultados

Descripción de las variables estudiadas según género y edad

Como podemos observar en la figura 2, las chicas muestran más apego a los iguales que los chicos a lo largo de toda la adolescencia ($t = 9,22$; $p = .00$). También encontramos diferencias con la edad ($F = 5,12$; $p = .00$), ya que en ambos sexos son los más pequeños quienes obtienen unas puntuaciones más bajas. Las chicas tienen su pico de apego a los iguales en la adolescencia media y los chicos un poco más tarde, a los 17-19 años.

En la figura 3 se puede observar cómo a medida que avanzan los años, los y las adolescentes muestran más intimidad con su mejor amigo o amiga, de forma que aquellos que tienen entre 17 y 19 años tienen más intimidad con su mejor amigo o amiga que los que aún cuentan entre 12 y 14 años ($F = 4,70$; $p = .00$). Volvemos a observar las mismas diferencias de género encontradas en la variable apego a los iguales: a todas las edades las chicas muestran más intimidad que los chicos ($t = 9,06$; $p = .00$).

En cuanto al tipo de vínculo establecido con los progenitores, tal y como muestra la figura 4, es más probable que con la madre, las chicas tengan un modelo seguro y los chicos del denominado control frío ($\chi^2 = 16,1$; $p = .00$).

Igualmente, la figura 5 muestra diferencias de género respecto al tipo de vínculo con el padre. Las chicas siguen disfrutando de más apego seguro que los chicos, mientras ellos puntúan de una forma significativamente más alta que ellas en carencia de vínculo y en control frío ($\chi^2 = 18,41$; $p = .00$).

FIGURA 2
Apego a los iguales según edad y género

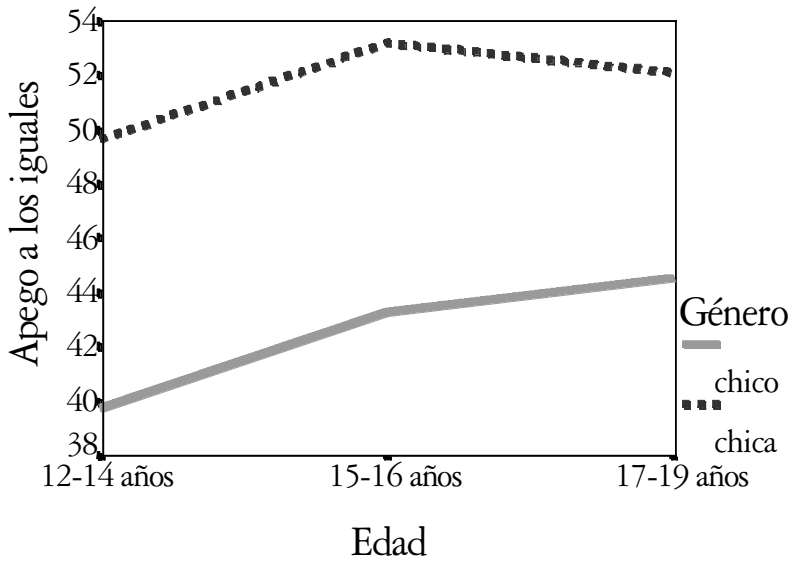
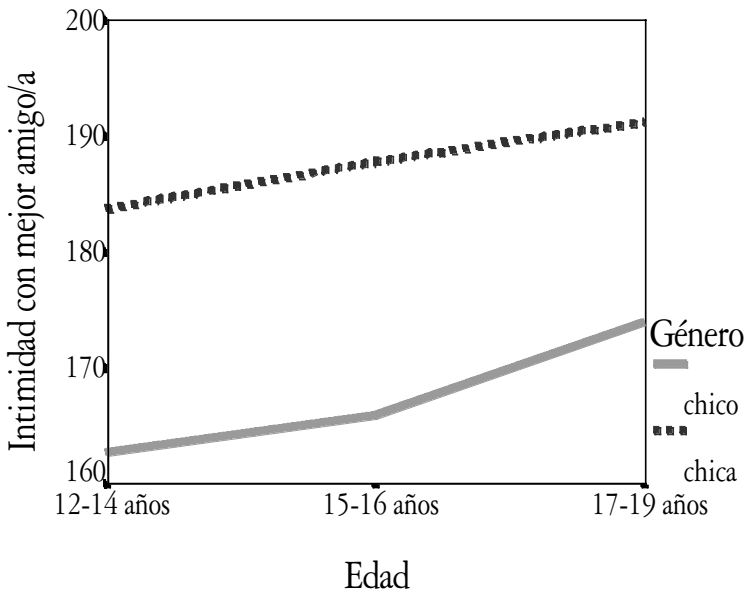


FIGURA 3
Intimidad con el mejor amigo según edad y género.



Relaciones entre el vínculo afectivo con los progenitores y con los iguales

Tal y como podemos observar en las tablas I y II, existe una clara y significativa relación entre el vínculo de apego establecido con los progenitores y las relaciones afectivas con los iguales. Los y las adolescentes con un vínculo

FIGURA 4
Tipo de vínculo con la madre

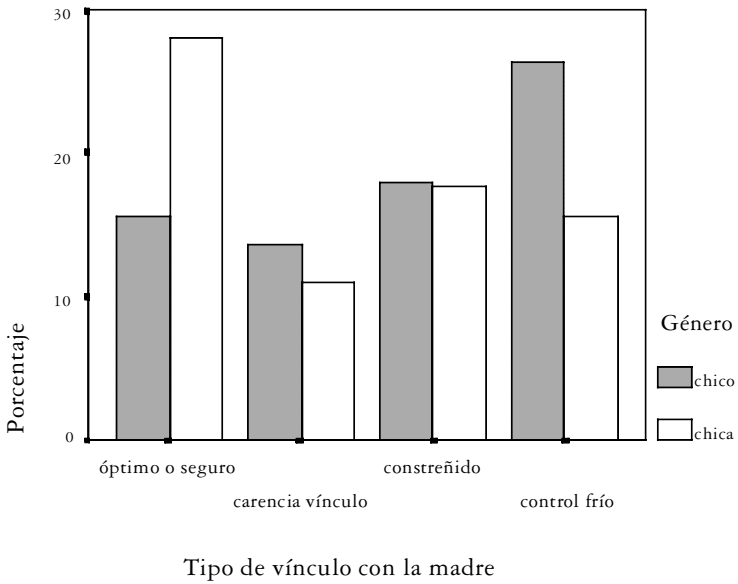
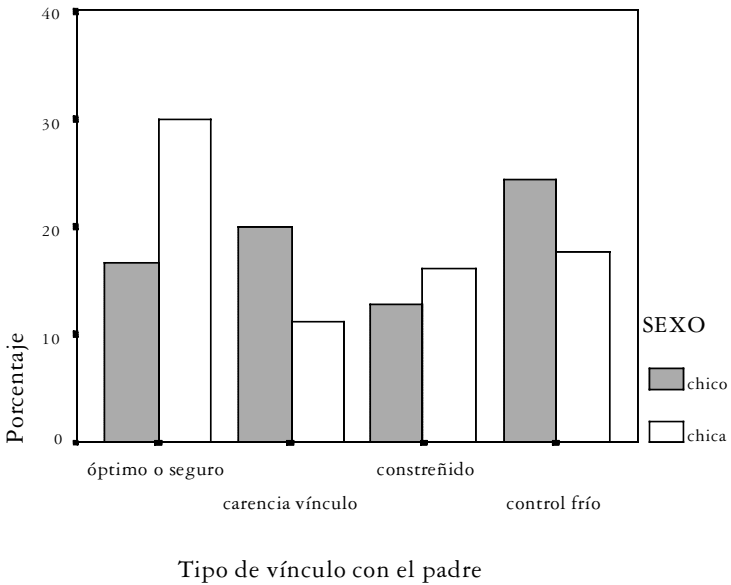


FIGURA 5
Tipo de vínculo con el padre



de apego seguro, sea con el padre o con la madre, son aquellos que denotan más intimidad con el mejor amigo o amiga y mejor apego hacia el grupo de iguales. Sin embargo, las dos dimensiones con las que formamos el vínculo de apego se relacionan diferencialmente con las variables de iguales, siendo

la dimensión afecto *versus* rechazo la que aporta mayor peso en la relación. Aquellos chicos y chicas que mejor relación afectiva han desarrollado tanto con el mejor amigo o amiga como con el grupo de iguales son también quienes más afecto dicen haber percibido en sus relaciones con sus progenitores. En cuanto a la dimensión sobreprotección *versus* estimulación de la autonomía, sólo cuando se refiere a la madre está relacionada con el apego hacia el grupo de iguales, de forma que los y las adolescentes con madres más sobreprotectoras son quienes informan de peores relaciones con el grupo de iguales.

TABLA I
Medias en apego hacia los iguales e intimidad con el mejor amigo en función del vínculo de apego con el padre

	Tipo de vínculo con el padre				
	Seguro	Carencia	Constreñido	Control Frío	F
Apego Iguales	51,57	45,88	49,57	45,62	4,6771**
Intimidad	184,40	174,77	182,54	175,6289	2,40 *

* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$

TABLA II
Medias en apego hacia los iguales e intimidad con el mejor amigo o amiga en función del vínculo de apego con la madre

	Tipo de vínculo con la madre				
	Seguro	Carencia	Constreñido	Control Frío	F
Apego Iguales	51,11	47,35	48,50	43,71	5,6199**
Intimidad	185,87	174,61	181,88	174,40	3,4684**

* $p < 0,05$; ** $p < 0,01$

A continuación realizamos un análisis similar pero teniendo en cuenta el género del adolescente. Para facilitar la lectura de la información, y puesto que no aparecen grandes diferencias si lo que analizamos es el modelo formado con el padre o con la madre, creamos dos nuevas variables: afecto y sobreprotección de los progenitores. Para ello, realizamos la media de las variables afecto recordado de la madre y afecto recordado del padre por un lado y, sobreprotección que recuerdan haber recibido del padre con sobreprotección recordada de la madre por otra. A continuación, hallamos las correlaciones entre estas dos variables (afecto-sobreprotección) y las puntuaciones con apego a iguales e intimidad. Los resultados del análisis se muestran en la tabla III.

Podemos observar cómo continúa siendo el afecto percibido en la relación con los progenitores la variable que está más relacionada con las variables de iguales, tanto en chicas como en chicos. En este caso es llamativa la diferencia de género que observamos en cuanto a la sobreprotección percibida y el apego al grupo de iguales. Mientras en los chicos van unidas una alta relación afectiva con el grupo de iguales y la estimulación de la autonomía por parte de los progenitores, esa relación es inexistente en las chicas de nuestra muestra.

TABLA III

Tabla de contingencia entre el vínculo con el padre y con la madre (en cursiva los residuales tipificados)

		Vínculo con la madre			
		Seguro	Carencia	Constreñido	Control frío
Vínculo con el padre	Seguro	68,5% <i>8,4</i>	23,8% <i>-1,5</i>	23,8% <i>-2,0</i>	5,7% <i>-5,8</i>
	Carencia	13,5% <i>-1,6</i>	52,4% <i>6,0</i>	7,9% <i>-2,6</i>	15,7% <i>-0,8</i>
	Constreñido	7,9% <i>-2,9</i>	0% <i>-3,2</i>	50,8% <i>8,0</i>	10% <i>-1,9</i>
	Control frío	10,1% <i>-4,9</i>	23,8% <i>-0,9</i>	17,5% <i>-2,4</i>	68,6% <i>8,3</i>
Chi cuadrado	Valor	Grados libertad		Significatividad	
Pearson	186,88380	9		,00000	

Uno de nuestros objetivos era analizar la coincidencia entre los vínculos establecidos con el padre y con la madre, para ello, hemos comprobado el grado de solapamiento de ambos vínculos.

TABLA IV

Correlaciones de Pearson entre Afecto y Sobreprotección percibida de la madre por chicos y chicas y apego hacia los iguales e intimidad tras controlar la edad del adolescente

		Apego Iguales	Intimidad Amigo	
Chicos	Afecto	0,1875**	0,23**	
		p	0,008	0,001
Chicos	Sobreprotección	-0,2033**	-0,118	
		p	0,004	0,09
Chicas	Afecto	0,23**	0,1179*	
		p	0,000	0,05
Chicas	Sobreprotección	-0,03	0,1069	
		p	0,61	0,078

Como observamos en la tabla IV, los residuales tipificados más elevados y positivos se sitúan en la diagonal de la tabla IV. Es decir, la coincidencia entre los tipos de vínculo establecidos con el padre y con la madre es importante y significativa, siendo mayor en el caso de los vínculos o modelos seguros (68.5%) y de control frío (68.6%). No obstante, la coincidencia no es total ya que en los otros dos tipos de vínculo apenas supera el 50%. Así, observamos que con cierta frecuencia existe un vínculo seguro con uno de los progenitores e inseguro con el otro.

El siguiente paso para comprobar nuestro objetivo fue realizar una recodificación. La nueva variable creada, vínculo con los progenitores, está formada por tres categorías: *Seguros*, integrada por aquellos chicos y chicas que han establecido un vínculo seguro con padre y madre; *Seguro—Inseguro*, aquellos adolescentes

FIGURA 4
Tipo de vínculo con la madre

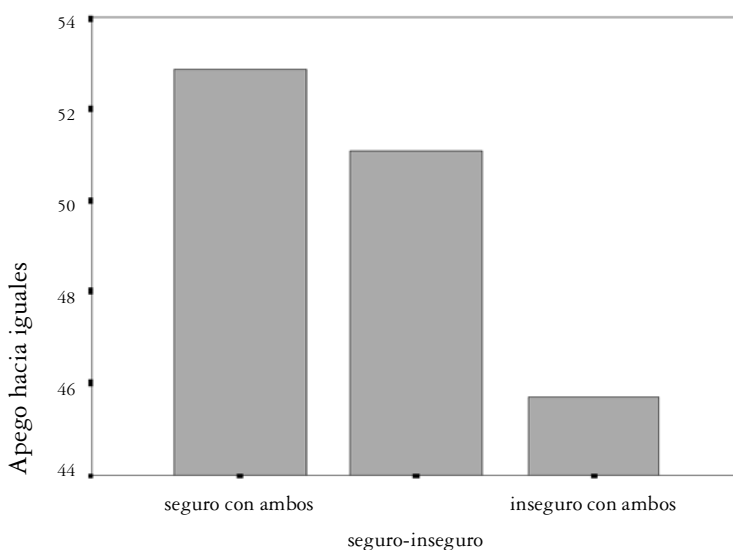
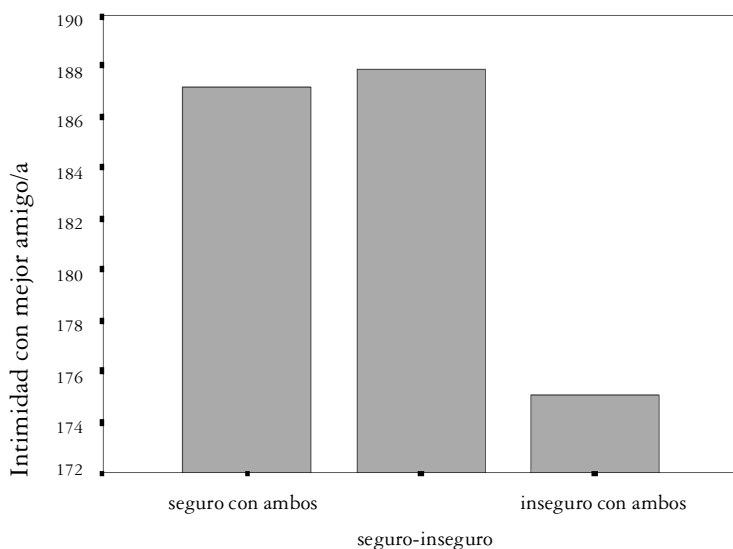


FIGURA 5
Tipo de vínculo con el padre



que han desarrollado un vínculo seguro con uno de los progenitores e inseguro con el otro, ya sea porque el vínculo es constreñido, de control frío o haya carencia de vínculo; e *Inseguros*, categoría en la que entrarían quienes informan de un vínculo inseguro con ambos progenitores. Las figuras 5 y 6 muestran las puntuaciones medias en las escalas de apego a los iguales e intimidad con el mejor amigo en función del tipo de vínculo establecido con los progenitores.

Resulta evidente la relación que en los adolescentes de nuestra muestra se observa entre el vínculo de apego con los progenitores y las relaciones de apego con los iguales (Figura 6) y la intimidad con el mejor amigo (Figura 7). Aquellos chicos y chicas que tienen un vínculo seguro con al menos uno de los dos progenitores establecen una mejor relación con los iguales como grupo ($F = 9,44$; $p = .00$) y una mayor intimidad con el mejor amigo ($F = 7,92$; $p = .00$), siendo los que presentan vínculos inseguros con ambos padres quienes obtienen las puntuaciones más bajas en ambas escalas. Tanto en apego hacia los iguales como en intimidad, las diferencias significativas se establecen entre el grupo de adolescentes que sostienen vínculos inseguros con la pareja de progenitores y los otros dos grupos, no apareciendo diferencias entre el grupo de quienes establecieron apegos seguros con ambos padres y el de aquellos que sólo lo hicieron con uno de ellos.

Discusión

Los datos de este estudio han revelado la existencia de importantes diferencias de género en las relaciones que los adolescentes establecen con los amigos. Los resultados confirman nuestras hipótesis de partida ya que tanto en lo referente al apego hacia los iguales como en la intimidad con el mejor amigo las chicas se sitúan claramente por encima de los chicos. Esta mayor sociabilidad femenina aparece ampliamente documentada en la literatura científica, que indica que las chicas mantienen relaciones más estrechas, cálidas y cercanas que los chicos (Martínez, 1998; Fuertes, Martínez y Carpintero, 1998; Lundy, Field, McBride; Field y Largies, 1998; Shulman *et al.*, 1997). En cuanto a los cambios con la edad, apego e intimidad muestran una clara tendencia ascendente a lo largo de toda la adolescencia, lo que también coincide con lo hallado por otros estudios (Berndt, 1996; Furman y Buhrmester, 1992; Helsen, Vollebergh y Meeus, 2000), y pone de relieve el papel creciente que los iguales van adquiriendo a partir de la pubertad como fuente de apoyo emocional.

El tipo de vínculo afectivo establecido en la infancia con los padres también guarda relación con el género, ya que entre las chicas es más frecuente un vínculo de apego seguro, caracterizado por un alto afecto y una baja sobreprotección, tanto con el padre como con la madre. En cambio, entre los chicos es más frecuente el vínculo del tipo control frío con la madre (alta sobreprotección y bajo afecto). Con el padre, puntúan más alto que las chicas en el citado control frío y en carencia de vínculo (bajo afecto y baja sobreprotección). Por tanto, podemos concluir que chicos y chicas adolescentes recuerdan un trato diferencial tanto en función del género de sus progenitores como del suyo propio. Estas diferencias pueden estar basadas en los diferentes roles de género asignados a chicos y chicas. Así, mientras que de ellas se espera que sean cariñosas y mantengan relaciones estrechas con sus padres a ellos se les pide que sean independientes y resolutivos (Oliva, 1999).

Cuando analizamos la interrelación entre este vínculo afectivo y las variables referidas a la relación con los amigos, descubrimos que el tipo de vínculo está relacionado tanto con el apego a los iguales como con la intimidad establecida con el mejor amigo o amiga, en el sentido de que aquellos chicos y chicas adolescentes que han desarrollado un vínculo seguro con sus progenitores desarrollan también mayor apego hacia el grupo de iguales y una mayor intimidad hacia el mejor amigo o amiga. Esto es así tanto con el vínculo establecido con la madre como el establecido con el padre. Por lo tanto, se cumple nuestra principal hipótesis y se pone de relieve la importancia que tiene el establecimiento de un vínculo emocional con los padres que proporcione confianza y seguridad para que

chicos y chicas puedan desarrollar la competencia social que les permita establecer relaciones estrechas con los iguales. Resultados parecidos han sido encontrados por otros investigadores (Freitag *et al.*, 1996; Kerns, Klepac y Cole, 1996; Maysless *et al.*, 1997; Waters, Weinfield y Hamilton, 2000). Como Bowlby (1979) había apuntado, las relaciones de apego que los niños y niñas establecen en la infancia con sus cuidadores juegan un rol fundamental en las posteriores relaciones afectivas. Probablemente, porque las interacciones cotidianas con los padres o cuidadores llevan al niño a desarrollar unas expectativas sobre las conductas que esperan de estas personas que se organizarán como modelos o representaciones cognitivas e influirán sobre otras relaciones posteriores (Berlin y Cassidy, 1999). Así, el disponer de unos padres sensibles y cariñosos facilitará el establecimiento de relaciones íntimas con los iguales. Nuestros resultados no apoyan los hallazgos de otras investigaciones que encuentran que el vínculo establecido con la madre ejerce una mayor influencia sobre la competencia social que el vínculo con el padre (Howes *et al.*, 1988; Main y Weston, 1981). Para los adolescentes de nuestra muestra, los vínculos con padre y madre son igualmente importantes para el establecimiento de relaciones estrechas con los iguales.

De las dos variables que conforman el vínculo de apego, es de destacar que el recuerdo de sobreprotección recibida del padre y/o de la madre, en las chicas no correlaciona con ninguna de las variables de iguales. Es decir, la relación que las chicas establecen con sus iguales correlaciona con el afecto que recuerdan haber recibido en sus familias, pero no con el recuerdo de haber sido sobreprotegidas o de que se haya estimulado su autonomía. Sin embargo, en los chicos, ambas variables: afecto y sobreprotección, están relacionadas con los vínculos con los iguales, en especial la sobreprotección correlaciona negativamente con el apego hacia el grupo de amigos en general. Estas diferencias de género bien pudieran deberse a los valores culturales que asignan una mayor importancia a la autonomía en el caso de los chicos que en el de las chicas (Oliva y Parra, 2001). Así, aquellos chicos más sobreprotegidos desarrollarán una menor autonomía y competencia social y serán menos valorados por los iguales, lo que dificultará el establecimiento de sus relaciones de amistad. En cambio, para las chicas la autonomía personal no es un valor tan prioritario y una chica dependiente de la familia no será valorada de forma tan negativa, no limitando su competencia para establecer relaciones estrechas con sus iguales.

Aunque no podemos decir que el tipo de vínculo establecido con el padre y con la madre guarden una coincidencia total, hay una cierta concordancia que indica que cuando el apego establecido con uno de los progenitores es seguro, hay mucha probabilidad de que también lo sea el establecido con el otro, lo que apunta en la misma dirección que el metaanálisis llevado a cabo por Fox *et al.*, (1991), y que otros estudios posteriores (Genuis y Violato, 2000; Steele *et al.*, 1996; van IJzendoorn y De Wolff, 1997), y apoya parcialmente el concepto de Bowlby de *monotropía*: los niños establecen un tipo de vínculo con la principal figura de apego que luego es generalizado a otras figuras. Otra explicación admisible tiene que ver con la mayor probabilidad, que algunos estudios han encontrado, de que los sujetos de apego seguro se emparejen con sujetos de apego seguro (van IJzendoorn y Bakermans-Kranenburg, 1996). Así, si tenemos en cuenta que existe suficiente evidencia acerca de la influencia que ejerce el propio modelo representacional de apego del cuidador sobre el tipo de atención y cuidados proporcionados, y sobre el tipo de apego que el niño construirá con él (Benoit y Parker, 1994), es de esperar que aquellos niños y niñas que tienen padres y madres con modelos seguros establezcan vínculos también seguros con ambos.

Sin embargo, en nuestra muestra la coincidencia entre el tipo de vínculo con cada progenitor dista mucho de ser total, y son bastantes los casos en los que no se produce esa coincidencia, por lo que estamos en condiciones de responder a una pregunta que está planteada casi desde que Bowlby describió la teoría del apego. ¿Qué ocurre si no coincide el vínculo de apego desarrollado con ambos progenitores? Los resultados encontrados son muy claros, e indican que el tener un vínculo seguro con al menos uno de los dos progenitores, está claramente relacionado con una alta puntuación en apego hacia los iguales y desarrollar una buena relación de intimidad con el mejor amigo. Aquellos chicos y chicas que han aprendido en la relación con su padre, con su madre o con ambos a querer y ser queridos, a considerarse válidos, a respetar y ser respetados, con un buen balance entre autonomía y afecto, traspasan estos modelos a su relación con los iguales. Son aquellos adolescentes que tienen un vínculo inseguro tanto con la madre como con el padre los que desarrollan peores relaciones afectivas con el mejor amigo o amiga y con el grupo de iguales, ya que con ninguno de sus progenitores pudieron construir un modelo seguro de la relación que les llevase a acercarse a los demás con una actitud de seguridad y confianza. Este hallazgo supone un cierto optimismo evolutivo, ya que un único vínculo seguro parece garantizar un buen desarrollo socioemocional en todas aquellas situaciones en las que uno de los progenitores ofrece un modelo deficitario.

Los interesantes resultados a los que hemos llegado en esta investigación han de ser tomados con la cautela que exigen los diseños transversales. Sin embargo, y tal y como demuestra el metaanálisis de Schneider (2000), los resultados transversales aportan datos que probablemente no se diferenciarán en exceso de lo que podamos obtener con otros tipos de diseños. También hay que recordar que toda la información obtenida procede de la misma fuente, ya que es el mismo adolescente el que informa de sus relaciones interpersonales con sus progenitores y con sus iguales. La comparación de estos datos con los obtenidos de otras fuentes como padres, educadores o iguales sería de gran interés. Por último, hay que decir que los padres son una importante fuente de influencia en el estilo relacional con los iguales, pero no la única. Hacen falta estudios en los que se inserten variables personales, tener en cuenta a los hermanos, vecinos, y variables del macrosistema, que indudablemente estarán ejerciendo una importante influencia y en consecuencia matizando la interdependencia entre los dos contextos de desarrollo en este artículo analizados.

Referencias

- AINSWORTH, M. D. (1989). Attachment beyond infancy. *American Psychologist*, 44, 709-716.
- ALLEN, J. P. & LAND, D. (1999). Attachment in Adolescence. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of attachment. Theory, Research and Clinical Applications* (pp. 319-335). Londres: The Guilford Press.
- ALLEN, J. P., MOORE, C. M., KUPERMINC, G. P. & BELL, K. L. (1998). Attachment and adolescent psychosocial functioning. *Child Development*, 69, 1406-1419.
- ARMSDEN, G & GREENBERG, M (1987). The inventory of parent and peer attachment: Individual differences and their relationship to psychological well-being in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 16, 427-454.
- BANDURA, A. (1977). *Social learning theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall. (Ed. cast.: *Teoría del aprendizaje social*, Madrid: Espasa-Calpe, 1982).
- BENOIT, D. & PARKER, K. (1994). Stability and transmission of attachment across three generations. *Child Development*, 65, 1444-1456.
- BERNDT, T. J. (1996). Transitions in Friendship and Friends' Influence. En J. A. Graber, J. Brook-Gunn & A. C. Petersen (Eds.), *Transition through adolescence: interpersonal domains and context* (pp. 57-84). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- BERNDT, T. J. & HAWKINS, J. A. (1987). *The contribution of supportive friendships to adjustment after the transition to junior high school*. West Lafayette, Indiana: Purdue University.
- BERLIN, L. J. & CASSIDY, J. (1999). Relations among relationships. Contributions from attachment theory and research. En J. Cassidy & P. R. Shaver (Eds.), *Handbook of attachment. Theory, Research and Clinical Applications* (pp. 689-711). Londres: The Guilford Press.
- BERNDT, T. J. & SAVIN-WILLIAMS, R. C. (1993). Peer relations and friendships. En P. H. Tolan & B. Cohlher (Eds.), *Handbook of clinical research and practice with adolescents* (pp. 203-219). Nueva York: John Wiley & Sons.

- BOWLBY, J. (1969). *Attachment and loss. Vol. I. Attachment*. Londres: Hogart. (Trad. cast. *El vínculo afectivo*. Buenos Aires: Paidós, 1976).
- BOWLBY, J. (1979). *The making and breaking of affectional bonds*. Londres: Tavistock.
- BOWLBY, J. (1980). *Attachment and loss. Vol. 3: Loss, sadness and depression*. Londres: Hogarth Press. (Ed. cast.: *La pérdida afectiva. Tristeza y depresión*. Buenos Aires: Paidós, 1984).
- BROWN, B. B. & HUANG, B. I. (1995). Examining Parenting Practices in Different Peer Contexts: Implications for Adolescent Trajectories. En R. J. Crockett & A. C. Crouter (Eds.), *Pathways through Adolescence: individual Development in relation to social context* (pp. 151-174). New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- CAUCE, A. M., MASON, C., GONZALES, N., HIRAGA, Y. & LIU, G. (1994). Social support during adolescence: Methodological and theoretical considerations. En F. Nestman & K. Hurrelmann (Eds.), *Social networks and social support in childhood and adolescence* (pp. 89-108). Berlín: Walter de Gruyter.
- CHOU, K-L. (2000). Intimacy and psychosocial adjustment in Hong Kong Chinese adolescents. *Journal of Genetic Psychology*, 161, 141-152.
- COIE, J. D. & DODGE, K. A. (1997). Aggression and antisocial behavior. En N. Eisenberg (Ed.), *Social, emotional and personality development* (pp. 779-862), vol. III de W. Damon (Ed.), *Handbook of child psychology*. Nueva York: Wiley.
- COLEMAN, J.C. & HENDRY, L. B. (1999). The nature of Adolescence. Londres: Routledge.
- FOX, N., KIMMERLY, N. L. & SCHAFFER, W.D (1991). Attachment to mother /attachment to father: a metaanalysis. *Child Development*, 62, 210-225.
- FREITAG, M., BELSKY, J., GROSSMANN, K., GROSSMANN, K. E. & SCHEUERER-ENGLISCH, H. (1996). Continuity in parent-child relationships from infancy to middle childhood and relations with child competence. *Child Development*, 67, 1437-1454.
- FUERTES, A., MARTÍNEZ, J. L & CARPINTERO, E. (1998). "Relaciones de intimidad en la adolescencia: el papel de la expresividad y la instrumentalidad". *Estudios de Psicología*, 59, 55-64.
- FURMAN, W. & BUHRMESTER, D. (1992). Age and sex differences in perceptions of networks of personal relationships. *Child Development*, 61, 103-115.
- FURMAN, W. & WEHNER, E.A. (1994). Romantic views: Toward a theory of adolescent romantic relationships. En R. Montemayor, G. R. Adams & T. P. Gullotta (Eds.), *Personal relationships during adolescence* (pp. 168-195). Thousand Oaks, CA: Sage.
- FURMAN, W., SIMON, V.A., SHAFER, L. & BOUCHEY, A. (2002). Adolescents' working models and styles for relationships with parents, friends, ad romantic partners. *Child Development*, 73, 241-255.
- GARNESKI, N. & DIEKSTRA, R. (1996). Perceived social support from family, school, and peers: Relationship with emotional and behavioral problems among adolescents. *Journal of American Academic Child and Adolescence Psychiatry*, 35, 1657-1664.
- GENUIS, M. & VIOLATO, C. (2000). Attachment security to mother, father, and the parntal unil. En C. Violato & M. G. Oddone-Paolucci (Eds), *The changing family and child developing* (pp. 251-255). Sidney: Ashgate.
- GOOSENS, L. & VAN IJZENDOORN, M. H. (1990). Quality of infants' attachments to professional caregivers: relation to infant-parent attachment and day care characteristics. *Child Development*, 61, 832-837.
- HARRIS, J. R. (1995). Where is the child's environment? A group socialization theory of development. *Psychological Review*, 102, 458-489.
- HARTUP, W. W. (1992). Peer relations in early and middle childhood. En V. B. van Hasselt & M Hersen (Eds.), *Handbook of social development. A lifespan perspective* (pp. 257-281). Nueva York: plenum Press
- HARTUP, W. W. (1993). Adolescents and their friends. En B. Laursen (Ed.), *New directions for child development: Close friendships in adolescence* (pp. 3-22). San Francisco: Jossey-Bass.
- HAZAN, C. & SHAVER, P (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 511-524.
- HELSEN, M., VOLLEBERGH, W. & MEEUS, W. (2000). Social support from parents and friends and emotional problems in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 29, 319-336.
- HOWES, C. & HAMILTON, C. E. (1992). Children's relationships with child care teachers: stability and concordance with parental attachments. *Child Development*, 63, 867-878.
- HOWES, C., RODNING, C., GALLUZZO, D. C. & MYERS, L. (1988). Attachment and child care: Relationships with mother and caregiver. *Early Childhood Research Quarterly*, 3, 403-416.
- KAGAN, J. (1982). *Psychological research on the human infant: An evaluative summary*. Nueva York: W.T. Grant Foundation.
- KERNS, K. A., KLEPAC, L. & COLE, A. (1996). Peer relationships and preadolescents' perceptions of security in the child-mother relationship. *Developmental Psychology*, 32, 457-466.
- LARSON, R. & RICHARDS, M. H. (1994). *Divergent realities: The emotional lives of fathers, mothers, and adolescents*. Nueva York: Basic Books.
- LUNDY, B., FIELD, T., MC BRIDE, C., FIELD, T. & LARGIES, S. (1998). Same-sex and opposite-sex best friend interactions among high school Juniors and Seniors. *Adolescence*, 33, 130, 279-289.
- LYNN MARTIN, C. & FABES, R. A. (2001). The estabily and consequences of young Children's same-sex peer interactions. *Developmental Psychology*, 37 (3), 431-446.
- MAIN, M. & WESTON, D. (1981). The quality of the toddler's relationships to mother and to father. Related to conflict behavior and the readiness to establish new relationships. *Child Development*, 52, 932-940.
- MARTÍNEZ, J. L. (1998). Identidad e intimidad en la adolescencia: ¿Procesos secuenciales o concomitantes?. *Estudios de Psicología*, 59, 45-53.
- MAYSELESS, O., SHARABANY, R. & SAGI, A (1997). Attachment concerns of mothers as manifested in parental, spousal, and friendship relationships. *Personal Relationships*, 4, 255-269.
- MILLER, K. E. & BERNDT, T. J. (1987). Adolescent friendships and school orientation. Paper presentado en la Conferencia de la Society for Research in Child Development, Baltimore, MD.
- MUSITU, G., BUELGA, S., LILA, M. & CAVA, M. J. (2001). *Familia y adolescencia*. Madrid: Síntesis.
- OLIVA, A. (1999). Desarrollo social durante la adolescencia. En J. Palacios, A. Marchesi & C. Coll (Eds.), *Desarrollo psicológico y educación. I. Psicología Evolutiva* (pp. 493-517). Madrid: Alianza.
- OLIVA, A. & PARRA, A. (2001). Autonomía emocional durante la adolescencia. *Infancia y Aprendizaje*, 24 (2), 181-196.
- PARKER, G., TUPLING, H. & BROWN, B. (1979). A Parental Bonding Instrument. *British Journal of Medical Psychology*, 52, 1-10.
- ROBINSON, N. S. (1995). Evaluating the nature of perceived support in relation to perceived self-worth in adolescents. *Journal of Research on Adolescence*, 5, 253-280.

- SAVIN-WILLIAMS, R. C. & BERNDT, T. (1990). Friendships and peer relations. En S. S. Feldman & S. S. Elliot (Eds.), *At the threshold: the developing adolescent* (pp. 277-307). Harvard, MA: University Press.
- SHARABANY, R. (1994). Intimate friendship scale: conceptual underpinnings, psychometric properties and construct validity. *Journal of Social and Personal Relationships*, 11, 449-469.
- SCHNEIDER, B. H. (2000). *Friends and Enemies. Peer relations in childhood*. Londres: Arnold.
- SCHNEIDER, B. H., ATKINSON, L. & TARDIF, C. (2001). Child-parent attachment and children's relations. *Developmental Psychology*, 37, 86-100.
- SHULMAN, S., LAURSEN, B. & KARPOVSKY, S. (1997). Adolescent Intimacy Revisited. *Journal of Youth and Adolescence*, 26, 597-617.
- STEINBERG, L. D. & SILVERBERG, S.B. (1986). The vicissitudes of autonomy. *Child Development*, 57, 841-851.
- STEELE, H., STEELE, M. & FONAGY, P. (1996). Associations among attachment classifications of mothers, fathers, and their infants. *Child Development*, 67, 541-555.
- VAN IJZENDOORN, M. H. & BAKERMANS-KRANENBURG, M. (1996). Attachment representations in mothers, fathers, adolescents, and clinical groups: A meta-analytic search for normative data. *Journal of Clinical and Consulting Psychology*, 64, 8-21.
- VAN IJZENDOORN, M. M. & DE WOLFF, M. S. (1997). In search of the absent father: Meta-analysis of infant father attachment. A rejoinder to our discussants. *Child Development*, 68, 604-609.
- WATERS, E., WEINFELD, N. S. & HAMILTON, C. (2000). The Stability of Attachment Security from Infancy to Adolescence and Early Adulthood: General Discussion. *Child Development*, 71 (3), 703-706.

ORIGINAL**PATERNIDAD Y SERVICIOS DE SALUD. ESTUDIO CUALITATIVO DE LAS EXPERIENCIAS Y EXPECTATIVAS DE LOS HOMBRES HACIA LA ATENCIÓN SANITARIA DEL EMBARAZO, PARTO Y POSPARTO DE SUS PAREJAS (*)**

Gracia Maroto Navarro (1,2), Esther Castaño López (1), María del Mar García Calvente (1,2), Natalia Hidalgo Ruzzante (2,1) e Inmaculada Mateo Rodríguez (1,2)

(1) Escuela Andaluza de Salud Pública.

(2) CIBER Epidemiología y Salud Pública (CIBERESP), España.

RESUMEN

Fundamentos: Escasas investigaciones estudian la incorporación de la figura masculina a los servicios sanitarios durante el proceso de nacimiento de los hijos. El objetivo del presente trabajo fue explorar las necesidades y expectativas hacia los servicios sanitarios de un grupo de hombres sobre el proceso del nacimiento de sus criaturas.

Métodos: Investigación cualitativa realizada en Granada en 2004, mediante entrevistas individuales a 10 padres con empleo remunerado, nivel de estudios medio-alto, al menos un hijo/a de 6 a 12 meses y perfil de corresponsabilidad en la crianza. La selección de los participantes fue intencional. Se hizo un análisis hermenéutico del discurso.

Resultados: Se encuentran las siguientes construcciones semánticas: 1) El modelo asistencial dominante no considera protagonistas ni a las mujeres; 2) Aunque el proceso está corporalmente mediado cabe dar apoyo y luchar por la relevancia masculina; 3) Los servicios sanitarios invisibilizan a los hombres; 4) Coartan su participación; y 5) Les prejuzgan según el rol de género asignado. Los participantes tratan la relación entre expectativas sobre la atención al nacimiento y demanda insatisfecha, así como utilizan en buena medida los obstáculos para la participación que descubren en los servicios sanitarios, como argumentos de su propia separación del proceso.

Conclusiones: Destaca el limitado protagonismo de los hombres durante el proceso. Ahora bien, a pesar de su discurso demandante, los entrevistados manifiestan actitudes contradictorias hacia unos cambios que les comprometen. Se identifican elementos de mejora.

Palabras clave: Paternidad. Identidad de género. Servicios de Salud. Perinatología. Investigación cualitativa.

ABSTRACT**Paternity and Health Services. Qualitative Research on Men's experiences during Pregnancy, Delivery and Postpartum of their Partners**

Background: Little research has been carried out with regards to the inclusion of men during the birth process. The objective of this paper involves exploring the needs and expectations of the health services manifested by a group of fathers as a result of their experience during the birth process.

Methods: Qualitative research was carried out in Granada in 2004 via individual interviews with fathers who showed shared responsibility in the upbringing. The profile is: employment, medium-high educational level, one or more child: 0-6 months of age. The transcript was subsequently submitted to hermeneutic analysis.

Results: Some semantic constructs are: 1) Health Services do not concede the women as protagonists, 2) Birth process is depending on the body. Fathers can only support and fight for the relevance of men, 3) Men seem like "invisible", 4) Health services inhibit their participation, and 5) have dealings with fathers according to their gender roles. The participants address the relationship between expectations of care during the birth process and unsatisfied demands, and the manner in which they employ the obstacles encountered within health services that inhibit their participation as arguments that confirm their separation from the process.

Conclusions: This paper draws attention to the limited scope of the provision of healthcare during the birth process in terms of protagonism afforded to fathers. Indeed, despite their requisitory discourse, the interviewees manifest contradictory attitudes in the face of changes that require them to make commitments. We identify elements that could be improved to adapt services to the needs of fathers and vice versa.

Key Words: Paternity. Gender Identity. Health Services. Perinatology. Qualitative Research.

Correspondencia:
Gracia Maroto Navarro.
Cuesta del Observatorio 4 (Granada)
958 027426
gracia.maroto.easp@juntadeandalucia.es

(*) Proyecto de investigación financiado por la Consejería de Salud de la Junta de Andalucía, 2005
No existe potencial conflicto de interés que declarar.

INTRODUCCIÓN

La incorporación social, a nivel formal e informal, de un modelo de co-responsabilidad paterna resulta un elemento clave en la equidad de género. Como refleja la Ley Orgánica 3/ 2007¹ que articula la integración del principio de igualdad efectiva de hombres y mujeres en la política de salud, una perspectiva de género es necesaria para mejorar la calidad de las intervenciones sanitarias en general y de la salud reproductiva en particular. El sistema sanitario es hoy por hoy uno de los medios de contacto más directo con los hombres que van a ser padres y uno de los escasos recursos disponibles para satisfacer la necesidad de habilitación de éstos en la crianza desde el inicio del proceso reproductivo. Es por ello que se encuentra con un doble reto. Necesita satisfacer las nuevas demandas masculinas que van llegando, y tiene la oportunidad de transformarse en agente dinamizador de la implicación de los hombres en la crianza, por su alto componente educativo y por la autoridad e influencia social de la que gozan.

En la actualidad se está viviendo en España el impulso de un modelo de atención perinatal menos medicalizado y que pretende priorizar el protagonismo de las mujeres y sus familias. La excesiva estandarización de los cuidados y cierta invisibilización de las propias mujeres en el proceso de nacimiento es un punto central denunciado por usuarias/os y profesionales, y una preocupación de las instituciones y políticas sanitarias que ha concluido recientemente en un documento de consenso interterritorial (La Estrategia de Atención al Parto Normal)², que refrenda un compromiso de mejora de la atención sanitaria en este campo. En el ámbito andaluz, desde la Consejería de Salud se está desarrollando el *Proyecto de Humanización de la Atención Perinatal*, con objeto de desarrollar las recomendaciones establecidas en tal estrategia.

Este contexto resulta apropiado para analizar lo que significa incluir el tema de los derechos reproductivos al debate sobre la masculinidad y los hombres, así como para discutir en qué medida incorporar los derechos reproductivos de las mujeres. Así, el controvertido enfoque del padre con derechos propios en el ámbito sanitario, superando la lógica del espectador o acompañante de la mujer embarazada, de la parturienta o de la madre, deja un campo abierto a la investigación y análisis. Si bien de momento no hay consenso sobre hasta qué punto los servicios de salud reproductiva pueden dirigirse también a los hombres, en la literatura parece haber acuerdo generalizado acerca de que sus preocupaciones no han sido tratadas³. Las investigaciones sobre el proceso de nacimiento se centran en la maternidad y la mujer corporalmente mediada y socialmente asignada a este ámbito⁴. Son recurrentes los estudios en relación con el proceso de transición a la maternidad^{3,5-7}, así como los que tratan las experiencias de las madres con los servicios sanitarios⁸⁻¹³. Sin embargo, ha sido poco analizado, y además con bajo rigor metodológico^{14,15}, el sentir masculino al respecto y su relación con modelos de masculinidad determinados y determinantes. Parece necesario acercarse a los hombres como algo más que las parejas de las mujeres, también como individuos con historias reproductivas distintas¹⁶.

En el contexto español se aborda un número muy reducido de indicadores que relacionan al padre con los servicios sanitarios, entre los que destaca su presencia en el parto, así como su concepción como figura auxiliar ajena a este proceso. Fuera de España se han localizado trabajos en relación con el proceso de transición a la paternidad¹⁷⁻²¹, acercándose otros a evaluar las expectativas de los hombres como consumidores de servicios sanitarios, poniendo de manifiesto su malestar al

sentirse alejados del proceso de nacimiento, percibiendo su labor como la de un mero “pinche”, destacando la vivencia de soledad y desinformación, demandando una ayuda orientada a la disminución de temores e inquietudes, y expresando quejas por la inexistencia de modelos a los que seguir y por la ausencia de asesoramiento^{7,22,23}.

En cuanto a las clases de orientación prenatal, como servicio estrella habitualmente abierto a la participación del padre en el contexto occidental, no parecen ser efectivas para los hombres, obteniéndose resultados positivos sólo sobre aquellos que se encuentran especialmente motivados y predispuestos²⁴. Tampoco quedan claros sus efectos incluso para los que originalmente se creó, la preparación de la maternidad o el sólo acto del parto²⁵.

En definitiva, en la medida que no se cuenta con información suficiente sobre la opinión de los hombres padres en relación con los servicios sanitarios, difícilmente se podrán desarrollar ofertas de participación acordes. Un abordaje cualitativo proporciona información rica, variada y complementaria, permitiendo conocer de cerca las experiencias individuales.

Por tanto, el objetivo del presente trabajo es explorar las necesidades y expectativas hacia los servicios sanitarios de un grupo de hombres de acuerdo a la experiencia que tuvieron durante el proceso del nacimiento de sus hijos e hijas.

SUJETOS Y MÉTODOS

Se realizó una investigación cualitativa a partir de entrevistas en profundidad a diez hombres residentes en Granada. La selección del grupo de participantes fue intencional. Los criterios de inclusión fueron: heterosexuales, con al menos un

hijo/a de entre 6 y 12 meses de edad (y por tanto, con relación reciente en los servicios sanitarios), convivientes con las madres de las criaturas, y cumplían características que, según la literatura, contribuyen a la configuración de un modelo de relaciones de pareja igualitaria y de paternidad implicada²⁶: 1) ambos miembros de la pareja tenían empleos remunerados²⁷, 2) nivel de estudios medio-alto²⁸, y 3) asistieron a sesiones de orientación prenatal²⁹. Se comprobó el autopoicionamiento del padre como activamente implicado, la ratificación de sus compañeras, y se sondeó cómo era la participación diaria en diferentes tareas de cuidado infantil.

Dada la alta homogeneidad del perfil de padres necesaria para el propósito del estudio, la saturación de la información se consiguió con un total de diez entrevistas. El modo de acceso a los participantes fue a través de informantes clave (profesionales de enfermería y de centros de educación infantil) que preseleccionaron a los padres según datos de archivo, realizaron el primer acercamiento, bien directamente o a través de sus parejas, preguntándoles si estaban interesados en participar, y facilitaron sus datos de contacto. Se les dio un tiempo para pensarlo antes de que el equipo los llamara para confirmar el perfil, solicitar de nuevo su consentimiento y concertar finalmente la entrevista. Las principales características sociodemográficas de los participantes se recogen en la tabla 1. Tenían una edad media de 36 años, entre 1 y 3 hijos/as, la mayoría con algún título universitario y ejercían sus profesiones gozando de los beneficios laborales de las administraciones públicas (jornada intensiva, horario de verano, asuntos propios...).

El uso de un enfoque de tipo cualitativo permite conocer más de cerca las experiencias individuales relativas a la crianza infantil, en la medida que permite aproxi-

Tabla 1

Características sociodemográficas de los padres participantes

Padres	Edad	Situación Laboral	Profesión	Titulación	Paridad
P1	42	Fijo discontinuo	Técnico	Licenciado Derecho	2 hijas
P2	33	Empresario	Banquero	Licenciado Económicas	2 hijas
P3	43	Interino	Profesor de artes y oficios	Licenciado Bellas Artes	2 hijas y 1 hijo
P4	38	Funcionario	Psicólogo	Licenciado Psicología	1 hija
P5	42	Funcionario	Administrativo	Secundaria	1 hija
P6	31	Funcionario	Administrativo	Licenciado Derecho	2 hijas
P7	31	Interino	Bombero	Universitarios Incompletos	1 hija
P8	33	Asalariado	Comercial	Universitarios Incompletos	1 hija
P9	37	Funcionario	Director de proyectos	Licenciado Documentación	1 hijo
P10	30	Autónomo	Profesor universidad	Doctor Derecho	1 hijo

marnos a múltiples aspectos de dicha realidad a través del lenguaje y su capacidad de simbolización, más concretamente, de las representaciones y discursos de los hombres sujetos de estudio³⁰, así como entender los significados que éstos dan a sus acciones. Entre los diferentes paradigmas cualitativos, el fenomenológico, y más concretamente la hermenéutica heiddegeriana, permite conocer, a través de un proceso de deconstrucción de los discursos, qué significados asignan las personas a sus experiencias paternas en función de la interacción con el entorno y de sus vivencias cotidianas. Alonso³¹ ha explicado este posicionamiento metodológico al diferenciar el análisis sociológico de los discursos de los análisis informacional y estructural. Desde una perspectiva social interesa conocer las producciones simbólicas, los diversos contextos sociales e históricos en la que estas tienen lugar y la posición social desde la cual las personas producen y/o reproducen sus discursos³¹.

La técnica empleada fue la entrevista individual abierta, útil y válida para lograr una aproximación a los objetivos a través de la libre autodeterminación expresiva de los sujetos encuestados, profundizando así en sus motivaciones³². Si bien el tipo de intervención de las personas que moderaron la entrevista fue directa, explicitando el motivo de la investigación, al recurrir a esta técnica conseguimos que cada partici-

pante se abra y exprese en sus propios términos, sin perder de vista el propósito del trabajo. Se utilizó un guión más o menos fijo, ajustado a los objetivos, y adaptado a la dinámica que se establecía con cada participante. Los contenidos básicos explorados fueron: apoyo percibido desde los servicios sanitarios, satisfacción con los mismos, y posibles estrategias para la adecuación de servicios y demandas paternas.

Las entrevistas fueron llevadas a cabo en Granada, entre Junio y Septiembre de 2004. La fecha exacta y lugar fueron establecidas por los participantes, prestándose especial cuidado para que transcurrieran en un espacio libre de interrupciones, que asegurara la privacidad y le permitiera estar relajados. Así, la mayoría de entrevistas se realizaron en sus domicilios (7), y otras en su centro de trabajo (1), en su centro de salud de referencia (1) e incluso optaron por acercarse a las instalaciones de la Escuela Andaluza de Salud Pública (1). Tuvieron una duración entre 90 y 120 minutos y se hizo una grabación de audio, tras su aprobación. Las transcripciones fueron llevadas a cabo por una persona experta en la materia ajena al equipo de investigación. Los datos personales que identificaban a los participantes se sustituyeron por números, garantizando el anonimato de la información proporcionada.

Como recomiendan Taylor & Bodgan³³, tras sucesivas lecturas de las transcripciones y notas de campo, se elaboraron fichas interpretativas para cada entrevista y, mediante la comparación intertextual, se identificaron significados comunes y temas interconectados. Fueron descubiertas algunas estructuras semánticas, y elaborados esquemas de clasificación o tipologías según dichas estructuras. Se realiza un análisis hermenéutico de acuerdo con la corriente inaugurada por Heidegger, tratando de captar el significado de los discursos y teniendo en cuenta el contexto individual y social en el que se producen. La triangulación entre investigadoras y la alta saturación, constituyen un indicador de validez de los resultados. Como herramienta para este análisis fue empleado el programa informático de análisis textual N-Vivo.

RESULTADOS

La organización en estructuras semánticas facilita la exposición de los resultados que se acompañan de los referentes empíricos más relevantes (tabla 2).

Crítica al modelo asistencial dominante: ni consideran protagonista a la mujer

Distintos componentes del discurso reflejan que los padres se sienten en un

segundo plano dentro del sistema sanitario durante el proceso de embarazo, parto y posparto. Consideran que los servicios fueron correctos en la medida en que sus hijos/as llegaron a este mundo, aunque los consideran rígidos y poco acomodados a satisfacer necesidades reales. Muestran escepticismo al explorar la expectativa de ser considerados como co-protagonistas del proceso de nacimiento. Destacan la superioridad de la clase médica y son críticos tanto con la atención al embarazo como con las prácticas perinatales en los hospitales, que no sólo les dejan fuera, sino que impiden el protagonismo de las propias mujeres. Perciben que el empoderamiento en el tema, que han conseguido informándose y preparándose por su cuenta, se ve frustrado al llegar al sistema sanitario, en el que las normas, prácticas e intervenciones están marcadas por modelos asistenciales difíciles de compatibilizar con sus expectativas, y sobre todo, con las de sus parejas (tabla 1).

El proceso está corporalmente mediado: cabe dar apoyo y luchar por la relevancia

Entienden que su papel durante el embarazo y el parto sólo se puede reducir a dar apoyo a la madre en la medida en que tiene lugar en el cuerpo de ella. Dicen ser conscientes del proceso a través de un conocimiento de segunda mano. Ahora bien, aunque entienden que

Tabla 2

Discurso más relevante de los padres participantes

Crítica al modelo asistencial dominante: no consideran protagonista ni a la mujer
<p><i>"No fue desagradable pero tampoco gratificante (...). En fin, no es que me escupieran a la cara, en ningún momento me trató nadie de manera incorrecta, aunque creo que existen otras posibilidades" (p1...)</i></p> <p><i>"Ella es la máquina de hacer el bebé y la sanidad está ahí un poco pues para que el bebé nazca, ¿no? y no para que la madre tenga un embarazo bueno y placentero" (p3).</i></p> <p><i>"Y yo soy de esta cultura que estamos acostumbrados a... a que el médico es un señor muy importante y que lo que dice lo asumes y no discutes ni nada, pero claro, para mí era como muy fuerte ver como mi pareja sufría tantísimo esa desatención, esa perspectiva del aparato médico ..." (p3).</i></p> <p><i>"Lo que me parece es que el sistema sanitario es otro mundo (...) Por lo que hemos oído, hay sitios donde lo hacen mejor... hay unos protocolos así muy cerrados y parece que de ahí no se puede salir" (p7).</i></p>

la naturaleza impone las diferencias, luchan por la relevancia: desean experimentar la llegada de su hijo/a y buscan información y formas alternativas de relación con ésta (tabla 2).

Los servicios sanitarios les invisibilizan al hombre

Una de las grandes constantes en todos los discursos es la exclusiva atención a las madres. Manifiestan que nadie piensa en cómo se sienten ellos. Hablan como eternos secundarios, como subalternos resignados a la falta de protagonismo. Con la llegada del bebé, dicen percibirse descolocados y demandan atención en el sentido de que alguien se percate de su presencia. Señalan la necesidad de que se haga una preparación a la paternidad desde un enfoque menos técnico y más emocional o vivencial, en el que puedan tener cabida tanto ellas como ellos. En tanto asistentes a la educación prenatal, opinan críticamente sobre el tema. Sienten que los contenidos previstos no se dirigen a ellos. Indican que aún estando invitados, no pueden participar directamente, viéndose ridiculizados y encorsestados en un papel forzado y reducido fundamentalmente al acto concreto del parto (tabla 3).

Los protocolos sanitarios coartan su participación y les excluyen

Los padres entrevistados dicen desear implicarse en la vida de sus bebés desde

la confirmación del embarazo, pero encuentran limitaciones en sus experiencias con los servicios sanitarios, que les impiden ejercer la paternidad a su manera. Aluden problemas de acceso e incompatibilidad de horarios entre servicios ofertados durante el embarazo y jornadas laborales. Y aunque las expectativas sociales y del sistema sanitario hacia el padre parecen estar centradas en su presencia en el parto, no siempre encuentran el apoyo formal para que esto se cumpla. Aparece en los discursos de los padres una actitud de espera de instrucciones del personal para poder actuar. En definitiva, refieren que el co-protagonismo y el acceso a la información dependen de las coyunturas y de la iniciativa individual de cada padre (tabla 4).

Las diferencias de género limitan: los servicios les juzgan, no les asignan espacio

El prejuicio del personal sanitario hacia la inclusión paterna percibido por los padres aparece también como elemento clave que les relega a un segundo lugar. Los padres aprecian el malestar de los distintos profesionales, e incluso cierto sarcasmo, cuando toman la iniciativa, desean participar o reclaman la atención que creen merecer. El sistema sanitario reproduce la asignación de roles de género que socialmente se otorga a hombres y mujeres en materia reproductiva. Para ellos, el papel de los servicios sanitarios resulta relevante, en la medida que deben estar ahí para res-

Tabla 3

El proceso está corporalmente mediado: cabe dar apoyo y luchar por la relevancia

"En la medida en que tu pareja siente que le estás dando apoyo, pues, es un consuelo..." (p1).

"Y sobre todo estar con ella, y compartir las sensaciones que tenía tanto ella como yo... pero que hasta que no sale, hasta que no llega el parto es como que hay una barrera ahí" (p3).

"Yo quería sentirlo, vivirlo y de alguna manera estábamos muy próximos (...). Hablábamos de las cosas que nos preocupaban y buscábamos mucha información" (p3).

Tabla 4a

Los servicios sanitarios hacen invisible al hombre

«A mí, como padre nunca me preguntaron nada (...). Nunca me plantearon si yo estaba nervioso, si no estaba nervioso, si qué tenía que hacer, si cómo podía ayudar y cómo no podía ayudar... eso nunca se me planteó» (p8).

«Tenías que estar un día en el que se supone que se simulaba el momento del parto y nuestra función consistía en... básicamente... [risas] era levantar a nuestra pareja, la espalda 'nuestro momento glorioso'» (p1).

«Y en el hospital cuando dan a luz, eres el acompañante, el que está en ese sillón extraño con el cuello torcido ...» (p8).

«Yo me quejo porque no he visto así un apoyo de decir 'oye tú, padre, ¿qué necesitas?' Cuando nazca tu niño, qué apoyo tienes para aceptarlo o para integrarte en esa relación (...) y que no te veas tú excluido» (p6).

«Estuve yendo todo el tiempo que pude a la gimnasia maternal y todo eso, ¿no? Uf, que fue muy divertido, ...está muy enfocado a la mujer más que al hombre... porque... vamos, estuve respirando por la vagina y todo» (p7).

«Lo que les preocupa es la madre, el padre puede estar cansado y tal, pero en ese sentido tampoco importa... Los servicios sanitarios se ocupan de la madre, y ya está, y del padre pasan, es como en las bodas que sólo existe la novia, igual» (p10)

Tabla 4b

Los protocolos sanitarios coartan su participación y les excluyen

«Yo, porque un muchacho, que estaba esperando a que su pareja diera a luz, me vio allí un poco acarajotado y... 'venga ponte esto' y... y me empujó al quirófano, y así me presenté. Y yo creo que por eso vi a mi hija nacer, porque si me hubiera esperado a que me llamaran pues ni la hubiera visto.» (p1).

«Pues bueno, hay mucho interés por las empresas privadas que venden productos por informarte y tal, y sin embargo, desde lo público pues tal vez un poco menos (...) si tú no vas allí y te preocupas y preguntas y tal, pues no se ve tanta información, ¿no? » (p2).

«Normalmente hay pocos padres. No hay más porque no pueden conciliar con el trabajo (horarios inflexibles...)» (p6).

«En una de esas que ella estaba super cansada y tenía que subir a darle el biberón, dije: 'Pues subo yo. Pero no hubo manera(...) Yo era un observador, un observador detrás de una barrera porque no me dejaron hacer nada... El padre podría colaborar más si desde un principio el parto se planteara de otra forma y nos enseñaran a participar » (p7).

«Se te deja al margen... a no ser que tú te quieras enterar y pongas la oreja o tal, estás al margen de todo... Lo mismo que a la amniocentesis no me dejaron entrar y nos hubiera gustado estar juntos» (p9).

Tabla 5

Las diferencias de género limitan: los servicios les prejuzgan, no les asignan un espacio

«Por ahí tenían que empezar a reformatar el tema, porque sí, se busca la igualdad, se busca (...) un hombre también es capaz de cuidar de sus hijos igual que una mujer porque la mujer trabaja igual que el hombre » (p2)

«También a nivel social e institucional (...) Hay que mostrar que no viene impuesto, que no es un mandato divino que tú tengas que hacer unas cosas u otras, ¿no? y difundir esa forma de afrontar la paternidad... o la maternidad... » (p3)

«Quién lleva a la niña al pediatra prácticamente soy yo. Y el mismo pediatra, yo noto que se sorprende, al mismo tiempo le gusta y al mismo tiempo se siente... Es chocante que vaya el padre con la niña» (p5)

«La enfermera me dijo, 'anda cógela, que seguro que no sabes ni cogerla' (...) se podría dirigir en un sentido positivo (...) no van más padres porque no se han dado cuenta de que es verdad, que yo también puedo hacer eso sin problema » (p7)

«La involucración tiene que ser directamente desde el padre que quiera. Ahora ...si el padre quiere pues si debería de prestarse algo para decir, "bueno, si tú quieres aquí tengo también estas cosas para ti" » (p8)

«Hay que llevar a los padres al centro de salud (...) a los padres, en general, le parecen poco atractivas estas cosas, como si no fueran con ellos, eh, no sé si eso también es responsabilidad de las instituciones sanitarias » (p1)

«Yo entiendo que el sistema sanitario podría canalizar a aquellos que tengan un mínimo de interés» (p4)

ponder y no frustrar el interés de algunos, de los que “quieran estar ahí”. Entienden que es responsabilidad de los servicios acercarlos y ayudarles a implicarse (tabla 5).

DISCUSIÓN

Las categorías extraídas de los discursos tratan la relación entre expectativas hacia los servicios sanitarios y demanda insatisfe-

cha, y contienen los argumentos que los hombres encuentran para explicar su distanciamiento en el proceso de nacimiento de un hijo/a, en buena medida centrados en los obstáculos para la participación que descubren en los servicios sanitarios.

Los entrevistados, en coherencia con su autodefinición de padres implicados en la crianza, presentan un discurso demandante hacia el sistema sanitario. Explicitan un intento de acercarse al proceso de nacimiento y de sentirlo lo más próximo posible, luchando así por la relevancia³⁴. A pesar de ello, también vivencian el proceso de nacimiento como corporalmente mediado, que los desplaza a un segundo plano e imposibilita para ciertas actividades y vivencias³⁵. Ahora bien, no muestran tanto una actitud proactiva, sino que más bien quedan a la espera, finalmente frustrada en muchos casos, de que los servicios sanitarios les asignen un espacio y un papel que desempeñar. Y tal como plantea Fuller³⁶, si bien algunos programas sanitarios solucionan las necesidades inmediatas de las mujeres, a largo plazo han tendido a incentivar la deserción masculina y la hostilidad entre hombres y mujeres. Es así como los programas de salud durante el proceso de nacimiento dirigidos sólo a la población femenina a menudo refuerzan la indiferencia o falta de participación del varón, respondiendo a un modelo medicalizado que va adecuando nuevas medidas a las posibilidades de los profesionales sanitarios²⁴.

Los padres excusan su participación en algunas actividades ofertadas por dificultades de acceso o incompatibilidad con su trabajo. La Ley Orgánica 3/ 2007¹ para la igualdad efectiva de hombres y mujeres, en su artículo 44, determina que los derechos de conciliación de la vida familiar y laboral se reconocerán a los trabajadores y trabajadoras en forma que fomenten la asunción equilibrada de las responsabilidades familiares. Aún así, es sabido que

muchas madres tienen problemas para ausentarse del trabajo durante el embarazo por estos motivos aun contando con cierto amparo legal. En el caso de los padres puede ser peor considerando por la poca tradición en nuestra sociedad de incluir al padre como miembro activo en el embarazo, parto y crianza de sus hijos e hijas.

Ahora bien, la dificultad de acceso sólo supone la punta del iceberg, cuando aún están bien arraigados los prejuicios sociales y de la propia clase médica hacia la capacidad de los hombres para afrontar los cuidados y acercarse al ámbito reproductivo. Los participantes de este trabajo esperan ser dirigidos para servir de apoyo a las madres, aunque más allá del papel auxiliar asignado y asumido, demandan también atención directa a sus necesidades y emociones, sobretodo en el momento en que el hombre ya es padre, en el cual emergen nuevas demandas sin respuesta por parte de unos servicios profesionales que se vuelcan exclusivamente en el/la bebé y la madre. En esta línea, algunos estudios resaltan la importancia de entrenar al personal sanitario para que lleve a cabo una serie de buenas prácticas de inclusión de los hombres, incitación a la participación y no marginación²⁸. En definitiva, la ausencia de impulso institucional, la inespecífica oferta de los servicios sanitarios y la tímida demanda por parte de los hombres, son elementos clave que contribuyen a perpetuar la falta de implicación paterna.

A pesar de este nuevo discurso sobre implicación, en este trabajo se manifiesta cierto alejamiento de los hombres entrevistados con respecto al proceso de embarazo, parto y posparto. Las prioridades sanitarias, en cuanto a cuestiones reproductivas se refiere, son un reflejo de las explicaciones naturalistas que imponen diferencias en las formas en que hombres y mujeres viven la llegada del niño o niña y posterior crianza. Tal diferenciación

comporta desventajas para los varones, en la medida en que su papel queda relegado a un segundo plano. Pero también, dar el paso de “estar ahí” y ser atendidos en el ámbito formal como co-protagonistas, les supone un coste elevado, un esfuerzo que muchos padres quizás no están dispuestos a asumir⁷. Los entrevistados consideran que su participación en el proceso debe ser opcional, a lo que pueden renunciar si desean. En última instancia, parecen no entender la corresponsabilidad, incluso en este grupo de padres situados en un techo de implicación. Introducir cambios en las actuales prácticas sanitarias que incluyan a los hombres constituye, en definitiva, poner en cuestión diversas inequidades que consolidan diferencias de género, ocultas tanto para quienes ejercen su profesión como para quienes acuden a la consulta.

A la vez que la atención sanitaria es heredera de los valores sociales y reproduce el sistema de género social, la visión medicalizada basada en un enfoque biocientista, fragmentario y tecnológico, entre otras características, se apropia de este proceso y configura un sistema de género en el tratamiento del embarazo, parto y posparto³⁷. Ahora bien, la pretendida humanización y desmedicalización de la atención perinatal, además de llevar asociado el empoderamiento de las mujeres en el acceso a la información y toma de decisiones, debe estar acompañada de un proceso de la incorporación de la masculinidad en la crianza, positiva para la equidad de género. De no ser así, supondría una perpetuación de la naturalización del proceso, en el sentido de acentuar la posición de las mujeres como criadoras por excelencia, y donde la incorporación de los hombres con derechos propios puede aumentar ese peligro.

El debate actual sobre los derechos de hombres y mujeres en el ámbito reproductivo desvela la amenaza en materia de igualdad que puede suponer la promoción de la

participación de los hombres en los servicios de salud reproductiva, y más concretamente en el proceso de embarazo, parto y posparto. Grupos conservadores que siempre se opusieron a la libre determinación de las mujeres para decidir sobre sus procesos reproductivos, ahora empiezan a utilizar el discurso de los derechos masculinos para defender el orden patriarcal de la familia³⁸. Frente a ello, algunos autores y autoras ya argumentaban la emergencia y peligros del neomachismo (Manifestación de una concepción equitativa de las relaciones entre hombre y mujer, sobre el supuesto de igualdad de la persona, pero que encubre formas más sutiles de expresión de la desigualdad) como perpetuador de desigualdades³⁹. Cuando el cuerpo de las mujeres es el terreno de disputa y cuando no puede haber equivalente en la otra parte, surge el dilema de compatibilizar el principio de libertad individual y protagonismo de las mujeres en el proceso de nacimiento, con el derecho de los hombres a participar y vivir una paternidad sin presiones³⁸.

En el otro extremo, el empoderamiento de las mujeres no puede ser interpretado simplemente como sinónimo de desempoderamiento de los varones, sino que tomando en cuenta los condicionantes que influyen sobre el ser mujer y el ser hombre, puede asumirse que incitará a éstos a repensar su identidad como hombres y seres humanos, aprendiendo nuevos modelos de negociación e intercambio. Es necesario un nuevo análisis de la categoría de derechos en el ámbito de la reproducción, replanteando y desesencializando los estereotipos que se han construido alrededor de los hombres y las mujeres en este ámbito⁴⁰.

La metodología cualitativa elegida ha aportado gran riqueza tanto en cantidad como en diversidad de información. Ahora bien, este trabajo, de acuerdo al diseño utilizado, si bien no pretende extender los resultados y conclusiones más allá del grupo de participantes inten-

cionalmente seleccionado, sí que ha intentado aproximarse parcialmente al tema considerando las experiencias de hombres padres con algunas características particulares. Los entrevistados eran heterosexuales, con pareja estable y profesionales de clase media-alta, e inicialmente definidos como implicados en la crianza. Otros modelos de participación, otras clases sociales, situaciones de convivencia u opciones sexuales, vinculadas probablemente con experiencias diferentes, pueden ayudar en otros estudios a acercar los servicios sanitarios a las demandas paternas y viceversa.

En los últimos años hemos estado expuestos y expuestas a un mayor interés social en lo relativo al conocimiento profundo de las desigualdades de género en las políticas, estrategias y programas de salud. La novedad de este estudio radica en evaluar las necesidades y expectativas de algunos padres en relación con la atención en el proceso de nacimiento ofertada por los servicios sanitarios, ya que son escasos los estudios que analizan dicha problemática. El tiempo dirá si nuevas iniciativas de incorporación del padre serán implementadas y si los hombres tendrán la oportunidad de renegociar su posición secundaria. Sería interesante ver cómo reaccionan los padres ante iniciativas que faciliten su autonomía en los servicios tradicionalmente maternos. ¿Buscarán el uso de estos servicios para afirmar sus identidades como padres alejados de los modelos convencionales?, ¿serán estos servicios un contexto apropiado para impulsar nuevas identidades masculinas?²³.

Futuras investigaciones son necesarias para lograr una visión amplia del fenómeno, de las necesidades de padres y madres y de las implicaciones de este cambio en los avances conseguidos con respecto a los derechos reproductivos con objeto de adaptar las estrategias sanitarias a la nueva realidad.

BIBLIOGRAFÍA

1. Boletín Oficial del Estado. Ley Orgánica 3/2007, de 22 de marzo, para la igualdad efectiva de mujeres y hombres. BOE núm 71 de 23/03/2007.
2. Consejo Interterritorial Sistema Nacional de Salud. Propuesta de estrategia de atención al parto normal en el sistema nacional de salud. Madrid: Consejo Interterritorial Sistema Nacional de Salud; 2007.
3. Premberg A, Hellström A, Berg M. Experiences of the first year as father. *Scand J Caring Sci.* 2008; 22: 56-63.
4. Fägerskröld A. A change in life as experienced by first-time fathers. *Scand J Caring Sci.* 2008; 22: 64-71.
5. Condon J. What about dad? Psychosocial and mental health issues for new fathers. *Aust Fam Physician.* 2006; 35(9): 690-692.
6. Nelson AM. 2003. Transition to motherhood. *J Obstet Gynecol Neonatal Nurs.* 2003; 32(4): 465-77.
7. Barclay L, Lupton D. The experiences of new fatherhood: a socio-cultural analysis. *J Adv Nurs.* 1999; 29(4): 1013-20.
8. Maroto-Navarro G, García-Calvente MM, Fernández-Parra A. Evaluación del estado de ánimo en el puerperio con la Escala de Depresión Postnatal de Edimburgo. *Int J Clin Health Psychol.* 2005; 5(2): 305-18.
9. Maroto G, Castaño E, García MM. Indifference, demandingness and resignation regarding support for childrearing. A qualitative study with mothers from Granada (Spain). *European Journal of Women's Studies.* 2007; 14:51-67.
10. Yellad J, Mc Lachland H, Forster D, Rayner J, Lumley J. How is maternal psychosocial health assessed and promoted in the early postnatal period? Findings from a review of hospital postnatal care in Victoria, Australia. *Midwifery.* 2007; 23(3): 287-297.
11. Cronin C, McCarthy G. First-time mothers - identifying their needs, perceptions and experiences. *J Clin Nurs.* 2003; 12(2): 260-7.
12. Bondas T. Finnish women's experiences of antenatal care. *Midwifery.* 2002; 18(1): 61-71.
13. Gibbins J, Thomson AM. Women's expectations and experiences of childbirth. *Midwifery.* 2001; 17(4):302-13.

14. Borisenko J. Fatherhood as a Personality Development Factor en *Men. Span J Psychol.* 2007; 10(1): 82-90.
15. Yáñez S. ¿Seguimos descuidando a los padres? El papel del padre en la dinámica familiar y su influencia en el bienestar psíquico de sus componentes. *Anales de psicología.* 2006; 22(2): 175-185.
16. De Keijzer B 2003. Hasta donde el cuerpo aguante: género, cuerpo y salud masculina. En la salud como derecho ciudadano. Perspectivas y propuestas desde América Latina. Lima: Universidad Cayetano Herrera; 2003. pp. 137-152.
17. Draper J. Men's pasaje to fatherhood: an analysis of the contemporary relevante of transition theory. *Nurs Inq.* 2003; 10(1): 60-78.
18. Draper J. It's the first scientific evidence: men's experience of pregnancy confirmation. *J Adv Nurs.* 2002; 39(6): 563-570.
19. Garza ME, Rodríguez MS, Villarreal E, Salinas AM, Nuñez G. Patrón de uso de los servicios de atención prenatal, parto y puerperio en una institución de seguridad social mexicana. *Rev Esp Salud Pública.* 2003; 77: 267-274.
20. Gage JD, Kirk R. First-time fathers: perceptions of preparedness for fatherhood. *Can J Nurs Res.* 2002; 34(4): 15-24.
21. Ahlborg T, Strandmark M. The baby was the focus of attention - first-time parents' experiences of their intimate relationship. *Scand J Caring Sci.* 2001; 15(4): 318-25.
22. Cruzat C, Aracena M. Significado de la Paternidad en Adolescentes Varones del Sector Sur-Oriente de Santiago. *Psykhé.* 2006; 15(1) 29-44.
23. Early R. Men as consumers of maternity services: a contradiction in terms. *International Journal of Consumer Studies.* 2001; 25(2): 160-7.
24. Greenhalgh R. Fathers Coping Style, Antenatal Preparation, and Experiences of Labor and the Postpartum. *Birth.* 2000; 27(3): 177-184.
25. Gagnon AJ, Sandall J. Educación prenatal grupal o individual para el parto, la maternidad/paternidad o ambos (Revisión Cochrane traducida). En: *La Biblioteca Cochrane Plus, 2007 Número 4.* Oxford: Update Software Ltd. Disponible en: <http://www.update-software.com>. Traducida de The Cochrane Library, Issue 4. Chichester, UK: John Wiley & Sons, Ltd; 2007.
26. Johnston DD, Swanson DH. Invisible Mothers: A content Análisis of Motherhood Ideologies and Myths in Magazines. *Sex Roles.* 2003; 49(1/2): 21-33.
27. Costigan CL, Cox MJ, Cauce AM. Work-parenting linkages among dual-earner couples at the transition to parenthood. *J Fam Psicol.* 2003; 17(3): 397-408.
28. Tiedje LB, Darling-Fisher CS. Factors that influence fathers' participation in child care. *Health Care Women Int.* 1993; 14(1): 99-107.
29. O'Brien M, Shemilt I. Working Fathers. Earning and Caring. Consultado el 22 de Febrero de 2005. Disponible en: <http://www.eoc.org.uk/cseng/research/ueareport.pdf>.
30. Taylor SJ, Bodgan R. Introducción a los métodos cualitativos de investigación. Barcelona: Paidós Básica; 1998.
31. Pérez C. Sobre la Metodología Cualitativa. *Rev Esp Salud Pública* 2002; 76: 373-380.
32. Alonso LE. La mirada cualitativa en sociología. Madrid: Fundamentos; 1998.
33. Ortí A. La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta y la discusión de grupo. En: *El análisis de la realidad social. Métodos y Técnicas de investigación.* Madrid: Alianza Universidad; 1989. pp. 49-83.
34. Draper J. It's the first scientific evidence". Men's experience of pregnancy confirmation. *J Adv Nur.* 2002; 39(6): 563-70.
35. Jordan P. Laboring for relevance: expectant and new fatherhood. *Nurs Res.* 1990; 39(1): 11-6.
36. Fuller N. Significados y prácticas de paternidad entre varones urbanos del Perú. En: Fuller N. Editora. *Paternidades en América Latina.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú; 2000. pp. 35-89.
37. Blázquez MI. Aproximación a la antropología de la reproducción. AIBR. Disponible en: <http://www.plazamayor.net/antropología/42jul/articulos/jul0506.pdf>.
38. Guevara E. Los derechos reproductivos y los hombres. El debate pendiente. *Revista Desacatos, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.* Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/139/13901107.pdf>.

39. De Schutter MA. El debate en América Latina sobre la participación de los hombres en programas de salud reproductiva. Rev Panam Salud Pública. 2000; 7(6): 418-424.
40. Figueroa JG. Varones, reproducción y derechos: ¿podemos cambiar estos términos? Desacatos 2001; 6:149-164.

A Longitudinal Research on the Development of Emotional Autonomy During Adolescence

Agueda Parra and Alfredo Oliva

Universidad de Sevilla (Spain)

The purpose of the present paper was to study the development of emotional autonomy through adolescence analysing its association with family relationships. The development of emotional autonomy involves an increase in adolescents' subjective sense of his or her independence, especially in relation to parents. From some scholars emotional autonomy is a normative manifestation of the detachment process from parents, however, others point out that detachment from parental ties is not the norm, so high level of adolescent emotional autonomy is the consequence of negative family relationships. In our study a sample of 101 adolescents were followed for 5 years, from early to middle adolescence, and completed questionnaires to measure their emotional autonomy and the quality of their family relationships. Our results showed that over the course of adolescence some dimensions of emotional autonomy increase, meanwhile others decrease, so the global level of emotional autonomy global level remains stable. On the other hand, emotional autonomy is associated with negative family relationships, so emotional autonomy, more than a necessary process to become adult, could be indicating an insecure attachment to parents.

Keywords: adolescence, emotional autonomy, family relationships, longitudinal study

El objetivo de este trabajo es estudiar el desarrollo de la autonomía emocional a lo largo de la adolescencia analizando su relación con la dinámica establecida en el sistema familiar. El desarrollo de la autonomía emocional supone un aumento del sentido de independencia por parte de los adolescentes especialmente en relación a sus padres. Para algunos autores la autonomía emocional es una manifestación normativa del proceso de separación de los padres, sin embargo, para otros, este desapego hacia los padres no es la norma sino una consecuencia de relaciones familiares problemáticas. En nuestro estudio un grupo de 101 adolescentes fueron seguidos durante 5 años a lo largo de su adolescencia, desde los años iniciales hasta la adolescencia tardía, y completaron cuestionarios para medir su autonomía emocional y la calidad de sus relaciones familiares. Nuestros resultados muestran que a lo largo de la adolescencia algunas dimensiones que componen la autonomía emocional muestran un incremento, mientras que otras decrecen, provocando una estabilidad en el constructo global. Por otro lado, la autonomía emocional se asocia con relaciones familiares negativas, por lo que más que un proceso necesario para convertirse en adulto, parece ser un indicador de vínculos afectivos inseguros hacia los padres.

Palabras clave: adolescencia, autonomía emocional, relaciones familiares, estudio longitudinal

This research was supported by grant BSO2022-03022 to the authors from the Spanish Ministry of Education, Culture and Sports, and by grant SEJ2006-06433 from the Spanish Ministry of Education and Science.

Correspondence concerning this article should be addressed to Agueda Parra Jimenez. Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación., Universidad de Sevilla, Camilo José Cela s/n, 41018 Sevilla (Spain). Phone: 34-954-554333. Fax: 34-954-559544. E-mail: aparra@us.es

How to cite the authors of this article: Parra, A., Oliva, A.

Autonomy, within the framework of family relationships during adolescence, has been determined to be a construct with three closely related domains: a behavioral, a cognitive, and an affective domain (Noom, Dekovic, & Meeus, 1999). Whereas the first of these domains refers to adolescents' capacity to act autonomously and make their own decisions, the second refers to a feeling of self-reliance and self-competence through which adolescents feel they are in control of their lives. Lastly, the third domain entails putting themselves at a certain emotional distance from their parents and establishing with them more symmetrical emotional bonds. Even if all three aspects are closely interconnected, emotional autonomy has probably aroused more interest among researchers in the last years causing, by the way, quite some controversy.

In the beginning of research on emotional autonomy, we can find the works published by psychoanalytical authors such as Peter Bloss (1979) or Anna Freud (1958), who consider that a certain break-up with and distancing from parents is an essential requisite for a healthy development during adolescence. A key issue within this theoretical framework is individuation, which refers to the act of disengaging from caregivers as a way for kids to "get out" of their family homes and establish close emotional relationships with other people. Rebellions against parents and more conflicts are an unavoidable consequence of this emotional disengagement which will necessarily require a readjustment of family relationships.

This perspective has strongly influenced the work by Steinberg and Silverberg who in 1986 published the first scale -and probably the most used- to assess emotional autonomy. They suggested that this construct has two components: one of a cognitive nature related to aspects such as the de-idealization of parents, and another, of a more emotional nature, such as the feeling of independence and individuation. The cognitive component would entail a more realistic and less idealized viewpoint of parents, in which they are no longer the almighty people who know it all, but instead become normal people with their own set of virtues and flaws. On the other hand, the emotional component means that adolescents feel they are capable of managing themselves on their own without the constant support from their parents, making their own decisions and solving their own problems. From this point of view and as Peter Bloss (1979) or Anna Freud (1958) maintained, emotional autonomy is a necessary requisite to acquire adult roles and therefore there is nothing unusual in that it should increase with age. In this way, Steinberg and Silverberg (1986) found a significant increase in this variable throughout adolescence.

A different point of view was maintained by authors such as Ryan and Lynch (1989) who questioned the need for emotional disengagement for adolescent development. They considered that emotional autonomy from parents might be mirroring family dynamic problems that will not

be of any help to the individuation process of the adolescent or to his/her well-being. In fact, and according to their theory, the scale created by Steinberg and Silverberg would not measure adolescents' emotional autonomy, but rather disattachment from their parents instead, which could be rooted in an insecure attachment during childhood.

In this same line of thought we can find other work highlighting the negative connection between family relationships quality and emotional autonomy (LoCoco, Pace, Zapulla, & Ignola, 2000; Oliva & Parra, 2001; von der Lippe, 1998), as well as between this variable and adolescents' wellbeing. According to these articles, a high emotional autonomy would be a consequence of an unsatisfactory family relationship, characterized by low support and confidence in the bond established with their parents and therefore related to a whole set of indexes resulting from poor adolescent adjustment. Other results supporting Ryan and Lynch's standpoint are those which have not found an increase in emotional autonomy with age (Fuhrman & Holmbeck, 1995). In this sense, if emotional autonomy is a stable variable that remains constant throughout adolescence, then it would be a feature characterizing the functioning of certain family systems rather than a requisite for adulthood.

Our work has two aims. In the first place, we want to analyze, from a longitudinal perspective, how the emotional autonomy of a group of boys and girls evolves throughout adolescence, paying special attention to the paths followed by its partial components. On the other hand, we want to get known the connection between this emotional autonomy and other measures of family functioning. In fact, we expected to confirm, using a longitudinal perspective, the results of a previous cross-sectional study which showed that a high emotional autonomy was linked to poor family relationships (Oliva & Parra, 2001).

Method

Sample

The work we here present comes forth from a research in which we used a cross-sectional design to analyze the changes taking place in family dynamics coinciding with children's adolescence (Oliva & Parra, 2001; Parra & Oliva, 2002). The sample consisted of 513 adolescents, 12 to 19 years of age, and attending 10 schools of Seville and its province in Spain. Schools were selected using an intentional sampling (Moreno, Martínez, & Chacón, 2000) in which we deliberately tried to equate different characteristics of the sampling units as a way to obtain a sample as representative as possible depicting the different realities of our context. In this way, we took into account criteria such as school context (rural or urban), ownership (state or semi private) and family socio-cultural level.

In the second stage of our research we monitored the youngest kids from the previous research project for more than five years. These adolescents completed our assessment tools in their early, middle and late adolescence, moments which we labeled Time 1 (T1), Time 2 (T2), and Time 3 (T3), respectively. The final sample consisted of 101 adolescents, 38 boys and 63 girls with an average age of 13.1 years ($SD = 0.44$) in T1, 15.4 ($SD = 0.56$) in T2, and 17.8 ($SD = 0.52$) in T3.

In order to identify possible differences between those adolescents who continued to be part of the study and those who did not, we carried out an *attrition analysis*. Our results show that among the subjects remaining in the study there were a few more girls than boys, $\chi^2 = 4.05$, $p < .05$, and less children of parents of a low educational-professional level, $\chi^2 = 6.52$, $p < .05$. However, data were similar regarding context (rural vs. urban), and type of school attended (public vs. private). No significant differences were found between the two groups in any of the variables related to family relationships or in emotional autonomy scores.

Instruments

1. Emotional Autonomy Scale (Steinberg & Silverberg, 1986). We used a translation made by the research team members following the double translation method. It is a Likert-type scale with 20 items ranging from 1 to 4. The scale's reliability for each of the measuring times is as follows: Cronbach's alpha = .66, .75, and .79, in T1, T2, and T3, respectively. This instrument is comprised of four dimensions, two of an emotional nature, and two of a cognitive one. Emotional domains are individuation, Cronbach's alpha = .44 (T1), .65 (T2), and .80 (T3), and non dependency on parents, Cronbach's alpha = .48 (T1), .56 (T2), and .52 (T3), both referring to the emotional separation from parents needed to act in an autonomous way. Cognitive domains involve the belief that parents are normal and ordinary people who have their own needs and desires. Specifically, authors distinguish as cognitive factors parental de-idealization, Cronbach's alpha = .63 (T1), .67 (T2), and .66 (T3), and perceives parents as people, Cronbach's alpha = .37 (T1), .42 (T2), and .41 (T3).

2. Parenting Styles (Lamborn, Mounts, Steinberg, & Dornbusch, 1991). We used a translation made by the research team members following the double translation method. It includes two scales: acceptance/involvement, Cronbach's alpha = .69 (T1), .68 (T2), and .76 (T3), and supervision/monitorization, Cronbach's alpha = .74 (T1), .71 (T2), and .62 (T3).

3. Family Adaptability and Cohesion Scale (Olson, Portner, & Lavee, 1985). We used a translation made by the research team members following the double translation method. This is a scale created to assess family relational structures. It is a Likert-type scale with 30 items rated from 1 to 5 which allows for the evaluation of both cohesion and

adaptability in family relationships. Cronbach's alpha = .69 (T1), .84 (T2), and .87 (T3), for cohesion, and .71 (T1), .74 (T2), and .81 (T3) for adaptability.

4. Family Communication Scale (Parra & Oliva, 2002) Scale created for this research study comprising 22 items, 11 related to fathers and 11 related to mothers, evaluating family communication frequency on several issues: friends, free time, sexuality, drugs, future plans, and the like. It is a Likert-type scale with items ranging from 1 to 4, where 1 means that they never talk about this issue and 4 that they talk about it frequently. Cronbach's alpha = .78 (T1), .78 (T2), and .83 (T3), for communication with mothers, and .79 (T1), .82 (T2), and .82 (T3) for communication with fathers. Due to the high correlation found between communication with mothers and with fathers, we generated a communication variable to simplify data obtained. This variable was generated through the average scores obtained in communication with both parents.

5. Conflicts between Parents and Adolescents (Parra & Oliva, 2002). With a pattern similar to the scale above, this is a scale of 14 items assessing the frequency of conflicts between parents and adolescents on a number of issues: curfew time, friends, drugs, politics, religion, and so forth. It is a Likert-type scale with items ranging from 1 (*not having any arguments*) to 4 (*having frequent arguments*). Cronbach's alpha = .86 (T1), .65 (T2), and .74 (T3).

Procedure

Our first step (T1) was to select the schools for our study and contact their management board to give them information about our research and request their collaboration. Once they agreed to participate in our study, we selected the classrooms where we would collect our data. We then sent a letter to the adolescents' parents asking for their permission to include their children in our study. It is important to point out that we did not receive a single refusal to participate in our study. Once we received their consent, we administered our questionnaires collectively.

Two years later, in T2, and coinciding with middle adolescence, we contacted subjects again. We went back to the schools and there we interviewed adolescents collectively. Lastly, the third data collection (T3) was performed when subjects were in their late adolescence. Some did not attend school anymore or attended schools different from those in T1, so in these cases we contacted them and once they agreed to participate, we arranged an appointment for them to fulfill the questionnaire in the rooms of the Department of Developmental and Educational Psychology of the Universidad de Sevilla.

Results

Our first aim in this study was to analyze emotional autonomy from a longitudinal perspective and with this in

mind we will present our results distinguishing between its absolute and relative stability. This distinction is a cornerstone of longitudinal studies which take into account the effect of the time factor on the variables of a single group of subjects (Stoolmiller & Bank, 1995). The absolute stability of a variable entails analyzing how its average value reacts in the different measuring times. Since this is based on average scores, this analysis does not offer us information on the possible different paths followed by subjects. With the aim of going into this aspect in depth, we analyzed relative stability. Relative stability provides information on the consistency of subjects' placement regarding their reference group. The procedure most commonly used to measure relative stability is one based on the correlation coefficients between different measuring times (Alder & Scher, 1994).

Absolute Stability of Emotional Autonomy

A group of repeated measures ANOVAs was conducted to investigate the absolute stability, that is, the possible effect of time on emotional autonomy. Total scores and scores obtained for each subscale of emotional autonomy were considered dependent variables. Factors included in each ANOVA were time (intraindividual factor of repeated measures varying on three levels) and sex (interindividual factor). We used Mauchly's test to confirm the sphericity of variance-covariance matrices, and Levene's test for homogeneity. In those cases in which some of these assumptions were not met, we also used the univariate *F*-statistics after applying the Greenhouse-Geisser (1959) epsilon correction factor.

When we analyzed the development of emotional autonomy, even if there was a slight increase, no significant differences were found depending on time, $F(1.5, 98) = 1.71$, n.s., (observed power = .34), or sex, $F(1, 99) = 0.01$, n.s., (observed power = .05). No significant interaction effects were found either between both factors, $F(1.85, 98) = 0.48$, n.s., (observed power = .12).

In order to analyze possible paths different from those represented by average scores, we carried out a cluster analysis using emotional autonomy scores in T1, T2, and T3. We first used a *K*-means analysis that reduced the total number of subjects to 10 groups. We then performed a hierarchical cluster analysis of these 10 groups after which we decided to choose 3 of them. Paths followed by these last groups can be seen in Figure 1.

Group 1, which was the most numerous, had a low emotional autonomy which remains relatively constant throughout the years. Group 2 however showed an important

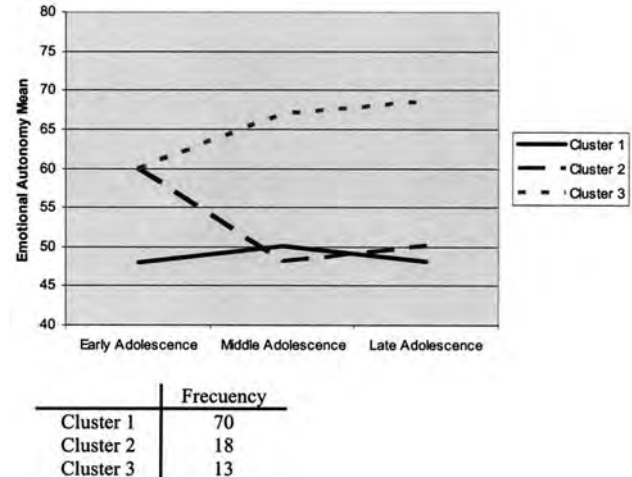


Figure 1. Changes in Emotional Autonomy clusters between early and late adolescence.

decrease between early and middle adolescence. Lastly, Group 3, formed by boys and girls who were more emotionally autonomous, increases as age does. These results prove that even if emotional autonomy had a high absolute stability for most subjects, as there were more subjects in Group 1, some adolescents experienced certain changes and this varied absolute stability results. On the other hand, boys and girls were represented equally in all three groups, $\chi^2 = 1.35$, n.s., which confirmed the absence of gender based differences revealed in the analysis of repeated measures. There was no differences either between the three groups regarding family structures, $\chi^2 = 2.35$, n.s.; education level of mothers, $\chi^2 = 4.16$, n.s., and fathers, $\chi^2 = 1.18$, n.s.; or in the type of context (rural vs. urban), $\chi^2 = 0.24$, n.s.

Emotional Autonomy's Relative Stability

As shown by Table 1, the relative position filled by boys and girls was very stable throughout the years, especially so between middle and late adolescence. Correlation between both times is .66, which means that the emotional autonomy score in T2 explained about 44% (R^2) of the scores of subjects in T3. Greater stability between middle and late adolescence could also be seen in the cluster analyses performed showing less changes in these years than during previous years. In fact, low relative stability could be a consequence of there being subjects whose scores decreased between early and middle adolescence (Group 2), whereas other's scores increased (Groups 1 and 3).

Table 1
Correlations among Emotional Autonomy in T1 / T2 / T3

Emotional Autonomy	T1-T2	T2-T3	T1-T3
Pearson Correlation	.39**	.66**	.44**

* $p < .05$ ** $p < .01$

Trends Followed by Emotional Autonomy Domains: Absolute Stability

Emotional Domains

Individuation. This domain includes items such as: “There are things that I will do differently from my mother and father when I become a parent” or “There are some things about me that my parents don’t know”. Through them we intended to learn whether these adolescents had a self-image in which they were people with features different from their parents, and if in their role as future parents they would behave differently from their parents or not.

As can be seen in Figure 2.a, the feeling of individuation of boys and girls in our study did not change throughout the years, $F(2, 98) = 0.43$, n.s., (observed power = .12). There was no significant differences either between boys and girls, $F(1, 99) = 0.44$, n.s., (observed power = .10), or interaction effects, $F(2, 98) = 1.38$, n.s., (observed power = .28).

Non dependency on parents. There was five items evaluating Non dependency on parents. All of them inquired, in one way or another, about the adolescent’s ability to fend for him or herself in difficult situations without necessarily relying on his/her parents’ support or opinion.

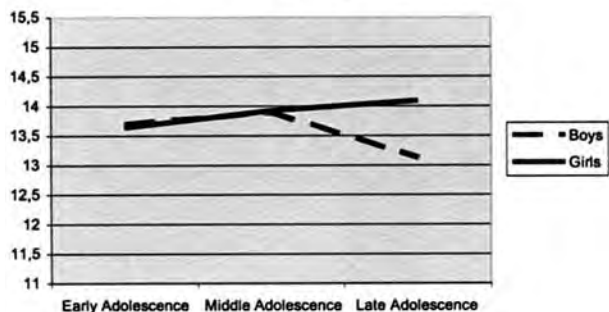
There was an increase over the years in the non dependency factor of the emotional autonomy scale, $F(1.72, 98) = 10.73$, $p < .001$, $eta^2 = .10$ (see Figure 2.b). In the case of boys there was a significant increase between T1 and T2, $p < .01$, $d = .59$. In the case of girls, however, significant differences were found when comparing T1 with T3, $p < .05$, $d = .38$.

No significant sex based differences were found, $F(1, 99) = 0.80$, n.s., (observed power = .14). There were no significant interaction effects either, $F(1.72, 98) = 1.00$ (observed power = .20).

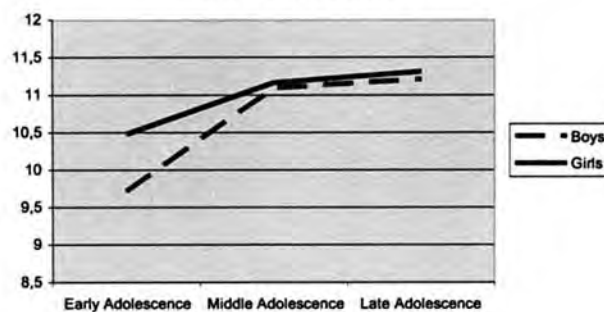
Cognitive Domains

Parental de-idealization. This domain comprises items such as: “My parents hardly ever make mistakes” or “When I become a parent, I’m going to treat my children in exactly the same way that my parents have treated me”. Results showed that there was no significant differences between boys and girls regarding the de-idealization of their parents, univariate contrast $F(1, 99) = 1.95$, $p =$ n.s. (observed power = .28). Furthermore, both boys and girls showed a significant increase in this variable over the years, $F(1.85, 98) = 11.02$, $p < .001$, $eta^2 = .17$. The increase for boys happened between T2 and T3, $p < .01$, $d = .46$; for girls, the increase was only significant between T1 and T3, $p < .01$, $d = .45$.

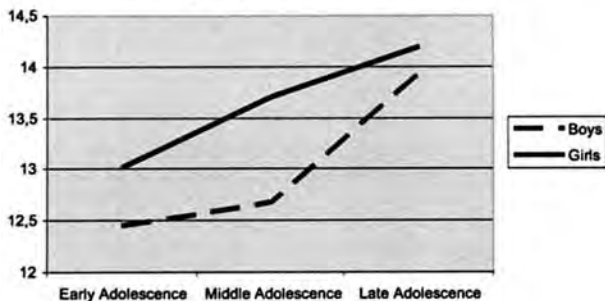
2.a. Changes in Individuation from early to late adolescence



2.b. Changes in Non dependency from early to late adolescence



2.c. Changes in Parental deidealization from early to late adolescence



2.d. Changes in Perceives parents as normal people from early to late adolescence

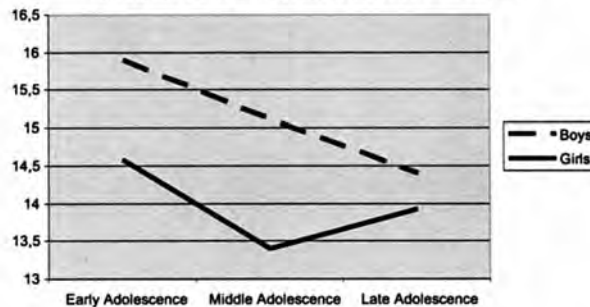


Figure 1. Changes in dimensions of Emotional Autonomy between early and late adolescence.

Interaction effects between time and sex factors were not significant (observed power = .08). See Figure 2.c.

Parents perceived as people. This scale included the following type of items: "I have often wondered how my parents act when I am not around" or "My parents probably talk about different things when I am around from what they talk about when I'm not".

As years go by there was a significant decrease in adolescents' concern about how their parents were out of home, beyond their roles as parents, $F(2, 98) = 8.20, p < .001, \eta^2 = .12$, for both boys and girls. For the former we found a significant decrease between T1 and T3, $p < .01, d = .63$, and for the latter between T1 and T2, $p < .01, d = .47$.

Data showed significant differences between both groups, $F(1, 99) = 9, p < .01, \eta^2 = .08$, as boys had higher scores than girls in early and middle adolescence. See Figure 2.d.

Trends Followed by Emotional Autonomy Domains: Relative Stability

Correlations depicted in Table 2 show that the stability of the different elements of emotional autonomy ranged from average to high throughout the years. The relative stability of the non dependency domain was somewhat lower between early and middle adolescence even if, as also happened for the other three domains, stability between early and middle adolescence was higher. This revealed that those boys and girls who showed, for example, that they were more independent from their parents in their middle adolescence were also the ones who were more independent during their late adolescence. Something different happened

in the domain of perceives parents as normal people, and in this case relative stability was slightly higher between early and middle adolescence than between middle and late adolescence.

Connections between Emotional Autonomy and Family Functioning

The second aim of our work was to analyze the connection between emotional autonomy and different measures of family functioning. As shown in Table 3, emotional autonomy had strong connections to different family functioning measures throughout all adolescence. As emotional autonomy increased, communication with parents decreased and the frequency of conflicts rose. Those boys and girls who were more autonomous were the ones who felt less cohesion, adjustment and caring at home, and who felt greater parental psychological control.

It is important to point out that, in years later, the nature of family relationships remained to be related to the emotional autonomy experienced during adolescence. It thus happened, for example, that communication problems or lack of affection experienced during early adolescence was connected to less emotional autonomy not only two years later, during middle adolescence, but also during late adolescence. Similarly, difficult family relationships during middle years were related to adolescents' greater autonomy in their late adolescence.

Bearing in mind the relations among family functioning measures, we used a principal components analysis (varimax rotation) to reduce information on family

Table 2
Correlations among Emotional Autonomy dimensions in T1 / T2 / T3

Emotional Autonomy	T1-T2	T2-T3	T1-T3
Individuation	.35**	.51**	.35**
Non dependency on parents	.22*	.58**	.20*
Parental Deidealization	.39**	.59**	.39**
Perceives parents as people	.40**	.33**	.37***

* $p < .05$ ** $p < .01$

Table 3
Correlations among Emotional Autonomy and Family functioning

Family T1	T1	T2	T3	Family T2	T2	T3	Family T3	T3
Communicat.	-.31**	-.30**	-.23*	Communicat.	-.28**	-.27**	Communicat.	-.25*
Conflicts	.35**	.07	.05	Conflicts	.52**	.46**	Conflicts	.44**
Affection	-.31**	-.27**	-.29**	Affection	-.33**	-.34**	Affection	-.44**
Control	-.08	-.09	-.16	Control	-.28**	-.15	Control	-.27**
Cohesion	-.44**	-.14	-.02	Cohesion	-.56**	-.45**	Cohesion	-.58**
Adaptability	-.34**	-.13	-.09	Adaptability	-.51**	-.31**	Adaptability	-.44**

* $p < 0.1$, ** $p < 0.05$, *** $p < 0.01$

relationship variables. In this factor analysis, we took into the account the following variables: affection, control, cohesion, adaptability, and communication with parents. The conflicts variable did not offer information for the factorial solution so we decided to analyze its relation to emotional autonomy separately. In T1 the only factor extracted explained 43.4% of the total variance. In T2 this percentage increased to 47.8% and in T3 to 53.2%. These factors were labeled Quality of Family Relationship in T1, Quality of Family Relationship in T2, and Quality of Family Relationship in T3.

We analyzed, through an ANOVA with repeated measures the scores obtained throughout adolescence by the different subjects groups (created with the cluster analysis; remember Figure I) for the variable quality of family relationship. We found significant differences in the paths followed by the three groups as significant interaction effects showed, $F(3.77, 96) = 4.55, p < .01, \eta^2 = .08$. In this manner, those adolescents whose emotional autonomy increased as age did had a more negative family environment which worsened over the years $F(1.99, 98) = 7.34, p < .01, \eta^2 = .30$. No significant changes were found during adolescence in the other two groups regarding Quality of family relationship (observed power = .17 and .23, respectively). As can be seen in Table 4, significant differences appeared in the three stages of adolescence between the three different groups regarding quality of family relationship scores.

Post-hoc analysis revealed that during early adolescence there were main differences between Groups 1 and 2 ($p < .01, d = .87$) and Groups 1 and 3 ($p < .05, d = .96$), whereas during middle adolescence differences were found between Groups 3 and 1 ($p < .01, d = .99$) on the one hand, and Groups 3 and 2 ($p < .05, d = 1.12$) on the other. Significant differences appeared again during late adolescence between Groups 3 and 1 ($p < .01, d = 1.10$) and Groups 3 and 2 ($p < .01, d = 1$).

In any case, in all three stages of adolescence, adolescent boys and girls with lower emotional autonomy levels were the ones describing a higher quality of family relationship, whereas those adolescents who report living in a more difficult environment are the ones with higher emotional autonomy levels.

Discussion

To our understanding, our work offers two main contributions which are related to its longitudinal nature. In the first place, the thorough analysis our work performs regarding the development of emotional autonomy throughout adolescence, taking into account not only the overall score of the construct, but also the trends followed by its partial domains. In the second place, the analysis here presented from a longitudinal perspective on the connection between adolescent emotional autonomy and relationships taking place at the heart of family life.

Regarding the development of emotional autonomy in the second decade of life, our data show that it remains quite stable over the years. Most boys and girls report similar autonomy levels from their families at early, middle and late adolescence. However, the partial domains making up emotional autonomy, two of which are of a cognitive nature (parental de-idealization and perceives parents as normal people) and two of an emotional nature (individuation and non dependency on parents) revealed less stability than the overall index. The fact that the overall emotional autonomy index remains stable, whereas its related domains vary, might seem contradictory. We nevertheless consider this not to be a contradiction, but an evidence that the instrument designed by Steinberg and Silverberg (1986) does not only measure a single construct, but rather evaluates different aspects which do not necessarily have to follow a single path, something which by the way complies with what our results indicate. Therefore, by analyzing the trends followed by these domains over the years, we were able to learn that boys and girls of our sample have a more realistic and less idealized view of their parents as years go by, and that they reveal a more independent attitude, feeling increasingly more capable of facing different life situations without their parents' help.

On the other hand, individuation is related to whether or not adolescents consider themselves to be people who have different features from those of their parents, and capable of analyzing how their parents have brought them up and of finding in this analysis both positive and negative aspects. Continuity seen in this domain might be a result of this aspect being reached by most children at early adolescence, and not changing significantly with age.

Table 4
Quality of family relationship according to Emotional Autonomy clusters

	Cluster 1. Stable and low	Cluster 2. Decreasing	Cluster 3. Increasing	F
Quality of family relationship T1	103.71	91.22	92.17	7.97**
Quality of family relationship T2	101.68	102.21	87.87	5.31**
Quality of family relationship T3	102.08	102.01	85.97	7.36**

* $p < 0.1$, ** $p < 0.05$, *** $p < 0.01$

As for the development of the domain of perceives parents as people, our data point out that it decreases with age. At first, these results might seem surprising; however, when they are seen in further detail, they might make a lot of sense. This cognitive domain implies having certain concerns about how parents will behave outside their parental role, how they would act, let's say, at a party or with other relatives. This concern will probably be higher during the first years of adolescence, and as kids discover that their parents are people having their own lives, they would stop worrying about whether they behave similarly at home and at work, or if they talk about other issues depending on whether or not their children are present. In this same sense, it would not be strange either to think that if parents behave differently depending on whether or not their children are present, and are, for example, more careful not to talk about certain issues, such as alcohol consumption or sex, this would happen more during childhood and the first years of adolescence. The low correlation found between this domain and the other three, as well as its downward trend, seriously questions the convenience of including these contents in the emotional autonomy scale, something already proposed by other authors (Beyers, Goossens, Vansant, and Moors, 2003).

In spite of the high stability found in emotional autonomy seen globally, our analyses have identified groups following less stable paths. The ones experiencing more changes are those who score higher in this variable at early adolescence. These youngsters, who are more autonomous at early adolescence, can be divided into two groups: one following an upward trend over the years; and another experiencing a downward motion placing them at levels similar to those of their less autonomous peers. It is interesting to note that according to our data, an increase in emotional autonomy entails a worsening of adolescents' relationships with their parents, whereas its decrease over the years seems to be related to an improvement of these relationships. As we can see, emotional autonomy is related to difficult family functioning. It is therefore no surprise that two distinctive groups should appear from the beginning of adolescence depending on their scores on this variable. A majority group with low levels and positive relationships with their parents, and another less numerous group with higher scores reflecting interactions that might be more complicated. If we take into account that the first years of adolescence represent a period of instability for the family system demanding adjustment efforts on the part of its members (Granic, 2000), it is then no wonder that in our results there should be a group of adolescents that at this time shows high emotional autonomy levels and that these will later decrease. It might be the case that the normalization of family life and the establishment of a new balance are related to a later decrease in their emotional autonomy, since as our results seem to show, high emotional autonomy levels are linked to more difficult, and somewhat more conflictive,

family environments. Other adolescents, however, will continue to have difficult relationships with their parents throughout adolescence, and this will be reflected in their higher autonomy levels as compared to their peers.

If early adolescence is the most unstable moment within the family system (Collins, 1995), the high emotional autonomy of certain adolescents who are still developing a process of *negotiation* with their parents might be an answer to these troublesome relationships. In as far as a new balance is attained, this group of adolescents will see their emotional autonomy decrease to the levels of the majority. In any case, there will always be a less minority group whose family relationships will remain being difficult, and who will show a higher autonomy level.

These results, especially those concerning a higher absolute stability of emotional autonomy, do not match those results obtained by the creators of the scales showing an increase in this variable over the years (Steinberg & Silverberg, 1986). Emotional autonomy for these authors is an essential requisite for adolescent development. If boys and girls do not establish a certain emotional distance from their parents, their emotional development process might be compromised. In this way, being emotionally autonomous would be a positive contribution to the adolescents' well being and a guarantee of independent and mature development. For other authors, such as Ryan and Linch (1989), on the contrary, this would not be a normative aspect of adolescent development but instead a consequence of difficult family relationships, maybe of an insecure attachment bond. From this perspective, the most autonomous boys and girls would be the ones maintaining more negative relationships with their parents, so that their emotional disengagement from them would be the answer to these difficult and hostile interactions at home.

Our results fall more in line with this second way of understanding emotional autonomy, and matches those of other research performed in Europe (LoCoco et al., 2000; von der Lippe, 1998). Adolescents who show higher emotional autonomy levels are the ones having more difficult relationships with their parents, characterized by frequent conflict, lack of communication and low levels of cohesion.

In summary, we could say that according to our data and taking into account the connection there is between emotional autonomy and family functioning, we doubt this is a requisite for disengagement from parents or a necessary step to become an independent adult. Our results lead us rather to believe that at least among the boys and girls of our sample, this mirrors difficult family relationships. What probably promotes an optimum development is autonomy combined with positive interpersonal bonds. Consequently, one of the main personal goals to be attained by boys and girls during adolescence is to develop themselves as autonomous individuals who are capable at the same time to keep positive relationships with others, especially with their mothers and fathers.

For some years now various researchers have been wondering about the role played by socio-cultural variables in emotional autonomy, and more specifically about their impact on the well being of boys and girls (Cooper, 1994; Feldman & Rosenthal, 1991; Kagitcibasi, 1996). According to these articles, it is reasonable to think that emotional disengagement from parents does not have the same meaning in societies such as that of the United States, where independence and autonomy are highly valued aspects, as it has in other societies such as Mediterranean ones in which families play a much more central role, and in which keeping close bonds with mothers and fathers is something considered to be basic. Maybe, as Kagitcibasi (1996) has pointed out, to consider that autonomy is a result of a process of individuation or of emotional separation from one's family might only make sense in very individualistic cultures. In more collective cultures, like ours, keeping close emotional bonds with mothers and fathers is probably a requisite for healthy development.

In line with information presented by other authors (Andersen, La Voie, & Dunkel, 2007; Schmitz & Baer, 2001), our results also bind us to consider whether the instrument designed by Steinberg and Silverberg (1986) is the best option to evaluate emotional autonomy given that it might not be measuring this construct, but rather an index for certain dis-attachment from parents instead. On the other hand, the low reliability levels of its four subscales, especially for early adolescence, lead us to consider the comprehension difficulty posed by these items for younger adolescents. However, we must point out that during middle and late adolescence, Cronbach alpha indexes in our study reached average levels similar to those described by Steinberg and Silverberg (1986) in their work. In this sense, and following Arnett (2000), autonomy would not be something completed during adolescence but rather something which continues to be forged years later. We are conscious, nevertheless, of the need to continue considering that the concept of emotional autonomy is twofold, and to be more precise when it is defined operatively, creating instruments with rigorous psychometric properties to measure it.

One of the main shortcomings of our work is related to the exclusive use of questionnaires to collect information. In like manner, obtaining several measures from one single informant increases the number of correlations between such measures. In spite of all of this, the use of questionnaires is a frequent methodology used in developmental psychology, and compared to other resources of a more qualitative nature they have undeniable advantages such as the use of standardized and validated tests that offer the possibility of comparing different subjects. On the other hand, even if 101 subjects is a significant number if we take into account the longitudinal nature of our research, it is also true that the sample is not a numerous one, and that it has, to a certain extent, conditioned the statistical analyses conducted. In fact, we are conscious that it is difficult to generalize our

results, especially those related to boys since there were fewer boys than girls in our study.

In spite of these limitations, we would like to highlight that our work is one of the few longitudinal studies performed in Spain which covers more than five years of adolescent development. This longitudinal perspective is the one which allows us to learn in further detail about emotional autonomy and to point to possible causal connections. We believe that more research using this type of design is needed in order to shed some light on the changes taking place within emotional autonomy during the years of adolescence, and on its true meaning for the well being of boys and girls. In so far as new research is performed within our field, we will be better prepared to state with greater certainty, as our results reveal, that emotional autonomy is not as much a sign of girls and boys' maturity as an expression of the quality of their relationships with their parents.

References

- Alder, A. G., & Scher, S. J. (1994). Using growth curve analyses to assess personality change and stability in adulthood. En Heatherton, T. F. y Weinberger, J. L. (Ed.), *Can personality change?* Washington, DC: American Psychological Association.
- Andersen, B., La Voie, J.C., & Dunkel, C.S. (2007). Individuation and parents as people: Measurement concerns regarding two aspects of autonomy. *Journal of Adolescence*, 30, 751-760.
- Arnett, J. (2000) Emerging adulthood: A theory of development from the late teens through the twenties. *American Psychologist*, 55, 469-480.
- Beyers, W., Goossens, L., Vansant, I., & Moors, E. (2003). A structural model of autonomy in middle and late adolescence: Connectedness, separation, detachment, and agency. *Journal of Youth and Adolescence*, 32(5), 351-365.
- Blos, P. (1970). *The young adolescent*. New York: Free Press.
- Collins, W. A. (1995). Relationships and development: Family adaptation to individual change. En Shulman, S. (Ed.), *Close relationships and socioemotional development* (pp. 128-154). New York: Ablex.
- Cooper, C. R. (1994). Cultural perspectives on continuity and change in adolescents' relationships. En Montemayor, R., Adams, G. R., & Gullotta, T. P. (Ed.), *Personal relationships during adolescence*. (pp. 78-100). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Feldman, S., & Rosenthal, D. A. (1991). Age expectations of behavioral autonomy in Hong Kong, Australian, and American youth: the influences of family variables and adolescents' values. *International Journal of Psychology*, 26, 1-23.
- Freud, A. (1958). Adolescence. *Psychoanalytic study of the child*, 13, 255-278.
- Fuhrman, T., & Holmbeck, G. N. (1995). A contextual-moderator analysis of emotional autonomy and adjustment in adolescence. *Child Development*, 66, 793-811.
- Granic, I. (2000). The self-organization of parent-child relations: Beyond bidirectional models. En M. D. Lewis, & Granic, I.

- (Ed.), *Emotion, development, and self-organization: dynamic systems approaches to emotional development* (pp. 267-297). New York: Cambridge University Press.
- Greenhouse, S., & Geisser, S. (1959). On methods in the analysis of profile data. *Psychometrika*, *24*, 95-111.
- Kagitcibasi, C. (1996). The autonomous-relational self: A new synthesis. *European Psychologist*, *1*, 180-186.
- Lamborn, S. D., Mounts, N. S., Steinberg, N. L., & Dornbush, S. M. (1991). Pattern of competence and adjustment among adolescents from authoritative, authoritarian, indulgent and neglectful families. *Child Development*, *62*, 1049-1065.
- Lippe, A, von der. (1998). Are conflict and challenge sources of personality development. En Sokoe, E., & Von der Lippe, A. (Ed.), *Personality development in adolescence: A cross national and life span perspective* (pp. 38-60). Londres: Routledge.
- LoCoco, A., Pace, H., Zapulla, C., & Ignola, S. (2000). *Emotional autonomy in Italian adolescents*. Poster presentado en el VII Congreso Bianual de la EARA, Jena (Alemania).
- Moreno, R., Martínez, R. J., & Chacón, S. (2000). *Fundamentos metodológicos en psicología y ciencias afines*. Madrid: Pirámide.
- Noom, M. J., Dekovic, M., & Meeus, W. (2001). Conceptual analysis and measurement of adolescent autonomy. *Journal of Youth and Adolescence*, *30*(5), 577-595.
- Oliva, A., & Parra, A. (2001). Autonomía emocional durante la adolescencia. *Infancia y aprendizaje*, *24*, 181-196.
- Olson, D. H., Portner, J., & Lavee, Y. (Ed.). (1985). *Family Adaptability and Cohesion Scale*. Minneapolis: University of Minnesota.
- Parra, A., & Oliva, A. (2002). Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. *Anales de psicología*, *18*, 215-231.
- Ryan, R. M., & Lynch, J. H. (1989). Emotional autonomy versus detachment: revisiting the vicissitudes of adolescence and young adulthood. *Child development*, *60*, 340-356.
- Steinberg, L., & Silverberg, S. (1986). The vicissitudes of autonomy in early adolescence. *Child Development*, *57*, 841-851.
- Schmitz, M.F., & Baer, J.C. (2001). The vicissitudes of measurement: A confirmatory factor análisis of the emocional autonomy scale. *Child Development*, *72*, 207-219.
- Stoolmiller, M., & Bank, L. (1995). Autoregressive Effects in Structural Equation Models: We See Some Problems. En Gottman, J. M. (Ed). *The Analysis of Change* (pp.261-276). Mahwah, N.J.: Lawrence Erlbaum Associates.

Received June 27, 2006

Revision received July 29, 2008

Accepted September 2, 2008

Organiza

Observatorio de la Infancia en Andalucía

www.juntadeandalucia.es/observatoriodelainfancia



Colaboran

